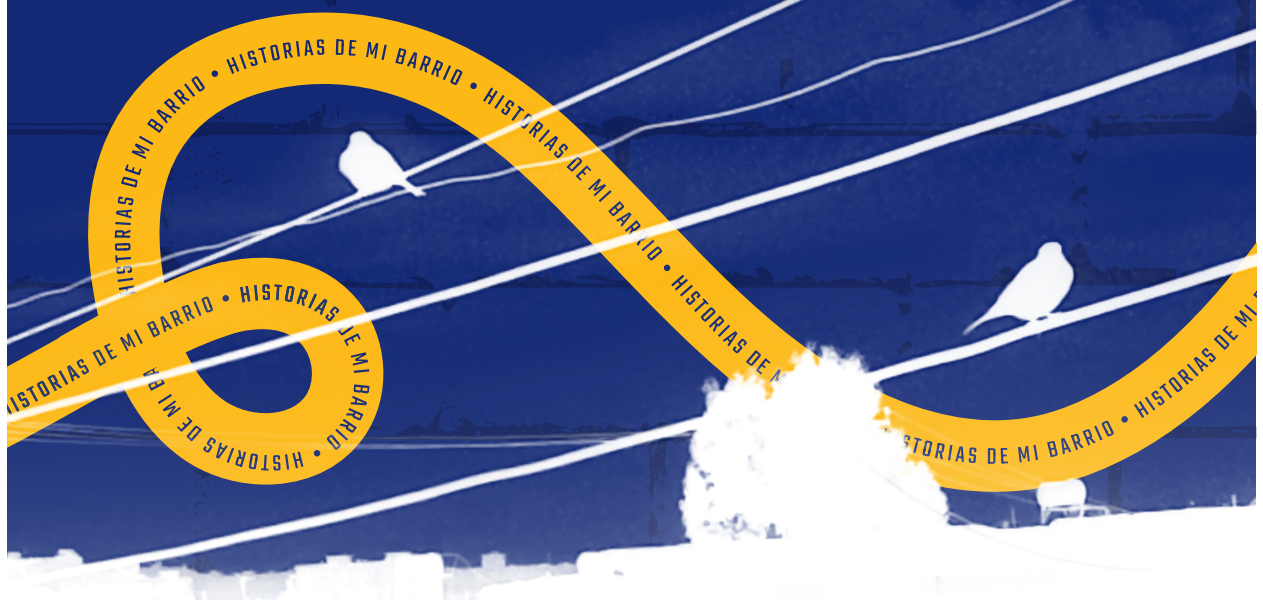


GANADORES 2025

HISTORIAS

DE MI BARRIO

20-25



Instituto
de Cultura, Recreación
y Deporte de Itagüí



Alcaldía
de Itagüí

**HISTORIA
DE MI
BARRIO
ITAGÜÍ 2025**

HISTORIA DE MI BARRIO ITAGÜÍ 2025

Nicolás Aristizábal Ruiz
Juan Manuel Castañeda Jiménez
Simón López Bustamante
Santiago Mosquera Mapura
María Catherine Franco Morales
Carlos Enrique Ángel Isaza
Oscar Darío Ramírez Villa
Orlando Martínez Gómez
Jenny del Pilar Correales López
Luz Amparo Alzate Jaramillo
Valentina Pareja Alzate
Juan Camilo Pareja Alzate
Santiago Londoño Bustamante
Margarita María Bustamante Restrepo

© Instituto de Cultura, Recreación y Deporte
de Itagüí

<https://www.facebook.com/InstitutoItagui>
<http://www.institutoitagui.gov.co/>
itagui.patrimonio@gmail.com

ISSN: 2805-8224

**Primera edición, septiembre de 2025,
ciudad de Itagüí**

Ganadores:

Nicolás Aristizábal Ruiz
Juan Manuel Castañeda Jiménez
Simón López Bustamante
Santiago Mosquera Mapura
María Catherine Franco Morales
Carlos Enrique Ángel Isaza
Oscar Darío Ramírez Villa
Orlando Martínez Gómez
Jenny del Pilar Corrales López
Luz Amparo Alzate Jaramillo
Valentina Pareja Alzate
Juan Camilo Pareja Alzate
Santiago Londoño Bustamante
Margarita María Bustamante Restrepo

El contenido de los 10 textos que se publican en el presente libro es responsabilidad exclusiva de sus autores, y el alcance de sus afirmaciones solo a ellos compromete

El uso de imágenes en esta publicación se hace citando en cada caso la respectiva fuente y solo con fines académicos y culturales

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación en cualquier sistema, sin previa autorización escrita de las entidades municipales de cultura

Diego Torres Sánchez

Alcalde de Itagüí
Itagüí Somos Todos

Luz Adriana Henao Pulgarín

Gerente
Instituto de Cultura, Recreación
y Deporte de Itagüí

Rubén Darío Ospina Betancur

Subgerente
Instituto de Cultura, Recreación
y Deporte de Itagüí

Carlos Mario Posada Arango

Asesor temático
Coordinador Área de Patrimonio
Museo Centro Cultural Caribe

Luis Orlando Luján Villegas

Coordinador académico
Convocatoria pública *Historia de Mi Barrio Itagüí, 2025*

MN Impresión
Diseño de portada

MN Impresión
Diagramación

Impresión:
MN Impresión

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Contenido

Introducción.

Luis Orlando Luján Villegas 15

Itagüí desde los barrios: historias narradas 19

Entre la modernización y algunas alternativas. Hacia una historia de la juventud en Itagüí y sus dinámicas de socialización, 1980 - 2000

Nicolás Aristizábal Ruiz 21

Introducción 21

Lo que implica hablar de la historia de la juventud 23

Los escenarios juveniles en Itagüí en la entrada de la década de 1980..... 26

Los jóvenes políticos-culturales y su compromiso con Itagüí 28

El narcotráfico y la violencia llegan y los jóvenes quedan en el medio..... 34

La década de 1990 y la institucionalización de la juventud 37

La consolidación del ambiente juvenil en Itagüí 42

Conclusiones 44

Fuentes primarias 46

Archivos y manuscritos 46

Periódicos y revistas 46

Orales 46

Bibliografía 46

Ecos de una bomba

Juan Manuel Castañeda Jiménez 49

Introducción 49

Ausencia de Estado-Nación:

el vacío que llena la criminalidad 51

Narcotráfico como actor violento y poder paralelo 53

1989..... 55

El Valle de Aburrá: epicentro de una guerra urbana 56

Banalización del mal: violencia como poder de estatus 58

San Pío X, un barrio de historia popular 60

San Pío X, una bomba y los ecos que resuenan 64

Bibliografía	79
El Triana en los ojos de mis abuelos	
<i>Simón López Bustamante</i>	81
Presentación	81
Introducción	82
Modelos de ciudad: teoría sobre cómo se conforman y transforman los barrios	82
San Antonio y Triana: barrios invisibles pero imprescindibles ...	89
Bibliografía	108
Hitos y voces de esclavitud. Bordando cartas con las voces de personas esclavizadas que habitaron o transitaron por Itagüí	
<i>María Catherine Franco Morales y Santiago Mosquera Mapura</i>	109
Agradecimientos	109
Introducción	110
Contexto general y regional de la esclavitud en el Nuevo Reino de Granada.....	111
La esclavitud en la provincia de Antioquia	113
Entre la resistencia y la negociación	116
Resistencia legal: el sistema a su favor	118
La búsqueda de la libertad territorial	120
Negociación: la búsqueda de autonomía económica y social ...	121
La esclavitud en Itagüí durante los siglos XVIII y XIX	123
Conclusión	126
Fuentes primarias	128
Bibliografía	128
“Yo trabajé en Coltejer”	
<i>Carlos Enrique Ángel Isaza y Oscar Darío Ramírez Villa</i>	133
Introducción	133
Fabiola Tabares Orozco	136
Amparo Osorio	139
Teresa Ayala Rodríguez	141
Raúl Castaño	143
William González	146
Oscar Ramírez	149
Jorge Betancur	152

Carlos Ángel	155
Cesar Ortiz	158
Villa Lía. La historia de un legado	
<i>Orlando Martínez Gómez</i>	165
Introducción	165
Homenaje y gratitud eterna a nuestra benefactora	166
Lía Restrepo Mejía de Vélez	166
Doña Lía Restrepo Mejía de Vélez descanso en la paz del señor el 24 de marzo de 1981	168
Don Camilo C. Restrepo Callejas descanso en la Paz del señor el 08 de abril de 1932.....	169
Doña Ana descansó en la paz del Señor el 17 de noviembre de 1964.....	170
Genesis del barrio Villa Lía	170
Especificaciones de cada una de las viviendas	172
Fundación del barrio Villa Lía	172
Bendición del barrio Villa Lía.....	173
La Fundación Barrios de Jesús y Promotora de Bienes PROBIEN	173
La Quebrada Doña María	175
IE Luis Carlos Galán Sarmiento	178
Templo Santo Tomas Apóstol	179
Recuerdos de nuestra fe	181
Historia de la violencia urbana en nuestro Barrio.....	182
Relato testimonial	183
El 5 de enero de 2019, a los 61 años, Ernesto partió para descansar en los brazos de nuestro Señor	189
Doña Leticia descansó en la paz del Señor a los 84 años, el 19 de enero de 2024	190
El 27 de abril de 2021 Don Orlando a los 71 años, partió a la Casa del Padre.....	191
Bibliografía	192
Crónica: San Pío X sonoro.	
Memorias musicales de nuestro barrio	
<i>Jenny del Pilar Corrales López</i>	195
Retrato del barrio San Pío X.....	195

Las voces del barrio	196
Encuentro de generaciones	197
La canción colectiva	198
Memoria digital y sonora	199
Preparativos del festival comunitario	199
Reflexiones del camino	200
Epílogo: cuando el barrio se prepara para cantar.....	200
San Pío X, creando.....	201
Taller 1. La memoria de los abuelos	201
Taller 2. La vida cotidiana como música	202
Taller 3. Los bares y la fiesta	203
Taller 4. Los jóvenes y el rap	204
Taller 5. La mezcla final.....	204
Epílogo de los talleres	205
Personajes del barrio	206
Doña Carmen. La voz de la Semana Santa	206
Don Álvaro. El guitarrista de todos los tiempos	206
Valentina. El rap como futuro	207
Mauricio. El mesero del bar que canta en el coro	207
Santiago. E niño del tambor	208
La semana Santa	208
Los sonidos invisibles de San Pío X.....	211
El microfútbol en la cancha	211
El pregón de la fruta	211
Las motos en la loma	212
Las tiendas	212
El silencio de la noche	212
Proyección al futuro: el San Pío X que sonará mañana	212
La semana Santa del porvenir	213
Los bares que vendrán	213
El archivo sonoro	213
Un barrio como sinfonía	213
Egresados E.V.E 82: amistades que trascienden las aulas y el tiempo	
<i>Luz Amparo Alzate Jaramillo, Valentina Pareja Alzate, y Juan Camilo Pareja Alzate</i>	<i>215</i>

Introducción	215
Liceo Enrique Vélez Escobar	216
El EVE y los deportes	218
Desfile de deportes.....	218
Actos culturales	220
Las danzas del colegio	221
Reinados de belleza y desfiles de modas	222
El periódico del colegio	223
El muro que habla	223
Grupo de patrulleros del tránsito.....	224
Cruz Roja	224
Grupo de base	225
Dificultades para estudiar	225
El servicio militar	226
Educación sexual y algunas relaciones que surgen	227
Acoso en tiempo escolar	228
Nuestra generación.....	229
Paseos y excursión	230
La graduación	231
Rumbos después del colegio	231
Los políticos	232
La muerte nos cerca	232
Celebraciones	234
Anécdotas de egresados	235
Cuidado mutuo	237
¿Cómo siente cada uno de nosotros su experiencia en el grupo de egresados?	237
Epílogo	240
Referencias	240
Impacto de la participación socio ambiental de la mujer en Itagüí, Capítulo Edilma Salazar	
<i>Margarita María Bustamante Restrepo</i>	241
Presentación	241
Antecedentes de la participación socio-ambiental de la mujer ...	243
Participación socio-ambiental de la mujer en Colombia	245
Participación socio-ambiental de la mujer en Itagüí	247

Edilma Salazar. Orígenes	248
Nace una líder en La Unión	249
Liderando su propia formación ¡Autodidacta!.....	251
Nace una artista.....	252
Socio ambientalista	254
Bibliografía	257
Bibliografía digital	257
Entrevistas	259
Agradecimientos	259
Espacios diversos. Memorias LGBTIQ+ de los espacios de convergencia en Itagüí durante la década del 2000 al 2010	
<i>Santiago Londoño Bustamante</i>	261
Introducción	261
Hacia una comprensión historiográfica de las disidencias sexuales y de género	263
Espacios de socialización de las disidencias sexuales y de género en Itagüí	271
Soltar la pluma en el reinado: un acto de resistencia	277
Un hito en la historia de Itagüí: la marcha del orgullo.....	282
A modo de conclusión	285
Fuentes primarias	287
Bibliografía	287

“Itagüí está lleno de historias que resaltan la memoria, fortalecen lazos y construyen nuestra identidad. Este libro es un homenaje a esas vidas que reafirman que en nuestra ciudad *Cultura Somos Todos*.”

DIEGO TORRES

Alcalde de Itagüí

Esto es posible porque tenemos un Plan de Desarrollo “Itagüí Somos Todos 2024-2027” que se enuncia en la Línea estratégica 8, con un planteamiento que *Reconoce el poder transformador de la cultura como parte fundamental del desarrollo humano integral y motor de las dimensiones sociales, económicas y ambientales, en el marco de la política pública del sector cultural adoptada por el Concejo Municipal de Itagüí*”. De igual manera, lo plasma en el Programa 36 “Memoria y patrimonio para la identidad itagüiseña”, el cual expresa que *“El fortalecimiento del proceso de identidad implica el reconocimiento y la valoración del pasado y el presente. Para ello, es clave fomentar la memoria a través de la producción de conocimiento, la salvaguarda de los distintos tipos de patrimonio, la promoción de la investigación, la valoración de la diversidad, el diálogo intergeneracional y la interculturalidad como herramientas para la consolidación del tejido social”*.

Introducción.

Por *Luis Orlando Luján Villegas*

Historiador

Coordinador académico de la Convocatoria *Historia de Mi Barrio Itagüí 2025*

A la historia se puede entrar por muy diversas puertas. Renán Silva, historiador colombiano, advierte, como pórtico de entrada, que el oficio de la historia, o mejor el análisis histórico, implica formación y conocimientos especializados, para diferenciarla del amateur, o del erudito local. Nótese la idea fuerza que mantiene en el siguiente párrafo:

... el análisis histórico es la *práctica de un oficio*, y de un oficio de las más altas exigencias intelectuales, oficio que requiere de un conjunto de conocimientos especializados y del dominio de las teorías, de los conceptos, los métodos y las técnicas, casi siempre provenientes de otras ciencias sociales. Es un oficio que supone, por lo tanto, procesos de formación académica que no pueden ser suplantados por la actividad militante ni por una actitud improvisada y aficionada -la del *amateur*, la del erudito local-, actitud según la cual se piensa que basta *querer* hacer un análisis histórico para que el milagro se produzca, lo que transmite la imagen de que cualquiera, por fuera de todo esfuerzo de preparación, puede dedicarse a las tareas del análisis histórico, dejando además sembrada la idea de que *todo relato relacionado con el pasado*,

bajo cualquier propósito y condición, es un análisis histórico (Silva, 2014, 143-144).¹

La advertencia de Silva se comprende también desde otra puerta por donde se puede ingresar a la historia, y es la que señala la *Nueva Historia de Colombia* (1989), dirigida por Jaime Jaramillo Uribe, entre otros destacados profesionales como Jorge Orlando Melo, Álvaro Tirado Mejía, Jesús Antonio Bejarano; también contó con la participación de extranjeros, entre los que cabe mencionar a Luis Ricardo Vitale Cometa, Malcolm Deas, Charles Bergquist, Catherine LeGrand, Alone Helg, Pierre Gilhodes, entre otros. Por su parte, la *Historia de Antioquia* (1987), y la *Historia de Medellín* (1996), ambas dirigidas por el historiador Jorge Orlando Melo, son ejemplos de ingreso a otro pórtico de la historia. La conjunción de estas publicaciones permite al lector aprehender que la historia es “*la ciencia del hombre, ciencia del pasado humano*”, y si es la ciencia del hombre también lo es para *los hechos*, advierte el investigador francés Lucien Febvre, *pero de los hechos humanos*; al respecto afirma: “*La tarea del historiador: volver a encontrar a los hombres que han vivido los hechos y a los que, más tarde, se alojaron en ellos para interpretarlos en cada caso*”.²

Para el caso de la *Ciudad Industrial y Comercial de Colombia*, o el *territorio de los “perezantes”*, apelativos que la localidad ha ganado en su devenir, es oportuno destacar la *Historia de Itagüí* escrita por Gabriel Mauricio Hoyos A. y Angela María Molina A., en 1994, dos profesionales que acuden al acervo documental que reposa en los archivos locales, de Antioquia y Medellín, para trascender el enfoque teleológico en los que se enmarcaban los anteriores trabajos monográficos que sobre la ciudad se han realizado.

Ahora bien, existen otras puertas. Es el caso de las perspectivas que abre la actual convocatoria *Historias de Mi Barrio Itagüí 2025*. Al ingresar, podrá el futuro lector encontrar un prontuario compuesto

1 Silva, Renán. *Lugar de dudas. Sobre la práctica del análisis histórico: brevario de inseguridades*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2014, ps. 143-144.

2 Febvre, Lucien. *Combates por la historia*. España: Editorial Ariel, 1986, p. 29.

por diez narrativas con temas afines a la memoria del territorio, las cuales son escritas por las siguientes personas: Nicolás Aristizábal Ruiz; Juan Manuel Castañeda Jiménez; Simón López Bustamante; Santiago Mosquera Mapura; María Catherine Franco Morales; Carlos Enrique Ángel Isaza; Oscar Darío Ramírez Villa; Orlando Martínez Gómez; Jenny del Pilar Corrales López; Luz Amparo Alzate Jaramillo; Valentina Pareja Alzate; Juan Camilo Pareja Alzate; Santiago Londoño Bustamante; Margarita María Bustamante Restrepo.

ITAGÜÍ
DESDE LOS BARRIOS:
HISTORIAS NARRADAS

Entre la modernización y algunas alternativas. Hacia una historia de la juventud en Itagüí y sus dinámicas de socialización, 1980 – 2000

Por Nicolás Aristizábal Ruiz

Introducción

Cuando revisamos la historia de Itagüí y sus desarrollos políticos, sociales, económicos y culturales nos encontramos con un entramado de experiencias individuales y colectivas que dan muestra del carácter dinámico y heterogéneo de su desarrollo y configuración histórica. De esa manera es posible encontrar en la bibliografía investigaciones, principalmente alrededor de temas como el desarrollo económico y los procesos artísticos y culturales, que dentro de dicho territorio han tenido lugar, como una evidencia de su identidad artística e industrial, la cual por muchos años ha marcado el horizonte de sentido desde el que se piensa el municipio.

Es así como a la hora de hablar de este territorio vienen a la mente temas que se posicionan como referentes y protagonistas de su historia, como su proceso de industrialización que lo posicionó como un polo de desarrollo de la región y el país ya desde mediados del siglo XX y con una mayor consolidación a partir de la década de 1970. De igual manera, también destacan sus iniciativas y proyectos culturales, que se pueden entender como una respuesta a esta industrialización acelerada y como una necesidad de sus habitantes para imaginar y crear alternativas a una visión economicista que durante

la segunda mitad del siglo XX marcó la pauta de los demás sectores de la sociedad.

Desde ese panorama, nos encontramos con una experiencia marcada por temas específicos que, de cierta manera, crearon prisiones historiográficas en la memoria de los habitantes del municipio, desatendiendo así a otros temas de igual relevancia para comprender su pasado; pues, si bien lo económico y lo cultural son fundamentales para comprender una sociedad y su historia, conocerla de manera amplia e integral implica sumergirse en aspectos que no han contado con el mismo interés investigativo.

Partiendo de esta tarea, el presente trabajo se traza como objetivo principal contribuir a la comprensión de un actor histórico de relevancia que ha sido fundamental para dinamizar, cuestionar y proponer alternativas a la experiencia de lo que ha significado habitar Itagüí como son los jóvenes, pues estos han sido motor de cambio y suponen una ventana de oportunidades para acercarse y comprender temas desatendidos por la historiografía, siendo, además, partícipes de un engranaje social complejo en el cual pocas veces se les entiende como protagonistas, por lo tanto, la actual investigación los sitúa en dicho papel como una manera de conocer sus experiencias, sentires y contribuciones a la historia de Itagüí.

El periodo trazado para este propósito atiende a un contexto en el que la figura de la juventud adquiere un papel de relevancia dentro de las agendas de discusión, no solo en Itagüí, sino en la sociedad colombiana en general como fruto de un proceso de globalización, en el cual se inserta el país desde finales de la década de 1970, donde sus manifestaciones se darán de múltiples maneras en todos los sectores y aspectos del país y en la que los jóvenes serán partícipes, en posiciones simultáneas de complicidad y crítica a través de sus interacciones cotidianas.

Finalmente, se decide situar el límite temporal con la llegada del siglo XXI debido a las repercusiones sociales que tuvo esta época en términos sociales para Colombia, pues, si bien en aspectos concretos pueden ser más las continuidades de un año a otro, en términos simbólicos se introdujeron proyectos estatales e iniciativas comunitarias que significaron un parteaguas para la juventud.

Lo que implica hablar de la historia de la juventud

Para entender la historia de la juventud es importante tener presente el contexto de su emergencia, pues aunque hoy por hoy es una etapa clave en la construcción subjetiva de todas las personas, en donde todos en algún momentos hemos sido o seremos jóvenes, esto no ha sido así siempre; por el contrario, la juventud como concepto y categoría etaria es una propuesta que nace a finales del siglo XIX, a la par de la consolidación de la psicología, la cual ve la necesidad de diferenciar la fase entre la niñez y la adultez, con lo que se llamaría en su momento, y hasta el día de hoy, como la adolescencia (Manzano, 2018). Por lo tanto, podríamos entender, la juventud como una etapa bisagra y transitoria, pero fundamental en la experiencia vital.

De esta manera, la juventud se comienza a posicionar como una unidad de análisis fruto de la modernidad que fue posible gracias a los cambios que se introdujeron progresivamente en las sociedades occidentales, de las que somos herederos y partícipes. Y aunque este proceso de la creación socio-histórica de la juventud se inaugura en sociedades de temprana modernización e industrialización, dicha modificación en las composiciones y concepciones demográficas se van expandiendo poco a poco hasta llegar a latitudes como la nuestra, gracias a condiciones de posibilidad como las transformaciones socioeconómicas, la producción y consumo cultural, y los discursos políticos, haciendo factible la aparición de nuevos actores sociales como la juventud (Torres, 2009).

Sin embargo, es importante entender a la juventud más allá de una simple cuestión etaria y ampliar su comprensión como el fruto de dinámicas modernizadoras en donde confluyen aspectos de la historia política, social y cultural de las sociedades de manera situada. Un ejemplo de esto es que en algunas latitudes es posible rastrear la aparición de la juventud ya desde finales del siglo XIX a través de su participación en la producción, circulación y apropiación de ideas de vanguardia y ruptura con sus generaciones precedentes, que se manifestaron en escenarios de la vida pública.

Por otro lado, para el caso colombiano esta aparición no es posible (al menos de manera consolidada) sino hasta entrado el siglo XX, cuando el país se inserta en las dinámicas modernizadoras en los ámbitos económicos y políticos con el retorno del liberalismo al Estado en la década de 1930, donde se experimentó un impulso significativo en ámbitos como la educación y la apertura económica (Corredor, 1992). Y aunque es importante resaltar el carácter profundamente católico y conservador de amplios sectores de la población colombiana, esto no fue un impedimento para inaugurar un cambio (aunque lento) de modificación de los escenarios culturales, políticos y sociales que abonaron el camino para el posicionamiento de las juventudes en las esferas de lo público en décadas posteriores.

De esta manera, para hablar de la historia de la juventud es necesario entonces hablar de la modernización en el país y sus repercusiones diferenciales en los territorios, pues este no fue un proceso parejo y, por el contrario, estuvo marcado por las características y ritmos que esta asumió en cada región, ciudad o municipio. Es decir, la modernización en Colombia no llegó en el mismo periodo a todos los lugares, pues mientras en algunas ciudades como Bogotá, Medellín y Barranquilla se puede situar su llegada, aunque tímida, ya desde la década de 1920, para el caso de municipios con menos protagonismo como Itagüí se dio más bien a mediados de siglo y más como el resultado de procesos expansivos de las grandes ciudades, en este caso Medellín, como una especie de espacio satélite que orbitaba en torno a centros económicos de mayor relevancia.

Con relación a estos flujos de modernización presentados en Colombia, es necesario apuntar que esta no se presentó como un proceso lineal ni acabado, sino más como una dinámica de acumulación de experiencias en donde múltiples lógicas se superpusieron entre sí, por lo que es posible afirmar que no se pasó de una sociedad “premoderna” a una “moderna”, más bien nos insertamos en una realidad de constante modernización inacabada (Arias, 2012), lo que tuvo como consecuencia la construcción de sujetos y sujetas en una permanente situación de emergencia e inestabilidad, situación que se manifestará de manera clara en la figura de los jóvenes colombianos, o itagüiseños en este caso.

En este sentido, para autores como Diego Arias (2012), las subjetividades contemporáneas de los jóvenes en Colombia han estado marcadas y construidas desde fenómenos de violencia, desigualdad y exclusión, en donde la cultura de masas, las subculturas urbanas y las calles de la ciudad han sido los pautaadores de sus saberes, comportamientos y posiciones sociales, en un contexto en el que las instituciones tradicionales como la iglesia, la educación y el Estado se han quedado cortas y agotadas para atender a sus necesidades (Arias, 2012, p. 69).

Es así entonces que hablar de la historia de la juventud implica indagar en su papel como productos y productores de dinámicas modernizadoras, entendiéndose como exponentes de acciones de rupturas y autogestiones, en escenarios de complejidad social y desde lógicas que pocas veces les tienen presentes en sus proyecciones. Pero, pese a dicha situación, su papel como dinamizadores de la cultura, la política y la economía es fundamental para comprender los entramados históricos de los espacios en los que ejercen su acción y despliegan sus subjetividades.

Finalmente, para hacer una historia de la juventud, se hará uso del acervo documental y de fuentes rastreadas en lugares como el Centro de Historia de Itagüí, la Biblioteca Diego Echavarría Misas, la Universidad de Antioquia, retazos sueltos de periódicos y las memorias orales de personas que experimentaron su juventud en el municipio,

dando cuenta de un trabajo realizado a múltiples voces y logrando de esta manera reconstruir un contexto de la realidad histórica en el periodo estudiado. De esta manera se puede analizar cómo la figura de los jóvenes y su socialización han funcionado como dinamizadores de la modernización social, cultural y política de Itagüí, haciendo énfasis en los espacios físicos y simbólicos en los que dicho proceso ha tenido lugar.

Los escenarios juveniles en Itagüí en la entrada de la década de 1980

Colombia llega a la década de 1980 con un panorama de inestabilidad social y de inseguridad muy profunda, pareciera que atrás habían quedado los años del *Frente Nacional*, pero aún se sentían sus permanencias en el imaginario colectivo y las prácticas políticas de la sociedad. La fuerte movilización social de los años 70 aún encontraba en amplios sectores de la población una herramienta para alcanzar las anheladas soluciones que el país exigía en materia de necesidades básicas insatisfechas.

Eran los años del *Estatuto de Seguridad* del presidente Turbay Ayala, que por cuatro años supuso un régimen de excepción, que bajo el argumento de frenar el fortalecimiento de los grupos insurgente, impedía toda clase de manifestación y movilización social para exigir al Estado y sus responsables la atención a un panorama cargado de violencia, pobreza, desigualdad y exclusión (López, 2007, p. 234).

A lo anterior hay que sumarle que eran los años del fortalecimiento y consolidación del narcotráfico, que, sumado a la situación de los grupos insurgentes, puso en jaque a las instituciones estatales, incapaces de frenar su rápido avance y filtración en las estructuras sociales. En el medio, como siempre sucede, quedaban amplios sectores de la población con pocas alternativas, cercados por la violencia que llegaba por diversos actores: Estado, guerrillas y estructuras delincuenciales asociadas al creciente narcotráfico.

En medio de este contexto se estaba atendiendo, además, a una recomposición demográfica que llevó a que la población joven aumentara de manera sostenida y a una urbanización acelerada que ya había comenzado desde la década de 1960 pero que ya para estos años suponía un enorme reto para las grandes ciudades y los municipios aledaños, estos factores desembocaron en una fuerza dinamizadora de la vida social y cultural del país (Rodríguez, 2018), que se iría manifestando en lo sucesivo con la introducción de nuevas ideas y prácticas en la sociedad, las cuales tendrían a los jóvenes como sus máximos exponentes.

Pero esta dinamización no sucedió por mera casualidad o porque solo había muchos jóvenes e infantes en el país, sino como fruto de algunos proyectos estatales que también lo impulsaron. En la década de 1970 se atendió a un proyecto de reestructuración del sistema educativo colombiano conocido como la *Renovación Curricular*, que constó de una serie de reformas en todos los niveles educativos, que ampliaron la alfabetización, la cobertura e impulsaron la educación superior universitaria y técnica (Aristizábal, 2012, p. 30), y aunque fue un proyecto inacabado rindió sus frutos entre algunos jóvenes que comenzaron a tomar protagonismo.

De esta manera, tenemos entonces una serie de factores que fueron confluyendo en el país para que la juventud se posicionara como un actor público de relevancia: un escenario de movilización ciudadana, su ampliación demográfica, la urbanización y el fortalecimiento del sistema educativo.

Pero como la realidad del país no se explica por sí sola, sino que se encuentra inserta dentro de un panorama regional latinoamericano y mundial, es importante destacar que estas influencias también se vieron manifestadas en la realidad colombiana, en donde sería importante destacar el auge de dos elementos que resultan fundamentales para comprender el caso local. Por un lado nos encontramos que durante los años 80 se establece un fortalecimiento de las ciencias sociales en la región, que no serán de menor importancia en la intro-

ducción práctica de ideas asociadas a las izquierdas, transformando el vínculo y compromiso con las comunidades.

Por otro lado, se comienza con la introducción de un consumo cultural más global y cargado de nuevos referentes; los modelos aspiracionales cambian y los agentes discursivos se desplazan de mando; se comienza así un camino de laicización de la sociedad y los referentes de las nuevas generaciones comienzan a orientarse, principalmente, desde un modelo economicista: el “hacer plata”. Es importante destacar que no se reemplazan por completo elementos como la religión, que para la sociedad colombiana es tan fundamental, pero esta se comienza a replugar lentamente para dar paso a una visión más cuantificable de la vida.

Y pareciera que estas dos situaciones son contradictorias, unos jóvenes que se vinculan y se comprometen con su contexto e intervienen en él y otros que se desvinculan, pero esta será la realidad heterogénea que irá marcando la pauta generacional en Colombia y que se manifestó de manera clara en Itagüí como se verá a continuación.

Los jóvenes políticos-culturales y su compromiso con Itagüí

Son abundantes las investigaciones que resaltan las iniciativas de movilización ciudadana en el municipio en los primeros años de la década de 1980, donde se destaca la organización y contundencia de sus acciones; el compromiso político de sus impulsores y la participación de múltiples actores sociales. En este aspecto destacan los tan mencionados *Paros Cívicos* de 1982 y 1983, impulsados a raíz de la lucha por el agua e insertados en un “panorama de pobreza generalizada, altas brechas sociales y la mayoría de las necesidades básicas insatisfechas” (Morales, 2018. p. 142).

En este escenario los trabajos precedentes destacan el protagonismo de las mujeres como uno de los principales motores de organización civil y de líderes comunitarias que acompañaron dicho proceso. Sin embargo, a la hora de rastrear información al respecto

se evidencia que los jóvenes, los niños y niñas también representaron un insumo fundamental para impulsar los reclamos realizados durante los paros cívicos, en donde los jóvenes universitarios representaron un impulso significativo, así lo expresa Jorge Morales, estudiante de Historia de la Universidad de Antioquia por estos años:

los jóvenes de esa época estuvimos muy metidos en las corrientes ideológicas que surgieron a raíz de esas contradicciones que veíamos, acá había el sector del Partido Socialista de los Trabajadores conocido como trotskista, estaba un movimiento que en ese momento estaba en auge, que era el PCML (Partido Comunista Marxista Leninista) Un sector muy importante, muy grande de la juventud, sobre todo formada o que estaba incluso en proceso de formarse, estaba muy comprometido con esas fuerzas políticas. Porque también una característica de los 80 son el descrédito, que sigue como creciendo, pero que en esa época era como un descubrimiento, el descrédito de los partidos tradicionales. que no habían resuelto el problema del agua en Itagüí, que no tenían suficientes colegios para una población que cada día crecía, el crecimiento urbanístico, sin zonas de recreación (Jorge Morales, comunicación personal, 9 de julio de 2025).

De esta manera se comienza a ver el compromiso de los jóvenes con el contexto político, un contexto igualmente marcado por discursos de estigmatización hacia quienes simpatizaban con las ideas de izquierda, pues, como se dijo, durante estos años se dio un fortalecimiento tanto de los movimientos cívicos como de los grupos armados-revolucionarios, por lo que en muchas ocasiones eran vistos como sinónimos (Morales, 2025), generando entonces que sobre los jóvenes recayeran una serie de persecuciones por parte del Estado, como la represión violenta de la policía y el ejército, y la judicialización como actos aleccionadores que buscaban contener las protestas.

Pero, pese a esto, la respuesta fue una consolidación de su presencia y participación en el escenario político y social a través de múltiples herramientas como la cultura y la vinculación con sus comunidades. De esta manera se logra observar en algunas fotografías de la época, donde se identifica que los jóvenes son quienes están al frente de las movilizaciones, llevando pancartas, gritando y reclamando el cumplimiento de sus exigencias:

Figura 1

Jóvenes participando de las movilizaciones del Paro Cívico de 1983. [Fotografía]. (1983). Archivo Centro de Historia de Itagüí, Itagüí, Colombia.



Figura 2

Jóvenes bachilleres movilizándose. [Fotografía]. (1987). Archivo Biblioteca Diego Echavarría Misas, Itagüí, Colombia.



La participación de los jóvenes que se observa en estas fotografías también se puede explicar cuando comprendemos que las alternativas de socialización por estos años eran limitadas, realmente no se contaba con espacios públicos destinados para su encuentro y dispersión, más allá del Parque Principal, el Parque Obrero y algunos bares situados a sus alrededores, este último que desde su inauguración en 1940 se convirtió rápidamente en un espacio para “la recreación, el arte, la formación de ciudadanos y el fortalecimiento de la democracia” (Osorio, 2018, p. 58) pero siempre desde una visión muy adultocéntrica, que poco priorizaba los gustos e intereses de los más jóvenes.

También la falta de planificación urbana de Itagüí contribuyó a este panorama de poca oferta de espacios públicos y de ocio, pues su acelerado crecimiento demográfico se vio manifestado en un poblamiento desorganizado de los barrios, y como lo expresa Amantina Osorio (2018) “la industrialización poco se vio reflejada en mejoras o programas sociales, culturales o de infraestructura” (p. 85), de ahí que una de las mayores insatisfacciones de los jóvenes y la sociedad en general fuera contra la administración pública, de la que poco recibía más allá de la represión y el cobro de impuestos.

Frente a estas tensiones la juventud, como se ha visto, no se quedó quieta, sino que por el contrario, también encontró en el arte y la cultura una posibilidad para reconstruir sus identidades a través de espacios creados por ellos mismos, como una manera de atender el déficit de espacio público y oferta institucional. Estas iniciativas se pueden rastrear ya desde finales de la década de 1970 y podría decirse que en estos años se inaugura la vida juvenil en Itagüí con el impulso de la cultura, los parches, los primeros universitarios del municipio y, principalmente, con un evento que sería de una trascendencia gigante: el Octubre Cultural (Rodríguez, 1997).

Hablar del Octubre Cultural en Itagüí es hacer memoria de un progreso cultural y político que trazó las bases para el sucesivo desarrollo social e identitario del municipio, aunque podría decirse que su permanencia fue corta, pues sólo contó con 5 versiones entre

1978 y 1982, las huellas de su legado se manifestaron de manera permanente durante las décadas sucesivas siendo la semilla de procesos culturales y sociales que se impulsaron a lo largo de todo el territorio y de muchos años. Pero es importante entender el Octubre Cultural como el encuentro de múltiples procesos juveniles que ya se venían gestando en Itagüí como lo son los clubes juveniles y la conciencia política que les acompañaba.

De esta manera los legados históricos del Octubre Cultural se observan en acciones como el Día Internacional de la pereza, Inaugurado en 1985 (Duque y Rojas, 2009) que pueden ser entendidas como acciones orientadas a ampliar la visión de las personas frente a sus realidades a través de la cultura y que, en cabeza de los jóvenes, representaba una crítica y una ruptura contra el modelo de modernización basado en la mera industrialización, pues una de sus banderas principales era el derecho al ocio.

Entonces estamos hablando de sectores muy importantes de la juventud en la década de 1980 que en Itagüí se vinculan con causas políticas y culturales. Aunque hubo acciones como los paros y los grandes eventos que ocuparon el ojo público de manera más clara también es importante resaltar que en los barrios y las veredas se desarrollaban proyectos de menor alcance pero que se insertaba dentro de este contexto de alta actividad juvenil; en donde los espacios de socialización creados por y para los jóvenes son uno de los insumos principales para su construcción identitaria, así se observa en un recorte de revista a propósito de la influencia del Octubre Cultural en el barrio San Pío:

Durante finales de los 70 y principios de los 80, fue importante la influencia del Octubre Cultural, evento de especial trascendencia para el municipio, en lo que se refiere a la apropiación de los espacios y la creación de expresiones culturales, organizadas por el club juvenil. Muchos de los padres de hoy, recuerdan con nostalgia su paso por los grupos juveniles, tales como: “Los Chukaron”, “Los Pioneros”, “Las Danzas Bitagüí”, “Las Danzas JC”, y a nivel deportivo, el equipo

de fútbol “Los tupamaros”, que se sostenía a punta de bailes y otras actividades (Martínez, 2006).

De igual relevancia para los jóvenes fueron los espacios privados para la cultural impulsados por los teatros que había en el municipio y la biblioteca Diego Echavarría Misas -DEM-, muy recordados por muchos y que contribuyeron de forma significativa a este contexto de la vida juvenil y en variadas ocasiones ejercieron como un refugio a la hostilidad del contexto, la cual cada vez les era más violento. Los teatros Caribes, Joci, Méjico y la Biblioteca DEM fueron lugares en los que muchos tuvieron su primer encuentro con las artes y las letras, como lo expresa Viviana, usuaria de estos espacios en su juventud:

En mi época no había tanta oferta cultural para los jóvenes y mientras otras jóvenes iban como a parchar a fiestas o a juntas lo mío era el cine. Yo empecé a ir a la Biblioteca y al Teatro Caribe a frecuentarlos, a leer y al cine club. Y yo pienso que eso siempre fue como mi refugio, los libros y el cine (Viviana Yepes, comunicación personal, 2 de julio de 2025).

Con estas palabras Viviana muestra un panorama en el cual la oferta de esparcimiento para los jóvenes va siendo cada vez más amplia, tanto por las iniciativas propias como por algunas iniciativas privadas, donde el Estado y la municipalidad siguen estando muy ausentes, al menos en las memorias compartidas en las entrevistas. Sin embargo, no todas las juventudes eran políticas y culturales, muy por el contrario otros sectores amplios estaban vinculados con dinámicas más orientadas y ligadas a la violencia que por estos años se adueñaba de Itagüí y estos jóvenes también desarrollaron sus propias dinámicas y espacios de socialización.

El narcotráfico y la violencia llegan y los jóvenes quedan en el medio

El narcotráfico para la historia de Colombia ha sido un condicionante de la vida cotidiana que se instauró de manera progresiva durante las últimas décadas del siglo XX, entre sus condiciones de posibilidad pueden ser rastreadas situaciones como un estado débil azotado por la violencia de múltiples frentes que quedó desbordado ante la complejidad y amplitud de los actores armados y violentos; y una economía global propicia para la expansión del mercado de las drogas, que desde la década de 1960 se posicionaba como una fuente significativa de negocios ilícitos tanto para Colombia como para diversos países de América latina (Cruz y Rivera, 2008).

Adicional a lo anterior, se identifica como una razón de peso el contexto desigual y de pobreza en el país, que se exponía de manera clara en Itagüí, como que ya se ha mencionado, en donde las economías ilícitas supusieron una ventana de oportunidades para quienes no lograban insertarse dentro de los mercados legales, pues realmente las oportunidades eran limitadas. En este panorama los jóvenes se vieron principalmente permeados por la llegada y la consolidación del narcotráfico y su violencia, cómo lo expresa de manera clara Jorge Morales:

Empieza a surgir un grupo de jóvenes ligados a economías delictivas, que inclusive no sabían porque no estaba claro en la época de que el narcotráfico era delincuencia, era una forma de trabajo. Entonces se empezaron a meter un grupo de pelados muy cercanos a la droga, muy cercanos a la acción, con muchas ganas de conseguir dinero fácil, de tener su moto, de tener mujeres (Jorge Morales, comunicación personal, 9 de junio de 2025).

De esta manera los barrios del municipio comienzan a hacer foco de dichas actividades en donde los jóvenes que no encontraban un lugar propio para sus intereses, o que simplemente no se veían atraídos por las acciones alrededor de la política y la cultura, se convierten en partícipes del narcotráfico. En su texto, Emilio Restrepo expone cómo las esquinas y cuadras de los barrios eran dinamizadores de esta nueva realidad, pasan de ser lugares de encuentro diario y confluencia en donde se fueron creando vínculos a través de acciones como encontrarse para escuchar música como la salsa y el rock, jugar “cotejos” de fútbol o simplemente parcharse a hablar entre amigos y vecinos, para ser lugares en donde se fueron gestando combos y bandas delincuenciales impulsadas por los dineros del narcotráfico (Restrepo, 2007, p. 118).

Estos lugares que propiciaban los barrios eran vistos como el primer espacio de socialización, muchos crecían con las mismas personas, iban a los mismos colegios y se parchaban en las mismas mangas, en los escasos parques y canchas que había, pero con la llegada del narcotráfico y con las nuevas dinámicas de socialización la oferta de ocio se fue ampliando, ya no era necesario ir a Medellín, como durante muchos años pasó, sino que Itagüí ya tenía sus propios bares, cantinas y heladerías, las mismas que se vieron beneficiados por los negocios ilícitos.

Algunos de los espacios más recordados son Nebraska, Les Champs, Claro de Luna, la Gurupa, Taraomara y Pibijai, lugares en los que músicas como la salsa y el rock se escuchaban con frecuencia y fueron generando un ambiente de fiesta y esparcimiento. También fueron muy importante las fiestas que se realizaban en las casas de algunos jóvenes, todos estos espacios se presentaron en un contexto de alta efervescencia juvenil, pues ante la creciente circulación de los dineros, el ocio y el disfrute se fue creando un panorama común de lo cotidiano.

Pero no todo fue fiesta, rápidamente lo que parecía una bonanza juvenil se transformó en un ambiente de hostilidad, tensiones

y muertes. Los bares y heladerías que en un principio sirvieron para conocer los primeros amores y crear amistades, se convirtieron en centros de negociación mafiosa; las cuadradas en las que se criaron generaciones enteras se tornaron en centros de disputas y conflictos; las calles para la movilización política y cotidiana ahora eran espacios para el sicariato y la muerte, y una vez más la juventud quedó en una encrucijada social que no daba tregua y que no hizo nada más que complejizarse en la década de 1980 y recrudecer en los 90.

Según cifras presentadas en periódicos como *El Colombiano*, finalizando los años 80 “en Itagüí los homicidios se cometen principalmente por personas entre los 16 y los 30 años” (Montoya, 2022, p. 451) dando muestra de lo preocupante del panorama juvenil por estos años que pese a los espacios ganados y la modernización aparente que se experimentaba en términos culturales y políticos, no fue suficiente para hacerle frente a la violencia y el narcotráfico, por el contrario sólo sirvió para contribuir a las subjetividades en emergencia e inestables que se evidenciaban en Itagüí.

Es importante en este punto hablar sobre la experiencia juvenil de las mujeres, porque si bien en el ámbito cultural y político se puede decir que hubo una participación activa, aunque no igual que la de los hombres como se evidencia en las fotografías, cuando hablamos de la violencia y el narcotráfico los efectos sobre ellas fueron diferenciados, pues mientras los hombres están relacionados con los negocios ilícitos, la fiesta y el sicariato; las repercusiones que tuvo este contexto en las jóvenes se evidencia más en situaciones de violencia sexual, vicaria y económica.

Sumergidas en un contexto que ya de por sí es profundamente misógino, el narcotráfico supuso para las mujeres todo un entramado de violencias que socavó su subjetividad y significó un limitante para su desarrollo personal, pues derivado de dicha dinámica se comenzaron a presentar experiencias en donde los hombres, como lo expresó Morales, ya veían a las jóvenes, incluso algunas niñas, como objetos de consumo y propiedad. Y aunque eran partícipes de las fiestas y los

escenarios de disfrute su presencia estuvo mediada por esa visión depredadora que los hombres de todas las edades depositaron en ellas.

De esta manera, muchas de ellas vivieron situaciones de embarazo adolescente, prostitución o drogadicción, que depositó en sus cuerpos un proceso que en lo sucesivo se conocería como la *narcocultura* (Wilches, J., Sierra, H. F. G., & Ramos; 2024, p. 152). Además, es necesario resaltar que la situación de las reducidas alternativas económicas también afectó de manera significativa a las mujeres, por lo que el narcotráfico supuso para ellas una alternativa a sus contextos cotidianos de violencia y desigualdad. Aunque de ninguna manera esto eliminó su agencia subjetiva, sí significó una limitante gigante en su etapa juvenil, que en los años posteriores siguió permeando sus vidas.

La década de 1990 y la institucionalización de la juventud

La entrada de la década de 1990 para Colombia representa un periodo paradójico en su historia, pues mientras el país inauguraba una nueva constitución en 1991 que introducía una serie de nuevos derechos ciudadanos, el país se encontraba sumido en una espiral de violencia sin precedentes; el recrudecimiento del Conflicto Armado seguía poniendo al Estado en jaque con la violación sistemática de los derechos humanos, y el conflicto que por durante muchos años se creyó aislado de las ciudades se instauró de manera contundente en ellas.

Y si bien ya desde la década anterior los entornos urbanos eran escenario del conflicto, en los 90 se vivió una de las peores etapas de violencia y conflictividad que encontró en las ciudades un escenario propicio para su desarrollo, ya no solo eran las guerrillas, el narcotráfico y el Estado los portadores de la violencia, sino que también se sumaba el paramilitarismo en este abanico de actores para generar un ambiente complejo que ponía en emergencia constante a la población. Por estos años es entonces que Itagüí comienza su camino a convertirse en el municipio no capital más violento de Colombia (Montoya, 2022, p. 37).

Los efectos de esta violencia en el municipio se manifestaron en una serie de estigmatizaciones sobre sus habitantes, ser de Itagüí era visto como sinónimo de bandas criminales, delincuencia común, pillaje y drogadicción, donde los jóvenes eran el principal objeto de dichos prejuicios, más cuando tenemos en cuenta que ya para 1995 el homicidio era el delito más común entre los jóvenes y estos no solo eran los portadores de la violencia, sino también sus principales víctimas, pues el asesinato juvenil era una problemática latente y en promedio 32 jóvenes (en su mayoría hombres) eran asesinados cada mes solo en Itagüí (Montoya, 2022, p. 46).

En medio de este panorama las respuestas que se dieron fueron múltiples y desde diferentes sectores de la sociedad. Por un lado, las promesas de la Constitución Política de 1991 atendieron la problemática desde una visión más estructural, teniendo en cuenta que esta problemática no era exclusiva de Itagüí, sino que era una constante en todo el territorio nacional, creando de esta manera una serie de instituciones e introduciendo lo que sería llamado como los derechos de segunda generación, conocidos como los derechos sociales y culturales, que comprometían a los municipios a intervenir de manera focalizada en poblaciones en situaciones de alta vulneración de sus derechos como lo eran las mujeres, los niños, niñas y adolescentes, esto por medio de programas sociales, culturales y de recreación.

De esta manera la administración municipal quedaba comprometida a planear y ejecutar acciones orientadas a atender las problemáticas sociales más apremiantes, pero la realidad fue muy distante. Frente a las cifras de violencias de 1995 ya expuestas, la administración, en cabeza del Consejo de Seguridad decide decretar un toque de queda para los menores de edad, que recordaba a los días del *Estatuto de seguridad*, el cual antes de intervenir la raíz del problema solo atiende, y de manera parcial, sus síntomas. Esta medida se instaura argumentando una aparente baja en los homicidios pero sin crear verdaderas alternativas para los jóvenes.

Solo a finales de ese mismo año se crea un programa de “libertad asistida para jóvenes” a través de acompañamientos psicosociales para los jóvenes y sus familias con el fin de prevenir las causas de la delincuencia, pero más que un programa de prevención este funcionaba como una medida paliativa, porque realmente se focaliza en el trabajo con quienes ya se encontraban en procesos judiciales o habían tenido un antecedente de delincuencia (Montoya, 2022, p. 47). Acá salta entonces la pregunta por los proyectos sociales, culturales y de recreación que la constitución exigía implementar ¿Dónde estaban?

Según las fuentes consultadas existen varias iniciativas administrativas en este sentido y un número mayor de propuestas ciudadanas, herederas de las movilizaciones políticas y culturales de la década anterior. Con relación a las propuestas de la municipalidad en los deportes y la recreación se crean distintas instancias administrativas para su impulso, como se evidencia en el siguiente recorte de periódico:

Durante las décadas 70 y 80 y hasta el año de 1991 funcionó plenamente la Junta Municipal de Deportes. Hacía el año de 1992 se liquida la Junta Municipal y nace la idea de un nuevo plan estratégico y por decisión administrativa se crea el Departamento de Deportes, adscrito a la Secretaría de Educación. El 1 de enero de 1995 se crea por decreto de la Alcaldía la Secretaría para el Deporte y la Recreación de Itagüí. En el Año de 1996 se crea el Instituto para el Deporte y la Recreación de Itagüí, este instituto funciona durante cuatro años hasta que por acuerdo municipal se liquida y se crea nuevamente la Secretaría para el Deporte y la Recreación (García, K. (S.F). Una historia que apasiona (parte 2). *El Itabueno*).

Con este fragmento podemos observar el recorrido de la institucionalización del deporte en Itagüí, donde se crean secretarías, departamentos, oficinas, direcciones e institutos para potenciar y fomentar

el deporte en el municipio. Sin embargo, también se logra observar que la creación permanente de estos organismos institucionales y su falta de continuidad en los procesos dan muestra de una debilidad administrativa que se evidencia en la deficiencia de la oferta.

Lo anterior se puede contrastar con las memorias compartidas por Juan Carlos Marín, joven del barrio Balcones de Sevilla por estos años:

En ese tiempo no había la accesibilidad así como hoy. Digamos por ejemplo, la escuela de fútbol hace años era para gente de estrato alto, si había los sitios, infraestructura sí la había escasamente, pero no había la organización, no había quién apoyara esa infraestructura, si no que era hagan cancha y ellos verán si juegan, pues como le digo, en ese tiempo la administrativa mantenía muy alejada a la juventud (Juan Carlos Marín, comunicación personal, 29 de julio de 2025).

Por otro lado, las iniciativas ciudadanas y juveniles tampoco se hicieron esperar, y aunque atrás habían quedado los años de las movilizaciones y gran involucramiento político, ya se contaban con un escenario cultural y juvenil bastante consolidado, en donde para esto años, ya se tenían registrados alrededor de 90 agrupaciones juveniles (Betancur, 2021, p. 156), que fueron posible sistematizar gracias al programa piloto de Clubes Juveniles, ejecutado por el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.

Y es de esta manera cómo la juventud se comienza a institucionalizar, pues son cada vez más los entes del Estado, nacional, departamental y local, los que comienzan a impulsar iniciativas que tienen como protagonistas a los jóvenes. El apoyo recibido a sus iniciativas se comienza a materializar, aunque de manera lenta, en diferentes proyectos, ya no solo son propuestas independientes auto-gestionadas sino que se comienza a experimentar un flujo de dineros públicos para impulsarlas.

Itagüí comienza a ser escenario de festivales como el Festival de Teatro de Itagüí en 1993 y Festival Zanquero en 1995 (Betancur, 2021, p. 150) ambos eventos impulsados por la escena teatral del municipio que por estos años era muy fuerte y que vio al teatro como un medio para atraer jóvenes a las orillas del arte en una época marcada por la violencia. Pero, al igual que como sucedió en el ámbito deportivo, la falta de continuidad del apoyo estatal se vio reflejada en las artes y la cultura, pues estos festivales no contaron con ayudas sostenidas y al comenzar la siguiente década se les disminuyó el apoyo o simplemente ya no recibieron recursos.

El proceso de institucionalización de la juventud también se vio reflejado en otras iniciativas como la creación de la Secretaría de Juventud en 1993 y la Casa de la Juventud en 1996, de las cuales no se logró rastrear mucha información, pero que se enmarcaron en el contexto de las obligaciones constitucionales junto con proyectos como la prevención de la inserción de los jóvenes a la violencia con programas como “libertad asistida” que se siguió implementando durante toda la década, campañas de prevención del embarazo adolescente y la drogadicción, así como con la oferta de cursos y talleres de artes y oficios y el impulso de algunos clubes deportivos.

Sin embargo, la efectividad de los programas institucionales queda corta frente al panorama que se evidencia al finalizar la década de 1990. Con la entrada a la nueva década las tasas de homicidio no disminuyeron, pues para el año 2001 se contabilizaban alrededor de 20 pandillas juveniles según el diagnóstico realizado por la Corporación Región entre los años 1997 y 1997 (Montoya, 2022, p. 54). Frente a la drogadicción las cifras resultan alarmantes, pues para el año 2000 26% de los estudiantes de bachillerato en el municipio consumían algún tipo de droga o sustancia psicoactiva y quedan por rastrear, en este sentido, las cifras de embarazo adolescente y demás indicadores de la vida juvenil.

La consolidación del ambiente juvenil en Itagüí

Más allá de la institucionalización estatal, que por lo demás fue bastante limitada y deficiente, en la década de 1990 la juventud, no solo de Itagüí si no de manera generalizada, se inserta dentro de un proceso de globalización, las dinámicas de consumo cultural se atomizan y las referencias se multiplican gracias a la masificación de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación (Feixa, 2018, p. 97), es el momento de las subculturas urbanas, que ya con anterioridad muestran sus signos de llegada pero que en esta década se masifican e influyen de manera clara en las subjetividades juveniles.

Para estos años era cada vez más común ver por las calles del municipio personalidades ligadas al punk, el metal y el skate como muestra de esa diversificación. De la mano de esta experiencia se comenzó entonces un proceso de resignificación de los espacios, como lo expresa Juan Carlos Marín:

Todos nos hacíamos en unas canchas y había ciertos pedacitos para cada grupo, ¿cierto? Unos se hacían acá, los otros allá, no revueltos, a un lado los del punk, en otro los que les gustaban las motos con sus novias y nosotros montamos skate por ahí. Mas sin embargo, todos nos distinguíamos y nos conocíamos. Porque somos personas del mismo entorno, sino que tienen diferentes tipos de culturas y géneros, de muchas referencias, digamos que les gusta músicas diferentes (Juan Carlos Marín, comunicación personal, 29 de julio de 2025).

Esta dinámica juvenil de los años 90 permitió que los jóvenes de la época lograran ampliar su perspectiva del mundo más allá de los límites municipales y, si bien siempre había estado presente el flujo permanente entre Itagüí y los demás municipios del Área Metropolitana dada la baja oferta que ha tenido históricamente el municipio, por estos años desplazarse a otros lugares ya no solo estaba mediado por la necesidad sino que comenzaba a estar impulsada por la ampliación

y diversificación del mundo juvenil que supuso la década de 1990.

Lo anterior puede explicarse desde varios fenómenos a los que se estaba atendiendo. Por un lado, y como lo exponen varios autores, “el conflicto armado no permitió en muchos momentos el intercambio y la cooperación entre algunos barrios del municipio” (Osorio, 2018, p. 119), eran los días de las fronteras invisibles y transitar entre el municipio era cada vez más una actividad de alto riesgo, por lo que desplazarse fuera de él se convertía en la solución. También se puede agregar que comienza a existir cierto agotamiento de los espacios, pues la experiencia subjetiva de la juventud exige la novedad y habitar los mismos espacios e interactuar con las mismas personas se convierte ya en una situación poco estimulante para los jóvenes.

Es importante destacar en este punto la influencia que desempeñaron los grupos de teatro como Cenizas, pues ellos jugaron un papel dinamizador entre las redes que se dieron con otros municipios, generando un ambiente de intercambio de ideas y proyectos (Betancur, 2021, 147), posibilitando la ampliación de nuevos intercambios y potenciando la experiencia individual. También por estos años el Parque Obrero se comenzó a posicionar como un espacio de encuentro para los punkeros y metaleros, donde, pese a la realidad violenta del municipio, comenzaron a llegar jóvenes de Medellín y otros municipios a socializar desde sus gustos musicales y posturas políticas alternativas.

Otros espacios también emergieron desde estos propósitos, como el Parque del Artista, inaugurado en 1993. Es así como se puede evidenciar de qué manera Itagüí se inserta dentro de un proceso de modernización social y cultural al margen de lo meramente económico, de la mano de juventud que, pese a los limitantes que suponía habitar el municipio, impulsaron la renovación de sus concepciones sobre los espacios físicos y simbólicos, viendo los años 90 como un periodo de cosecha de lo sembrado en los 80 por quienes se movilizaron. La violencia nunca quedó atrás, pero la agencia juvenil creó grietas para hacer posible su experiencia.

Conclusiones

A partir de este ejercicio investigativo se logró crear un panorama general sobre la vida juvenil en Itagüí durante las décadas de 1980 y 1990, en donde su experiencia estuvo mediada por factores regionales, nacionales y locales, desde la confluencia de realidades de orden demográfico, político, cultural y social. Es así como la historia de la juventud no es posible ser entendida desde una óptica local sino que es importante ampliar la mirada para reconstruirla e insertarla dentro de dinámicas más amplias.

El panorama en el que se exponen las memorias aquí construidas da cuenta de un escenario cargado por la conflictividad social de múltiples actores enfrentados de manera cotidiana para imponer sus visiones políticas y económicas, manifestando su violencia de manera cotidiana. Pese a esto la juventud se empeñó por crear alternativas y posibilidades de futuro ante unas realidades cargadas de violencia, exclusión y desigualdad.

La movilización política y cultural de los años 80 sirvió como una muestra significativa de la agencia de la que eran dueños los jóvenes de la época, que por medio de su compromiso con las luchas sociales y su inquietud permanente hicieron posible la creación de escenarios culturales que sirvieron como la semilla para crear escenarios propios, en medio de un entorno urbano con poca oferta y una institucionalidad ausente y represiva.

Sin embargo, pese a las iniciativas que de manera permanente emergieron en el municipio para atender los intereses y necesidades de las juventudes, la violencia no se ausentó por completo y muchos fueron los que quedaron en medio de sus dinámicas. El homicidio, el sicariato y la violencia se hicieron así un panorama permanente durante estas décadas y, aunque los dineros del narcotráfico también funcionaron como impulsores de dinámicas juveniles a través de la creación de bares y lugares de encuentro, su violencia no quedó al margen, por el contrario, también permeó los lugares que en un principio posibilitó.

Frente a este escenario de alta complejidad social se contaron con algunas iniciativas estatales para atender dicha realidad, pero estas se quedaron cortas ante la magnitud de los problemas. Queda entonces como tarea indagar y profundizar en otros aspectos de la vida juvenil que por la limitación de las fuentes y las memorias compartidas no fue posible exponer, como por ejemplo el papel de las mujeres en los procesos de movilización y actividad cultural, así como su participación dentro de los entramados del narcotráfico.

Otros aspectos de la vida juvenil que sería importante explorar en futuros trabajos es sobre el papel de los jóvenes trabajadores y los jóvenes que tuvieron que emigrar hacia otras ciudades o países fruto de las pocas alternativas que existían en Itagüí, entendiendo a éste como un lugar de exclusión para la juventud.

Finalmente, con este trabajo fue posible identificar que la juventud jugó un papel fundamental en el proceso de modernización social, cultural y política del municipio, que no hubiera sido posible de otra manera y que pese a las limitaciones físicas y simbólicas que suponía la falta de espacios para su encuentro y socialización fue posible la emergencia y consolidación de la juventud como un actor social de relevancia histórica.

Fuentes primarias

Archivos y manuscritos

Archivo de la Universidad de Antioquia

Archivo Histórico de la Biblioteca Diego Echavarría Misas

Archivo Histórico del Centro de Historia de Itagüí

Periódicos y revistas

El Itabueno.

Itagüí Informa.

Orales

Marín, Juan Carlos. Comunicación personal. 29 de julio de 2025.

Morales, Jorge. Comunicación personal. 9 de julio de 2025.

Yepes, Viviana. Comunicación personal. 2 de julio de 2025.

Bibliografía

Arias Gómez, Diego Hernán. “Subjetividades contemporáneas. Dinámicas sociales y configuración de las nuevas generaciones”. *Pedagogía y Saberes* 37 (2012) 63 – 72.

Aristizábal, Magnolia y otros. *¡Tan cerca y tan lejos...! De la Revolución curricular a la Ley General de Educación: 1975-1994*. Popayán: Universidad del Cauca, 2012.

Betancur, C. (2021). Historia del circo social en Itagüí: 1990-2021. En *Historia de mi Barrio Itagüí* (143-163). Instituto Municipal de

Cultura, Recreación y Deporte de Itagüí.

Corredor Martínez, Consuelo. “Colombia: un modelo liberal para una modernización sin modernidad”. *Los límites de la modernización*. Bogotá: CINEP, 1992, 69 – 93.

Cruz, A. L. A., & Rivera, D. M. R. (2008). El narcotráfico en Colombia. Pioneros y capos. *Historia y espacio*, 4(31), 169-207.

Feixa, Carles. (2018). Culturas juveniles como perspectiva para analizar juventudes (1993-2018). *Ultima década*, 26(50), 89-105. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362018000300089>

Jiménez, A. (1997). El octubre cultural como nuevo movimiento social. Universidad de Antioquia. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10495/15435>.

López Restrepo, Andrés. “Gobierno de Julio César Turbay Ayala (1978-1982)”. Gran Enciclopedia de Colombia. Vol. 3. Dir. Fernando Wills Franco. Bogotá: Casa Editorial El Tiempo, 2007, pp.231-236.

Manzano, V. (2018) Una edad global: juventud y modernización en el siglo XX. *Pasado Abierto*, 4 (7), 55 – 76. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/pasadoabierto/article/view/2670/2769>

Montoya, N. (2022) Las Violencias en Itagüí Vistas desde los periódicos. Una realidad para recordar y narrar, 1991-2002. En *Historia de mi Barrio Itagüí 2022* (pp. 37- 62). Instituto Municipal de Cultural Recreación y Deporte de Itagüí.

Morales, J.A. (2018). Paros Cívicos en Itagüí 1982 – 1983. Manzanillo: Revista del Centro de Historia de Itagüí, 1, 139 – 158.

Osorio, A. (2018) *Itagüí, historia social y cultural 1831 – 2018*. Itagüí: Centro de Historia de Itagüí.

Reina Rodríguez, C. A. (2018). Las juventudes en la historia colombiana del siglo XIX y XX. *Revista Paginas*, 10(22), 39–56. <https://doi.org/10.35305/rp.v10i22.287>

Restrepo, E.A. (2007). Garrapateando Memorias (La esquina, la cuadra, la parla). En *Municipio de Itagüí, Premios de Cultura Ciudad de Itagüí 2006. Poesía, Cuento, Historias de Barrio* (113 – 125). Fundación Biblioteca de Itagüí.

Torres, J. F. P. (2009). La juventud: una construcción social-histórica de Occidente. *Revista Guillermo de Ockham*, 7(2), 75-90.

Wilches, J., Sierra, H. F. G., & Ramos, R. L. V. (2024). Brechas de género y gobernanzas criminales del narcotráfico en Latinoamérica. *Revista Finanzas y Política Económica*, 16(1), 151-155.

ECOS DE UNA BOMBA

Por Juan Manuel Castañeda Jiménez

Acaso: ¿la historia es única? El discurso, la verdad, el relato lo reconfiguran las voces que se invisibilizan, y son mucho más ricas de quien cuenta “una única historia, una única verdad”

...

“Al contar una historia se elabora un discurso... El discurso no es una propiedad individual, sino un campo de relaciones donde se cruzan múltiples voces”. Foucault, M.

Introducción

Colombia, desde su independencia misma, ha carecido de un proyecto real de identidad nacional. No en vano, los departamentos que conforman el país —también llamados regiones— han delineado un estilo y sello propio en sus habitantes generando un mosaico cultural diverso, pero también fragmentado. El país nunca ha sido homogéneo, mientras unas regiones se consolidaban alrededor de economías cafetaleras o ganaderas, otras crecían a la sombra de la minería, el comercio o la industria. Esta falta de cohesión ha abierto fisuras históricas que, en lugar de cerrarse, han sido explotadas por distintos proyectos políticos y actores armados.

Las violencias han acompañado al país como un sustrato constante. Desde luchas entre centralismo y federalismo, hasta la llamada Regeneración en el siglo XIX, pasando por las guerras bipartidistas y el periodo de La Violencia en el siglo XX con el inicio de las guerri-

llas, los colombianos han visto cómo el poder se disputa con sangre y cómo el Estado, incapaz de integrar sus regiones bajo un proyecto común, se fragmenta aún más. A mediados del siglo XX emergieron actores insurgentes que buscaron capitalizar ese descontento social, pero su lucha, lejos de unificar, se convirtió en un nuevo capítulo de confrontación armada.

En este contexto de ciclos interminables de violencia,³ el narcotráfico irrumpió como un actor violento inesperado en la segunda mitad del siglo XX, especialmente entre los años 80 y 90. A diferencia de los partidos políticos tradicionales o de las guerrillas, los carteles de la droga no solo usaron la violencia como medio de presión, sino como espectáculo de poder: bombas en calles, edificios, aviones, centros de comercio y barrios. Además, la violencia dejó de ser rural o periférica y pasó a instalarse en los centros urbanos. Medellín y su Valle de Aburrá, en particular, se convirtió en el epicentro de este fenómeno.

El narcotráfico no solo desató una guerra contra el Estado, también penetró sus estructuras más profundas. Hasta hoy, su influencia sigue siendo fuerte y ha calado en las altas esferas políticas, en cuerpos policiales y militares, y en buena parte del aparato institucional. Más que un actor pasajero, se consolidó como un factor estructural de la vida nacional.

Es en este marco donde se ubica la presente investigación: Ecos de una Bomba, el estudio parte de un hecho concreto: la explosión de un petardo que ocurrió un Domingo de Ramos; siendo más preciso,

3 El narcotráfico en Colombia tuvo sus orígenes en la llamada bonanza marimbera de los años 70, Sin embargo, en la década de los 80 el auge del procesamiento y exportación de cocaína transformó radicalmente el fenómeno, consolidando un nuevo actor violento que, aprovechando la fragilidad del Estado, se convirtió en un actor con una gran capacidad de influencia que a hoy sigue instaurado.

La bonanza marimbera fue el primer ciclo del narcotráfico en Colombia, caracterizado por el auge de cultivos y exportación de marihuana desde la Sierra Nevada de Santa Marta hacia Estados Unidos. Este fenómeno transformó la economía local, generó redes de contrabando y corrupción.

el 19 de marzo de 1989 en el barrio San Pío X de Itagüí, como punto de entrada para reflexionar sobre cómo la violencia que trajo este nuevo actor llamado narcotráfico transformó las formas de violencia urbana en Colombia y dejó huellas profundas en la vida cotidiana de comunidades enteras.

Ausencia de Estado-Nación: el vacío que llena la criminalidad.

La historia contemporánea de Colombia está marcada por una paradoja estructural: mientras el Estado ha buscado consolidarse como garante de derechos, seguridad y cohesión nacional, múltiples actores ilegales —especialmente el narcotráfico— han ocupado los vacíos institucionales, convirtiéndose en⁴ poderes paralelos que disputa el control territorial y también la legitimidad política y social del país.

Desde los años 80, el narcotráfico no solo se consolidó como una economía ilegal altamente rentable, fue un sistema de poder que penetró las instituciones, corrompió estructuras estatales y se arraigó en comunidades vulnerables. Como lo señala el Informe Final de la Comisión de la Verdad (2022), el narcotráfico se convirtió en un modo de acumulación de riqueza y poder que impactó de manera violenta a la sociedad colombiana y generó redes de corrupción en muchas instituciones.

Esta expansión del narcotráfico fue posible, en gran parte, por la debilidad histórica del Estado colombiano para ejercer soberanía plena sobre su territorio. La falta de presencia estatal en regiones periféricas, la ausencia de políticas públicas sostenibles y la incapacidad para garantizar seguridad y justicia han permitido que grupos armados ilegales —incluidos carteles, disidencias y bandas criminales— se conviertan en autoridades de facto. Como lo advierte ONGS como Indepaz, la ausencia del Estado ha fortalecido a los grupos ilegales, que ocupan zonas abandonadas por las instituciones y se benefician de economías ilícitas como el narcotráfico.

4 Un poder paralelo es un tipo de estructura o actor social que, sin ser parte formal del Estado, asume funciones que en teoría corresponden al poder estatal, disputándole el control, la legitimidad y la autoridad.

Esta situación no es nueva. Desde el siglo XX, Colombia ha enfrentado dificultades para consolidar un proyecto de Estado-Nación inclusivo, representativo y legítimo. La fragmentación territorial, el centralismo político, la exclusión social y la violencia sistemática han impedido la construcción de una identidad nacional cohesionada. Como lo plantea González, F (2024), el Estado colombiano ha sido históricamente débil, fragmentado y con una presencia desigual en el territorio, lo que ha facilitado la emergencia de poderes paralelos que disputan la gobernanza.

En este contexto, el narcotráfico no solo se presenta como una amenaza a la seguridad, es también un actor que ofrece soluciones donde el Estado ha fallado. En muchas comunidades, los grupos narcotraficantes proveen empleo, seguridad informal, justicia rápida y hasta obras sociales, generando una legitimidad que compite directamente con la institucionalidad estatal. Este fenómeno ha sido documentado en ciudades como Medellín, donde las bandas criminales han instaurado órdenes paralelos que regulan la vida cotidiana de los barrios.

La estrategia estatal para combatir el narcotráfico ha sido, en muchos casos, reactiva y fragmentada. Según la Fundación Ideas para la Paz, la política antidrogas en Colombia no ha logrado reducir la economía ilegal, y se ha centrado en indicadores operativos sin resultados estructurales. Esta visión cortoplacista ha perpetuado el problema sin abordar las causas profundas como la pobreza, la desigualdad y la falta de oportunidades.

Además, el narcotráfico ha mutado y se ha adaptado a los cambios políticos. En la actualidad, grupos como el Clan del Golfo, las disidencias de las FARC y el ELN operan bajo esquemas de “franquicia criminal”, arrendando territorios a bandas locales que pagan cuotas por operar bajo su protección. Esta lógica empresarial del crimen organizado ha sofisticado las estructuras ilegales, ampliando su influencia en zonas rurales y urbanas. La ausencia de un proyecto de Estado-Nación ha generado una crisis de legitimidad que se traduce en desconfianza ciudadana, inseguridad permanente y una fragmenta-

ción del poder. Asimismo, la incapacidad del Estado para responder a situaciones de conflicto ha generado la aparición de paraestados que suplantaron funciones estatales.

Narcotráfico como actor violento y poder paralelo.

Durante las décadas de 1980 y 1990, el narcotráfico dejó de ser una actividad criminal marginal para convertirse en un poder paralelo que disputaba abiertamente la autoridad del Estado colombiano. Los carteles, especialmente el de Medellín y el de Cali, no solo controlaban rutas internacionales de droga, también ejercían influencia sobre territorios, instituciones y comunidades enteras. Su capacidad económica les permitió infiltrar estructuras estatales, financiar campañas políticas, y construir redes de protección que desdibujaron los límites entre lo legal y lo ilegal.

El cartel de Medellín, liderado por Pablo Escobar, fue el más agresivo en su confrontación directa contra el Estado. A través de atentados, asesinatos selectivos y actos de terror masivo, buscó doblar la institucionalidad colombiana y forzar negociaciones que le permitieran mantener su poder intacto. Aquí, el narcotráfico no solo se convirtió en un actor violento, fue un agente de gobernanza informal, capaz de imponer normas, castigos y recompensas en zonas donde el Estado era débil o inexistente.

Este fenómeno transformó la violencia en Colombia, ya no era solo política o social, era también económica y territorial. El narcotráfico reconfiguró las dinámicas de poder, generando nuevas formas de control que aún hoy persisten bajo diferentes nombres y estructuras. La disputa por la legitimidad, por el monopolio de la fuerza y por el control de los imaginarios colectivos, convirtió al narcotráfico en un actor central en la historia contemporánea del país.

En la práctica, el narcotráfico no se limitó a ser una empresa criminal dedicada a la producción y comercialización de cocaína; se constituyó en un sistema de poder con capacidad de sustituir funciones

estatales. En barrios de Medellín y su área metropolitana, Cali y otras ciudades del país, los carteles y sus estructuras derivadas ejercieron roles de regulación social: controlaban horarios, imponían sanciones, decidían conflictos entre vecinos, brindaban “protección” y hasta patrocinaban actividades comunitarias. Esto configuró lo que varios autores denominan un Estado paralelo (Duncan, 2015), donde las funciones de coerción, justicia y hasta bienestar pasaban a depender de grupos armados ilegales.

De este modo, el narcotráfico trascendió la categoría de “delito” para convertirse en una estructura de gobernanza criminal. Según Garay y Salcedo-Albarán (2012), se consolidó una red de poder mafioso que articulaba empresarios, políticos, miembros de la fuerza pública y actores ilegales en un sistema funcional, cuyo propósito era la acumulación de riqueza y el control de territorios. Este entrelazamiento debilitó las instituciones democráticas y erosionó la confianza ciudadana en el Estado.

En los años 80 y 90, Medellín se convirtió en el ejemplo más claro de este Estado y poder paralelo. Mientras el cartel de Medellín libraba su guerra contra el Estado con bombas y asesinatos, en los barrios la presencia de sus estructuras derivaba en un orden social impuesto por la violencia. Jóvenes de sectores marginales fueron reclutados como sicarios, no solo por la promesa de dinero rápido, sino también porque el narcotráfico ofrecía un “proyecto de vida” alternativo a la exclusión (Salazar, 1990). Allí se articulaban imaginarios de prestigio, consumo y reconocimiento, que poco tenían que ver con los mecanismos tradicionales de movilidad social.

El narcotráfico también generó un impacto cultural profundo. En la medida en que sus símbolos —el lujo, el poder, la ostentación— se infiltraron en la vida cotidiana, alteraron las escalas de aspiración social. Como afirma Sánchez (2009), la “cultura traqueta” transformó la manera de entender el éxito, normalizando la violencia y legitimando prácticas ilegales como medios válidos de ascenso. Este poder simbólico fue quizás tan determinante como el militar, porque penetró

en el tejido social y reconfiguró las formas de imaginar futuro. De ahí que, estudios como el de Ocampo, H (2024), destaquen la dimensión socioeconómica del narcotráfico, evidenciando cómo la pobreza, la exclusión y la falta de oportunidades en territorios marginados han facilitado la expansión de este fenómeno.

En consecuencia, el narcotráfico no solo configuró territorios dominados por el miedo, también subjetividades moldeadas por la violencia. En barrios como San Pío X de Itagüí, el impacto de una bomba no representaba únicamente una tragedia material o humana, también era un mensaje de poder, un recordatorio de que la vida cotidiana podía ser interrumpida en cualquier momento por una guerra que no respetaba fronteras ni tiempos sagrados. Este tipo de hechos mostraba que el narcotráfico, más que un fenómeno criminal, se había convertido en un actor con capacidad de transformar la experiencia misma de habitar un barrio, de construir comunidad y de soñar un futuro.

1989

El año 1989 marcó un antes y un después en la historia contemporánea de Colombia. Fue un periodo en el que la violencia se ensañó contra el país y, en particular, contra el Valle de Aburrá, escenario principal de la guerra entre carteles de la droga. Los números por sí solos registraron 23.441 homicidios en todo el territorio nacional, de los cuales 4.443 —casi el 18%— ocurrieron en el Valle de Aburrá (El Colombiano).

Ese año quedó grabado en la memoria colectiva como un tiempo de luto constante. El asesinato del candidato presidencial Luis Carlos Galán, el crimen contra Antonio Roldán, exgobernador de Antioquia, y la muerte violenta de Pablo Peláez, exalcalde de Medellín, fueron golpes que desmoronaron cualquier ilusión de estabilidad política. Como si fuera poco, el atentado al avión de Avianca representó una tragedia nacional, que materializó una violencia desbordada que no distinguía entre combatientes y civiles.

Todo ello ocurrió en medio de la confrontación abierta entre los carteles de Medellín y Cali, organizaciones que no solo disputaban rutas de tráfico y negocios ilícitos, también el control simbólico del país: la demostración de quién tenía el poder de infundir más miedo, de paralizar la vida cotidiana y de desafiar al Estado. La violencia se convirtió en un lenguaje, en un modo de comunicación política y económica.

Además, el narcotráfico irrumpió como un actor que transformó de raíz las configuraciones del poder en Colombia. A diferencia de las violencias anteriores, ligadas a disputas bipartidistas o ideológicas, este nuevo fenómeno se movía con la lógica del dinero, del mercado y de la ostentación. No buscaba convencer, sino someter; no ofrecía un proyecto de país, sino una amenaza constante que contaminó todas las esferas, desde los barrios, hasta las más altas instancias políticas, judiciales, policiales y militares.

Por eso, 1989 no es solo un año más en la cronología de la violencia colombiana, es el año en que el narcotráfico se consolidó como un actor central de la vida nacional, capaz de rediseñar las reglas del poder, de la guerra y de la convivencia. Sus ecos todavía resuenan hoy, pues muchas de sus lógicas —la corrupción, el sicariato, el miedo, la penetración institucional— siguen presentes en la realidad del país.

El Valle de Aburrá: epicentro de una guerra urbana

El Valle de Aburrá, con Medellín como su núcleo, fue el escenario donde la violencia del narcotráfico alcanzó su punto más brutal en los años 80 y 90. Aunque la región había crecido gracias a la industria, el comercio y una clase trabajadora pujante, en cuestión de pocos años se convirtió en un territorio marcado por la sombra del sicariato, los carros bomba y la disputa a sangre y fuego entre bandas al servicio de los carteles.

El cartel de Medellín, bajo el liderazgo de Pablo Escobar, convirtió la ciudad en su fortín, desplegando una estrategia de terror

que buscaba doblegar tanto al Estado como a la sociedad. Las bombas estallaban en centros de comercios, edificios públicos, barrios y hasta en estaciones de policía, dejando como saldo no solo muertes y heridos, también una cotidianidad fracturada: salir a la calle era arriesgar la vida.

En esa misma lógica, los barrios del Valle de Aburrá vivieron la violencia de manera directa. Estos territorios se convirtieron en corredores estratégicos donde operaban bandas que respondían a las órdenes del narcotráfico. Para muchos jóvenes de esos barrios, la vida se redujo a dos opciones: trabajar al servicio del crimen o intentar sobrevivir en medio de él.

El año 1989 dejó claro que Medellín y su área metropolitana no eran un escenario marginal del conflicto, sino el verdadero laboratorio donde se ensayaban las nuevas formas de la violencia urbana. Fue en estas calles donde se incubaron prácticas que después se replicarían en todo el país: el asesinato selectivo, el reclutamiento de menores, las masacres en sitios de reunión popular, el dominio territorial mediante el miedo.

Además, como lo documenta el Centro de Memoria Histórica, Medellín fue el epicentro de lo que se conoce como la urbanización de la guerra, una forma de conflicto armado que se trasladó de las zonas rurales a los centros urbanos, y que involucró no solo a narcotraficantes, también a paramilitares, guerrillas y agentes del Estado. Esta guerra urbana fue múltiple, cambiante y profundamente destructiva, afectando de manera directa a la población civil. La ciudad se fragmentó en zonas de control, donde el Estado era apenas una sombra y las bandas imponían su ley. Los jóvenes, especialmente, fueron blanco de reclutamiento, estigmatización y muerte. Para muchos, la única forma de ascenso social era a través del crimen organizado.

Asimismo, la violencia se expresó en términos físicos y violentos. Como lo señala el informe Memorias por contar del Museo Casa de la Memoria, vivimos una Medellín sitiada, miedo y terror al

amanecer, fronteras invisibles al mediodía, limpieza social al atardecer y toques de queda para irnos a dormir.

Dentro de ese contexto, el atentado con explosivos en el barrio San Pío X de Itagüí no fue un hecho aislado, sino parte de una dinámica más amplia en la que la guerra dejó de concentrarse en blancos de poder —como jueces, candidatos presidenciales o autoridades— para expandirse hacia la vida común de los barrios. Una bomba en medio de un vecindario, en un Domingo de Ramos, simbolizaba que nadie estaba a salvo, que la violencia había decidido instalarse en la intimidad de lo cotidiano.

Banalización del mal: violencia como poder de estatus.

El narcotráfico en Colombia no solo se expresó como un poder armado o económico, también configuró un sistema cultural en el cual la violencia adquirió un carácter de prestigio social. En barrios marginales del Valle de Aburrá, convertirse en sicario no era únicamente una salida laboral, fue una manera de obtener reconocimiento, respeto y, en muchos casos, una forma de pertenencia. El “joven exitoso” ya no era aquel que ascendía en estudios académicos, industria o en el comercio, sino el que demostraba ser capaz de matar sin vacilar, de imponerse mediante el terror y de ostentar los lujos que ello conllevaba: motocicletas, joyas, armas, mujeres y una vida breve pero intensa.

Este fenómeno puede ser interpretado desde el concepto de la banalidad del mal desarrollado por Hannah Arendt en su obra *Eichmann en Jerusalén* (1963). Arendt observó cómo el funcionario nazi Adolf Eichmann, responsable de la logística del Holocausto, no actuaba por odio o ideología, sino por obediencia burocrática, sin reflexionar sobre las consecuencias éticas de sus actos. Para Arendt, el mal no siempre se presenta como monstruoso, es trivial, repetitivo, ejecutado por individuos que han renunciado a pensar críticamente. En el contexto colombiano, esta idea permite comprender cómo la violencia sistemática —ejercida por sicarios, bandas, carteles y estructuras criminales— se convirtió en una práctica normalizada, ejecutada sin

cuestionamientos morales, y aceptada por amplios sectores sociales como parte del orden cotidiano.

Además, Arendt (1963) denominó la banalidad del mal, en referencia a cómo los actos más atroces pueden normalizarse y ejecutarse no necesariamente desde una maldad intrínseca, sino desde la aceptación rutinaria de ciertas prácticas como parte de un orden. En Medellín y su área metropolitana en los años 80 y 90, la violencia dejó de ser vista como un acto excepcional para convertirse en parte de lo cotidiano. El homicidio no era únicamente una estadística: era un marcador de estatus; quien más mataba, más se imponía en su barrio.

De ahí que, la violencia dejó de ser excepcional para convertirse en estructural. En 1989, considerado por muchos como uno de los años más violentos de la historia reciente del país, solo entre marzo y diciembre de ese año, se detonaron más de 100 bombas o petardos con capacidad destructiva (BBC, 219). Estas cifras, lejos de generar conmoción sostenida, comenzaron a formar parte del discurso estadístico, deshumanizando a las víctimas y trivializando el impacto social del conflicto.

La violencia y cultura del sicariato, como describe Salazar (1990), exaltaba el prestigio del joven armado, en un contexto donde la muerte ajena era sinónimo de poder propio. Así, la vida perdió su sacralidad y el valor de la existencia humana se subordinó a la capacidad de ejercer violencia. Esto se tradujo en una generación que creció entendiendo la violencia no como un fracaso social, más bien en una oportunidad de ascenso.

La “cultura traqueta” (Sánchez, 2009) amplificó este imaginario al ligar el éxito personal con la capacidad de intimidar y destruir. Los símbolos materiales —carros, armas, ropa de marca— eran el correlato visible de un poder que se construía sobre la sangre de otros. En esa lógica, el joven sicario se convirtió en un héroe barrial, alguien que, pese a su origen de escasez, lograba acumular riqueza y respeto en cuestión de meses, aunque su vida estuviera destinada a ser corta.

Como señala Bauman (2000), en contextos de modernidad líquida, donde las certezas y los proyectos de largo plazo se desvanecen, emergen formas de identidad ancladas en la inmediatez. La violencia, entonces, no era únicamente un recurso económico, también es una manera de construir una identidad en un mundo fragmentado. El joven que mataba encontraba un sentido de pertenencia y una narrativa de sí mismo que lo diferenciaba de la invisibilidad social a la que estaba condenado por la pobreza y la exclusión.

En este sentido, la violencia adquirió un carácter performativo: matar era un acto que otorgaba visibilidad, fama y reconocimiento. Como sostiene Perea (2011), la violencia se convirtió en un capital simbólico en ciertos territorios, donde el prestigio se medía por el número de muertes o la capacidad de sembrar miedo. Esto explica por qué, en muchos barrios, los jóvenes no solo aceptaban la violencia como parte de su cotidianidad, era buscar un camino deseable.

Asimismo, la seducción de la violencia se alimentaba también de una narrativa mediática y cultural que glorificaba al narcotraficante. Como plantea Martín-Barbero (2003), los medios de comunicación jugaron un rol central en la construcción de imaginarios donde el narcotraficante era representado tanto como villano como héroe, contribuyendo a su fascinación social. La violencia deja de ser un medio y se convierte en un fin, se institucionaliza como forma de vida. El joven que mata no solo cumple una orden, construye una identidad. Como lo plantea Sontag, S (2006), la saturación de imágenes de destrucción y matanzas ha moldeado una indiferencia ante el dolor de los demás, convirtiendo el sufrimiento en parte del consumo cotidiano.

San Pío X, un barrio de historia popular.

Hablar de San Pío X, implica comprender que lo popular no puede reducirse a la pobreza material o a la marginalidad económica, sino que debe asumirse en su dimensión política, cultural y social. Lo popular, en este sentido, es la forma en que comunidades trabajadoras, muchas veces estigmatizadas y desatendidas por el Estado, se

organizan para reclamar derechos, defender su territorio y construir proyectos colectivos de vida.

En Colombia, los barrios populares han sido históricamente espacios de exclusión, pero también de agencia política y participación ciudadana. Como afirma Zibechi (2008), lo popular se configura en la medida en que las comunidades construyen alternativas propias de autogestión y de poder desde abajo, cuestionando las jerarquías impuestas por los poderes económicos y estatales. En este contexto, barrios como San Pío X representan la capacidad de los sectores subalternos de generar procesos de decisión informada y de resistencia colectiva frente a un entorno de precariedades estructurales.

Lo popular lejos de entenderse como un espacio marcado únicamente por carencias, San Pío X representa una forma de vida colectiva donde la organización, la participación y la exigencia de derechos han sido pilares fundamentales en su historia. Fundado hacia 1950 por familias que llegaron atraídas por el crecimiento económico del sur del Valle de Aburrá, San Pío X se consolidó como un barrio de vocación obrera, con fuerte arraigo religioso y comunitario. Desde sus inicios, la iglesia del sector —dedicada al papa Pío X— se convirtió en un punto de encuentro y articulación social, dando nombre al barrio y fomentando prácticas de solidaridad y organización vecinal.

Durante las décadas de 1970 y 1980, San Pío X fue escenario de múltiples procesos de participación ciudadana. Las acciones comunales, reglamentadas por la Ley 19 de 1958, se convirtieron en espacios de deliberación política, donde los vecinos se reunían para discutir necesidades, formular proyectos y exigir respuestas institucionales. Como lo documenta Morales (2018), estas organizaciones canalizaron demandas como la pavimentación de vías, el acceso al agua potable, el alumbrado público y la construcción de equipamientos urbanos.

En 1974, surgieron en San Pío X las primeras formas de organización cívica por fuera de las acciones comunales tradicionales, marcando un salto cualitativo en la participación política del barrio.

Estas nuevas expresiones ciudadanas —más autónomas, críticas y articuladas— permitieron que los habitantes del sector se vincularan a movimientos sociales, sindicatos, grupos estudiantiles y paros cívicos. Uno de los hitos más importantes fue el Paro Cívico Nacional del 14 de septiembre de 1977, donde el lema: “Venga a Itagüí antes de que se acabe”, sintetizaba el clamor popular por mejores condiciones de vida.

Y en ese Paro Cívico, hubo un tema importante que se alzaba como el culmen de estas manifestaciones por la poca atención Estatal y fue la denominada: “guerra por el agua”. Un relato cuenta que lo popular no es sinónimo expresamente de precariedad y pobreza, es lucha y organización, ya que *Rocío menciona lo siguiente:

“Acá en el barrio San Pío X y como muchos barrios de Itagüí, el agua era poca, no había alcantarillado; mejor dicho, no había nada de agua porque la poca que llegaba era sucia y nada se podía hacer con ella, tal vez lavar cosas de pisos o así, pero para hacer comida y cosas básica no, ni siquiera bañarnos en forma porque hasta la poca que llegaba tenía olores malucos (feos)... A nosotros nos tocó organizarnos, protestar de muchas formas en la Administración Municipal, y eso que nos escuchaban poco. Pero la organización y protestar argumentadamente y todos halando para un mismo lado se puede.

Vea le digo, es que ir por el agua a Pilsen, o Satexco con los baldes llenos de agua para luego traerla a la casa era un suplicio, además que no se regara en el camino porque ni los carros nos la llevaban por el camino terrible que era, pues las calles de los barrios en su mayoría estaban destapadas; eso era algo que no hay palabras para describir lo tormentoso que era, es que era horrible. Y para el que diga que las protestas no sirven, que miren cuando abran la canilla de la casa y puedan tomar agua, y digan que sí sirve y que tuvieron

un barrio parado, con vecinos (como yo) parados que abogaron por bienes básicos y necesarios, y que no se mencione que eso de protestar para qué, hoy tenemos agua, y por ‘hay derecho pavimentación de las vías (ya que protestamos por todo de una vez) porque esto parecían veredas, pues todo era destapado... Ombe, mijo, esas guerras por el agua se vio la unión, la participación de todos verdaderamente y organizarnos de una forma popular y colectiva nos restituyó derechos y nos brindó un poco de mejor calidad de vida’. (Comunicación personal, 2025).

Lo popular en este contexto, no es una categoría pasiva ni peyorativa; es una forma de organización política que se construye desde abajo, con base en la experiencia cotidiana, la memoria colectiva y la capacidad de agencia. Como lo plantea Canclini, G (1990), lo popular no debe entenderse como lo residual o lo marginal, sino como una forma de producción simbólica y política que articula saberes, prácticas y resistencias frente a los modelos hegemónicos.

San Pío X ha sido ejemplo de esa articulación. A través de convites, mingas, asambleas barriales y redes de solidaridad, sus habitantes han logrado incidir en las decisiones locales, exigir transparencia administrativa y defender sus derechos constitucionales. La participación ciudadana en el barrio no se limita al voto, se expresa en la toma de decisiones informadas, en la vigilancia del gasto público, en la defensa del territorio y en la construcción de alternativas comunitarias.

Además, el barrio ha sido escenario de formación política. Las organizaciones sociales han promovido procesos de educación popular, talleres de derechos humanos, encuentros juveniles y espacios de memoria. Esta pedagogía del territorio ha permitido que nuevas generaciones se vinculen a la vida pública con conciencia crítica y compromiso ético. Como lo señala Restrepo (1994), la acción comunal y la iglesia fueron los primeros espacios de formación política en San Pío X, donde se aprendía a deliberar, a negociar y a construir comunidad.

San Pío X, una bomba y los ecos que resuenan.

San Pío X se construyó bajo el impulso de comunidades que buscaban algo más que un techo, aspiraban a una mejor calidad de vida, a la consolidación de derechos y al reconocimiento pleno como ciudadanos. Lo que marcó su origen no fue la precariedad, más bien fue la capacidad de sus habitantes para organizarse, reclamar y resistir frente a las limitaciones que imponía el Estado. En las décadas de 1970 y 1980, San Pío X fue escenario de luchas sociales que trascendieron lo barrial. El Paro Cívico Nacional de 1977, que movilizó a miles de trabajadores, campesinos, ciudadanos y estudiantes en todo el país, tuvo eco en Itagüí y en barrios como San Pío, donde los habitantes reclamaban mejores condiciones vida, acceso a servicios públicos y respeto a derechos fundamentales. Esa tradición de protesta y organización se convirtió en el sello del barrio: lo popular entendido no como déficit, sino como una forma de dignidad y participación política.

Ahora bien, como señala investigaciones sobre Medellín en los años 80 y el nuevo actor violento llamado narcotráfico y sus diferentes variables, hubo una en particular que “sedujo” y atrajo la atención por su inmediatez en resultados, desde dinero fácil, hasta poder de ser el más “malo”. Esta fue la figura del sicario que emergió como un modelo cultural. No solo se trataba de ejercer la violencia, era encarnar un estilo de vida que combinaba el miedo con la admiración social (Salazar, 1990). En San Pío X, esta dinámica comenzó a tensionar la tradición organizativa del barrio; a la par de las juntas de acción comunal y las luchas ciudadanas, se consolidaban redes criminales que seducían a los más jóvenes con promesas de riqueza, respeto y ascenso social, aunque a costa de la muerte y la ilegalidad.

5 La figura del sicario emergió en Medellín y su área metropolitana durante los años 80 como producto del auge del narcotráfico. Jóvenes de sectores marginados fueron reclutados para ejecutar asesinatos selectivos, convirtiendo el sicariato en un mecanismo de control social y de ascenso económico en contextos de pobreza y exclusión.

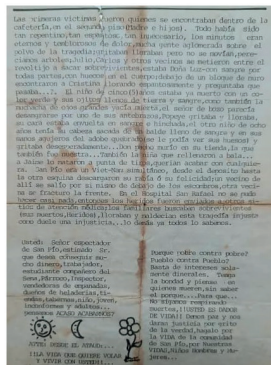
La década de 1980 el narcotráfico se extendió a todos los municipios del área metropolitana de Medellín y San Pío X no fue la excepción. Las redes criminales encontraron en los barrios un terreno fértil para reclutar jóvenes seducidos por el dinero rápido, el prestigio de ser temidos y la promesa de ascenso social a través de la violencia. En esta lógica, el respeto se medía por la capacidad de ejercer el terror, y el estatus se alcanzaba acumulando muertes, como si la letalidad fuera una credencial de poder.

En este sentido, el 19 de marzo de 1989 —Domingo de Ramos— San Pío X vivió uno de los episodios más violentos desde su fundación. Según las crónicas periodísticas de la época, un estruendo sacudió el barrio hacia las 4:30 de la tarde. Una cafetería (o salsamentaria) ubicada en la calle 31A con carrera 45A fue atacada por hombres armados que, tras disparar contra quienes se encontraban en el lugar, dejaron un artefacto explosivo con varios kilos de dinamita. La detonación derrumbó la edificación y afectó otras viviendas aledañas, dejando seis personas muertas. Ese día murieron Luz Eneida García Carmona, de 17 años; Jaime Gutiérrez Correa, de 28; Francisco José Quirama, de 52, y Claudia Quirama Quiroz, hija del anterior, de 21 años. También murió un niño de cinco años de nombre Sergio Ramos.

Además, el ataque dejó 11 heridos, entre ellos cinco menores de edad que tuvieron que ser llevado al Hospital San Rafael de la localidad, pero ante la precariedad de este fueron trasladados a Policlínica, de acuerdo con las reseñas judiciales de la época. Según los artículos de ese entonces, dos grupos de hombres que se movilizaban en un Renault 12 blanco y un Mazda de color rojo llegaron hasta el mencionado punto —donde operaba una cafetería— y abrieron fuego contra los presentes. Posteriormente los atacantes dejaron una bomba —al parecer compuesta por dinamita y abandonaron el lugar de la masacre. Momentos después el artefacto explosivo detonó. (Aunque las versiones varían porque el artefacto explotó dentro de la cafetería y hay versiones que dicen que alguien con aspecto de mujer la alojó en el baño de dicho establecimiento que también lo llamaban salsamentaria).

Lo que más conmocionó a la comunidad no fue solo la magnitud del ataque, fue el hecho de que se tratara de un barrio con características populares donde la gente se organizaba en pro de los derechos fundamentales de toda la comunidad, alejado de los “blancos” tradicionales de la guerra urbana como sedes institucionales o figuras públicas. El atentado marcó un nuevo nivel de degradación del conflicto: la violencia irrumpía en la intimidad de la vida barrial, en un día sagrado, y convertía cualquier espacio cotidiano en un posible escenario de muerte.

Testimonios recogidos en la prensa describen escenas de vecinos intentando rescatar sobrevivientes entre los escombros, cuerpos cubiertos de polvo y sangre y un silencio atónito que se mezclaba con llanto. Además, un volante anónimo repartido días después, reflexionaba sobre la tragedia como una “guerra de pobre contra pobre”, recordando que las víctimas eran, en su mayoría, personas trabajadoras del mismo barrio.



Las investigaciones apuntaron a un ajuste de cuentas entre bandas locales, en particular un grupo conocido como “Los Pitufos”, aunque nunca se esclareció judicialmente el caso.

Lejos de ser un punto de inflexión, la violencia continuó y en diciembre de 1990 la masacre de la taberna Esturpy, en el mismo barrio dejó 14 muertos, confirmando que la guerra urbana seguía instalada en el territorio, (El Colombiano: A 36 años del Domingo Sangriento del arrio San Pío X, en Itagüí).

Nota: Fuente: El COLOMBIANO, 1989.

Nota: Fuente: carta anónima.

Nota de El COLOMBIANO reportando lo sucedido en San Pío con la explosión el 19 de marzo de 1989. Y una carta anónima escrita a raíz del atentado que dejó 6 muertos y 11 heridos.

Asimismo, la explosión no solo derrumbó paredes y techos, también fracturó la sensación de seguridad que aún quedaba en la vida barrial. Los testimonios de quienes estuvieron allí son más que recuerdos, son fragmentos de una memoria colectiva que se niega a desaparecer. ⁶*Rosa y *Rita relatan los momentos previos y después de la explosión como una situación rara porque era un Domingo de Ramos, y aunque todo el país estaba sucumbido en la violencia, aún había un lado conservador de respetar fechas que se consideran sagradas. Ella relata que:

“¿Qué decir?, ¿qué contar?”

Bueno, la fecha es muy recordada porque fue en una Semana Santa; un Domingo de Ramos siendo más preciso, y nosotros (o hablo por mí y mi compañera y un poco por las casas al cuadrado donde ocurrió la bomba), fue de una afectación muy grande, de hecho, fuimos los más afectados, porque la bomba destruyó casi toda mi casa y las casas alrededor. Además, el decir, es que, para el que iba el explosivo era alguien que llegó de vivir del barrio Belén de Medellín y ya vivía un rato largo viviendo en el barrio (San Pío X). Nosotros no sabíamos de las personas para quienes iba la bomba,

⁶ Los nombres de los participantes en las entrevistas fueron cambiados para guardar su identidad. Fue voluntaria su participación, estuvieron de acuerdo y también del lugar donde sería registrada sus respuestas e impresiones. Además, se les informó que esto haría parte de un libro con acceso público llamado: Historias de mi Barrio, promovido en su conjunto por la Alcaldía de Itagüí.

pues eran personas que no se veían con cosas raras; cada quien en su cuento y sus cosas. Nunca imaginamos que algo (aunque el país y toda la ciudad de Medellín y sus alrededores si pasaba por una época dura de cuenta del narcotráfico y sus violencias), nos tocara directamente a la puerta, o bueno, a mi casa donde jamás pensé que algo así podría ocurrir.

Le cuento también, y como le dije fue en una Semana Santa, un Domingo de Ramos, cuya fecha fue el 19 de marzo (no se nos olvida por lo que trajo y ocasionó), en horas de la tarde, se escuchó un estruendo grande que trajo inmediatamente afectaciones en mi lugar de residencia y al cuadrado o manzana donde se produjo el impacto. También le soy sincera, no se sabe lo que pasó, pues donde ocurrió el lugar de explosión (si mal no recuerdo), hubo un señor que llegó una noche tarde a trastearse en ese lugar, su nombre Francisco y, dentro de todo, era una persona agradable y buena gente, también le digo que, allí en el primer piso había una salsamentaria (cafetería) y la gente se la pasaba jugando cartas, dominó y juegos de azar básicamente, pero sin hacerle daño a nadie, era tranquilo siempre el lugar. Si le digo que fue una bomba grande porque la destrucción fue total. Y fue tan grande que como le parece que las construcciones de las casas eran con adobe macizo, es decir, un adobe súper grande y grueso y esa bomba lo acabó, o acabó las construcciones con ese adobe macizo, y nos acabó las casas con ese material dizque super resistente porque en un cuadrado grande donde ocurrió la explosión, lo destruyó todo. Eso fue muy horrible y de mucho miedo”. (Comunicación personal, 2025).

Las voces coinciden en un punto: el atentado no fue solo un

acto de violencia física, fue un golpe psicológico que instaló el miedo como parte de la rutina. La calle donde estaba la cafetería se convirtió en un lugar de duelo, y durante semanas el barrio estuvo en una dinámica de calma, pero expectante de que el horror volviera a ocurrir.

*Marta comenta que al barrio llegaban personas de otros sectores de Medellín, pero como era un barrio con miras más puestas en la participación de la gente y no tanto en el foco del narcotráfico, si menciona que había una tensa calma, y que, en cualquier momento llegaba lo impensado con una bomba o un atentado fuerte, pues se sentía que los jóvenes aledaños de los barrios ya estaban con cosas raras de este mundo de violencia y dinero fácil. Además, nos relata lo siguiente:

“Nosotros (yo que le cuento), fuimos muy afectados porque nos tumbó los pisos de la casa, también alrededor donde ocurrió la bomba, y ni hablar del lugar donde dejaron la bomba que voló los tres pisos que en ese momento era la casa. Y es que, al momento de la bomba, parecía una zona de guerra porque llegaron unas personas en motos y carros y con armas largas empezaron a disparar indiscriminadamente; no me explico como allí, porque aparte de la bomba hubo entre cinco (5), seis (6) fallecidos si mal no recuerdo y muchos heridos, pero no me explico como con tanta bala porque fue impresionante el montón de bala que se dio casi que al instante de la bomba, no hubo más muertos de cuenta de esa balacera tan tremenda cuando la bomba recién detonó en esa casa que eran de tres pisos y las destruyó en su totalidad.

Y como le parece, esa bomba tan grande, y a los días, o bueno entre rumores bajos (porque no se podía hablar mucho en ese momento), es que para la persona o personas que iba el atentado no estaban; mejor dicho, la bomba eran para unas personas que no estaban, y no sé

si ellos sabían que no estaban o la colocaron pensando que estaban, o también como en retaliación de mandar el mensaje que a sus allegados, entre familiares o conocidos les tocaba la puerta de la violencia porque si no la pagan ellos, sus familiares o conocidos sí. Pero bueno, esas personas para quienes iba la bomba, a ninguno le llegó, y cuando la colaron (la bomba), el rumor es que uno de los implicados para quien iba el atentado estaba en la casa, entonces se supo que, o bueno dijeron que alguien con aspecto de mujer puso el artefacto en un baño de la casa, aunque fue del primer piso de la salsamentaria (cafetería), porque eso ahí eran tres pisos, (y es que era fácil entrar porque la casa conectaba con la salsamentaria y como todo era tranquilo dentro de todo, todos podían entrar, pedir cosas y jugar juegos de azar porque era algo grande el espacio).

Y entonces esta mujer que puso la bomba fue quien dio como luz verde para detonarla cuando salió pensando que la persona o personas para quien iba el atentado estaban en ese piso, pero resulta que no estaban, o no sé si se voló o volaron, o esa mujer vio mal, o vio como que no estaban y de la rabia y pensando que ahí habían familiares de esa persona o personas, las pagaran estos, pero no, no estaba la persona o las personas y con gran horror los otros fueron los perjudicados y quienes sus vidas pagaron sin saber si quiera del por qué, o ellos qué mal hicieron”. (Comunicación personal, 2025).

*Rocío recuerda y expresa que una explosión podría ocurrir incluso en el barrio mismo porque las bombas eran el paisaje cotidiano y el diario vivir en ese año. Quizás no se dimensionaba con tal crudeza dicho suceso, pero menciona que ya todos los municipios del área metropolitana de Medellín estaban a merced de lo ilegal, con muertes a bala y mucho caos. Además, ser los patrones de los barrios era la

consigna. Ella manifiesta el día de la explosión lo siguiente:

“La explosión fue muy fuerte, yo creo que se escuchó prácticamente en todo el barrio. De paso, esa balacera tan tremenda que hubo; menos mal, aparte de esa explosión, esa balacera que siguió inmediatamente después de la bomba no ocasionó una tragedia mayor en muertes. El humo y el olor a pólvora se despertó y demoró un rato en irse. También, otras versiones mencionan que allí había familiares para los que iba la bomba, y que esta personas o personas para quienes iba el atentado ya no estaban ni en la ciudad ni el departamento y en venganza detonaron la bomba a familiares, porque se supo que allí vivían algunos.

Muchas versiones, nada oficial porque esta es la hora que no hubo investigación, no se sabe qué ha pasado con ello y del por qué o móviles reales de aquel atentado, aunque desde mi opinión fue que el hecho estuvo marcado por personas (aunque relato que estuve afectada mucho tiempo, y que no hubo una reparación) pero personas que, sí estaban en actividades ilegales, y ante la ola tan violenta en ese momento, pagan otros que no tienen que ver nada, con quienes sí. Y cuento que, no quiero decir que me debían dar dinero por una reparación que fui afectada, pero no hubo una muestra genuina, ni por parte de las autoridades administrativas en su momento de la Alcaldía de Itagüí, ni de la policía local o la iglesia en ayudar sobre lo que nos pasó y como seguir aun con todo cuesta arriba y sin nada, porque prácticamente al cuadrado y alrededor de esa calle que destruyó la bomba, no nos dieron nada; eso mijo nos tocó rebuscárnosla por nuestros medios, y vivir en casa de familiares o amigos mientras en algo arreglábamos lo que ya habíamos comprado y empezar de cero de nuevo (porque le cuento que esa explosión, a

los afectados que eran casas en su totalidad, todos éramos dueños y propietarios de las casas ya construidas, pero que en un abrir y cerrar de ojos, se fue al piso todo y sin nada, sin ayudas de nadie)”... (Comunicación personal, 2025).

*Cristina por su parte, menciona que el barrio se convirtió en lo que vivían otros barrios del área metropolitana de Medellín, en el cual el miedo era generalizado y expectante sobre cualquier tragedia. Además, esto de la bomba no era un único suceso trágico, pues las balaceras o bombas volverían al sector en cualquier momento porque el país estaba sucumbido al terror. Dicho esto, recuerda la explosión y los días que siguieron en algo de espanto y horror, ya que, lo que vino después fue quizás más fuerte que la explosión misma, ella recuerda lo siguiente:

“Ombe, el día del suceso fue muy especial, una fecha litúrgica. Quizás las tradiciones pregonarían ante el horror que se pasaba por aquellos días en el país, pero ya no había respeto por nada. La bomba fue horrible, pero lo que siguió de ella, fue algo más duro, o no sé cómo expresarlo, porque lo que vino fue el acordonamiento inmediatamente de la policía, ejército, Cruz Roja, y otros organismos civiles de ayuda que estaban en ese momento. Obviamente la bomba destruyó la casa que era de tres pisos donde inicialmente la colocaron, y de paso dañó casi que el cuadrado de esa manzana con las casas contiguas. Todo era un poco de confusión, mucho humo y ruinas. De lejos se veían los cuerpos; en ese instante la escena era de asombro y miedo.

Lo que vino después fue ya toda la gente especializada de levantamiento de cuerpos, porque el día de la bomba no se pudo hacer porque quedaron cosas como endebles, y era peligroso remover algo, pues se esperó al otro día que trajeran una volqueta y

otros elementos especializados para remover lo que quedaba flojo (aunque era poco). Y ya sin riesgo de que algo se viniera encima, empezar a recoger todo, incluido los cuerpos.

Precisamente con los cuerpos y por lo que le digo que fue, no sé si peor o no que la misma bomba, pero fue difícil todo en esos días después, porque cuando estaba la volqueta y se empezó a limpiar la zona y recoger el material, además de los levantamientos de cuerpos, pues hubo entre cinco (5), seis (6), fallecidos si mal no recuerdo, los cuerpos, las partes de estos estaban en todos lados (porque esa bomba desmembró o no sé cómo llamarlo, pero voló partes de los cuerpos por todos lados). Las manos, pies, troncos de los cuerpos estaban en varias partes donde ocurrió la detonación (y no es que uno quisiera ver porque sí), es que nos tocaba ir a sacar las cosas de las casas que quedaban porque teníamos permiso, pues ya había personas amigas de lo ajeno como llamamos que se estaban llevando cosas de allí y rescatando lo que con tanto esfuerzo construimos; entonces íbamos a rescatar algo de nuestras casas.

Pero fue horrible, los cuerpos los sacaban con el mero tronco, manos por un lado, pies por otro lado, también cabezas así casi que con el tronco del cuerpo solo... mejor dicho, una explosión fuerte y con un impacto visual más fuerte (o lo digo por mí), que la misma bomba. No sé si decir que fue rápido el levantamiento de los cuerpos, pero el horror de allí fue corto (aunque varios días pasaron para recoger todo), si digo que esas escenas marcaron la crudeza de lo que pasábamos todos de cuenta de las guerras de traquetos, o narcotráfico y que nadie estaba exento por más que nuestro barrio siempre fue fiel a una participación más organizada desde la ciudadanía y reclamación de derechos". (Co-

municación personal, 2025).

Los ecos también resuenan en lo que fue la Administración Municipal de aquel entonces, pues la institucionalidad encabezada por la Alcaldía de Itagüí obligó a la comunidad a enfrentar la tragedia prácticamente sola. La explosión había derrumbado casas, destrozado negocios y dejado familias enteras sin techo, pero ni la Administración Municipal de Itagüí, ni la Gobernación de Antioquia, ni el Estado central ofrecieron una respuesta efectiva y, sobre todo, solidaria.

*Rocío hace alusión que La Alcaldía de Itagüí nunca los atendió, y aunque eran un barrio con una participación política de restitución de derechos, se entendía que la gente pasara sus días de luto en silencio y no protestando, y aunque había miedo de cuenta de esta ola violenta, el barrio se caracterizó por reclamar derechos. Este suceso recordó que la ayuda municipal no llegaría, y que en vez de protestar como en épocas de las guerras por el agua, era mejor actuar. Allí expresa que:

“La Alcaldía de Itagüí con todo esto de la explosión no hizo nada, no resolvió los requerimientos que teníamos, no hubo investigación afondo de lo que ocurrió, no nos mandaron a un lugar temporal para pasar los días mientras resolvíamos esta tragedia, tampoco nos dieron alguna ayuda, entre económica o alimentaria; solo mandó una volqueta dizque para recoger los escombros de lo que dejó la explosión, pero que al final eso era pago por nosotros porque salían en los recibos de recolección de basura; entonces: ¿en qué nos ayudaron? La verdad, en nada nos ayudaron. Lo triste es que para los recibos del impuesto predial si eran cumplidos en mandarlos, pero de ese pago de impuestos, nada vimos cuando más lo necesitamos. Tampoco la Iglesia de San Pío se pronunció, y eso que la explosión ocurrió a escasas cuadras de la Iglesia, pero ni el párroco, ni otro personal de la Iglesia se pronunció,

mucho menos hubo alguna ayuda para pasar esos días duros que trajo aquel atentado.

Nosotros como comunidad decidimos entre todos actuar por nuestra cuenta y nuestra forma; con ayuda de la Acción Comunal de San Pío, y aunque no había dinero, empezamos hacer basares, tocar puertas en diferentes empresas para que nos ayudaran con material para construcción, porque como le parece, empezaron a llegar gente de otros lugares del barrio, fuera de Itagüí, y se empezó a invadir con personas de Medellín y hasta de otros municipios... eso mejor dicho, hasta guardia nos tocó hacer para que no nos invadieran, y como eso era de nosotros, decidimos no abandonar y volver a construir donde estábamos, y aunque seguía el miedo, al final no le debíamos nada a nadie y las cosas que pasaron no eran para nosotros, aunque la violencia por la que se pasaba en aquel momento recordaba que nadie estaba a salvo, pero salir de lo de nosotros que con tanto esfuerzo hicimos no se podía dejar así no más.

Yo trabajaba en una empresa, como los otros afectados, y más hicieron las empresas en las que trabajábamos por nosotros que la misma Alcaldía de Itagüí. Las empresas nos facilitaron material, y con la ayuda de los vecinos y la Acción Comunal, empezamos de a poco a construir de nuevo lo que una bomba nos voló. Recuerdo que, la reconstrucción fue entre nosotros y los mismos vecinos, con material que llegaba de cuenta de las empresas en que estábamos, porque eso sí, las empresas donde trabajábamos se manejaron muy bien con nosotros, antes decían que era mejor construir o hacer las casas fuera del lugar del atentado porque podría volver a ocurrir algo igual, pero todos ya estábamos radicados un tiempo largo allí y fuimos transformadores

del barrio, entonces salir de algo donde ya era una casa de verdad, es decir, donde se luchó, se transformó de verdad el barrio y reclamamos derechos fundamentales no lo podíamos abandonar.

Además, el lugar también era cercano a nuestros lugares de trabajo y nuestras familias con sus otros núcleos quedaban cerca, es que todo estaba conectado y cercano. Así que, irnos no era una opción. También sabíamos que, en algún momento toda esta violencia iba parar, o bueno, a mermar porque ya se escuchaba de una lucha frontal con el narcotráfico; entonces era cuestión de tiempo corto para que todo menguara, quizás no desaparecer, pero si apaciguar un poco estos focos violentos”. (Comunicación personal, 2025).

Y es que, en Itagüí, basta recorrer un mapa para notar que muchos de sus barrios llevan nombres de santos: San Pío, Santa Catalina, San Francisco, San Gabriel, Santa María... Una herencia de la tradición católica y conservadora que, desde la época de la colonia, impregnó la vida urbana con referencias religiosas. Estos nombres evocan protección, fe y comunidad, pero la historia reciente demuestra que ni siquiera los santos pudieron blindar a sus habitantes de las violencias que marcaron al país en las décadas de 1980 y 1990.

Las calles que llevaban nombres de figuras veneradas también fueron escenario de atentados, ajustes de cuentas y reclutamiento de jóvenes seducidos por el dinero rápido y el prestigio que otorgaba la violencia y San Pío no fue la excepción. Por ello, la voz de *Ester cobra fuerza, no solo como testimonio personal, sino como reflejo de una vivencia colectiva que combina miedo, resistencia y la necesidad de seguir adelante. Ella menciona que:

“En Itagüí parece que todos los barrios son santos, o bueno, por su nombre que llevan como San Pío, Santa Catalina, San Francisco, San Gabriel, Santa

María... pero la gente no. Claro, se entiende el daño que produjo esto nuevo que lo llamaron narcotráfico y cómo a los pela'os, por dinero rápido y otras cosas, se les metía en la cabeza involucrarse con esto y hacer atentados, incluso de mucho horror como lo que nos tocó vivir con esa bomba. No había respeto por nada y la vida no valía nada. El miedo que hubo en aquellos días y años fue mucho, aunque raro porque, había miedo, también había una normalidad que la gente viviera con miedo. Yo el día de la explosión me llené de nervios; fui al baño muchas veces porque el estómago me daba vueltas, o ciertas predisposiciones mentales me las pasaba al cuerpo, y al baño iba cada que recordaba lo sucedido, también porque lo perdí todo que era mi hogar. Eso sí, agradecida con Dios porque el daño de la bomba fue material, a ninguno de mi núcleo familiar tocó la explosión... Aquí el tiempo fue clave, quizás la fortaleza de continuar, porque cruzar los brazos no se podía, y el tiempo seguía corriendo. Era cuestión de, aunque costaba, ir llevando este miedo con fortaleza y borrar con el tiempo lo que pasó. Quizás podría ocurrir de nuevo un suceso trágico, pero sin hacer nada y sin trabajar no podía quedarme, porque entonces: cómo reconstruía lo que la violencia me quitó” ... (Comunicación personal, 2025).

La investigación sobre el atentado del 19 de marzo de 1989 en el barrio San Pío X de Itagüí revela con nitidez cómo las bandas de la época estaban bajo la sombra del narcotráfico. Lo ocurrido en este barrio no puede leerse como un hecho aislado, sino como expresión de un proceso más amplio en el que la violencia urbana, el sicariato, la corrupción institucional y el miedo se convirtieron en dimensiones centrales de la vida cotidiana. El Valle de Aburrá fue el epicentro de esa transformación, un territorio donde se incubaron las formas más visibles de la violencia del narcotráfico, pero también

donde surgieron expresiones organizativas de resistencia y dignidad.

San Pío X encarna esa dualidad, un barrio popular que, lejos de reducirse al estigma de la precariedad, fue un espacio de organización comunitaria, de luchas por derechos básicos y de construcción de ciudadanía desde lo local. Sin embargo, la irrupción del narcotráfico permeó el territorio imponiendo lógicas de poder violento y arrasando a muchos jóvenes hacia un modelo de prestigio basado en la violencia, la riqueza rápida y el miedo. El atentado del Domingo de Ramos condensó esa tensión: la vida comunitaria que buscaba sostenerse frente a un fenómeno desbordante de violencia que arrebató espacios íntimos y cotidianos.

Los relatos de los sobrevivientes permiten comprender que los efectos de la violencia no fueron únicamente materiales, también simbólicos y emocionales. El miedo se instaló como parte de la rutina diaria, pero al mismo tiempo emergieron formas de solidaridad, acompañamiento y reconstrucción colectiva que muestran la capacidad de las comunidades para resistir y rehacerse en medio del dolor. En ese contexto, este episodio constituye un espejo de lo que vivió gran parte de Colombia en 1989, un año marcado por asesinatos políticos, atentados masivos y una violencia que dejó cicatrices imborrables en la memoria nacional.

Bibliografía.

Acosta Ruiz, P. (2022). Impacto del narcotráfico en la población juvenil: Comuna 4, Medellín, Colombia, 1980–2020. [vinculando.org. https://vinculando.org/sociedadcivil/impacto-del-narcotrafico-en-la-poblacion-juvenil-en-colombia.html](https://vinculando.org/sociedadcivil/impacto-del-narcotrafico-en-la-poblacion-juvenil-en-colombia.html)

Arendt, H. (1963). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*. Editorial Lumen.

Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.

BBC News Mundo. (2019, agosto 18). 1989: por qué hace 30 años Colombia vivió el peor año de su historia reciente. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-49368266>

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2019). Medellín: memorias de una guerra urbana. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/medellin-memorias-de-una-guerra-urbana/>

Duncan, G. (2006). *Los señores de la guerra: de paramilitares, mafiosos y autodefensas en Colombia*. Editorial Planeta.

El Colombiano. (2025, marzo 19). A 36 años del Domingo Sangriento del barrio San Pío X, en Itagüí. <https://www.elcolombiano.com/antioquia/atentado-barrio-san-pio-itagui-1989-antioquia-36-anos-EE26884451>

García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo.

Garay Salamanca, L. J., & Salcedo-Albarán, E. (2012). Narcotráfico, corrupción y Estados: Cómo las redes ilícitas han reconfigurado las instituciones en Colombia, Guatemala y México. *Debate*.

González, F. E., Bolívar, I. J., & Vásquez, T. (2024). *Violencia política en Colombia: De la nación fragmentada a la construcción de Estado*. Cinep.

Kan, R. (2009). *Drug trafficking and international security*. Fundación Friedrich Ebert Stiftung Colombia (FESCOL).

Morales, J. (2018). *Historia social y cultural de Itagüí: 1831–2018*. En *Manifestaciones sociales y culturales*. https://issuu.com/chideitagui/docs/itagui_-_historia_social_y_cultural/s/11340037

Museo Casa de la Memoria. (2024). *Medellín es 70, 80, 90: memorias por contar*. <https://www.museocasadelamemoria.gov.co/wp-content/uploads/2024/10/Medellin-Es-70-80-90-memorias-por-contar-1.pdf>

Ocampo, H. D. (2024). *El narcotráfico en Colombia: un análisis multidimensional*. Aula País. <https://www.aulapais.com.co/wp-content/uploads/2024/04/El-narcotrafico-en-Colombia-una-analisis-multidimensional-2.pdf>

Restrepo, M. (1994). *La acción comunal como espacio de formación política en barrios populares*. *Revista de Estudios Urbanos*, 12(3), 17–34.

Salazar, A. (1990). *No nacimos pa' semilla: La cultura de las bandas juveniles en Medellín*. CINEP.

Sánchez, J. (2009). *La cultura traqueta y la transformación del imaginario social en Colombia*. *Revista Latinoamericana de Estudios Culturales*, 15(2), 45–67.

El Triana en los ojos de mis abuelos

Por Simón López Bustamante

Presentación

El Barrio Triana, en Itagüí, es un barrio que no me permite hablar de él sin sentirlo en lo más profundo de mis fibras. Es en este barrio donde se han criado varias generaciones de mi familia y de muchas otras familias que tienen un vínculo especial con estas calles. Es por ello, que este texto se verá marcado por experiencias personales y amor por lo vivido. mucho amor por el barrio y por la vida que en él, hemos sabido vivir. Un barrio que con el paso del tiempo ha visto ir y venir muchas familias, muchos foráneos y muchas dificultades, pero nunca ha perdido su folclore.

Esto es un homenaje y un agradecimiento a todos esos soñadores valientes que supieron resistir las inclemencias de la lucha por tener una casa propia. A todos aquellos que creyeron posible su sueño y que tuvieron el valor de la paciencia. Hoy, gracias a esa paciencia, pueden gozar de lo que es vivir en uno de los mejores y más tranquilos barrios del municipio.

Pero lo realmente importante es que este trabajo es un homenaje en vida para mis abuelos. Quise valorar el ímpetu que tuvo mi abuelo para salir adelante y la fe de mi abuela que mantuvo la familia unida hasta en los momentos más difíciles. Así, como su memoria tan buena para contarme la historia de mi barrio, será la memoria de todos los que los conocieron y fueron sus vecinos durante más de cincuenta años.

Esto no será un trabajo galardonado en términos académicos, pero el premio más grande de todos será entregarles el libro impreso a mis abuelos, por que ellos me ayudaron a escribirlo. Por ellos estoy acá y por ellos me enteré de gran parte de las anécdotas descritas a

lo largo de estas eternas páginas. Eternas páginas, como mis abuelos que son y serán eternos gracias a su forma de enseñar a vivir.

INTRODUCCIÓN

A modo de introducción, desde un punto de vista que no es para nada académico, es necesario mencionar que las investigaciones, reportajes y publicaciones relacionadas a la historia del barrio Triana, no son tan abundantes ni profundas comparándolas con otros barrios del municipio de Itagüí y a mayor escala con otros territorios que están dentro del área metropolitana del Valle de Aburrá. Es por esta razón que la extensión de este texto se verá marcada por modelos teóricos de urbanismo que puedan explicar un poco las dinámicas que se han desarrollado dentro de él, ya que la información documental es escasa, por no decir que inexistente. Además de lo teórico, este es un trabajo investigativo emocional que deberá responder ante juicios de valor y memoria de los habitantes que todavía nos pueden decir poco o mucho de como es vivir en las cuadras de mi barrio. Historias de mi barrio, es entonces el mecanismo para acercarme a mi comunidad y a los relatos que están esperando ahí fuera para ser escuchados. Las entrevistas, la observación y la participación de la comunidad en este proyecto es tan importante como quien lo escribe. El Barrio, somos todos, hasta los visitantes.

Acá se pretende responder como se conformó el Triana, cuales fueron sus principales desafíos a la hora de consolidarse y de que manera sus habitantes fueron creando una comunidad fuerte y con un sentido de pertenencia rastreable en cada una de sus calles. Esta es la historia de las calles que me vieron crecer, entre el barrio San Gabriel, San Antonio, Triana y San Francisco.

Modelos de ciudad: teoría sobre cómo se conforman y transforman los barrios.

El derecho a la ciudad es una doctrina relativamente reciente impulsada por las Naciones Unidas que promueve que todos los

*seres humanos tienen derecho a acceder a una vivienda digna, bien provista de servicios públicos, y próxima a oportunidades de empleo y generación de ingresos*⁷(Murillo-2011)

Las ciudades, por todo el mundo, han seguido patrones de poblamiento. Es decir, muchas ciudades de diferentes países, ya sean grandes o pequeñas, tienen un origen similar. Ciudades y civilizaciones que han habitado en diferentes territorios y en diferentes tiempos han tenido que sobrellevar las fronteras naturales que este (el territorio) les impone.

Para el caso del área metropolitana del Valle de Aburra, se puede tomar como principal frontera natural lo que conocemos hoy como Río Medellín, que atraviesa el Valle de Sur a Norte. Desde el municipio de Caldas en el sur, hasta el municipio de Girardota, en el norte. Haciendo mucho más notorio que nuestro territorio está dividido en dos. La ladera Oriental y la ladera occidental.

En segundo lugar, pero no menos importante, es menester comprender la geografía del territorio colombiano y específicamente la de Antioquia, donde las zonas montañosas están presentes por todo el paisaje. La montaña entonces, es otro factor que condiciona la manera de vivir en Antioquia y el Valle de Aburrá no es la excepción. Los valles son áreas planas y alargadas que se rodean de montañas a lado y lado, donde el incremento en el nivel del suelo es progresivo y extenso en ambos lados del río.

No es lo mismo adaptarse a vivir en una zona plana que tener que construir y acceder a una zona montañosa donde la inclinación y la rocosidad del paisaje hace que todo proceso sea mucho más complejo. Teniendo en cuenta lo anterior, se puede afirmar que la población antioqueña, incluyendo al municipio de Itagüí, ha tenido que aprender a vivir en las lomas, a construir en lo mas alto y necesariamente transformar el territorio para que sea de mas fácil

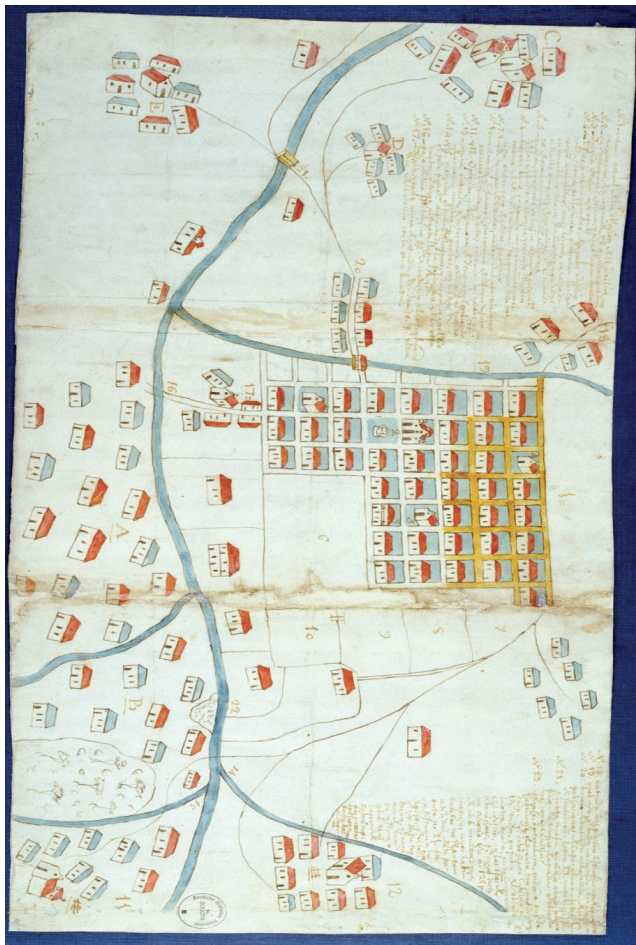
7 Murillo, F., Artese, G., & snitcofsky, valeria. (2011). Planear el barrio. Urbanismo participativo para construir el derecho a la ciudad. Pag 9

acceso. En Itagüí, una de las montañas que más se reconoce tanto visualmente como en el imaginario de ciudad, es el pico Manzanillo. Esta montaña es uno de los límites fronterizos que separa a los municipios de Itagüí y Medellín en la ladera occidental. Si bien este es el pico más alto de Itagüí, no es la única montaña del municipio. Solemos creer que es la única porque es la que todavía se puede apreciar casi intacta y sin habitar, pero si nos vamos al sur del municipio, solo basta con observar las empinadas lomas que hay en el sector de la comuna tres para concluir la gran inclinación que tuvo dicha montaña antes de convertirse en barrios como San Francisco, Triana y Bariloche.

El municipio de Itagüí, localizado en el sur del área metropolitana, y en la ladera occidental, es un municipio que se ha transformado tanto en infraestructura como en densidad poblacional con mucho más ímpetu en los últimos veinte o treinta años. Desde la época colonial y de conquista que practicaron los españoles en territorio americano, Itagüí y los otros nueve municipios (Caldas, La Estrella, Sabaneta, Envigado, Medellín, Bello, Copacabana, Girardota y Barbosa) que conforman el área metropolitana del Valle de Aburrá, han estado ligados y casi que invisibilizados por el tamaño e importancia que tiene la ciudad de Medellín.

En la actualidad, la mayoría de los habitantes de las zonas aledañas a Medellín cuando les preguntan por su lugar de residencia o les preguntan de donde son, responden que son de Medellín, aunque vivan y trabajen en Sabaneta, Itagüí o Bello. Es una clase de homogenización que se dio en la sociedad, donde lastimosamente quedan invisibilizados los otros municipios que proporcionan servicios y vivienda a la población. Pero como se enuncia al inicio del párrafo, esto no es un aspecto que se haya dado apenas entrados al siglo XX o XXI, sino que es algo de mucho tiempo atrás, puesto que, desde la época de la Colonia, ya se le daba mayor centralidad y ruido al territorio que hoy es Medellín, dejando a Envigado e Itagüí como asentamientos o pueblos que realmente eran solo un lugar de paso.

Dicho esto, es prudente anexar el primer mapa o plano de lo que hoy en día es el Valle de Aburrá del que se tiene registro. Un plano que data de los años 1790 aproximadamente y en el que se puede evidenciar esa temprana centralidad que se le dio al municipio de Medellín, pero, además, se puede observar los sitios aledaños que para esa época no estaban tan consolidados pero que de igual forma eran habitados en menor medida y con una menor influencia en la colonia española.



Plano de la Villa de Medellín, 1791. Atribuido a José María Giraldo. Archivo General de la Nación.

Para mayor claridad, el plano está en formato horizontal y en la parte central de este, se ve un poblado con mayor cantidad de casas que corresponden al municipio de Medellín. En la parte inferior del plano cerca al sello, aparecen dos asentamientos con menos casas y que están separados por el Río Medellín. Estos son los lotes número once y doce. Ambos, pertenecientes al actual sur del Valle de aburra.

El lote número doce está titulado dentro del plano como “*Embigado*”. Municipio que está rodeado y delimitado desde aquél entonces por la quebrada la Ayurá siendo el límite con Medellín y por el Río Aburrá (Río Medellín) que lo separa de Itagüí.

Ahora bien, justo al frente y también condicionado por fronteras naturales, marcado con el número once, aparece titulado como “*Ytagui*” que para ese entonces no era un municipio y tampoco era independiente. El territorio de ese Itagüí era administrado por la capilla de Envigado y no fue hasta el trece de marzo de 1832 que se independizó administrativamente de otros territorios.

Como se mencionó anteriormente, hay que entender que, desde hace varios siglos, el territorio de Itagüí ha construido una historia a la sombra o en extensión de las dinámicas y necesidades que presenta Medellín, pero esto no la convierte en una historia menos importante o que se deba de invisibilizar. Por el contrario, se debe de hacer un especial esfuerzo en difundir la identidad y la historia de municipios como el nuestro para que se fortalezca el imaginario de ciudad que queremos lograr.

Un importante paso para visibilizar la historia de Itagüí es empezar a comprender sus propias dinámicas de poblamiento y con ello, las necesidades que trae el incremento de la población que ha habitado en dicho territorio.

Algunas preguntas fundamentales para interpretar la ciudad y que se intentarán plantear en este texto son:

¿Cómo se dio el paso de lo Rural a lo urbano en Itagüí?

¿Qué situaciones aceleraron el crecimiento poblacional del municipio?

¿Cuántos habitantes tiene Itagüí y como ha sido su incremento con el paso de los años?

Para empezar a orientar las preguntas anteriores y con el objetivo de visibilizar más la historia del municipio, propongo la elaboración de un primer cuadro, tomando información de los primeros censos oficiales que hizo el DANE. (Departamento Administrativo Nacional de Estadística)

El primer censo poblacional fue en 1825 cuando administrativamente nuestro país pertenecía a la denominada Gran Colombia, compartiendo censo con otros territorios como Ecuador, Venezuela y lo que actualmente es el país de Panamá. En este censo, se concluyó que a lo largo de todo el territorio Grancolombiano había más de un millón doscientos mil habitantes.

Para el caso de Itagüí, como se dijo en párrafos anteriores, se trabaja con los censos oficiales del DANE, fundado en 1953. Aunque en 1951 se hizo un censo poblacional, para nuestro municipio apenas se tiene registro de los censos poblacionales desde el año 1964. Aproximadamente once años antes de la fundación del barrio Triana.

AÑO CENSO	TOTAL DE POBLACIÓN
JULIO 1964	69.732 HABITANTES
OCTUBRE 1973	90.828 HABITANTES
OCTUBRE 1985	139.019 HABITANTES
OCTUBRE 1993	193.381 HABITANTES
OCTUBRE 2005	232.680 HABITANTES

En este primer cuadro, se pone en evidencia que el incremento poblacional en Itagüí ha sido un aspecto alarmante para la planificación urbana. En cuestión de poco más de 40 años, Itagüí aumentó casi 163.000 habitantes. Pasó de tener menos de 70.000 en 1964 a albergar casi 233.000 en el año 2005. Ahora bien, ¿qué importancia tiene esto?

Al incrementar la población dentro de un territorio, aumenta también la demanda para suplir toda necesidad básica como el acceso a la educación, a la salud, al agua potable y a la vivienda digna. Es decir, además del incremento en el número de habitantes, también se deben de crear colegios, hospitales, carreteras, parques y demás obras de infraestructura que permitan suplir todos los servicios que la comunidad necesita para llevar una vida cómoda, digna y en concordia con su territorio.

Teniendo en cuenta entonces que la población incrementó en promedio 3.975 habitantes cada año hasta mediados de la década del dos mil, es importante recalcar que la extensión del municipio de Itagüí no incrementó su cantidad de kilómetros. Año tras año, los habitantes antiguos y los recién llegados, deben de coexistir aproximadamente entre 17 y 19 kilómetros cuadrados. Cada vez, el espacio se empieza a sentir más estrecho, puesto que la cantidad de casas, carros, motos, urbanizaciones y construcciones también incrementa en medidas alarmantes cada año.

El barrio Triana, se puede decir que desde su fundación y hasta la actualidad, ha sido un barrio en el que el equipamiento social nunca fue primordial para las alcaldías. Hasta el día de hoy, las familias que llegaron a estas primeras casas, viven sin parques, juegos o gimnasios al aire libre. Solo casas y carros parqueados es lo que hay en su entorno material. Por este motivo, la vida social transcurre en los lugares privados que la comunidad -por necesidad- volvió públicos. Corredores de casas, tiendas, supermercados y panaderías cumplen con la parte principal de la vida en sociedad en este barrio. A continuación, se expone como la vida en el Triana y sus alrededores se fue transformando poco a poco y por qué la comunidad que habita este barrio tiene esa

particular forma de resistir a la vida asocial. Un barrio que ve pasar personas todo el día, unos salen en la mañana, otros esperan hasta la tarde y, claramente, los que prefieren la vida más nocturna. Siempre hay algo por ver, por escuchar o por jugar. Eso es lo que hace más atractivo nuestro barrio. La vida siempre pasa, pero acá en este barrio siempre están quienes eligieron vivirla antes de que pase.

San Antonio y Triana: Barrios invisibles pero imprescindibles

El barrio Triana, aunque es un barrio independiente fundado en 1975, tiene una historia y unas dinámicas sociales que se relacionan directamente con la historia de otros barrios aledaños como San Gabriel, San Antonio y San Francisco. Así como se explicó en las primeras páginas de este texto que la historia de Itagüí está estrechamente relacionada con Medellín, se puede decir que el Triana ha sido un barrio invisibilizado en gran medida por San Gabriel y San Francisco. Normalmente, las personas expresan vivir en sanpacho o en San Gabriel sin precisar que habitan en las cinco cuadras que tiene El Triana. Su historia es invisibilizada hasta por sus mismos habitantes.

Con la intención de dar a conocer la historia del barrio a las nuevas y futuras generaciones, surge mi inquietud de honrar la vida de mis abuelos, mis padres y mis tíos que en su mayoría fueron nacidos y criados en los predios donde hoy en día se encuentra el Triana y sus zonas aledañas. Para esto se recorrió el barrio, con un interés investigativo que finalizó de forma especial puesto que tuve el privilegio de entrevistar a varios de los habitantes que participaron en la fundación del barrio hace ya cincuenta años, y muchos otros que vivieron cerca de estos predios, incluso antes de que se iniciara la construcción de las casas del Triana.

Las primeras entrevistas, surgieron en mi nicho familiar. Mi abuelo Alipio, con 91 años y próximo a cumplir 92 y mi abuela Girleza, con 80 años de vida, fueron los primeros invitados a hacer memoria sobre su vida en el municipio de Itagüí. Ellos, al igual que muchos otros, fueron parte de algo que sucedía a nivel nacional y fue quizá

la razón por la que más creció la población de las grandes ciudades: La primera migración del campo hacia la ciudad.

Muchos, por no decir que la mayoría de nuestros abuelos o bisabuelos, llegaron a las metrópolis con la idea de tener más oportunidades de empleo y con ello mayor calidad de vida. Con esa idea en la cabeza, dejaron sus pueblos natales y migraron a las fábricas que necesitaban tantos operarios. De ese modo surgieron algunos barrios obreros por toda el área metropolitana. Mi abuelo, nacido en el municipio de Pensilvania en el departamento de Caldas, salió hacia diferentes ciudades probando su suerte para sacar a su familia adelante, hasta que llegó al municipio de Itagüí.

Al preguntarles por su llegada al municipio de Itagüí, me respondieron que ellos llegaron a vivir al frente de la antigua fábrica Curtimbres en el año en que se casaron. Es decir, en 1964 llegaron a la casa donde nacieron sus dos primeros hijos. Posteriormente, vivieron en San Pio durante muy poco tiempo, hasta que a finales del año 1967-más o menos en diciembre-llegaron a la carrera 70, más arriba de San Gabriel, pero más abajo de San Francisco. Llegaron cuando apenas estaban empezando a vender por lotes la inmensa manga que pertenecía a la Hacienda Triana, del señor Ricardo Correa. En ese momento, no tenían una muy buena solvencia económica por lo que no fue posible construir la casa y solo podían pagar la cuota inicial del lote, entonces vivieron aproximadamente dos años en medio de la manga, sin ventanas, sin agua y en una pieza de madera, construida sin mucho material.

El acceso a la casa no era para nada fácil, pero era lo que había. No había chivas, ni mucho menos buses que llegaran hasta la puerta de la casa. No había una carretera propiamente, era un camino hecho a balastro y con el desgaste que hacía la misma gente que pasaba por ahí.

Iniciando la década de los 70's, se empieza también con la construcción de lo que llamaban la "urba" o Triana. Casas de un solo piso en ese entonces, que se entregaron a 110 familias en el año 1975.

Pero entonces, ¿de dónde surge este proyecto urbanístico y dónde se construyó?

Antes siquiera de que el barrio Triana estuviera en los planes de urbanismo, gran parte del área de la comuna tres del municipio de Itagüí, pertenecía a los predios de una misma hacienda.

Los barrios San Gabriel, San Antonio, San Francisco y Bariloche llegaron a pertenecer a la hacienda ganadera llamada Triana, que tenía como propietario al señor Ricardo Correa inicialmente. Un claro ejemplo de este loteo y como se crearon dichos barrios fue el proceso de escrituras del lote en que está la casa de mis abuelos, puesto que dice claramente que la negociación fue la venta de un terreno perteneciente al señor Ricardo Correa y que en adelante sería propiedad de José Alipio, mi abuelo. Así, en condiciones similares por no decir que iguales, estaba todo el barrio San Antonio que para el año 1967 estaba creciendo fuertemente y las familias nuevas que llegaban se posicionaban en los lotes que el señor estaba vendiendo.

No obstante, con la magnitud que tenía la hacienda, pese a los lotes que se vendieron, todavía quedaban muchos potreros donde transcurría la vida de las personas que llegaron a habitar el barrio San Gabriel y San Antonio. Es decir, no solo tenían sus casas en lo que anteriormente era propiedad de la hacienda, sino que también, recorrían las grandes zonas verdes que para ese entonces aún pertenecían a la hacienda y allí era donde jugaban, descansaban e incluso aprovechaban los árboles frutales que abundaban en las tierras de Ricardo Correa.

Hablando del señor Correa, es necesario hablar de Don Manuel Giraldo, quien durante muchos años fue el encargado de cuidar dicha hacienda Triana bajo la figura de mayordomo. Don Manuel y su familia, fueron quienes habitaron esas tierras incluso antes de que los barrios de esta zona se empezaran a construir. Don Manuel, es el abuelo paterno de uno de mis primos. De alguna forma, toda mi familia está relacionada con los orígenes del barrio Triana y sus alrededores, sin importar desde qué dirección se aborde. Un hijo de don Manuel, lla-

mado Carlos, es el esposo de mi tía Marleny, la menor de las mujeres. Cuando Don Manuel gozaba de la vida, él y su familia eran quienes trabajaban la tierra y recibían los hurtos de esta, con justa causa.

En la hacienda, además del ganado vacuno, había plantaciones que le daban el sustento a la Familia de Manuel por medio de cultivos de yuca, plátano, naranjas, maíz, mangos, hortalizas y árboles frutales que adornaban el paisaje no solo con sus colores, sino por que albergaban gran variedad de aves que se posaban en ellos durante el día, luego de cantar toda la mañana.

Con la muerte de Don Manuel y con la creciente tendencia a nivel nacional de terminar con la tradición de los hacendados, el señor Ricardo Correa retiró a los hijos y esposa de don Manuel y cedió el título de propiedad de la hacienda a su hermano Jaime Correa Bernal. En esa transición de dueños ya se había dado los primeros pasos para empezar con el “loteo” de parte de la hacienda, así como mencioné anteriormente.

Con ese primer loteo llegaron los primeros pobladores que se avecindaron en el barrio incluso sin servicios públicos. Sin electricidad, sin acueducto, sin alcantarillado y sin ningún sistema de transporte. Si no se abastecían las necesidades básicas, mucho menos que había calles pavimentadas. Lo que había no eran carreteras. Más fácil, eran caminos destapados y sin balasto. La venta de estos predios empieza a finales de la década de los 50's y a inicios de los 60's según cuentan los habitantes del barrio.

Los lotes tenían un valor que rondaba los 2.000 pesos y podían llegar hasta los 3.000. La mayoría de personas que compraron en ese sector, pagaron una cuota inicial de 400 pesos para acceder al lote y la cifra restante se pudo financiar en cien cuotas mensuales. Según Jaime Muriel, quien vivió y escribió parte de la historia del barrio San Antonio, cuenta que los lotes tenían una promesa de mejoras como el acueducto y la carretera, pero nada de esto se cumplió a la hora de empezar a habitar los terrenos que con tanta esperanza compraron.

Estas primeras personas que llegaron al barrio construyeron sus casas con ramales, madera y latas. Fueron muy pocas las familias que tenían acceso a la construcción con materiales más tecnificados.

Entre más personas llegaban al barrio, mas notorias se hacían las necesidades que estos tenían. Especialmente, el tema del agua, la trazabilidad y pavimentación de las calles. Pero entonces, ¿cómo se hacían notorias estas necesidades?

En las entrevistas realizadas, cuenta mi abuela que lo más común era ver a grupos de mujeres acompañadas por sus hijos e hijas y cargando la ropa sucia, bajando hacia la quebrada la Limona que queda justo en los límites entre el municipio de Itagüí y San Antonio de Prado. Debido a la total escasez de agua (porque el problema inicialmente no fue que el agua llegara potable o no, sino que no había ningún tipo de acueducto que la llevara aunque fuese sucia) las mujeres bajaban por las empinadas mangas y por los caminos hechos con el mismo andar, que conducían a la parte baja de la quebrada.

Llegaban allí para lavar la ropa e incluso a bañar a los menores. En algunos hogares donde tenían una mayor empatía y entendía lo complejo que era bajar “con ropa, muchachitos corriendo y cargando a los bebés” los hombres preferían madrugar un poco más y antes de salir de sus casas a trabajar, bajaban hasta la quebrada con baldes o canecas y así subir un poco de agua que sirviera para hacer aseo, bañarse y, quizá en los días que mejor estaba el clima, para cocinar (solamente cuando el lodo no volvía las aguas muy turbias).

Entonces pues, ¿cómo cocinaban si expresaban que el agua hervida a veces no servía ni para trapear? - pues parece mentira, pero es cierto, el agua tratada o la más limpia la tenían que robar en el barrio San Gabriel, de las casas y de las llaves de agua que había en el puente. Acto ilícito pero necesario. Era tanto el consumo de agua ilícita -como si de drogas se tratase- que la Alcaldía de Itagüí tuvo que contratar vigilantes para que cerraran los grifos y les “echaran ojo” para que nadie los abriera en la oscuridad de la noche. Cuenta Jaime

Muriel que “la comunidad se armaba de garrotes y machetes con el fin de que los dejaran cometer el ilícito por estepreciado líquido” y según eso, no fue la única vez que tuvieron que recurrir a los desmanes para poder tener el agua en cada una de las casas.

Es muy extraño cuando a mis escasos veintiuno casi veintidós años de vida me hablan de tener que pelar por el agua o de ir hasta una quebrada por ella, porque me cuesta bastante dimensionar que mis padres y mis abuelos vivieron en esa realidad completamente diferente a la que yo vivo, justo en el mismo barrio, en la misma casa y hasta rodeado de las mismas personas. El agua que yo tomé durante toda mi infancia antes y después de ir a la escuela, las largas duchas que me daba ya fuese en la mañana o en la noche, resultaron ser un privilegio generacional. Algo de lo que pude gozar yo, pero que una o dos generaciones antes no tuvieron nunca ese privilegio de abrir la canilla y observar agua limpia y apta para el consumo humano.

Continuando con la odisea del agua que vivieron los habitantes de San Antonio y el recién entregado barrio Triana en la década de los 60's y los 70's, la falta de agua potable se había convertido hasta en una forma de sociabilidad. No tener agua, obligó a la comunidad a salir a las calles y a visitar las casas de otros vecinos para poner en discusión de qué forma podrían resolver ese asunto. Sin agua, pero en vecindad. Básicamente a esto se pueden resumir los primeros años de existencia de ambos barrios, pues tenían tanto en común que escribir la historia de uno sin hablar del otro es un sinsentido.

Un claro ejemplo de que la falta de agua influyó en la en el párrafo anterior son estas palabra de doña Julia Medina, quien expresó en una antigua entrevista que el hecho de bajar hasta la Limona a lavar la ropa era hasta entretenido ya que “pasábamos allí largas jornadas lavando cuanto chiro resultaba, pero lo más duro era sacarle la mugre a los calzones de bustedes, que no más se la pasaban corriendo detrás de una pelota en cualquier potrero o también llena de los pelos de las bestias en las que se mantenían montados, pero era hasta rico vos, -¿sabes porque? - Porque era la única parte distinta a la iglesia

a la que íbamos, entonces aprovechábamos ese rato para comadrear con las vecinas, cada una desde su piedra estregando ropa al tiempo que le contaba muchas cosas a las otras porque eso sí, hablábamos hasta de los maridos”. Otro ejemplo menos inocente pero igual de importante, fue la organización de comités que, según cuenta mi tía Ángela Lopez, hacían hasta banderines de papel globo y picaban papel para salir con ollas que hacían las veces de tambores para protestar y resaltar que los barrios San Antonio y el joven Triana necesitaban agua tratada y una red de acueducto que les permitiera abrir la llave en la casa y ver el líquido saliendo como si fuese magia y no plomería. La creación de Juntas de acción comunal jugaron un papel determinante para poco a poco resolver problemas como este.

Desde el año 1971 que se consolidó la JAC de San Antonio y en 1975 con la llegada de los nuevos líderes del Triana, se logró resolver una primera parte del problema: llegó el acueducto al barrio, pero con agua que “ni para trapear servía”. Don Adán es un habitante que llegó al barrio Triana como propietario de una de las casas recién entregadas en 1975 y en una tertulia que tuvimos en una de las panaderías del barrio me dijo que inicialmente no sirvió tener agua en los grifos de la casa ya que esta salía hasta con “pedazos de pescado” que se colaban por las tuberías de las casas.

Así como el barrio San Antonio tuvo sus problemas y desafíos en su fundación, se puede decir que el Triana tuvo un proceso muy similar pese a que estas casas fueron un proyecto urbanístico más planificado, más técnico y con mayor presupuesto. El Triana en sus comienzos, fue una unidad residencial abierta donde todas las casas eran iguales, con una manga que actuaba como patio comunitario en el que los niños jugaban. Literalmente, las casas compartían la misma manga, la que atravesaba el barrio en cada una de las calles de principio a fin entre las carreras 69 y la 70.

Cuentan el ‘Flaco’ y don Adán, que se metieron en el proyecto del Triana porque confiaban en que el barrio iba a avanzar rápidamente, que tendrían todos los servicios educativos y sanitarios a la mano y

que esa precariedad inicial del Triana “no se iba a quedar así toda la vida”, como le decía el Flaco a la mujer que en ese momento era su esposa. Ellos no vivían en Itagüí, vivían en envigado y en Medellín, pero bajo la proeza de tener casa propia decidieron llegar hasta el Triana para hacer sus sueños realidad, aunque al principio más que un sueño parecía una pesadilla. Pagaron una cuota inicial de casi 15.000 pesos en 1972 y continuaron pagando cuotas mensuales de 860 pesos durante muchos años. La financiación del proyecto venía en gran parte mediada por el Instituto de Crédito Territorial (ITC) que hacía parte de una medida del Gobierno Nacional para la elaboración de viviendas de interés social y a continuación hay una corta información sobre esta entidad.

El Instituto de Crédito Territorial fue creado en 1939 y tuvo un impacto en el paisaje urbanístico de todo el país, con obras que se ejecutaron principalmente en Bogotá pero que hasta en Itagüí dejó su huella. Este ICT funcionó hasta el año 1991, cuando fue liquidada para darle paso a lo que hoy en día conocemos a nivel nacional como el Ministerio de Vivienda, Ciudad y Territorio. El Principal objetivo del instituto era posibilitar acceso a vivienda a algunos de los trabajadores de las empresas más solventes del país y así, pudieron promover políticas de trabajo y sociedad mediante la vivienda. Entonces pues, en la primera generación que habitó en el barrio Triana llegaron muchos asalariados de empresas como Sofasa, la ensambladora de Renault en Colombia, Haceb y Texaco.

Con el siguiente mapa, los lectores podrán entender mejor la ubicación geoespacial del barrio, cuales son sus calles, y sus límites. Ver el mapa de izquierda a derecha sería igual a recorrer el barrio en sentido San Gabriel con dirección hacia San Francisco.



1 Mapa 1: Triana. Tomado de Google Maps

Entendiendo que el Triana fue la primera expansión urbana organizada en el sector, la ubicación y extensión del Triana es realmente pequeña y fácil de comprender. En el año 1975, el ICT entregó un barrio residencial construido entre dos carreras y a lo largo de cinco calles. La calle 31(ubicada en el costado derecho del mapa) se extiende cinco calles hacia la izquierda hasta llegar a la calle 29, la cuadra más pequeña del barrio. Todo esto sucede entre las carreras 69 y la carrera 70, que es la 'loma' por donde suben los buses en la actualidad y a su vez es la vía principal que conduce a San Francisco.

La construcción del barrio Triana, como ya se dijo anteriormente y según cuentan sus habitantes, inició en 1972. Posteriormente en el año 1975 se entregaron las 110 viviendas que iban a ser ocupadas

por las familias que llegaban desde afuera de Itagüí. Es decir que, el barrio Triana fue una vecindad que se pobló con ciudadanos que no eran de Itagüí, sino que llegaron para volverse itagüiseños. Lo anterior nos habla entonces de un reto muy significativo, puesto que no es lo mismo el crecimiento de algún barrio tradicional que suele darse porque las familias van aumentando en número y, en ese orden, sus nuevas generaciones empiezan a habitar en áreas circundantes a las que su familia está acostumbrada a vivir hace ya varios años. En sentido contrario, los nuevos vecinos del Triana se vieron en la obligación de iniciar una vida comunitaria con personas que provenían de Campo Amor, Envigado, Belén y algunos pocos del norte del área metropolitana. Solo se conocían algunos cuantos que quizá trabajaban en la misma sección de una empresa, pero en su mayoría los otros integrantes de la familia tenían que empezar a conocer a los demás a medida que iban llegando a habitar sus casas.

Otra de las carencias que tenían en el barrio tenía que ver con lo demandante que era llegar hasta la zona con los trasteos, con el mercado y hasta la vida diaria se complicaba por la precariedad e improvisación en las carreteras que daban el acceso a los barrios de la parte alta de la carrera setenta. Debido a esa falta de pavimento en la carrera 70 -que se podría decir era la vía arteria o la vía principal- y la inclinación que ésta tiene, era muy complicado el tema del comercio. Como no estaba pavimentado, el carro que surtía los negocios no llegaba hasta el barrio Triana.

Mi abuelo cuenta que en el año 1977 cuando se le terminó el trabajo que tenía con la Alcaldía de Itagüí, se vio en la obligación de emprender para buscar el sustento de su familia, así que decidió montar una tienda en la entrada de la casa. Tienda que para ese entonces se convertiría en una de las pocas que habían en la parte alta de dicho sector. Recuerden que mi abuelo no vive propiamente en el barrio Triana, sino que su casa está justo en los límites entre el barrio San Antonio y el barrio Triana. Para adecuar la casa y el corredor de forma que sirviera para atender a las personas, tuvo que construir unas enormes escalas y un piso que sirviera para que la

gente que llegara, “se amañara y gastara más platica”.

Continuando con el testimonio de mi abuelo Alipio, me decía en la conversación que mucha gente bajaba desde las cuadras más altas del Triana a comprarle la leche, el trago, los granos, la parva y todo lo que necesitaran para la vida diaria. En contraste, algunos de los entrevistados como Samuel Giraldo (hijo mayor de Manuel Giraldo el Mayordomo de la vieja hacienda), cuentan que pese a la cercanía que tenían con la tienda de mi abuelo, para el bolsillo de ellos era más favorable bajar hasta San Gabriel. Ellos preferían caminar por la empinada y destapada carrera setenta para comprar los productos de la canasta familiar y subir con el mercado al hombro o pagar para que algún rebuscador se lo subiera hasta la casa, porque era más económico mercar en la zona central. Pagar donde don Alipio, mi abuelo, era bajo urgencia o pereza, porque la mercancía era mucho más costosa.

Al contarle esto a mi abuelo, se sonreía y no lo negaba, argumentando que como no iba a vender más caro si el surtido había que llevarlo hasta allá por otros medios, porque los carros que surtían a todos los negocios se rehusaban a subir hasta estos lugares. De ese modo, surtir el granero consistía en pagar para traer la mercancía hasta la parte plana de San Gabriel y de ahí en adelante, tenérselas que arreglar ya fuera para subirla en el hombro, en mulas o en lo que hiciera falta, incluso algunos jóvenes le hacían acarreo en carros de rodillos grandes. Había más tiendas, pero en la parte baja del barrio, aclarando que estas tiendas eran dedicadas al menudeo y no suplían todas las necesidades de los hogares.

Desde los años 1977 y con mucha más fuerza en 1980 en adelante, las personas en el barrio Triana, San Antonio y San Gabriel empezaron a adquirir unas tradiciones de juegos en la calle y de juegos en las tiendas. Cuentan Samuel, Adán y don Iván, que muchos de los habitantes del barrio bajaban hasta la tienda de mis abuelos para pasar la tarde o la noche allí. En el corredor, sacaban una mesa de madera en la que se sentaban a jugar dominó, cartas o tute, mientras mi abuelo o mi abuela servían los aguardientes que le calentaban la

garganta de los jugadores. “Que verracos pa si les ha gustado el juego toda la vida” es lo que expresaron los entrevistados al enterarse que Alipio y Girleza son mis abuelos.

Otro de los factores por los que llegaba la gente a la casa de mis abuelos era para hacer llamadas, pues por la insistencia de mi abuela, ellos fiaron un teléfono y al notar que en el barrio no había ningún otro teléfono optaron por vender llamadas y cobrar por minuto. Hasta las mujeres que estaban detenidas en el preventorio o cárcel de mujeres se las arreglaban para que las dejaran salir e ir al teléfono.

“Con eso fue que yo empecé a construir lo de acá arriba”, expresó mi abuelo cuando me explicó que gracias a esos minutos que la gente iba y hablaba por teléfono fue que pudo tomar más fuerza la tienda y así construir los pequeños apartamentos en la plancha de la casa. Esos mismos apartamentos que hoy en día le dan el sustento mensual al arrendarlos, ya que mi abuelo no goza de una pensión. Muy orgulloso cuenta que fue gracias a ese ímpetu que ha tenido durante toda su vida es que hoy puede vivir con mayor tranquilidad y orden.

Paralela a la historia de mis abuelos, hubo otros lugares que se posicionaron como fundamentales para la vida en sociedad en esta comuna. Otra de las tiendas aunque era más pequeña, pero que fue tomando mucha importancia en la comunidad fue la tienda de ‘Don Tino’ que teniendo en cuenta la duda en que coinciden todos los entrevistados, fue fundada muy a finales de la década de los 70’s o ya empezando el año 1980. Estaba ubicada entre la cuarta y quinta del Triana, es decir: en la calle 29^a subiendo hacia la calle 29. En esta cuadra, que según cuenta Carlos Giraldo, se inició con la venta de quesitos y otros abarrotes que se utilizaban normalmente para los desayunos. Pero lo que realmente consolidó a la tienda de Don Tino fue la venta de cerveza y, al igual que la tienda de mi abuelo, los juegos de azar. Pues hasta allí llegaban los jóvenes y adultos para jugar cartas y tomarse algún trago. Fue tanto el impacto de los juegos de azar allí, que rápidamente dejó de ser una tienda y pasó a tener más forma de cantina o bar.

Hablar de temas como el juego y el licor, hace que sea inevitable pensar en una ecuación que le ha traído tantos problemas a la sociedad colombiana durante años. La suma del licor, el fervor del juego y la fiesta crean una combinación que ha sido letal incluso en la actualidad. El hecho de no preguntarnos por las cuestiones del orden público en todo el sector, sería omitir una parte muy importante de la historia de los barrios, pues sería desconocer uno de los más grandes desafíos a los que se somete un vecindario fundado por desconocidos. El consumo de alcohol, según cuentan los habitantes del barrio, era casi que diario, pero no por eso significa que el entorno se convirtiera en un campo de batalla. De hecho, cuentan los mismos habitantes que por lo menos en San Antonio y Triana las pocas peleas que se iban a instancias violentas, usualmente eran entre las mismas dos familias.

Fueron enfrentamientos que, si se analizan, podían ser aislados al contexto social de ambos barrios donde primaba la convivencia y lo comunitario. No obstante, uno de los relatos más oscuros que cuentan hace varios años en las calles que me crié, es la historia de la pelea familiar entre los Jotas y los Jose Malos. Una pelea entre dos familias que se prolongó por mucho tiempo y que causó graves heridas en varios integrantes de cada familia. Fuese bajo estado de embriaguez o no, algunos integrantes de estas familias mantenían en una violenta disputa, que además de ser sangrienta, era constante.

Desde que tengo uso de razón, recuerdo que en algunas reuniones familiares y algunas otras veces mientras caminaba por las calles de mi barrio, escuché a varias personas recordar este conflicto. Que más que una pelea momentánea, fue una trágica serie de enfrentamientos que terminaron con la vida—según dicen— de uno de los involucrados. Los contendientes fueron los Jotas (que vivía en la primera cuadra del Triana, es decir la calle 31), contra otra familia conocida por el nombre del padre llamado José y les decían los José Malos (Que vivían en los límites con San Gabriel).

Desconociendo realmente su comportamiento y sin intención de culparlos por dicho conflicto, se ha escuchado en la mayoría de

estos relatos que la familia de los José Malos, de por sí era una familia que buscaba mucho problema en la calle, hasta el punto en que varios de ellos murieron en peleas callejeras. Eran personas bastante conflictivas y temperamentales que heredaron esa tendencia de su primera generación con Don José. Decían que eran muy malos y de ahí el apodo.

Al parecer, los hijos de don José tenían la costumbre de estar desafiando a los demás, hasta que en una de sus acciones desafiantes se encontraron con la familia de los Jotas y como dicen popularmente, “esa pelea quedó casada”, tanto así que se prolongó por muchísimo tiempo. No fue hasta la muerte de don José Malo se dio por finalizado el combate, que al igual que algunos de sus hijos, también murió en uno de esos sangrientos enfrentamientos en las calles de la comuna. Un enfrentamiento que finalizó, pero no sin antes dejar a ambas familias con limitaciones físicas, con problemas legales y con el vacío que dejó la muerte de algunos de sus parientes como consecuencia de los machetazos que se perpetraban entre estos.

Otro de los problemas de orden público se puede rastrear hasta dos cantinas que no pertenecían ni al Triana ni a San Antonio pero sí en la zona circundante. Una antigua Heladería que quedaba en el sector de la máquina, donde hoy en día es la glorieta de San Gabriel. Este establecimiento presentaba tantos problemas de orden público que hasta un sacerdote de la iglesia de San Gabriel la maldijo. Recuerdan con total normalidad que en esa heladería se presentaban peleas cada fin de semana y que por lo menos una muerte violenta al mes. Por eso la maldijeron.

Ahora bien, en el Barrio San Francisco había otro establecimiento bastante problemático hasta el punto en que en el argot popular lo reconocían por un nombre muy diciente y bastante literal: “El Machetazo”, donde no eran bien recibidos los habitantes del barrio Triana y siempre rastrillaban los machetes en el andén de ese establecimiento. Los habitantes del Triana no se sentían cómodos ni seguros en ese sector de Francisco porque se sentía discriminados en esas calles, ya

que había una errónea idea de que las personas nuevas que llegaron a vivir en el Triana eran las personas adineradas.

En un mejor panorama y dejando de lado los problemas relacionados con el derramamiento de la sangre, es importante hablar del famoso opio del pueblo. Uno de los aspectos más influyentes en la historia comunitaria del Triana tiene que ver con el deporte. Un deporte que es mundialmente famoso, y que despierta pasiones por todo el planeta. El fútbol.

En el año 1977 aproximadamente, ya cuando corría el segundo año del barrio Triana, los invitaron a participar en el torneo de fútbol del que se jugaba en la cancha grande del barrio San Francisco. Una cancha que aparentaba ser de manga, tierra y arena. Mejor dicho, de lo que sirviera para nivelar los huecos.

Esa cancha se volvió tan importante para la comunidad de la comunidad, que este torneo se prolongó hasta finales de la década de los 80's. Fue un campeonato que por medio del deporte unió diferentes barrios durante casi diez años. Incluso pueden ser más años, porque las fechas no son tan exactas como estos adultos mayores creen recordar. Esa cancha está ubicada en los límites con el corregimiento de Medellín (San Antonio de Prado) y funcionó a la perfección como un espacio para el deporte, pero también como un lugar de encuentro para la sociedad.

Desde las ocho de la mañana que se empezaba a jugar los domingos, la cancha ya estaba llena por el público y por los jugadores. Es en esa vieja cancha en la que mi abuelo sacó varios equipos de fútbol y él era el director técnico y patrocinador. No era que le sobraba la palta para patrocinarlos, pero su pasión era tanta que hacía bingos, viales y todo tipo de eventos en el que cobraba la entrada y así podía recoger los fondos para cubrir los gastos de los uniformes, el arbitraje y la inscripción de los torneos. Tuvo la fortuna de ser campeón en varias ocasiones y hacer valer esa platica, como diría él.

En esos equipos que organizaba mi abuelo jugaron varios personajes muy reconocidos y recordados por la comunidad, incluyendo a Iván El Flaco, uno de los habitantes que hemos entrevistado para este proyecto porque ya ajustó cincuenta años viviendo en el Triana. Cuentan también que el esposo de mi tía Marleny era uno de los jugadores estrella del barrio, era uno de los mejores defensores, o como decían en ese tiempo, era un marcador de punta muy bravo. Mi abuelo tiene aproximadamente tres o cuatro trofeos de cuando quedaron campeones en ese campo de juego. La misma cancha que al recorrerse hoy en día, dista muchísimo de lo que llegó a ser en ese entonces. Hoy es una cancha abandonada por la comunidad y, por consiguiente, también por la alcaldía.

Al visitar este espacio para efectos de la investigación, se puede apreciar que todavía está pintado el escudo de algún equipo que antes solía jugar allá. Un equipo llamado Sueños, Sueños Fútbol Club. Aunque en esa cancha, los sueños ya son cosa del pasado. Ya la pelota no rueda, ni las gradas se llenan para ver el espectáculo. Ya no hay niños corriendo en esta cancha y que sueñen con ser futbolistas profesionales. Solo hay burros, mulas y alguna que otra vaca recorriendo el antiguo templo del fútbol de extremo a extremo.

El deporte, que por tantos años ha sido símbolo de unión en los barrios, migró a las canchas de cemento y los grandes coliseos. Ya no se juegan los partidos en las mismas calles del barrio, ni se madruga a las ocho de la mañana a ver fútbol tradicional. Hoy, en la comuna tres de Itagüí hay mucho talento, pero la mayoría juega microfútbol, porque es lo que hay. Las canchas son todas pequeñas y en placa. Ya no hay canchas grandes de césped o arenilla como si las había en la época de mis abuelos.

A manera de conclusión y para empezar a cerrar este texto, se puede decir que la vida social en los barrios San Antonio y Triana del municipio de Itagüí, ha dependido principalmente de los espacios privados. Es decir, la vida social del barrio no se presenta en los espacios públicos que haga o deje de hacer la administración municipal. Son

las casas, las tiendas y todos estos lugares privados las que se vuelven espacios públicos para la interacción entre vecinos. Se reúnen, como se demostró en páginas anteriores, para jugar y ver qué suerte tienen día a día. Para ver partidos por TV, para leer el periódico o como dicen algunos de ellos, para asolearse un rato.

Uno de esos juegos que practican desde la segunda mitad de la década de los 70's y que, hasta el día de hoy, se sigue practicando en las tiendas del Triana, muchas personas de la misma o de diferentes familias se reúnen a jugarlo. Pero lo más importante en este caso, es que todos los días, excepto los lunes, se reúnen los vecinos y principalmente los adultos mayores, en la esquina. Una tienda en la que juegan apuntado durante horas.

Aproximadamente cuatro o cinco personas por mesa comparten esa tradición diaria y como si fuera poco, los demás esperan a que echen alguno para que pueda agregarse al juego. De esa forma sucede la vida diaria. Saludar, tomar tinto y esperar a que lleguen los demás para empezar con las rondas de juego.

Mi abuelo, hoy con 91 años, todos los días sale entre las ocho y media de la mañana o llegadas las nueve con el propósito de reclamar el periódico en el supermercado de la segunda del Triana. Lo reclama, se va para la esquina de la primera del Triana, es decir, se devuelve dos calles, se sienta, se toma un tinto, lee el periódico y cuando termina su lectura lo deja cerrado en la mesa. El dueño de la tienda donde mi abuelo suele pasar el tiempo, le compra nuevamente el periódico o se lo cambia por un tinto. En otras palabras, mi abuelo revende el periódico a mitad de precio para que otras personas que lleguen a la "Esquina" a lo largo del día ya sea a tomar tinto o a jugar, puedan leer el mismo periódico que él.

Todo esto sucede en esa primera esquina del barrio Triana y a escasos metros de donde mi abuelo tuvo su tienda durante años. La esquina de Wilmar, quien vende cerveza, gaseosa, arepas, leche, panes.

No se puede decir que es una licorera, ni tampoco se puede decir que es simplemente una tienda de abarrotes o un granero. Esta vieja casa tiene un corredor que va de lado a lado y posibilita que las personas se sienten- incluso a veces en diferentes mesas- a practicar los juegos del azar. Esta dinámica ha fortalecido a tal punto los lazos entre la comunidad, que cuando mi abuelo por alguna circunstancia no se presenta un día a la jornada de juego, se preocupan sus amigos, algunos llaman, otros van hasta la casa a preguntar si todo está bien. Lo mismo sucede con mi abuela, quien disfruta tanto de las cartas como del parqués y que incluso si el juego está muy bueno es capaz de quedarse hasta las diez u once de la noche hasta que se termine la ronda.

En este barrio es muy importante la figura del tendero, la persona que atiende en estos espacios se convierte un íntimo allegado a cada familia. Wilmar no es el único tendero del barrio, como él hay muchos, pero Wilmar particularmente ha sido muy especial por la cercanía que tiene con la casa de mis abuelos. Un ejemplo de ello es los medicamentos que mes a mes le deben de enviar a domicilio a mis abuelos cuando ellos no están en la casa y llaman a preguntar con quién lo entregan o a dónde pueden ir. La primera persona o ese primer contacto de emergencia es Wilmar, él tiene llaves de la casa y está en potestad de recibir cada domicilio que necesitan mis abuelos. En pandemia, por ejemplo, era muy bonito cuando mis abuelos, principalmente Alipio, manifestaba que el de la tienda, pese a que ya no los podía ver diario por el confinamiento, expresaba tanta preocupación por ellos que les hacía llamadas telefónicas para saber si estaban bien, para saber qué otra cosa necesitaba, si necesitaban que les llevaran algo a domicilio o que más necesitaban para vivir.

Los itagüiseños se caracterizan por su gentileza y sentido comunitario, pero el barrio Triana es un claro ejemplo de que se puede vivir por más de 50 años con la satisfacción y tranquilidad que se alcanza cuando somos buenos vecinos, buenos hijos, buenos padres y buenos ciudadanos. El Triana es mucho mas que cinco calles y dos carreras. El Triana son miles de historias por contar.



Bibliografía

Giraldo, J. D. (2023). *¿Buscar el tesoro o construirlo?: parque comercial el tesoro como núcleo dinamizador urbano en Medellín desde finales del siglo XX*. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/20.500.11912/11169>.

Mesa Bustamante, L y Molina Roldán, H. (2017). Memoria y resistencia en el barrio San Francisco de Itagüí. Universidad de Antioquia. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10495/8253>

Molina Arredondo, A y Hoyos A, Mauricio. (1994). Historia de Itagüí. Universidad de Antioquia.

Muriel, J. JAC San Antonio. (2001). Barrio San Antonio 1956-2001: Historia.

Murillo, F., Artese, G., & snitcofsky, valeria. (2011). Planear el barrio. Urbanismo participativo para construir el derecho a la ciudad.

Salazar Colorado, M. (2019). Movilizaciones sociales en el Municipio de Itagüí. Construcción del territorio e identidad a través de la memoria oral. Universidad de Antioquia. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10495/14017>

Zapata, L. M. Universidad Pontificia Bolivariana (2024). *Diagnóstico multidimensional para la formulación de una política pública de deporte, recreación y tiempo libre en el municipio de Itagüí*. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/20.500.11912/12348>.

Hitos y voces de esclavitud. Bordando cartas con las voces de personas esclavizadas que habitaron o transitaron por Itagüí

Por

Maria Catherine Franco Morales⁸

Santiago Mosquera Mapura⁹

Ser redimido es ser citado por ese presente que tiene fuerza mesiánica respecto al pasado. ¿Qué tiene la cita para ser tan poderosa? Sacar al pasado, a ese pasado de los vencidos, fuera del nicho en el que lo han colocado los que escriben la historia para darle vida y voz propia (Mate, 2006).

Agradecimientos:

Agradecemos profundamente a **Mario Jovanny** y **Henry García** por su invaluable apoyo en el Archivo Histórico de Itagüí. Su orientación y generosidad hicieron posible enriquecer esta investigación, dando vida a la propuesta ganadora en *Historias de Mi Barrio Itagüí*. Este logro también les pertenece, por su compromiso con la memoria colectiva.

⁸ Licenciada en artes de la Universidad de San Buenaventura.

⁹ Historiador de la Universidad de Antioquia.

Introducción

La historiografía de la esclavitud en el Nuevo Reino de Granada ha tendido a ofrecer perspectivas generales, diluyendo en ocasiones las experiencias particulares y las matices locales que definieron la vida de las personas esclavizadas (Chaves, 2001). Este escrito subraya la necesidad de un análisis microhistórico para comprender a fondo las complejidades de la esclavitud y las estrategias de resistencia en contextos específicos (Chaves, 2001). Al enfocarnos en Antioquia y, más concretamente, en Itagüí durante los siglos XVIII y XIX, buscamos trascender las narrativas amplias y desvelar las dinámicas propias de una región singularmente marcada por la minería y una población afrodescendiente activa (Chaves, 2001).

La tesis principal sostiene que las particularidades económicas de Antioquia, centradas en la minería, y el contexto social específico de Itagüí, configuraron una experiencia de la esclavitud con características particulares, a la cual las personas esclavizadas respondieron con una notable agencia y múltiples estrategias de resistencia, tanto abiertas como encubiertas. La reactivación de la minería en el Valle de los Osos y Rionegro en el siglo XVIII, por ejemplo, llevó a un aumento de la población esclavizada en la provincia, lo que intensificó las tensiones y las formas de oposición (Jiménez Meneses, 1998).

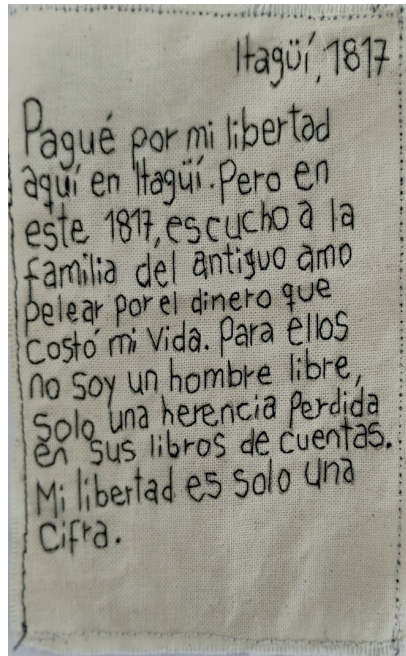
Paralelamente, en Itagüí se dieron tempranas manumisiones y asentamientos de negros libertos desde 1650, así como una población esclava que llegó a ser de 73 hombres y 62 mujeres, configurando un ambiente social particular que propició diversas respuestas al orden establecido (Osorio Ramírez, 2018). Las resistencias a la esclavitud en toda América, que incluyeron desde rumores de libertad y sublevaciones hasta el uso de mecanismos judiciales para cambiar de amo o comprar la libertad, y la conformación de una economía propia, evidencian una agencia constante de los esclavizados frente al sistema esclavista (Chaves, 2001).

Para desarrollar este argumento, Los resultados de esta investigación se estructurarán en varias secciones. Inicialmente, se presentará un análisis del contexto general de la esclavitud en el Nuevo Reino de Granada. Luego, se enfocará en la región de Antioquia, detallando sus características económicas y sociales. Posteriormente, se profundizará en el estudio de casos en Itagüí, examinando cómo sus particularidades influyeron en la vida de los esclavizados. Un capítulo central abordará las diversas estrategias de resistencia empleadas por esta población, desde las más sutiles hasta las más directas. Finalmente, se ofrecerán unas palabras concluyentes sobre la investigación.

Contexto General y Regional de la Esclavitud en el Nuevo Reino de Granada

La institución de la esclavitud en el Nuevo Reino de Granada se desarrolló bajo un complejo entramado legal y económico que moldeó la vida de las personas esclavizadas y las dinámicas sociales de la colonia. Comprender este contexto es fundamental para apreciar las particularidades que surgieron en regiones específicas como Antioquia.

Legalmente, la esclavitud en el Nuevo Reino de Granada, aunque reducía a las personas a la categoría de propiedad, no las despojaba por completo de su personalidad jurídica (Navarrete, 2002). Este marco legal se remontaba a códigos romanos y se consolidó en las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio, que reconocían la esclavitud como una condición “contra razón de natura” (Chaves Maldonado, 2011). Sin embargo, estas mismas leyes, inspiradas en la tradición jurídica castellana, otorgaban a los esclavos la posibilidad de acudir a los tribunales para denunciar malos tratos, sevicia o abandono por parte de sus amos (Chaves Maldonado, 2011). Este recurso legal podía derivar en un cambio de amo o, en algunos casos, en la obtención de la libertad (Chaves Maldonado, 2011). La figura del procurador de esclavos, que representaba a los litigantes, adquirió una importancia notable tras la publicación de la “Instrucción para la educación, trato y ocupaciones de los esclavos” en 1789 (Chaves Maldonado, 2011).



Itagüí, 1817
Pagué por mi libertad
aquí en Itagüí. Pero en
este 1817, escucho a la
familia del antiguo amo
pelear por el dinero que
costó mi vida. Para ellos
no soy un hombre libre,
Solo una herencia perdida
en sus libros de cuentas.
Mi libertad es solo una
Cifra.

AHJM, Colección Negros y Esclavos, folio 2

Las reformas borbónicas de finales del siglo XVIII buscaron fortalecer la autoridad real y limitar el poder de las élites coloniales (Chaves, 2014). En este espíritu, la “Instrucción” de 1789 intentó humanizar la relación amo-esclavo, promoviendo un paternalismo y reconociendo a los esclavos como “personas del género humano” (Chaves Maldonado, 2011). Además, establecía obligaciones para los amos en cuanto a alimentación, vestuario, cuidado y práctica religiosa de sus esclavos, y buscaba concentrar la mano de obra esclava en labores agrícolas para aumentar la productividad y reducir la deserción (Chaves Maldonado, 2011). Pese a estas intenciones, la normativa fue fuertemente rechazada por los amos y, finalmente, suspendida por el Consejo de Indias debido a que limitaba la autoridad de los amos sobre sus propiedades (Chaves Maldonado, 2011). No obstante, la capacidad de los esclavos para utilizar estas herramientas jurídicas, incluso de forma velada, fue una forma de resistencia y un medio para intentar mejorar sus condiciones de vida o buscar la libertad (Benavides Silva, 2013).

Toda esta legislación que versa sobre el trato de los amos hacia los esclavos y las acciones de estos que demostraron su agencia, tuvieron una directa relación con la relevancia económica que la esclavitud tuvo en las colonias hispanas. En tal sentido, la esclavitud fue una realidad esencial y rentable en las colonias americanas en general y en el Nuevo Reino de Granada en particular durante el siglo XVIII (Jaramillo Uribe, 1963). Las exportaciones de oro del occidente del virreinato continuaron siendo un pilar económico crucial. La minería fue, de hecho, una de las principales actividades que impulsaron la demanda de mano de obra esclava. Además de la minería, los esclavos fueron empleados en una amplia gama de sectores, incluyendo labores agrícolas y domésticas (Jiménez Meneses, 1998). En entornos urbanos, se dedicaron a oficios artesanales, transporte y construcción, aunque la mayoría se concentró en tareas domésticas (Meisel Roca, 1980).

En algunos de los ríos del Nuevo Reino los esclavos cumplieron el papel de bogas, tal como sucedió en el río Magdalena donde sus labores fueron relevantes, lo cual conllevó, entre otras cosas, al aprovechamiento de las circunstancias para actividades ilícitas (Jaramillo Uribe, 1963). A mediados del siglo XVIII, aunque la esclavitud comenzó a declinar en regiones como la provincia de Cartagena debido al mestizaje, este proceso fue más lento en las ciudades, donde la mano de obra esclava mantenía un valor simbólico de estatus y poder (Tovar Pinzón, 2009).

La esclavitud en la provincia de Antioquia

En la provincia de Antioquia, la minería de oro fue el motor fundamental que impulsó la demanda de mano de obra esclava durante los siglos XVIII y XIX. La reactivación de la explotación aurífera en áreas como el Valle de los Osos, Medellín y Rionegro en el siglo XVIII, llevó a un notable incremento de la población esclavizada en la provincia. Este fenómeno se intensificó con lo que se ha descrito como una “nueva fiebre de oro” en Santa Rosa de Osos a partir de la segunda mitad del siglo XVIII (Mosquera Mapura, 2022). Si bien las grandes propiedades agrarias en la jurisdicción de la ciudad de

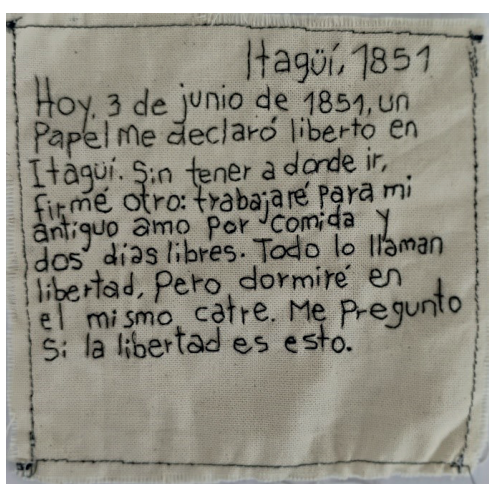
Antioquia también empleaban esclavos, la tendencia general fue, sin embargo, una disminución del número de esclavos hacia finales del siglo XVIII, acompañada de un aumento de la mano de obra libre (Patiño Millán, 2011).

Los tipos de trabajo que realizaban los esclavizados en Antioquia eran variados. En el corazón de la economía minera, se destacaban las labores de los mazamorreros (buscadores de oro), un sector que incluso llegó a participar en levantamientos contra nuevos impuestos (Mosquera Mapura, 2022). Las condiciones de trabajo en las minas eran extremadamente duras, caracterizadas por fuertes castigos y la segregación socio-racial debido a la búsqueda de rentabilidad económica y la escasa supervisión de las autoridades coloniales (Jiménez Meneses, 1998). La mayoría de las minas a menudo estaban situadas en áreas de difícil acceso, en medio de bosques tropicales, de tierras bajas o en apartadas zonas montañosas (Mosquera Mapura, 2022). Además de la minería, los esclavos desempeñaban oficios domésticos y agrícolas, especialmente en la villa de Medellín (Jiménez Meneses, 1998). También se empleaban en oficios artesanales (carpintería, sastrería, peluquería, zapatería), en la mecánica de trapiches, en el comercio ambulante y en la administración doméstica (Mosquera Mapura, 2022). La movilidad inherente a roles como cargueros terrestres y bogas de los ríos Magdalena y Cauca les ofrecía oportunidades cruciales para la comunicación e intercambio de información (Mosquera Mapura, 2022).

Fue en este contexto regional que el fenómeno de la manumisión en Antioquia presentó características distintivas. La provincia se consideró pionera en el movimiento antiesclavista y en la abolición gradual de la esclavitud, en parte debido a la menor proporción de esclavos en sus minas a principios del siglo XIX y al crecimiento del trabajo asalariado libre (Jaramillo Uribe, 1963). La reducción de la población esclava en Medellín, de aproximadamente 3.000 individuos en 1788 a unos 900 en 1843, es atribuida por la historiografía local a un proceso de manumisión que se inició a mediados del siglo XVIII y se expandió con las leyes de libertad de vientres (Chaves, 2011).

Un hito crucial de lo anterior se concretó en la promulgación de la “Ley de manumisión de la posteridad de los esclavos africanos” por la República de Antioquia en 1814 (Chaves, 2014). Esta ley, que liberaba los vientres pero mantenía a las madres en esclavitud, fue una respuesta de Juan del Corral y Félix de Restrepo al creciente temor de las élites a una sublevación de esclavos y a la necesidad de justificar la esclavitud en un régimen republicano (Chaves, 2014). Félix de Restrepo incluso argumentó que la abolición beneficiaría a los amos al reducir los gastos de manutención y fomentar la reproducción natural de la fuerza laboral (Chaves, 2014).

A pesar de su carácter innovador, la implementación de la ley de 1814 enfrentó considerables obstáculos. La falta de fondos para indemnizar a los amos y la corrupción de los funcionarios encargados del proceso fueron problemas persistentes (Espinal Palacio, 2019). Los pequeños propietarios, que dependían económicamente de uno o dos esclavos, resistieron activamente la manumisión, llegando incluso a alterar actas bautismales para manipular las fechas de nacimiento de los hijos de esclavas (Espinal Palacio, 2019). Sin embargo, la mayor eficiencia de la manumisión en Antioquia, en contraste con regiones como Popayán, se explica en parte por el creciente uso de mano de obra libre en la minería desde finales del siglo XVIII (Martínez Pérez, 2014).



AHI, folio 123.

Las personas esclavizadas en Antioquia demostraron una notable agencia en la búsqueda de su libertad. Aprovecharon conscientemente elementos brindados por el ambiente urbano, las leyes, el aparato judicial y la situación socio-económica para cambiar su estatus (Campuzano Cuartas, 2012). La posibilidad de comprar la propia libertad era una de las vías más directas (Martínez Pérez, 2014). Si bien el hurto, como parte de la “economía propia” de los esclavizados, no siempre buscó la automanumisión sino la resistencia cotidiana (Guevara Jaramillo, 2010), la capacidad de los esclavos para generar recursos propios les permitía acumular capital y, en algunos casos, convertirse en propietarios o vendedores (Díaz, 2002).

En los albores de la república, los esclavos incluso utilizaron el nuevo lenguaje político para solicitar ser tasados y poder comprar su libertad ante los tribunales (Guevara Jaramillo, 2015). Además, en el Pacífico neogranadino, la legitimación del trabajo de los sábados para sí mismos expandió las oportunidades para que los esclavizados acumularan capital y buscaran la manumisión, una práctica que podría extenderse conceptualmente a Antioquia dadas sus similitudes económicas (Almario García, 2002).

Entre la resistencia y la negociación

Las personas esclavizadas en el Nuevo Reino de Granada desarrollaron un amplio abanico de estrategias de resistencia y agencia para enfrentar y, en muchos casos, socavar la institución de la esclavitud. Lejos de ser meros objetos, los esclavizados fueron sujetos activos que, a través de diversas tácticas, buscaron mejorar sus condiciones de vida y, fundamentalmente, alcanzar la libertad (Guevara Jaramillo, 2015). Antioquia, y de manera más específica Itagüí, ofrecen ejemplos concretos de estas dinámicas.

La resistencia no siempre tomó la forma de una rebelión abierta, sino que a menudo se manifestó en actos sutiles y cotidianos que desafiaban el control del amo y del sistema esclavista. Entre estas prácticas se encontraban el sabotaje, la ralentización del trabajo, el

robo y las agresiones no letales (Mosquera Mapura, 2022). Los esclavizados robaban para complementar sus magras raciones, una práctica que formaba parte de una economía propia que funcionaba de manera independiente de sus amos (Díaz, 2002). El hurto no solo buscaba la supervivencia personal y familiar, sino que también representaba un desafío directo a la propiedad privada y al orden social. En el contexto urbano, los robos tendían a ser cometidos por grupos pequeños (dos o tres personas), mientras que en las zonas rurales podían involucrar a cuadrillas más grandes. Las mujeres esclavizadas también participaron en estas redes de hurto y solidaridad alimentaria, utilizando incluso su cabello para ocultar pepitas de oro extraídas de las minas (Guevara Jaramillo, 2015).

La negativa o el desgano para el trabajo, la altanería y las blasfemias también fueron formas de resistencia (Mosquera Mapura, 2022). Los contratos de compraventa de esclavos en lugares como Cuba a menudo incluían “tachas” o calificativos negativos como “cimarrón, ladrón, soberbio, borracho, haragán”, lo que evidencia la preocupación de los amos por estas conductas que afectaban la productividad. Algunos esclavizados llegaron incluso a auto herirse para evitar labores particularmente duras o para pasar a trabajos que exigieran menos esfuerzo. El alcoholismo, desde la perspectiva del propietario, era perjudicial porque incidía directamente en la productividad del esclavo y, por ende, en los beneficios económicos (Belmonte Postigo, 2007-2008).

En un sentido más profundo, la resistencia cotidiana también se manifestó en la preservación de tradiciones culturales africanas. Aunque las fuentes directamente ligadas a Antioquia y Itagüí no detallan explícitamente la música o el lenguaje, se sabe que en los palenques (comunidades de esclavos fugitivos) se dio un “reencuentro cultural” que combinó tradiciones africanas, hispanoamericanas e indígenas (Navarrete, 2001). En estos espacios, los sistemas religiosos africanos se sincretizaron con las imágenes de santos católicos (Laviña, 1984), y la tradición oral mágica africana se articuló con expresiones de reniego de la fe para denunciar el maltrato. El mismo acto de renegar de Dios

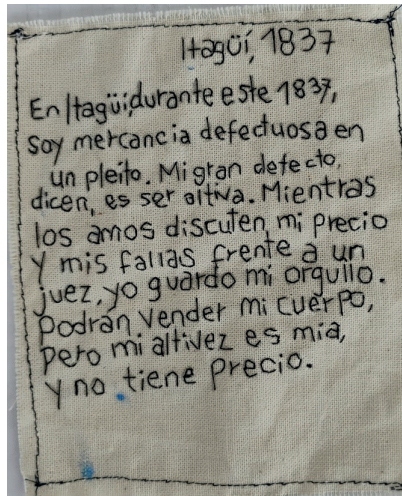
o de los santos se convirtió en una forma de defensa y resistencia, ya que los esclavos eran entregados al Santo Oficio, lo que podía detener los azotes y permitirles denunciar los abusos de sus amos en un foro diferente (Arboleda Niño, 2006).

En el caso de Itagüí, el poblamiento de negros libertos comenzó alrededor de 1650, y un censo de 1675 ya registraba una cantidad significativa de mulatos y negros libres. Para 1778, la población afrodescendiente libre y esclavizada se había elevado notablemente en el Valle de Aburrá, incluyendo Itagüí (Osorio Ramírez, 2018). Las leyendas de “Calle Negra” en Santa Catalina, asociada con “guaridas,” “orgías” y “tapetusas” (festivales donde “festejaban uno o dos muertos”), sugieren la existencia de espacios de sociabilidad y autonomía cultural donde los esclavizados y libertos podían desarrollar prácticas al margen de la norma colonial (Osorio Ramírez, 2018). Esto, junto con el amor con “ímpetu” y las “faldas negras” mencionadas en las descripciones de las “negras de Calle Negra,” podría ser indicativo de una afirmación de identidad y resistencia cultural en lo cotidiano (Osorio Ramírez, 2018).

Resistencia Legal: El sistema a su favor

Las leyes, aunque diseñadas por la Corona para mantener el orden esclavista, paradójicamente ofrecieron a los esclavos mecanismos jurídicos para su defensa y la búsqueda de la libertad (Chaves, 2011). La tradición jurídica castellana, heredera de las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio, reconocía a los esclavos como “personas del género humano” y les otorgaba la facultad de acudir a los tribunales para denunciar malos tratos, sevicia (crueldad excesiva), o abandono por parte de sus amos (Chaves, 2011). Estas denuncias podían resultar en un cambio de amo o, en algunos casos, en la manumisión. La “Instrucción para la educación, trato y ocupaciones de los esclavos” de 1789, aunque rechazada por muchos amos, fortaleció esta vía legal al promover un paternalismo y la figura del procurador de esclavos, quien representaba a los litigantes (Chaves, 2011).

En Antioquia, el uso de estas vías legales fue notorio. Desde mediados del siglo XVIII, los esclavizados presentaron un número creciente de causas por malos tratos contra sus amos. Estas quejas buscaban, además del cambio de amo, un avalúo bajo que les permitiera comprar su libertad (Patiño Millán, 2013). La reducción sensible de la población esclavizada en Medellín entre 1788 y 1843, de 3.000 a 900 individuos, es atribuida en parte a un proceso de manumisión que se expandió con las leyes de libertad de vientres (Chaves & Espinal Palacio, 2020). Este proceso fue más o menos eficiente en Antioquia debido al creciente uso de mano de obra libre en la minería desde finales del siglo XVIII, lo que pudo haber facilitado la manumisión en comparación con otras regiones como el Cauca (Jaramillo Uribe, 1963).



AHJM, Colección Negros y Esclavos, 12486, folio 50

Un hito en la resistencia legal fue la Ley de manumisión de la posteridad de los esclavos africanos promulgada por la República de Antioquia en 1814. Aunque liberaba solo los vientres y mantenía a las madres en esclavitud, esta ley fue un avance significativo que permitió a los esclavizados apropiarse del discurso legal e interpretarlo para redefinir los significados de su libertad (Chaves Maldonado, 2014). Los esclavos antioqueños, conscientes de la transformación política, organizaron juntas clandestinas para discutir y difundir la noticia de

esta ley, interpretándola como una libertad total e inmediata (Mosquera Mapura, 2022). Incluso algunos de ellos presentaron un memorial en 1812 al Cabildo de Medellín, solicitando que se les informara sobre la libertad que suponían les había otorgado la Constitución Política recién sancionada, entendiendo la libertad como un “derecho naturalmente adquirido no sujeto a negociación”. Este memorial, firmado por 206 esclavos que decían representar a muchos más, demostró una notable capacidad de agencia y organización política (Mosquera Mapura, 2022).

La búsqueda de libertad territorial

La huida y el establecimiento de comunidades autónomas, conocidas como palenques o rochelas, fueron formas directas de resistencia que buscaron la libertad fuera del sistema esclavista (Mosquera Mapura, 2022). El cimarronaje, entendido como la huida de la tutela de los propietarios, estuvo vigente desde los inicios de la presencia española en el Nuevo Reino de Granada. Los esclavos huían por una variedad de motivos, incluyendo la amenaza de castigos, las malas condiciones de vida, o la intención de apelar a la ley para un cambio de dueño (Pita Pico, 2011). En ocasiones, la amenaza de fuga se utilizaba como presión para mejorar las condiciones o lograr el perdón por algún agravio (McFarlane, 1991).

En Antioquia, el fenómeno de la fuga fue una constante. Por ejemplo, en 1768, tres esclavos de una mina en Rionegro se fugaron, argumentando la existencia de una real cédula que los declaraba libres y la falta de ración de su amo (Mosquera Mapura, 2022). Las autoridades de Antioquia estaban preocupadas por la alta concentración de esclavos y el temor a sublevaciones, lo que llevó a la venta de un número considerable de esclavos fuera de la provincia, una medida que, a su vez, generó resistencia entre los esclavizados que no querían ser trasladados (Patiño Millán, 2013).

Las guerras de independencia intensificaron las oportunidades de fuga. Cientos de esclavos en Antioquia, donados a las tropas

insurgentes o realistas, desertaron para no regresar a la esclavitud, aprovechando el caos del conflicto. Incluso las esclavas, a menudo forzadas a contribuir a los bandos beligerantes, veían en la fuga una vía para la libertad. Algunos esclavos desertaron de los ejércitos realistas para solicitar la libertad a los patriotas, y viceversa (Castaño Pareja, 2010). La fuga se consideraba una protesta contra las limitaciones y condiciones de la esclavitud (Gutiérrez Ramos, 2006).

Aunque la historiografía no describe en abundancia la formación de grandes palenques organizados y estables específicamente en Antioquia, sí se tiene conocimiento del Baudó como un refugio de negros, mulatos, libres e indios huidos y cimarrones, quienes por más de medio siglo permanecieron ocultos, resistiendo al poder colonial (Jiménez Meneses, s.f.). La posibilidad de encontrar sustento como campesinos libres en tierras remotas, cultivando sus propios productos o buscando oro, era un incentivo poderoso para escapar a las montañas y selvas. Los rumores de libertad, como los de la supuesta cédula real o la llegada de una “reina negra liberadora”, impulsaron fugas individuales y grupales, llevando a los esclavos a creer que actuaban de acuerdo con una autoridad superior que les concedía la libertad. Estos rumores, a menudo, generaron “conferencias” o “juntas” clandestinas donde los esclavos discutían planes de acción y buscaban formas de materializar su emancipación. (Mosquera Mapura, 2022)

Negociación: La búsqueda de autonomía económica y social

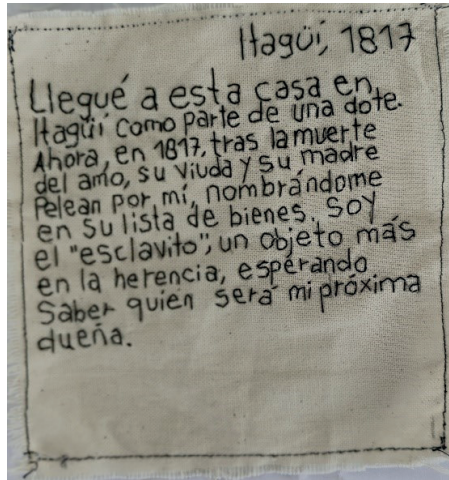
Más allá de la confrontación abierta, los esclavizados también negociaron y se agenciaron espacios de autonomía dentro del sistema esclavista. Estas negociaciones les permitían conservar ciertos tipos de libertad y participar en una economía de mercado, aun estando bajo el dominio de sus amos (McFarlane, 1991). Una forma clave de negociación era el derecho a cultivar sus propias parcelas (conucos) o a trabajar para sí mismos en días específicos. En regiones como Barbacoas, donde los mineros no siempre cumplían con la obligación de dar vestuario y ración completa a sus esclavos, esta carencia se compensaba con el permiso para trabajar los sábados para sí mismos. Esta

práctica fue crucial, ya que les permitía a los esclavizados acumular capital, lo que aumentaba sus posibilidades de buscar la manumisión o incluso convertirse en propietarios de minas (Almarío García, 2002).

En los juicios por maltratos en Antioquia, las quejas de los esclavos a menudo no solo buscaban un cambio de amo o la libertad, sino también la mejora de sus condiciones de vida, como recibir alimentos y vestuario adecuados (Patiño Millán, 2013). La misma dinámica de las relaciones amo-esclavo estaba “atravesada por pactos, convenios, acuerdos, negociaciones, ganancias y pérdidas”, lo que sugiere un constante regateo por parte de los esclavos para obtener cierto grado de autonomía (Díaz, 2002).

Las Leyes de Manumisión, aunque con deficiencias, también abrieron un espacio para la negociación. En 1814, la Ley de Partos de Antioquia ofrecía una emancipación controlada que garantizaba una indemnización a los amos (Espinal Palacio, 2019). Los esclavos, sin embargo, no aceptaron pasivamente esta gradualidad y, en sus juntas, la interpretaron como una libertad total, incluso proponiendo pagar una “pensión” o un “tributo” a los amos o al monarca a cambio de su libertad (Mosquera Mapura, 2022). En 1798, esclavos de Medellín expresaron el deseo de “governarse por sí, y jueces a su elección con un cura, en pueblo aparte”, ofreciendo pagar un peso de oro por su libertad. Estas aspiraciones muestran un proyecto colectivo de vida libre y autónoma, que incluía la autogestión política y territorial (Mosquera Mapura, 2022).

Así, las personas esclavizadas en Antioquia y otras regiones del Nuevo Reino de Granada desplegaron una notable capacidad de agencia. Desde las resistencias cotidianas que erosionaban la productividad del amo y afirmaban la identidad cultural, hasta el uso estratégico de los mecanismos legales y la búsqueda de la libertad absoluta a través de la fuga y el cimarronaje, e incluso la negociación de espacios de autonomía económica y social, los esclavizados demostraron ser actores dinámicos y persistentes en su lucha por la emancipación.



AHJM, Colección Negros y Esclavos, 1179, folio 3

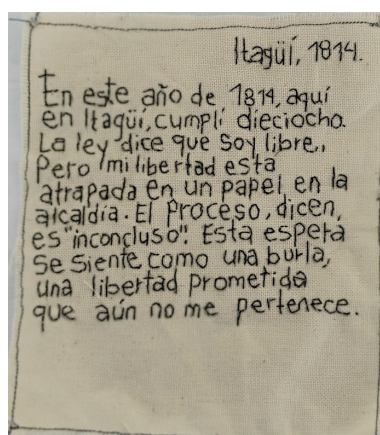
La Esclavitud en Itagüí durante los Siglos XVIII y XIX

Itagüí, ubicado en el Valle de Aburrá, formó parte de la provincia de Antioquia en el Virreinato de la Nueva Granada, una región cuya historia económica y social estuvo profundamente marcada por la institución de la esclavitud. En este apartado se explorarán algunos aspectos claves de Itagüí que permitirán tener una mirada general sobre su configuración socioeconómica en los tiempos en que la esclavitud estuvo vigente.

Originalmente, el sitio de Itagüí era conocido como “doña María” y comenzó a poblarse desde el siglo XVII (Osorio Ramírez, 2018). Para 1675, los censos ya reportaban una composición demográfica variada, incluyendo 18 familias de blancos, 32 de mestizos, 38 de mulatos, 32 de indios y dos familias de negros (Osorio Ramírez, 2018). La población afrodescendiente libre comenzó a asentarse en Itagüí a partir de 1650 debido a procesos de manumisión, y a este lugar también llegaron esclavos fugitivos, cargueros, arrieros e indígenas de regiones más remotas (Osorio Ramírez, 2018). Esta información nos permite aseverar que la constitución de Itagüí estuvo marcada por un carácter multiétnico que se refleja en su actualidad.

La economía de Itagüí, predominantemente rural, se caracterizaba por grandes hatos ganaderos y explotaciones agrícolas de maíz, caña, plátano y frijol (Osorio Ramírez, 2018). Para 1774, sus tierras estaban dedicadas a la agricultura, destacando el cultivo de cañaverales, maíz, yuca y árboles frutales (Osorio Ramírez, 2018). El censo de 1786 identificó a personas que trabajaban en trapiches y “cañeleros”, sugiriendo una fuerte presencia de pequeños propietarios incentivados por el bajo precio de la tierra (Osorio Ramírez, 2018). Aunque Itagüí era mayoritariamente rural a principios del siglo XIX, se encontraba cerca de las fincas de recreo de las élites de Medellín, que cultivaban plátano, cañaduzales, yuca, frijoles y criaban ganado (Osorio Ramírez, 2018).

En toda América las relaciones entre amos y esclavos fueron ambivalentes, pudiendo oscilar del amor al castigo, de los tratos cariñosos al azote. Algunos amos otorgaban manumisiones por gracia, incluso legando bienes para evitar que los libertos cayeran en la mendicidad (Jiménez Meneses, 1998). La normativa colonial y republicana posibilitó que muchos esclavos denunciaran malos tratos ante los tribunales, buscando un cambio de amo o la compra de su libertad. (Tovar Pinzón, 2009). Igualmente, esto posibilitó que los esclavos acudieran a los tribunales para expresar sus voluntades de libertad en lugares como Itagüí.



Itagüí, 1814.
En este año de 1814, aquí
en Itagüí, cumplí dieciocho.
La ley dice que soy libre,
Pero mi libertad está
atrapada en un papel en la
alcaldía. El proceso, dicen,
es "inconcluso". Esta espeta
se siente como una burla,
una libertad prometida
que aún no me pertenece.

AHJM, Colección Negros y Esclavos, 6665, folio 2.

Un caso concreto de lo anterior es el registro que se halló durante esta investigación de un esclavo llamado José, hijo de Rita, que en 1851, tras ser declarado liberto por la Ley, voluntariamente decide vivir con su antiguo amo bajo la condición de ser bien tratado y de recibir dos días libres a la semana (AHI, folio 123r). Esto muestra una negociación de condiciones incluso después de la emancipación formal. Pero, igualmente, demuestra las dificultades que encontraron los libertos al enfrentarse cara a cara con la libertad y no tener más alternativas para construir una vida bajo otras condiciones.

Como se mencionó en otros apartados, asimismo, los esclavos y las esclavas respondieron a su condición de sujeción de diferentes maneras. Un documento que versa sobre Itagüí en el siglo XIX posibilita entender las formas de resistencia a las que acudieron las personas esclavizadas:

Joaquin Estrada demanda a Juan Nepomuceno Espinosa por haberlo engañado al venderle una esclava y no contarle los defectos que ésta tenía: **ser altiva**, estar prostituida y haber parido varios hijos. Pide que le reciba la esclava y que se haga rescisión del contrato de la venta. También solicita que Espinosa se encargue de pagar los costos del litigio[...] (AHJM, Colección Negros y Esclavos, folio 50)

Las formas de resistencia, como también se demostró con anterioridad, se encauzaron por los canales legales para que las personas esclavas lograran la libertad. Este proceso se dió en toda América, el Nuevo Reino de Granada, Antioquia, Medellín y, para el estudio presente, Itagüí. El siguiente fragmento es de un documento que versa sobre un proceso dado en Itagüí en 1833:

Solicitud del síndico personero público para que se le otorgue la libertad a la mulata Maria del Carmen, la cual ha nacido amparada por la Ley de Libertad de Partos y ha cumplido los 18 años. Se encuentra en el documento la fe de bautismo que lo comprueba [...] (AHJM, Colección Negros y Esclavos, folio 2)

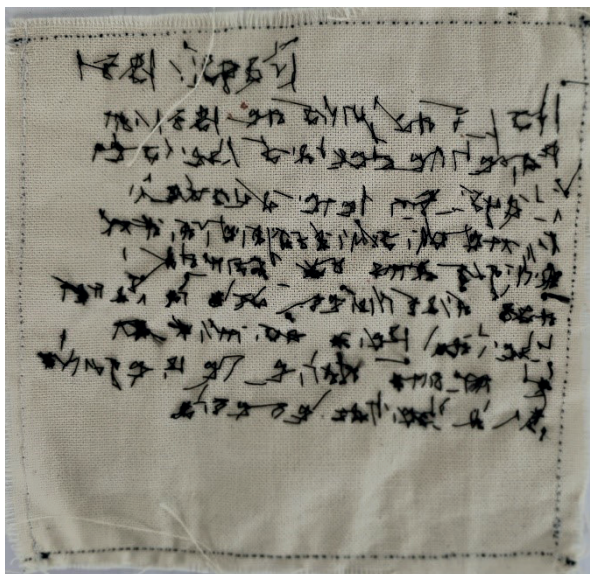
Dentro de este contexto y con las leyes de manumisión de mediados del siglo XIX, las juntas de manumisión cumplieron un rol importante al momento de documentar la cantidad de esclavos en cada localidad. Estas, así, estuvieron presentes en Itagüí, lo cual se evidencia en la documentación encontrada donde se manda a que estas obren de acuerdo a las resoluciones del gobierno nacional. En un documento de Itagüí se dice que la junta “cuidará además de verificar y obtener [ilegible] los cuadros de esclavos y manumisiones con sus respectivas anotaciones” (AHI, folio 237v).

Conclusión

El estudio de la esclavitud en Itagüí durante los siglos XVIII y XIX, si bien a menudo se infiere de la experiencia más amplia de Antioquia, revela una narrativa compleja de dominación y, crucialmente, de persistente resistencia y afirmación de la agencia humana. Itagüí, conocido inicialmente como “doña María”, se perfilaba como una comunidad rural con una economía basada en grandes haciendas ganaderas y cultivos como maíz, caña, plátano y frijol (Osorio Ramírez, 2018). Desde el siglo XVII la población de descendencia africana estuvo presente en esta localidad, lo que posibilita comprender su conformación social inicial y su realidad presente.

La presencia de población esclava en Itagüí también estuvo presente al igual que en muchos lugares de América. Esto conllevó a que los entramados sociales adquirieran características complejas que permearon la realidad de los territorios de un ambiente de sujeción pero, al mismo tiempo, de resistencia, autonomía y agencia. Las voces de esclavitud que aparecen en este escrito, si bien son pocas, permiten evidenciar una parte de la realidad histórica de Itagüí. Los hilos con los que se tejieron las cartas que acompañan los resultados de este proyecto, nos llegan del pasado para expresar las condiciones en las que cierta porción de la población negra vivió en este territorio. No fueron sus voces las que se bordaron directamente en las cartas, sino unos relatos ficcionales que se nutren de la investigación histórica para mostrar de otras maneras

esas realidades, a veces olvidadas, que constituyen al municipio multiétnico y multicultural de Itagüí.



Revés de carta bordada

Fuentes primarias

Archivo Histórico de Itagüí

Laboratorio de Fuentes Históricas (Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín)

Archivo Histórico Judicial de Medellín, Colección Negros y Esclavos

Bibliografía

Almarío García, Ó. (2002). Desesclavización y territorialización: el trayecto inicial de la diferenciación étnica negra en el Pacífico sur colombiano, 1749-1810. En C. Mosquera, M. Pardo, & O. Hoffmann (Eds.), *Afrodescendientes en las Américas, trayectorias sociales e identitarias: 150 años de la abolición de la esclavitud en Colombia* (pp. 213–242). Universidad Nacional de Colombia.

Arboleda Niño, J. I. (2006). *Entre la libertad y la sumisión. Estrategias de liberación de los esclavos en la Gobernación de Popayán durante la Independencia* [Trabajo de grado no publicado]. Universidad de los Andes.

Belmonte Postigo, J. L. (2007-2008). Erosionando el dominio de sus propietarios. Un análisis de las tachas de los contratos de compraventa de los esclavos de Cuba, 1780-1803. *Contrastes. Revista de Historia*, 13, 37–56.

Benavides Silva, F. L. (2013). La libertad de los esclavos frente a la legislación y las ideas antiesclavistas en el Nuevo Reino de Granada entre la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX. *Revista Análisis*, 83, 305–320.

- Campuzano Cuartas, R. (2012). Un episodio de los esclavos antioqueños en la independencia. *Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia*, 104(23), 49–51.
- Carroll, P. J. (1994). Familia esclava y resistencia en Veracruz colonial. *Anuario*, 9, 15–30.
- Chaves, M. E. (2001). Honor y libertad: discursos y recursos en la estrategia de libertad de una mujer esclava (Guayaquil a fines del período colonial). Departamento de Historia e Instituto Iberoamericano de la Universidad de Gotemburgo.
- Chaves, M. E. (2011a). Esclavos, libertades y república. Tesis sobre la polisemia de la libertad en la primera república antioqueña. *E.I.A.L.*, 22(1), 81–104.
- Chaves, M. E. (2011b). Paternalismo, iluminismo y libertad. La vigencia de la Instrucción esclavista en la sociedad colonial. *Historia y Sociedad*, (21), 69–93.
- Chaves, M. E. (2014). El oxímoron de la libertad, la esclavitud de los vientres libres y la crítica a la esclavización africana en tres discursos revolucionarios. *Fronteras de la Historia*, 19(1), 174–200.
- Chaves, M. E., & Espinal Palacio, J. J. (2020). Los usos de las leyes de libertad de vientres de 1814 y 1821 entre los esclavos antioqueños. Ejemplos e indicios para una hipótesis de trabajo. *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe Colombiano*, 16(41), 81–102.
- Dadzie, S. (1990). Searching for the invisible woman: slavery and resistance in Jamaica. *Race & Class*, 32(2), 21–38.
- Díaz, R. (2002). ¿Es posible la libertad en la esclavitud? A propósito de la tensión entre la libertad y la esclavitud en la Nueva Granada. *Historia Crítica*, 24, 67–74.

- Espinal Palacio, J. J. (2019). Contraviniendo el relato hegemónico, mito y manumisión de los esclavizados en Medellín-Colombia durante las primeras décadas de la formación del Estado republicano. *Mester*, 48(1), 77–94.
- Guevara Jaramillo, N. (2010). Delito y resistencia esclava: hurtos, homicidios y agresiones en la Nueva Granada, 1750-1800 [Trabajo de grado no publicado]. Universidad Nacional de Colombia Sede Bogotá.
- Guevara Jaramillo, N. (2015). Patria y libertad: el lenguaje político como estrategia de lucha esclava en la Buenos Aires revolucionaria (1806-1816). *Dimensões*, (35), 38–58.
- Gutiérrez Ramos, J. (2006). Actores subalternos: grupos étnicos y populares en la Independencia de la Nueva Granada. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 11(1), 205–215.
- Jaramillo Uribe, J. (1963a). La controversia jurídica y filosófica librada en la Nueva Granada en torno a la liberación de los esclavos y la importancia económica-social de la esclavitud en el siglo XIX. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 4, 63–86.
- Jaramillo Uribe, J. (1963b). Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 1, 3–62.
- Jiménez Meneses, O. (s.f.). El Chocó: vida negra, vida libre y vida parda, siglos XVII y XVIII. *Historia y Sociedad*, 7, 173–198.
- Jiménez Meneses, O. (1998). Los amos y los esclavos en el Medellín del siglo XVIII. *Historia y Sociedad*, 5, 119–132.
- Jiménez Meneses, O. (2002). Rumores, cartas y caminos en la sociedad colonial. *Historia y Sociedad*, 8, 199–230.

- Laviña, J. (1984). Notas sobre el cimarronaje en Caracas durante el siglo XVII. *Boletín Americanista*, 34, 153–160.
- Martínez Pérez, F. E. (2014). *Manumisión en Colombia; Cauca y Antioquia 1821-1830* [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia].
- Mate Rupérez, Reyes. *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin “Sobre el concepto de historia”*. Madrid: Editorial Trotta, 2006.
- McFarlane, A. (1991). Cimarrones y palenques en Colombia: siglo XVIII. *Historia y Espacio*, 14, 53–78.
- Meisel Roca, A. (1980). Esclavitud, Mestizaje y Haciendas en la Provincia de Cartagena: 1533-1851. *Revista Desarrollo y Sociedad*, (4), 229–277.
- Mosquera Mápura, S. (2022). *Voces de sedición y fantasías redentoras. Rumores de libertad en el Nuevo Reino de Granada, 1768-1822* [Monografía de pregrado, Universidad de Antioquia].
- Navarrete, M. C. (2001). Cimarrones y palenques en las provincias al norte del Nuevo Reino de Granada, siglo XVII. *Fronteras de la Historia*, 6, 97–122.
- Navarrete, M. C. (2002). Los avatares de la mala vida. La trasgresión a la norma entre la población negra, libre y esclava. *Historia y Espacio*, (19), 21–67.
- Osorio Ramírez, M. A. (2018). *Itagüí, historia social y cultural 1831 - 2018*. Corporación Ciudad.
- Patiño Millán, B. (2011). *Riqueza pobreza y diferenciación social en Antioquia durante el siglo XVIII*. Editorial Universidad de Antioquia.

Patiño Millán, B. (2013). *Criminalidad, ley penal y estructura social en la Provincia de Antioquia 1750-1820*. Editorial Universidad del Rosario.

Pita Pico, R. (2011). Rumores de libertad entre la población esclava: de la revuelta de los Comuneros a las guerras de independencia de la Nueva Granada. *Análisis. Revista Colombiana de Humanidades*, 79, 135–167.

Tovar Pinzón, H. (2009). *El oscuro camino de la libertad: los esclavos en Colombia, 1821-1851*. Universidad de los Andes.

Zuluaga R., F. U. (2010). La resistencia afrodescendiente en la Gobernación de Popayán. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 15, 91–112.

“Yo trabajé en Coltejer”

Por:

Carlos Enrique Ángel Isaza

Oscar Darío Ramírez Villa

Coltejerianos

Introducción

Sobre Coltejer se han escrito historias basadas en una idea de progreso que exalta los grandes personajes y momentos significativos de la empresa, algunas monografías procedentes del ámbito académico y producciones audiovisuales dan cuenta de ello. También existen otras historias, que poco han sido contadas y que son las de aquellos que hicieron grande a Coltejer, sus trabajadores: hombres y mujeres que madrugaron y trasnocharon por décadas, cada uno con sus historias propias, es más, podemos decir que esta empresa se compone de miles de microhistorias de hombres y mujeres que la llevaron a través de sus años de gloria.

Antes de contar la historia de algunos trabajadores que se desempeñaron en la empresa, es necesario conocer el entorno donde se ubicó Coltejer. Itagüí ha sido conocido como el Municipio Industrial de Colombia. Esta localidad, en la década del 50, concedió una exención de impuestos a las empresas que se asentaran en el territorio y contrataran mano de obra local, esto permitió que empresas grandes y pequeñas, se ubicaran en Itagüí, este fue el caso de empresas como: Coltejer, Cervecería Unión, Satexco, Curtimbres, entre otras.

La gran cantidad de personas que llegó al municipio hizo que la población aumentará de forma exponencial, la demanda de vivienda

era muy alta lo que obligó a que varias de estas empresas a construir barrios para sus trabajadores, Coltejer, La Cervecería Unión y Satecco, son algunos ejemplos de la implementación de estos espacios. El aumento poblacional hizo que el municipio se transformara en un gran centro de comercio debido a las necesidades de abastecimiento de los antiguos y nuevos residentes de la zona.

Cada uno de los que trabajaron en estas empresas ya traían su propia historia, muchos venían de pueblos cercanos buscando oportunidades de empleo y eso es parte de lo que nosotros, a través de este escrito, queremos dar a conocer, es decir: la vida de un grupo de trabajadores de Coltejer (tres mujeres y seis hombres, que se presentan en el presente texto a modo de estudio de caso) que han participado en un grupo focal que se viene reuniendo en el Museo de Itagüí, desde el año 2023; que trata de indagar cómo estas microhistorias influyen en el desarrollo de una empresa, como Coltejer, y cómo este proceso se articula con el desarrollo del municipio.

Las monografías que reseñan la historia local hablan de las grandes empresas que se asentaron en el municipio, pero poco hacen referencia a los trabajadores, a pesar de que su número e influencia sea importante, como es el caso de Coltejer que llegó a tener más de 14.000 trabajadores. Es por eso que se hace necesario recurrir a trabajos como estos para dar a conocer cómo era la vida de estas personas que ayudaron a construir una de las empresas textiles más importantes del país.

La herramienta principal para este trabajo es la microhistoria, por eso es importante que conozcamos qué es y para qué sirve. La microhistoria es una corriente historiográfica que se enfoca en el estudio de los casos particulares y de pequeña escala para comprender procesos históricos más amplios, a menudo ignorados por la historia tradicional. En lugar de analizar grandes eventos o movimientos, la microhistoria examina detalles individuales y comunidades específicas para revelar dinámicas sociales, culturales y económicas; se caracteriza por su enfoque en lo local, lo singular y lo aparentemente

insignificante, buscando conexiones con lo micro y lo macro. Las microhistorias, se centran en un espacio geográfico limitado y en un periodo de tiempo corto, a menudo analizando un solo evento comunidad o individuo. Enfocada en lo particular, busca la singularidad en lo extraordinario y presta especial atención a lo que normalmente no se considera relevante para comprender la cotidianidad. Se interesa por la vida diaria, las costumbres, las relaciones sociales y las experiencias de la gente común. Analiza fuentes variadas, utiliza registros de juicios, documentos, personas, testimonios orales, entre otros, para reconstruir el pasado desde diferentes perspectivas, en un intento de análisis de conexiones a nivel general aunque se centra en lo local.

La microhistoria busca establecer conexiones con procesos históricos más amplios y con la estructura social en la que se inserta en el caso estudiado. Se enfoca en la interpretación de las fuentes, buscando revelar patrones y conexiones de los individuos y las comunidades en las que se desenvuelve, que de otra forma quedarían ocultos. la microhistoria es una rama de la historia social que analiza cualquier clase de acontecimiento, personajes u otros fenómenos del pasado, que en cualquier otro tratamiento de las fuentes, pasarían inadvertidos.

Las historias recopiladas para este trabajo, y que a continuación se transcriben de manera literal, buscan ubicar al lector en las vivencias de un grupo de pensionados que trabajaron en Coltejer Itagüí, teniendo en cuenta los siguientes tres temas:

- Contar cómo se desarrolló su vida laboral.
- Describir cómo influyó su trabajo en Coltejer en su vida familiar.
- Relatar anécdotas que ocurrieron durante su tiempo de trabajo en la empresa.

Fabiola Tabares Orozco

¿Cómo se da mi entrada a Coltejer? Esa entrada a Coltejer se dio por una vecina que era muy amiga de Darío Arcila, cuando asistí una vez a la cancha de fútbol. Yo hablé con él y le dije que si me ayudaba a colocar. Ingresé a Coltejer el 2 de diciembre de 1968.

Tengo muchos gratos recuerdos, porque todos los empleados eran muy queridos conmigo. Yo en la salida del almuerzo, daba la vuelta por toda la empresa, entonces hice amigos.

Estuve en el edificio Coltejer, allá trabajé 10 años; luego me trasladaron para el conmutador de ventas, luego para el conmutador de Coltefábrica y días después trabajé en Sedeco en el año 1973. Estaba feliz de que me hubieran puesto en la recepción de Doña María. Inclusive a mí me tocó cerrar a Coltefábrica porque fui la última que salió, después cerré Rosellón. Tengo mucho que agradecerle a Coltejer, porque me prestaron para comprar casa y para darle el estudio a mi hijo que estudió inglés.

En cierta ocasión cuando trabajaba en Presidencia, a mí me empezaron a trasladar, Germán Giraldo me decía que porque no arreglaba con la compañía, entonces yo le dije que no me podía ir porque tenía el niño estudiando. De ahí empezaron a trasladarme de una fábrica a la otra. Después me dijeron que me fuera para Rionegro, pues Consuelo Correa si me hacía aburrir, y esa sí, me sacaba de allá. Y como son las ironías de la vida, allá fue donde más me amañé, porque los Rionegrinos son muy queridos y demasiado formales. Pero Consuelo me la mantenía al rojo vivo. Me decía: ¿Samuel Rodríguez le envió la razón que cuando se va? Y le dije, yo no me puedo ir todavía. En una ocasión Samuel me dijo: ¿cómo está de rejuvenecida? y yo le dije, doctor ¿en esta finca quién se aburre, quién no se rejuvenece? Pues, aquí hace un frío muy rico. Sin embargo, Consuelo le seguía insistiendo sobre mi salida. También me amañé mucho allá, porque eso era como un paseo el viaje a mañana y tarde. Por la tarde hacíamos vaca y comprábamos licor y nos veníamos como en un paseo.

En cierta ocasión por la mañana, me dejó el bus, a mí me recogían en el Parque de Berrío, cogí un taxi rápidamente y en primer semáforo que atranco al bus, pude bajarme y lograr abordarlo. A quién dejara el bus tenía que pagar carrera hasta Guarne. Cuando trabajé en el edificio Coltejer, todos los fines de semana, nos íbamos a tomar guaro al edificio La Ceiba. Cuando trabajé en Rosellón, todos los sábados nos veníamos desde Envigado, tomando cerveza, haciendo estación en cada tienda con los supervisores. Bueno, a mí la crisis no me tocó, pues me jubilaron en el año 2004.

En mi trabajo, uno se tenía que aprender el nombre de los trabajadores y los jefes a medida que recibía las llamadas, debíamos hacer comunicaciones internacionales, internamente a los obreros y la administración, esto me gustaba. Yo debía estudiar, me decía, pues hay muchos trabajadores y empleados haciéndolo en su tiempo libre. Con las compañeras la iba más o menos bien, porque, por ejemplo, yo llegaba tarde, yo pasaba por la portería a las 7:30, y me decían que debía estar a las 7:30 pero en el puesto de trabajo, lista para empezar labores, y yo decía, sí señoras, les acepto el regaño. Nunca estuve licenciada. En Rionegro, me acuerdo de que Octavio Osorio tuvo un problema, porque había echado mucha gente sin motivo, le dijeron que porque no se incluía él entre los licenciados. Yo trabajé siempre de 7:00 a.m. a 5:00 p.m. y durante la huelga de 1980 tuve que trabajar de noche de 8:00 p.m. a 4:00 a.m. Trabajando en Doña María. Mi jefe me dijo primero que debía trabajar de 4:00 a.m. a 12:00 pm. y yo sola por las comunicaciones que se pudieran presentar.

Otra anécdota que se me presentó en Rosellón fue en las fiestas de diciembre, hicieron un concurso de baile, y me gané el concurso con Edgar Poe. Yo le dije que concursáramos entre 11 parejas, porque él es gay y sabe bailar muy bien, nos ganamos una ancheta con un cofre de mimbre con toda clase de productos femeninos y un ramo muy lindo. Yo le dije toma tu ramo y me quedé con el cofre, aún conservo la foto de ese cofre, es como un trofeo para mí.

Obtuve el beneficio de comprar casa, pero yo tuve que pagarla. Mi marido era un bebedor empedernido. Habíamos hecho el trato de que yo pagaba la inicial, y él las cuotas, nunca cumplió y me iban a quitar mi casa. Un señor Guillermo, de ventas que tenía unas confecciones me dijo que en mis ratos libres porque no hacía venta de ellos para obtener dinero extra; Silvia Salinas, mi jefe, me dijo que estaba descuidando el puesto por vender ropa. Gracias a la ayuda de una secretaria del doctor Oscar Hernández, de vivienda, me hicieron un préstamo de \$600.000 de la época y pude saldar la deuda. Por ello quiero tanto a la secretaria Cinthya Carmona.

No fui deportista, aunque sí bailarina, pero me quedaba todos los sábados haciendo barra y compartiendo con los que jugaban fútbol, ajedrez, billar y terminábamos celebrando. En este momento vivo en Santamaría, antes vivía en Manrique. Caminaba en las horas de almuerzo por las instalaciones de la empresa y me llenaban de halagos, me decían: “niña asegure esas piernas tan hermosas”, “tiene más patas que una mesa” y me hacían sentir muy bien por respetuosos.

Una anécdota con una señora que llamó una vez y me dijo: “Pásame a Chicharrón”, yo le dije que nosotras no conocíamos la gente por apodos, y ella me respondió: “miré trabaja en planta de acabados, es que le tengo una mala noticia”, una odisea pasamos, pero finalmente dimos con el señor. La noticia, creo, fue que se le murió algún familiar. El conmutador de Coltejer era el 770-100, a partir del año 2000 fue el 370-375-755. Yo terminé en Doña María, porque cuando estaba en Rionegro, dieron la orden que los que pertenecían a Itagüí, deberíamos regresar. Ellas, Lilliam Maritza y Consuelo fueron las protagonistas de que me iban a echar, porque me incapacitaron en un puente y yo fui al médico y falté un día y me iban a echar con 20 años de servicio en la empresa, por abandono de puesto, sin los porque, yo llevó los exámenes y tengo mucho que agradecerle al sindicato, entre ellos Oscar Ramírez, Héctor Soto, Fernando Mejía, gracias a ellos continúe con mi trabajo hasta la jubilación. Tengo eso sí que agradecer los regaños de Oralía Pérez, Lilliam Maritza, Consuelo y Olga Luz Sampedro. En el edificio un señor Iván Benítez, enamorado

de mí, un día llegó la hija a hacerme el reclamo porque estaba dañando el hogar y resulta que el señor salía con una chica vendedora de seguros. Para no fastidiar en el asunto Jorge Torres me trasladó para Itagüí. Yo trabajé muy bacano, me amañé mucho en Coltejer y tengo mucho que agradecerle a esa empresa, aunque se hubiese acabado yo la amo y la amaré siempre.

Amparo Osorio

Mi nombre es Amparo Osorio. Mi papá fue un trabajador, fue un obrero, pero no de producción, sino de construcción y después terminó como vigilante. Sí, yo vengo de una familia coltejeriana, tan coltejeriana que nosotros somos 11 hijos. Tres de mis hermanos fueron vinculados, los tres terminaron en sistemas, pero empezaron en otra sección. Una de mis hermanas fue temporal. En Coltejer también trabajaron tíos y primos. Ya ven, mucho coltejeriano en mi familia.

Ingresé a la empresa en 1971, haciendo aseo en cafeterías. Cuando pasaron por ahí cuatro años, hubo un concurso para manejar las bibliotecas de Coltejer, las que funcionaban dentro de las instalaciones de producción. De hecho, yo no pedí que me entraran a Coltejer, pero resulte vinculada. Fue mi mamá quien se arrimó donde el jefe de personal, don Ernesto Freydel, excelente persona para nosotros; algún día ella le dijo: Don Ernesto, tengo una hija que es menor de edad, tiene 17 años, pero nosotros necesitamos que mi hija nos ayude y ella está de acuerdo. Ese día yo había ido a conseguir en algún almacén un empleo para poder ayudar porque somos once y eran solamente los brazos de mi papá. El día que fui a conseguir el empleo en Coltejer, don Ernesto llamó a mi papá y le dijo que, si la niña estaba por ahí, que fuera donde él. Mi mamá me buscó en todo el centro, me encontró por allá por el Palacio Nacional, yo no sé cómo hizo para encontrarme por dónde estaba pidiendo empleo. Entré a las cafeterías y allí estuve durante un buen tiempo. Seguí estudiando mi bachillerato y trabajando, luego pasé a la universidad, hice 5 semestres, no terminé la carrera de economía en UNAULA. Aspiraba a un buen puesto y me mandaron para las bibliotecas de Coltejer en Sedeco y

Rosellón. A las responsables nos mandaron para hacer cursos con las bibliotecas de la Universidad de Antioquia y la de EPM. Allí en la biblioteca atendíamos las consultas y tareas de los niños, y la consulta de los mayores.

En el año 1976 yo pase a las escuelas, ingrese a la de Rosellón. Y me tocó cerrar las escuelas y disponer de los libros de las bibliotecas. El jefe en ese momento de Círculos de Participación, que era Fernando Toro, él pertenecía a las escuelas y bibliotecas, dispuso para donde se iban los líderes. Yo estando en las escuelas, pues no tenía derecho, porque yo no era profesora. Ellos sí tenían derecho a dos vacaciones, entonces solamente las vacaciones de fin de año me tocaban a mí, las de medio año no me las daban. Estábamos en esas y me llevaron para la de Rosellón, pero cuando estaban en vacaciones los niños y los maestros a mí me llevaban para las oficinas. Pase por varias oficinas y termine antes de cerrar las escuelas, ya las iban a cerrar.

En la oficina de personal me tocó trabajar con Nohemí Pineda, ella me entreno y me dijo: quiero que trabajes conmigo. Que miedo esa oficina, pues me tocaba como secretaria de las audiencias a los trabajadores para descargos. Estas audiencias eran muy duras, pues los sindicatos defendían al trabajador mientras los jefes escuchaban los descargos, eso causaba miedo, intriga y desazón. Termine con mucha cordialidad con los sindicatos de la empresa: el de Sedeco, el de industria y el de mecánicos. Trabajé 36 años y medio y también salí en el 2008. En la oficina de personal di la medida con mucho miedo.

¿Ustedes preguntaran ahora cómo nos fue con los sindicatos? Muy bien de verdad, existían magníficas relaciones. Económicamente me fue muy bien. Nosotros teníamos una casita pequeña que había comprado mi papá, pero éramos muchos y como por política de la empresa no se les prestaba a personas solteras, a mí me hicieron un estudio y vieron que si ayudaba a la casa y me aprobaron el préstamo para comprar propiedad.

Teresa Ayala Rodríguez

Ingresé a Coltejer el 10 de diciembre de 1972, un lunes. Lo primero fue que me invitaron a la fiesta de la empresa de fin de año. Una gran sorpresa para mí en el día de mi ingreso. Trabajé en Doña María dos años. Después me enviaron al edificio Coltejer. Trabajé en el conmutador, nos tocaba contestar y atendíamos todas las filiales nacionales y del exterior. También en las horas de descanso que teníamos a medio día, nos íbamos para el piso 36 a jugar UNO. También en los descansos, como teníamos el hotel Nutibara cerca nos íbamos a piscina. Después del edificio nos trasladaron para la presidencia en Itagüí, donde antes quedaba Polímeros Colombianos; cuando llegaron Postobón, RCN, y allí permanecí hasta que llegó don Rafael Moisés Kalach Mizrahi.

Con los Echavarría, en Coltejer teníamos: comisariato, carnicería, kilos e inservibles, todo muy favorable. Las compras las deducían del salario semanal por nómina. Los kilos de tela eran como cinco clases, después fueron reducidos a dos. Empieza el recorte de personal. Entró el Señor Kalach como último dueño de la empresa. Noté una diferencia amplia entre los 2 últimos dueños de Coltejer. A Ardila había que rendirle mucha pleitesía, en cambio al Señor Kalach, nuestra oficina que quedaba al frente de la suya, nos decía: por favor pasen mi línea que yo mismo hago mis llamadas. El señor no permitía que hiciéramos sus llamadas. Con el señor Ardila cuando llegaba a las instalaciones con esa cantidad de escoltas era diferente. Me sucedió con uno de sus escoltas: en una ocasión me dijo que me parara ante la presencia del señor Ardila, y que debíamos hacer reverencia. La hija muy querida, casada con un empresario árabe; me dijeron, en cierta ocasión, que por que no saludaba al doctor Ardila, ella respondió “papá ella saludo, no estabas atento”. De los hijos había uno muy querido, otro muy déspota e imponente. El primero decía: déjeme yo hago mis cosas, agradezco su ofrecimiento. Cuando era la época de los Echavarría a mí me parece que había un compañerismo excelente. Cuando el doctor Ardila, nos daban unos cursos de “calidad total” en Coltejer. Estando en la capacitación, una secretaria, que no viene a cuento nombrarla, le dijo al instructor: “vea calidad total, es la cali-

dad humana que tenían los Echavarría que no tienen ustedes. Con los Echavarría no teníamos ninguna presión y todos trabajábamos con mucho gusto, ahora sentimos presión, la gente no se siente a gusto”. Más o menos esas fueron las palabras de ella. No recuerdo muy bien el suceso, pero admiré la forma en que ella se expresó. Ahora con los compañeros compartíamos excelente, muy integrados; nos íbamos para la Ronda, al frente del edificio, allí compartíamos: empleados, jefes, vicepresidentes y trabajadores. Fui de las personas más afortunadas para conseguir casa. Tuve la oportunidad de estudiar en el Politécnico. Coltejer daba tiempo y préstamos para capacitación de su personal, y también para la educación de los hijos, o las reformas que hicieron en casa de mamá, lo cual se hacía con la liquidación de cesantías.

Los que habitantes del barrio Sedeco no pagaban servicios públicos y los arriendos eran muy favorables. También la Iglesia daba cine, ahí cerca a la portería de servicios generales había una pantalla adecuada por la misma empresa donde nos proyectaban películas cada semana, veíamos: Lassie, Viruta y Capulina, Tintan y otros entretenimientos familiares interesantes. Había biblioteca, según tengo entendido, de las mejores de Medellín. Cuando empezaron a terminar con el barrio Sedeco por ampliación de las zonas de producción compraron las casas a muy buen precio, ampliaron a Furesa al frente de Coltejer al otro lado del río, me gustaba mucho ver las motos y las proezas que hacían algunos motociclistas, yo admiraba a uno en especial por su espectáculo. Yo me fui a vivir a La Esmeralda.

Un detalle que tenía Coltejer era que en la zona no había agua potable y ella ponía canillas disponibles para la comunidad de Itagüí. También por el barrio pasaba la carrilera que daba acceso al tren con las pacas de algodón y el carbón para la planta de energía. Sedeco fue un barrio muy sano, su gente muy servicial, Me tocaron muchos convites en donde se hacían crispetas, juegos callejeros y otras diversiones. En la casa de la tía fue donde llegó el primer televisor en blanco y negro, proletario y comunal, para todo el vecindario. Los diciembres eran de mucha felicidad para todos los habitantes del barrio por los agüinaldos para los niños que aportaba la empresa.

Raúl Castaño

Mi nombre es Raúl Castaño con carnet número 192898 mi padre Pablo Castaño trabajador al servicio de Coltejer me inscribió para aprender del Sena, después de terminar estudios secundarios y haberme inscrito en el Sena salí favorecido y me llevaron para presentar el examen, en el cual me fue muy bien, recuerdo que fue un domingo con una duración de 4 horas, este examen me lo realizaron en el Sena de la playa, Sena que ya no existe, gracias a Dios me fue muy bien, ocupando el segundo lugar entre 20 participantes. El Sena pasó el informe a la empresa, pero pasaron 30 días y no me llamaban hasta que mi padre se comunicó con la jefe de personal de Rosellón en Envigado y se dio cuenta que estaban llamando; primero por la rosca que tuvieran, la doctora llamó a ver qué pasaba conmigo y al lunes me llamaron y me escribieron que me presentara en el Sena para comenzar labores Yo contentísimo me presenté, fue en mayo de 1970, teníamos transporte en buses del Sena en el horario de 7:00 a 5:00 p.m. también teníamos derecho al almuerzo y a un refrigerio a las 9:30, al cual le teníamos el nombre de pica. El estudio tenía materias muy similares a las de una universidad, tales como: álgebra, trigonometría, educación física, religión, sociales, etcétera y 4 horas diarias para el taller conociendo la maquinaria textil entre las cuales se encontraban telares como: el Driver y el Driver Cronton picañol, este estudio era por semestres, o sea, primero 6 meses eran denominados como etapa lectiva y eran realizados en el Sena, el segundo semestre etapa productiva y así sucesivamente por tres años, los que tuvimos esta oportunidad en el Sena lo hicimos con el patrocinio de una empresa y éramos estudiantes de todo el país, gente de Medellín, Manizales, Cali, Barranquilla, Bogotá, para obtener el título el estudiante debía de aprobar las materias en su totalidad lo mismo que el taller en todas las factorías de Coltejer, éramos ocho estudiantes, solo quedamos seis vinculados en 1973, a mí me tocó la octava promoción en el Sena del Pedregal.

Voy a contarles la segunda parte, luego de haber terminado el estudio en el Sena, la empresa me llamó por haber aprobado el curso,

me dio un mes de descanso y empecé a laborar el 13 de agosto de 1975 en el turno 2 de 4:00 a 12:00 m. mi oficio era ANUDADOR, o sea cambiando el Cilindro de Urdimbre terminando por uno lleno; llevar carretes malos, ahí estuve por un tiempo de un año, estuve otro año como MONTADOR, cambiando todo el equipo completo, peine, marcos, cilindros de urdimbre. Luego pase a ser mecánico de sección; y ya como mecánico de sección completo con 30 máquinas; pendiente de cuando levantaban una bandera roja que significaba avería o máquina con problemas; en sección laboré por muchos años teniendo esta experiencia me llamaron para dictar complementaciones a varios mecánicos de sección con una duración de tres meses a cada uno y eran cinco en total, Yo laboré de 12:00m. a 8:00p.m. y la complementación la hacía de 8:00a.m. 12:00m. de lunes a viernes y me pagaban como horas extras.

En el año de 1976 llegó un Señor de Venezuela para contratar a operarios y mecánicos de telares, Pablo Gerardo Caracas, muchos de ellos aceptaron y renunciaron a Coltejer siendo ilusionados con buen salario, acordado lo más triste fue que cuando llegaron allá les comentaron que ganarían un salario diferente, Ellos reclamaron y la respuesta fue que eso era un acuerdo en Colombia y que ahora estaban en Venezuela, Yo me escapé porque me faltaron fotos y una firma y no había renunciado todavía, la mayoría trabajaron uno o dos años aproximadamente y regresaron a Colombia arrepentidos por haber renunciado a Coltejer; fue triste tanta falsedad.

En vista que renunciaron varios mecánicos, seguí en sección pero con más máquinas en Driver y en la factoría Coltefábrica por 17 años; con el correr de los años me llamaron a la oficina a las 7:30 a.m. a 7 mecánicos y un jefe de telares con el fin de manifestarnos que habíamos sido seleccionados para un curso de mecánica de telares Sulzer electrónicos en Rionegro, este curso tuvo una duración de 6 meses con un instructor suizo, Bulmer, llegaron los telares a Rionegro y nos tocó el montaje de 46 de ellos, el montaje tuvo una duración de 4 meses, terminamos el montaje y regresamos a Coltefábrica; allí iniciamos el montaje de otros 45 telares que habían llegado dos me-

ses atrás y nos estaban esperando, el salón con piso reforzado por el exagerado peso que tenía cada uno, este montaje lo hicimos aproximadamente en 5 meses y todos con referencia de los códigos del pedido que había de exportación, estos telares trabajaron un tiempo de 3 años o un poco más, para luego ser trasladados a otras factorías para cerrar Coltefábrica.

Les cuento que allí me tocó la huelga, Yo estaba que cumplía los 10 años en la empresa y siempre logré pasarlos, cuando salí de Coltefábrica me trasladaron para Rosellón en Envigado, allí laboré como mecánico de telares Driver por varios años, cerraron a Rosellón también y fui trasladado para Sedeco, donde laboré por varios años, también en esta factoría participé en varias exposiciones de fotografía y pintura al óleo, cada que hacíamos exposiciones nos hacían tremenda rumba, entre los invitados estaban nuestros familiares y participaban duetos integrados por nuestros compañeros cantantes, declamadores, trovadores, había baile y comida, al día siguiente teníamos libre; qué recuerdos. Empezaron los arreglos y se fueron dos mecánicos de Sulzer, de inmediato me llamaron para reemplazar a uno de ellos, tenía unas vacaciones cumplidas y me las dieron a finales de diciembre de 2007, Yo salía con un grupo de ciclistas y nos fuimos para pintada, en dicho recorrido de regreso, me dio un mareo, me internaron en el hospital de Santa Bárbara y me remitieron para la Clínica León 13, allí me detectaron un tumor en la hipófisis, estuve hospitalizado un mes, me operaron y con una incapacidad de dos meses, terminada la incapacidad; regresé a mi trabajo, pero terminando el turno me informaron sobre traslado para textiles Rionegro, allí el trabajo era muy fuerte y no podía hacer fuerza, me dijeron que si se me terminó la incapacidad era porque podía trabajar, con la cabeza dolorida tal vez por el ruido de los telares me senté, al poco rato me llamaron de la oficina, Yo expuse el por qué no podía trabajar, me comentaron que si me quería ir prejubilado, llegamos a un acuerdo, me habilitaron tres años hasta que cumpliera la edad para pensionarme; cuando tenía la edad, la pensión se me demoró 14 meses, me llegó la mesada únicamente y nada de retroactivo, demandé y a los 4 meses me llegó; en la actualidad estoy disfrutando plenamente, gracias a Dios Coltejer me

brindó la oportunidad de adquirir mi casa propia y de tres plantas y sacar adelante a mis hijos hoy día profesionales.

William González

Yo trabajaba en el centro como mensajero de 7:30 a.m. a 5:00 p.m. Salía de trabajar para ir a estudiar mecánica industrial (torno y fresadora) de 6:00 p.m. a 10:00 p.m.

El 13 de febrero llegó mi hermano Jorge Iván, “El Terrible”, que trabajaba en Coltefábrica, y me dijo que me presentara el próximo lunes 16 de febrero de 1976 en la Planta de Acabados en Itagüí.

Esa mañana me presenté a la Oficina de Personal, entregué la carta y me dijeron: “Siéntese en esa banca”. Ahí estuve toda la mañana. A las 11:30 a.m. llegó el señor Alfredo Restrepo y me preguntó:

—¿Usted qué sabe hacer?

—Estoy estudiando mecánica industrial en horario nocturno —le respondí.

Luego me regaló un tiquete y me dijo: “Vaya al restaurante para que almuerce, y vuelve y se sienta aquí a la 1:30 p.m. Tranquilo, que ya está ganando plata”.

Cuando regresé, me dijo: “No sabemos dónde acomodarlo. Como usted está estudiando mecánica, lo vamos a ubicar en lubricación por el momento”. Me presentaron a un lubricador, Iván Zapata, para que me indicara, y ahí empecé.

A los dos meses me llamaron. Pensé que me iban a echar. Me dijeron: “¿Usted cómo hizo para entrar acá? Parece que se metió por dentro de un tubo”. Y luego agregaron: “Vaya a la Oficina de Enganche para que le hagan la entrevista”.

Fueron pasando los años, pedí cambio para la cuadrilla de mecánicos y fui ascendiendo. Cuando terminé de estudiar, pedí un cambio para el Taller de Mecánica, pero no había vacantes.

A los meses me dijeron: “Preséntese mañana a las 9:00 a.m. en el Taller de Mecánica para que le hagan un examen con otras dos personas, pero solo hay una vacante”. Presenté el examen y de una vez quedé en el taller.

Con los años también fui ascendiendo: primero como mecánico de banco, más adelante como tornero. Fueron viendo mis capacidades y fui subiendo de categoría; luego pasé a fresadora y llegué a la última, que era ajustador.

Ya empezaba a reemplazar supervisores desde que empecé en torno, hasta que me dejaron los últimos años como supervisor, pero sin la categoría oficial, solo con reconocimientos en el pago.

Dentro de mis capacidades, me di cuenta de que mucha mercancía la devolvían porque en el camino se mojaba o se empolvaba. En revisión sellaban los rollos con una planchita eléctrica, pero solo por partes.

Me inventé una plancha que rodaba. Le pedí al jefe del Taller Eléctrico que me colaborara mandando hacer unas resistencias de unas dos pulgadas de diámetro; el carpintero me hizo los cabos, y yo maquiné el resto. Cuando ensayamos las planchas en revisión, fue de mucha alegría: dio resultado. Y ya no devolvían la tela por suciedad, porque iba muy bien sellada.

Cuando dijeron que el invento daba para presentarlo como implementación tecnológica, el supervisor Heriberto Vélez y el jefe del Taller Eléctrico me dijeron que yo no podía ir a ese evento, que ellos irían. Fue un gran atraco, porque solo me entregaron un diploma y ellos se quedaron con el dinero.

Otro de los trabajos que hice fue una enroladora de láminas, o sea, ductos y chimeneas. Siempre que había un montaje de maquinaria nueva tenían que contratar a un latonero de otra empresa para hacer esos ductos.

Luego de presentar ese trabajo me felicitaron, pero un supervisor del Taller Eléctrico puso el grito en el cielo porque saqué un motorreductor del taller sin permiso. Le dije que me investigara, que no lo había hecho sin autorización: hablé con otro jefe del Taller Eléctrico y me dijo: “Lleve el motor y lo monta, cuando esté listo me avisa para conectarlo”.

OTRO CASO:

Una vez trabajé un domingo y el trabajo que estaba haciendo quedo para terminar; al lunes siguiente era festivo, el martes que llegue a trabajar, me empezaron a investigar, ¿que Yo que hice ese trabajo? Les dije: ahí quedó en el informe, que queda para continuar, y hay testigos que la pieza quedó montada en el torno. Pues desapareció, y decían que fui yo. Les dije: para yo sacar eso, tendría que ser en carro porque es demasiado pesado y muy grande, al hombro no se podía llevar; además ese día se robaron una ANUDADORA de Sedeco, también costosa, pues me libere de ese problema y mucho después encontraron la ANUDADORA en Tejidos Única de Manizales.

Otro domingo estaba trabajando, cuando llegó el jefe de la Central de Energía y Vapor, (Marcos Vélez) que le colaborara, que había que ir al Almacén de Planta por una pieza, o sino quedaría varada toda la Planta y Sedeco para el inicio de semana. (Me decían a Mí, porque era el encargado), le dije al jefe de la Central que fuera por 2 vigilantes y la llave, que Ellos sean testigos de lo que se saca y se hizo la planilla.

Pues al lunes siguiente, otro escándalo porque hice abrir el Almacén para ese desvaré, (casi me echan).

También era bueno para abrir candados al que se le olvidara las llaves; una vez me dijo la jefe de Personal que le colaborara que dejó las llaves en la casa, fui con Ella y un vigilante y abrí la puerta y al otro día me iban a echar por eso. También me salvé después de tanto hablar que era por colaboración.

Ya dije: jamás vuelvo abrir puertas ni candados.

Llegó la época para pensar en salir, porque el ambiente en Coltejer se dañó; Salí con un TV y arreglo. A los 4 años me pensione.

Oscar Ramírez

Jugaba fútbol, tenía 16 años, y llegaron a la cancha en donde estaba a decirme que me necesitaban en el Sindicato de Coltejer, porque el Mensajero iba para vacaciones y había que reemplazarlo; ahí comienza mi vida laboral, era menor de edad, y mis padres debieron solicitar a la Regional del trabajo, el permiso correspondiente para reemplazar al mensajero del sindicato de base.

Recién cumplidos mis 16 años de edad, firmé mi primer contrato laboral con el Sindicato Textil Coltejer Sedeco, era el año de 1.976, 05 de noviembre.

Como Mensajero comencé a visitar las instalaciones de las fábricas en Itagüí, (Sedeco, Doña María, Coltehilos, Planta de Acabados), Envigado, (Rosellón), y Medellín, (Coltefabrica). Coltejer tenía entonces más de 14.000 trabajadores; en ese entonces era reconocida como un emporio Industrial, ya que aparte del sector textil, comprendía otras líneas de producción. (Del Maíz, Telaraña, Polímeros Colombianos, Furesa, Procecolsa, Futec, Textiles Rionegro).

En el año de 1982, terminé mi bachillerato nocturno, y las directivas del Sindicato me asignaron el Área de préstamo sindical a los trabajadores socios, labor que cumplí hasta octubre de 1983 cuando ingresé a la Empresa como trabajador temporal. La figura

del empleo temporal surgió como propósito de generar mucho más empleo, situación que nunca se dio.

Coltejer con el Sindicato de Base, había pactado que vinculaba a los trabajadores temporales, después de 8 meses de contrato temporal.

Inicialmente, y dada mi edad, me sorprendía mucho al escuchar los remoquetes o apodos que tenían muchos trabajadores: el chivo, el palomo, sangre negra, el pilón, mondonguero, mortadelo, el buñuelo, la machaca, toro sentado, pulga arrecha, el gavilán, el marrano, el puntudo, Julio pipa, el sancocho, patas agrias, etc.

Estudiaba mi bachillerato nocturno en SINCOLSE, y en el día laboraba en el primer piso, y en la noche, estudiaba en el segundo piso.

SINCOLSE: Bachillerato nocturno del Sindicato Textil Coltejer Sedeco.

En 1976, estaba vigente el llamado “Frente Nacional”, y estaba muy de boga el Che Guevara, lo que dio pie, a qué dentro de las fábricas, tanto en Itagüí, cómo en Medellín, hubiese trabajadores y Sindicatos dizque de Izquierda, llamados Los Mamertos, y a los de Base, dizque los Buenos; años más adelante comprendería esta clasificación.

Ingresé a Coltehilos en octubre del año 1984, al salón de Coltehilos a barrer y lavar los baños.

Llevaba 7 meses y tuve un accidente, me fracturé un tobillo, hasta ahí llegó la posibilidad de enganche.

A los 50 días que regresé, y me dijeron que aceptaban mi reintegro sin tener en cuenta los meses iniciales, comenzaba de cero. Y así tocó.

Volví a Coltehilos a empacar bobinas para los sacadores de hiladoras.

Resultó que mi papá era sacador de hiladoras, y según comentaron no podía haber familiares en un mismo oficio, y me trasladaron al salón de telares de Doña María.

Allí, también inicié como barrendero y lavando los baños.

Pase los 8 meses y no me engancharon, o vincularon a la empresa, dijeron que no era operario todavía, me llevaron hacer el curso de Tejedor, y sacaba los ratos de barrida para ir a pasar hebras, así se decía.

Terminado el curso, me asignaron varios tejedores para que les ayudara, y ahí fui haciéndome tejedor.

Llevaba 30 meses como temporal y fui a la oficina de personal para averiguar por qué no me han llamado. La respuesta fue que mis exámenes de oído salieron mal, y cuando fue eso, pregunté. Sacaron una carpeta con los apellidos Ramírez Molina, Yo soy Ramírez Villa. Inmediatamente me mandaron hacer los exámenes, que nunca antes había hecho. Y el 16 de marzo de 1987 quedó vinculado oficialmente a Coltejer.

Ser trabajador de Coltejer todavía en los años 80, era algo muy especial, a pesar de que se estaba dando la transición de los Echavarría a Ardila Lulle.

Como tejedor Textil, estuve en los salones de Sedeco dreapper y picañol. El dreapper electromecánico a 60 rpm. El picañol sistematizado, a 420 rpm. Llega la década de los 90, y se inicia con la “apertura económica”, en el gobierno de César Gaviria. Quién hubiera creído, era el comienzo del fin, no sólo de Coltejer, sino del sector textil y de manufacturas a nivel nacional.

Ya en esta década de los 90, con los gobiernos de turno y las relaciones obrero – patronales, entendí lo de los sindicatos de izquierda y los llamados buenos.

Me llamó mucho la atención la cantidad de trabajadores veni-

dos de todo el Valle de Aburrá, Copacabana, Girardota, Bello, Barbosa, Envigado, Caldas, Sabaneta, La Estrella, San Antonio de Prado e Itagüí. Aparte de Coltejer y sus filiales, Itagüí tenía muchas empresas, por lo que fue catalogada como “La Ciudad Industrial de Colombia”.

Internamente en la empresa, confluían grupos de artista de varios matices, grupos deportivos, fútbol, ciclismo, atletismo, escuelas de fútbol para los hijos de los trabajadores, 5 sindicatos; y muchos trabajadores, a parte de su rol como Coltejeriano, eran emprendedores y se hacían a recursos extras, vendiendo chance, lotería, rifas, morcilla, tamales, ropa de todo tipo, en telares teníamos nuestro propio Optómetra.

A mi Papá le decían el “Indio”, y en consecuencia a mí “El Indiecito”. Cuando cumplí el año de vinculado, me invitaron a ser Socio del Sindicato, obvio que acepté, y mis antiguos patrones, también me invitaron a que me capacitara en sindicalismo. Para el año 2008, puedo decir sin temor a equivocarme, que el 70% de los trabajadores no estábamos preparados para interrumpir abruptamente nuestro ciclo laboral en Coltejer, nunca nos pasó por la cabeza que una empresa tan especial y querida, fuera acabarse.

Queda en el presente, eso sí, generando recuerdos y nostalgia, la figura insigne del Edificio Coltejer. Fueron 32 años en torno a Coltejer. Que al igual de todos mis compañeros y compañeras forjamos nuestras propias familias dejando atrás la generación de nuestros padres trabajadores de Coltejer, quedando en la historia como parte de nuestras vidas.

Jorge Betancur

Trabajé en Coltejer por ahí por 36 años los cuales se distribuyeron en varias etapas, la primera fue en 1978 que ingresé hasta enero del 1980, que me retiré por aburrimiento, porque un año antes en el 1979 murió mi mamá, y Ella era la que estaba pendiente para que uno madrugara y eso me afectó mucho; entonces renuncié en enero del 1980, ya en esa época me fui a trabajar a otra parte y ya después en el

1985, un hermano mío que trabajaba allí, Luis Carlos Betancourt me recomendó que si quería volver a Coltejer, pero ya como temporal, para una cuadrilla de hilados Yo le dije es que Yo no sé de mecánica, Yo no conozco nada, escasamente conocía la herramienta que había en la casa; un cincel, un martillo, una almádana y unas tenazas que tenía mi papá, pero eso Yo no lo conocía, ninguna clase de herramientas para trabajar la mecánica.

Entonces el hermano mío me dijo que ahí va aprendiendo y entra como ayudante, así entré en 1985 como ayudante de una Cuadrilla de hilados y ahí me tocaba era limpiar las cabezas y hacer aseo, porque como no conocía nada de mecánica; pero yo me le fui pegando a los mecánicos y fui aprendiendo la mecánica y conociendo las herramientas y ahí me hice mecánico, no apretador de tuercas como se dice vulgarmente y eso duró hasta el 1989 que me vincularon ya con la empresa, entonces en el 1989 Yo iba a seguir en mantenimiento, pero presenté un problema en los oídos. Yo insistí e insistí y logré la vinculación, entonces me mandaron para Crudos de Sedeco que, porque era una sección que no era tan contaminada por el ruido y ahí estuve de mecánico de crudos hasta el 2001, eso fue en Sedeco.

Y desde cuando me mandaron para Planta de Acabados, allí pues en Crudos de Planta de Acabados converse con el jefe de mantenimiento que era Mauricio García y por intermedio del jefe mío llegaron a un acuerdo que me iban a trasladar para mantenimiento a reemplazar a un mecánicos que había arreglado, entonces en el 2001 me mandaron para mantenimiento de Planta de Acabados y allá ya aprendí más la mecánica, fui conociendo sobre el oficio y me hice mecánico hasta la categoría especial y hasta el año 2020 trabajé porque ya salí de allí por la edad.

Durante el tiempo que estuve en Coltejer fue muy satisfactorio para mí, estuve conociendo muchas personas buenas, malas, regulares, de todo y gracias a Coltejer Yo tengo ya a mi familia que es conformada por mi esposa y los hijos, tengo mi casa, la empresa me facilitó para que yo me hiciera a eso y lo fuera pagando ahí con mi trabajo.

Tuve muchas experiencias con muchos compañeros que me colaboraron para que yo me sintiera bien en el oficio.

Fueron 36 años larguitos que trabajé, con mucho agrado para mí, gracias a Dios, cuando yo entré a Coltejer estaba soltero y en ese mismo año me casé (1985), en 1995 me facilitaron el préstamo para la adquisición de mi casa.

Hernán Cardona, fue el supervisor en Planta de Acabados, quien hizo mi presentación como nuevo integrante de los mecánicos, ya que me tocó reemplazar al difunto pájaro, Víctor Montoya, tengo este caso como anécdota, ya que fue al ingreso del turno 2, 4:00a.m. a 12:00m. y les dijo: Por favor, le colaboren a Jorge con sus conocimientos y experiencia en el oficio.

¿Qué beneficios recibiste de la compañía? No pues como le digo la vivienda no más y el trabajo.

Claro que yo participaba allá de todos los programas de la empresa, jugué fútbol en los torneos y en otros programas y en el casino también disfruté mucho porque iba a jugar billar allá y a tomar cerveza con Chorizo, que era uno de los dueños del casino y en el comisariato de Coltejer en los kilos yo tuve compañeros que no les gustaba reclamar eso, Yo les decía présteme el carnet y Yo lo reclamé; entonces yo me beneficiaba de eso porque Yo hacía *trapeadoras* y vendía una que otra.

Como yo era mecánico de crudos y me ponía a hacer marañas, hacer llaveritos, hacer culebras de llaveros, hacer cuchillos, entonces tenía un banco de trabajo y allí regaba, por decir repuestos de las máquinas, porque cogía una máquina para mantenimiento y los repuestos que estaban malos los mandaba al taller a reparar y allá no me los entregaban en el mismo día, sino al otro día, entonces mientras tanto la máquina estaba parada.

Yo ya me ponía a hacer otras cosas, ellos me veían que no estaba desempeñando la mecánica, me decían que por qué no me ponía a desarmar la máquina y les decía; tengo los repuestos en taller y me dejaban tranquilo, pero el resto fueron muy poquitas las quejas que yo tuve con los supervisores, fueron más las buenas.

Yo con la crisis no sufrí mucho gracias a Dios, pero cuando nos dejaron de pagar, uno se alcanzaba, porque yo vivía solamente del salario, porque la señora hacía por ahí marañitas en la casa, pero Ella era para sus gastos y para los hijos, pero yo ahí sí no aguanté hambre, pero sí, Yo no soy egoísta porque eso sí me golpeó.

Con los nuevos dueños, Rafael Kallas, no tuve ningún problema, fueron 12 años, desde 2008 al 2020.

Para mí, Coltejer siempre fue una empresa líder a nivel nacional y nivel mundial, los TLC, (Tratados de Libre Comercio) permitieron la entrada de tela muy barata, y ahí empezaron los problemas, y lo que Coltejer había hecho con las manos, lo borró con los codos, lastima haber terminado así.

Pero también faltó más fuerza, más esmero, entusiasmo de los dueños, como de sacar la empresa adelante.

Carlos Ángel

Soy una persona surgida de los barrios pobres de Medellín en la década de 1950, cuando la violencia política entre liberales y conservadores estaba en su apogeo. Sucedió en aquellos años uno de los acontecimientos que marcaron la historia de Colombia, el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán y las consecuencias violentas que se generaron con su muerte.

Mi familia sufrió los embates del acontecimiento y buscaron refugio en un barrio aledaño a Coltefabrica, Centro Textil al servicio de Coltejer. Con mi corta edad y estudiando en escuelas públicas

del entorno, logré mi sueño de conocer las instalaciones, llevando desayunos y almuerzos a algunos vecinos que allí laboraban. Ese sueño de algún día pertenecer al tren productivo de la empresa, era grande pues ya había obtenido regalos y presentes en algunos eventos realizados a sus trabajadores y familias.

Mi sueño se cumplió, no como obrero en producción, sino como empleado en el área de cómputo en el año 1967, cuando todavía no hablábamos de sistemas. Éramos familias pobres, sin morada propia, en sistema de alquiler, en zaguanes, y sin los servicios públicos básicos.

Entrega, trabajo, compartir y sufrir de vivencias alegres, tristes, nostálgicas en el trajinar en una empresa que entregaba todo por sus colaboradores. Podrá esta historia ser la semilla para que muchos de mis colegas en otras empresas de producción del municipio algún día escriban las vivencias suyas en la suya.

Quiero en la historia no solo plasmar mi experiencia, sino la de muchos compañeros y obreros que laboraron durante mi época productiva. Sabemos que Coltejer impactó con su producción el desarrollo económico y social del municipio de Itagüí y el área metropolitana de Medellín, generando empleo y progreso. Merece ser contada, pues las generaciones que nos preceden deben conocer la historia de sus ancestros en: costumbres, movilidad, esfuerzos económicos y físicos, para ejercer sus faenas de trabajo sin la tecnología que actualmente se posee.

Con el mote de “rápidos”, comenzó mi labor en la empresa el 29 de mayo de 1967 (lunes) recordado por el 50° aniversario del cumpleaños de John F. Kennedy, mi personaje político favorito. No pasado el primer año de la firma de mi contrato de trabajo, con mi preparación en matemática y estadística, pasé al departamento de producción y en el área de estadística e ingeniería como calculador de mezclas de fibras en los primeros procesos textiles.

Más tarde fui trasladado a la gerencia de calidad y con asiento en el departamento de fibras textiles, Allí me convertí en instructor de fibras textiles y me especialicé en clasificación de algodones regido por la USDA (Departamento de Agricultura de los Estados Unidos).

Bares subsidiados, almuerzos a menos precio, apoyo al deporte, permisos de salud, kilos de tela e inservibles para el hogar, préstamos en dinero para compra de vivienda (mejora), pago de estudios o calamidades. Pagos semanales de salario al día, primas legales semestrales, aguinaldos, años de servicio y primas por producción o calidad.

Aproveché mis tiempos de descanso para el deporte, capacitación y estudio y para mis buenas relaciones en familia y compañeros de trabajo.

Durante toda mi vida laboral en la empresa 1967 - 2007, me desempeñé como deportista en varios campos: fútbol, tenis de mesa, ajedrez y billar, obteniendo triunfos y derrotas, siempre con el apoyo y patrocinio de la empresa.

Formé y forjé una familia de once miembros en una propiedad adquirida por intermedio de Coltejer. Esta me brindó los medios económicos para la obtención.

Con permiso de directivos y jefes pude traer al Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), escuelas de diseño y a las mismas facultades universitarias de ingeniería textil, hacia las instalaciones de capacitación de la compañía e incluso a sus salones de producción e investigación.

Los hechos son los que nos darán a conocer más no las consecuencias y esto lo digo porque: Escuelas primarias, bibliotecas, apoyo al deporte nacional, concurso: mejores bachilleres de Colombia, bienales mundiales de arte, muestras y exposiciones de obras de arte de sus trabajadores y familias, y quizá lo más importante: el desarrollo urbanístico con préstamos de vivienda a sus trabajadores y

la construcción de algunos barrios y templos católicos. Estos factores hicieron grande a Coltejer, pues tuvo en cuenta los cambios demográficos, tendencias sociales y los valores culturales que podían influir en su comportamiento y labor.

En tiempos difíciles, cuando en Itagüí el agua potable estaba en circunstancias difíciles, prestó el servicio de “canilla libre” en sus porterías para los barrios: Las Acacias, Tablazo, Villa Paula, Los Naranjos, Simón Bolívar y Las Esmeraldas. Además, servicio bomberil y carro-tanques.

Cesar Ortiz

César Ortiz dirigente sindical de Coltejer. Yo llegué en el año 1963, aspirando a trabajar en Coltejer, en una rebeldía con mi papá, Yo le dije; Yo no voy a trabajar más acá, Yo trabajaba con Él y dije no, Yo me voy a buscar otra cosa, y entonces mi papá me dijo, váyase para que vea algo de lo bueno que es estar lejos del Hotel mamá, y llegué aspirando a trabajar en Coltejer o en Fabricato, llegué acá a Medellín, Yo ya tenía familia acá y esa política que existía en Coltejer de colocar hijos de trabajadores o familiares; Yo me valí de eso, Yo no tenía un familiar directo, pero tenía un hijo de un jefe de personal que estaba casado con una prima mía, entonces Yo me valí de eso y por intermedio de Él fue que Yo entré a Coltejer y ahí me colocaron.

Pasé las pruebas de Coltejer, me colocaron y empecé a pasar el periodo de prueba que en ese tiempo eran dos meses, pero en ese tiempo era muy difícil que a uno le dijeran que no, casi todo mundo pasaba, se puede decir que todo mundo era buen trabajador, Yo no llegué a conocer así como gente perezosa, el que entraba a Coltejer pues sabía que era muy buena empresa y que se tenía que manejar bien o que de lo contrario lo iban a echar, para uno era un orgullo decir en la casa ya empecé a trabajar en Coltejer, casi que me gané una lotería y esto era por todo lo que le ofrecían al trabajador, entonces uno trataba de cuidar como ese puesto.

Para muchos era como un proteccionismo, pero para otros era una cantidad de reivindicaciones de las que uno tenía que cuidar.

La empresa entonces trabajaba con un sentido social, pero también con un sentido empresarial; pero Coltejer miraba mucho hacia la comunidad, el trabajador se sentía protegido por la empresa, eso hacía que el trabajador no sintiera que estaba explotado y ahí empezaron a surgir también contradicciones.

Coltejer tenía unos *Institutos de Capacitación* porque la empresa prácticamente hacía sus propios trabajadores, muchos llegamos a Coltejer y la vida era totalmente diferente porque muchos veníamos de la provincia e inclusive del campo y era muy distinto uno venir aquí a recibir órdenes, cuando eso Coltejer no tenía muchos equipos de protección para el trabajador, era tanta la contaminación que uno entraba allá y uno no veía el que está por allá a pocos metros de toda esa pelusa que había de algodón, no habían equipos de descontaminación, eso era una cosa muy horrible, uno terminaba el turno y salía como con esa congestión, con esa cosa de ese algodón, eso parecía como si uno se fuera acostumbrando a eso, pero no, uno cogía una manguera se soplabla y volaba el viaje de algodón para toda parte, hasta que ya Coltejer en su proceso de tecnificación instaló equipos que absorbían esa pelusa, entonces ya el trabajo se hizo mucho más fácil.

Yo cuando entré a Coltejer lo primero que hice fue averiguar qué ofrecía la empresa, me dijeron hay un *Instituto de Capacitación* de la empresa que puede ir el que quiera cuando termine su turno, ahí uno escogía que quería hacer, yo me fui para allá y empecé a hacer cursos; ya cuando eso Coltejer estaba empezando a aplicar el sistema de ingeniería industrial, entonces Yo empecé a hacer cursos de *Ingeniería Industrial* y ahí fue cuando yo empecé a darme cuenta de lo duro que era el trabajo allá en Coltejer, totalmente diferente a lo que Yo hacía con mi papá, ahí entendí, cuando Él me dijo; váyase para que vea lo que es el hotel mamá, en Coltejer había que empezar barriendo, así era como todos entrábamos, todos, ninguno entraba a manejar una máquina, todos empezaban barriendo y vaya aprendiendo,

vaya mirando a ver qué es lo que usted va a querer hacer allá, para que mañana o pasado mañana miré a ver si usted quiere ser operario o supervisor, si era bien aplicado. Yo hice el curso completo de supervisión y nunca fui supervisor y me di cuenta de que no lo iba a ser, porque haciendo el curso de cálculos de tiempos de trabajo, a este curso asistían jefes y supervisores y operarios, pero había que tener una condición, y es que para hacer ese curso se tenía que tener el segundo de bachillerato. Cuando Yo hice el curso fui de los mejores, con un equivalente a todo el bachillerato completo, ahí fue cuando yo me di cuenta de que tenía muchas capacidades y que las estaba perdiendo en el pueblo donde yo estaba, ellos vieron la capacidad mía en ese curso, y mire, inclusive les voy a contar una anécdota; entonces ya me decían en las horas de la noche, vea ponga la escoba allá en ese rincón y venga para acá para la oficina de nosotros para que haga este trabajito, y el trabajito era hacerle las tareas a Ellos, o sea las tareas que nos ponían a nosotros en el curso y Yo, el barrendero, le hacían las tareas a los supervisores y a los jefes.

En ese tiempo llegó una negociación de un pliego de peticiones Y en el sindicato dijeron que necesitaban a un trabajador del área de *Ingeniería Industrial* y los mismos jefes le dijeron a Juan Vanegas que era el presidente del sindicato; vea allá donde nosotros estamos hay un señor que está haciendo el cálculo de *Ingeniería Textil*, Yo en ese tiempo no sabía ni que era sindicato siquiera y le dijeron, vea ese muchacho que tenemos allá es una porra, inclusive ese es el que nos hace las tareas a nosotros y dijeron, vea nosotros entendemos que el sindicato le van a dar representación en el área de *Ingeniería Industrial* tenga en cuenta ese muchacho, a mí me llamaron y entonces Yo les dije, a mí primero que todo me tienen que decir que es sindicato, porque Yo no sé qué es, entonces me dijeron; vea no se preocupe que nosotros lo vamos a mandar a hacer un curso sindical, me dijeron en el sindicato, y usted se tiene que afiliar al sindicato porque para poder figurar aquí tiene que ser socio y me mandaron hacer ese curso y tuve que ir a entrevistas con el administrador, con todos los jefes y me dijeron después de que pase las entrevistas; vaya al sindicato y se afilia que nosotros lo presentamos como candidato y ahí arranqué

como representante del sindicato en ingeniería, ahí estaba gente como Jaime Estrada, Hernán Parra, Saúl Restrepo, había varios supervisores y así empezó mi carrera sindical.

Yo estuve en Estados Unidos y México haciendo cursos de ingeniería, así empezó una carrera sindical que prácticamente nunca figuró dentro de mis planes, porque Yo no tenía ninguna formación política ni ideológica, Yo que venía de un pueblo bien conservador como Samaná Caldas, ahí fue donde Yo empecé a estudiar todas esas cosas y estoy hasta en conferencias con el cura Camilo Torres en un grupo que se llamaba *golconda* que era un grupo de curas rebeldes que es más o menos de donde nace el ELN y de ahí es donde nace una infiltración a las Industrias textiles por los grupos de izquierda, o sea que lo que buscaban era infiltrar los sindicatos, esto hacía que los sindicatos tuvieran realmente una postura ideológica que no fuera simplemente ir a negociar algo, sino que tuvieran realmente una postura política y ya había que mirar a ver entonces cuáles son los derechos de los trabajadores qué es lo que dice el código laboral y mirar todas esas cosas para tener una formación más amplia, cuando se fuera a negociar un pliego, o sea porque hice esto a quién es el que va a beneficiar Coltejer, entonces con la preparación que nos fueron dando ya empezamos a hablar de un tribunal disciplinario y ahí es donde empiezan a aparecer las audiencias para despidos y castigos donde las cosas se hacían como en un juzgado y el sindicato asumía el papel de abogado del trabajador, allí iban el jefe de personal, el jefe del salón a plantear la falta que se cometió y cuál iba a ser la sanción y era donde nosotros actuamos como abogados del trabajador, para esto a mí me nombraron desde entonces en el *Comité de Quejas y Reclamos* del sindicato, Yo prácticamente era un *Directivo Sindical* y lo mío dentro de ingeniería era regular las cargas de trabajo, porque había a veces unos desfases muy grandes en contra del trabajador, para la producción que debía dar la máquina y ahí Yo ya dejé de capacitarme dentro de la empresa que era el Instituto de Capacitación que Ellos tenían, pero que era básicamente una formación más para la empresa y de ahí con todas estas capacitaciones que Yo iba haciendo, me nombraron para recursos sindicales, Yo iba y hacía capacitaciones

por arriba, por donde era el seminario, y eran capacitaciones por ahí de tres días y entonces me sacaban el permiso sindical para que Yo fuera, ya me la pasaba era estudiando, allá iban esos curas rebeldes que Yo le digo y le decían a uno vaya y léase este libro, léase este otro y ustedes como dirigentes sindical no sé quede con esos dos, sino que léase este otro también, y entonces uno llegaba y escuchaba el concepto de un cura de otro y de otro y así se la pasaba uno en esos seminarios y esos libros se conseguían en la editorial La Oveja Negra y esa misma lectura lo fue llevando a uno, porque esos curas no le decían a uno; ya usted tiene que pertenecer a este grupo o a este otro, sino que era la misma lectura la que lo iba llevando a uno por un derrotero, pero Yo no puedo decir de que eso era una formación de izquierda, era de reivindicar derechos laborales y todas esas cosas, esto me llevó a que en el sindicato me pasaron del Comité de Quejas y Reclamos a ser miembro de la Junta Directiva del Sindicato y ya empecé a hacer fiscal, presidente y ahí estuve 26 años, inicié en agosto del 1976 y ahí me quedé hasta el año 1999, algo así, y así seguí.

En las reuniones con los curas, aunque ya la Curia controlaba mucho eso y ahí en una de estas reuniones se planteó uno de los temas más importantes que era el por qué en Coltejer había tantos sindicatos, porque en ese tiempo existía el sindicato de Coltefabrica, Coltehilos, Doña María, esto nos llevó a hacer demandas ante el Ministerio de trabajo para alegar una cosa que se llama paralelismo sindical, o sea que dentro de una empresa no pueden existir tantos sindicatos bajo un mismo paralelismo, o sea bajo un mismo sentido social, o sea que no podía existir más de un sindicato de una sola línea como era el de los de Coltejer, allá, bajo la misma línea, esto porque todos los sindicatos que existían en Coltejer tenían personería jurídica, pero todos hacían básicamente lo mismo y bajo un mismo patrono que era Coltejer y bajo este paralelismo decíamos nosotros que solo podía existir un solo sindicato en Coltejer y esto más, si la misma Constitución le permite a los sindicatos tener una junta directiva; eso fue una lucha muy brava, muy dura, eso me llevó, que a mí me declararon líder nocivo sindical y esto porque como en ese momento el ELN querían infiltrar todos los sindicatos, esto me llevó a que yo me enfrentara a ellos, de ahí es de

donde nace ese remoque que me pusieron el *Peinillero de Samaná*; Esto es lo que hace parte de la verdadera historia del sindicalismo en Coltejer porque ya vino el enfrentamiento de los trabajadores, pero ya desde un punto de vista verdaderamente ideológico, donde se hablaba de frente, de que unos apoyaban el ELN, otros EPL y ya no había asamblea en Coltejer donde no estuvieran metidos los representantes de ellos, en ese tiempo lo dirigía Oscar William Calvo, el guerrillero; otro era Jaime Fajardo Landaeta, que trabajaba con la Gobernación, esa lucha para que declararan el paralelismo sindical en Coltejer fue tremenda hasta de muertos y eso conllevó a que la huelga de 1967 se diera fuera por la presión de esos grupos que estaban luchando, nosotros seguíamos alegando en esa lucha que en Coltejer no debía de existir sino un solo sindicato, un Sindicato de Base y que ese sindicato tuviera sus directivas en las áreas que Coltejer tenía, o sea las dependencias que Coltejer tenía, eso llevó a que nos declararan objetivo militar, porque ellos consideraban que nosotros éramos de derecha, esto llevo a que se constituyeran los comités de base que eran directamente orientados por la izquierda, ya fuera por el ELN o por EPL, para las asambleas me tocaba enfrentarme con ellos directamente, eran enfrentamientos físicos y verbales, como se diera la cosa, entonces se dio una actitud por parte de los movimientos de izquierda que ya eran agresivos con los que éramos del sindicato y era muy normal ver que llegaban a las porterías a un meeting y salía Germán Plazas que era el presidente del sindicato y lo agredían lo reventaban todo, ya eso no pasaba más porque entonces El los enfrentaba, era con palabras no con golpes, viendo eso Germán Plazas me cogió a mí y me acabo de dar más capacitación, viendo las capacidades que Yo tenía y los de izquierda iban a continuar con eso de llegar a las porterías y agredir la gente y llegaron donde a mí hacer lo mismo, imagínese, donde un montañero de Samaná, entonces yo saqué una peinilla y los enfrenté a todos y ya cada que había alguna asamblea o algún mitin yo me echaba la peinilla para lo que pudiera pasar, entonces ya empezaron a sacar boletines, un tiempo después en el que me llamaban el peinillero de Samaná, pero yo ya no le paraba bolas a eso porque muchas cosas se dieron a nivel de la Regional del Trabajo, pero no fue porque pusieron la bomba o nada de esas cosas sino porque ya se acostumbró

que cada que había un pliego habían sabotajes a la maquinaria y cosas así, ya la empresa decía que era que ahí habían infiltrados y nosotros no comulgábamos con esas cosas, con esos sabotajes, porque eso era contradictorio a los principios de uno y a los de la empresa, por qué se atentaba contra la producción; esa lucha duró mucho porque para ellos, para los de izquierda el único enemigo era César Ortiz, eso llegó hasta el punto que en un solo boletín de ellos me nombraran a mí 30 veces, esa lucha la dimos y la continuamos nosotros contra ellos hasta que se logró declarar paralelismo sindical, una resolución que autorizó que en Coltejer no existiera sino un Sindicato, el de Base.

Villa Lía.

La historia de un legado

Por Orlando Martínez Gómez

Introducción

Investigar la historia del barrio Villa Lía no fue una tarea improvisada ni tomada a la ligera. Nació de nuestra firme convicción de que: “La comunidad debe conocer sus orígenes, su historia e identidad”. Esta iniciativa surgió al comprender que, en medio de la rutina diaria, hay personas que han sido olvidadas, pero cuyos esfuerzos marcaron una época y dejaron un legado que merece ser contado, reconocido y preservado.

A esto, sumamos las sugerencias de expertos, visitas a bibliotecas, revisión de periódicos, registros notariales y otros documentos guardados en anaqueles. Pero lo más valioso fue escuchar los testimonios recogidos en charlas largas o en breves recuerdos de los propietarios y residentes en el barrio, testigos directos de sus inicios. No fue fácil; sin embargo, cada dato hallado, cada fotografía rescatada, generaba un alborozo indescriptible, especialmente al encontrar información que parecía perdida para siempre.

Este documento no solo es una recopilación de fechas y nombres, es un acto de amor por nuestro barrio, es un regalo para los habitantes de hoy, y para las futuras generaciones, porque no podemos considerar un barrio sin memoria y por ende sin identidad, el conocer nuestros orígenes es la mejor manera de defender el legado y proyectarlo al futuro, y es nuestra obligación rendir un homenaje sincero a todas aquellas personas que hicieron posible esta historia, quienes con su trabajo, esfuerzo y visión, forjaron los cimientos del

barrio Villa Lía, muchos de ellos, hoy, los recordamos con respeto y gratitud, pues ya partieron de este mundo, pero, su legado sigue vivo, gracias a su memoria, y a sus palabras fue posible reconstruir esta historia y preservarla para las futuras generaciones, a todos, presentes y ausentes, es un reconocimiento por su entrega, su lucha silenciosa y afecto para nuestro barrio Villa Lía.

HOMENAJE Y GRATITUD ETERNA A NUESTRA BENEFAC-TORA.

“Existen nombres que, aunque el tiempo avance, no deben ni pueden desvanecerse.”.

Hay una mujer que encarna la figura principal de nuestra historia; por ello, antes de adentrarnos en el origen y desarrollo de nuestro barrio, es indispensable comprender la vida y obra de quien fue — desde su nacimiento hasta su partida— nuestra benefactora. Señoras y señores, es un honor presentarles a la señora:

LÍA RESTREPO MEJÍA DE VÉLEZ.

Su nombre debe permanecer en el imaginario colectivo de quienes habitamos Villa Lía, pues a ella le debemos un profundo afecto, gratitud y admiración. Su memoria y legado deben ser honrados, porque fue, es y seguirá siendo nuestra benefactora. Gracias a su generosidad y a su compromiso con el bienestar de los más vulnerables, hoy tenemos el privilegio de contar con un hogar en Itagüí. Su entrega marcó para siempre el nacimiento de nuestro barrio. No basta con decir que fue nuestra benefactora; en verdad, fue un alma noble, una mujer de mirada serena y convicciones firmes, que hizo de la dignidad humana su principio vital. Su altruismo hizo posible que muchas personas encontraran un lugar para vivir y que en ellas renaciera la esperanza. Esta es la historia de una mujer que nunca buscó reconocimiento, pero cuya vida merece ser contada, no solo por lo que hizo, sino por lo que fue en esencia.

Doña Lía Restrepo Mejía nace el domingo 27 de agosto de 1893 en Medellín, era la segunda hija del matrimonio conformado por Don Camilo Claude Restrepo Callejas y Doña Ana Mejía Trujillo, este matrimonio en total tuvo diez hijos —nueve mujeres y un varón—, la historia dice que fue educada por su padre de manera innovadora para su tiempo “Como si fuera un hombre” (según concepto de la iglesia), porque la llevaba a cuanto espectáculo se presentara en Medellín, lo que despertó en ella un profundo aprecio por la cultura, era apasionada por la fotografía, la apicultura y fruticultura, y fue la primera mujer en obtener una licencia de conducir en Medellín. Doña Lía contrajo nupcias con Don Gabriel Vélez Isaza, empresario, poeta y escritor, don Gabriel fue hijo de Lucrecio Vélez Barrientos un escritor de renombre, cuyo seudónimo literario era “Gaspar Chaverra”, tuvieron 4 hijos y para destacar la perduración del legado sobresalió su hija, la escritora, columnista y poeta Rocío Vélez Restrepo de Piedrahíta, quien nació el 27 de febrero de 1926.

Doña Lía Restrepo Mejía de Vélez también escribió un breve cuento titulado “**El pobre Lolin**”. En esta narración escrita aborda temas como la pobreza, la solidaridad y la condición humana.

La narrativa del relato se centra en la historia de un niño de nombre Lolin, quien reside en condiciones de extrema pobreza y, debido a la escasez de recursos, es marginado y desapercibido por la sociedad circundante. Sin embargo, a pesar de vivir en circunstancias tan adversas, posee una perspectiva única del mundo, la cual se manifiesta en su relación con los demás y su anhelo de mejorar su estado. Un día, Lolin descubre una estrategia para captar la atención de los demás mediante una serie de acciones que le posibilitan ser percibido de manera diferente, y a través de su comportamiento, se va ganando poco a poco la ayuda de las personas que inicialmente lo ignoraban.

En este punto, notamos en Doña Lía su intensa sensibilidad humana y su perspectiva cosmopolita de cómo debería ser el mundo: un espacio repleto de compasión y humanidad, tal como lo demostró con la donación del terreno donde actualmente se erige nuestro barrio.

En toda manifestación cultural que preexistió estuvo involucrada Doña Lía; sabemos que también tuvo un papel en el primer largometraje del cine mudo en 1925 llamado **“Bajo el cielo antioqueño”**, en el papel de la tía de Lina. La película se presentó el 6 de agosto de 1925, siendo una de las pocas películas colombianas de esa época que se han conservado; podemos observarla en la App YouTube.

También se involucró en la revista **“Letras y Encajes”**, cuyo primer número se publicó en 1926 y se distribuyó mensualmente durante 33 años, hasta 1959. La revista cedió algunas de sus páginas a la publicación de lecturas para niños. En esta sección, Doña Lía fue la responsable de la sección **“Los Niños”**, donde afirma que en ese lugar siempre hallaron los **“minúsculos lectores”** versos, cuentos y láminas que aseguraban que estarían seguros de que les agradaría.

En un tributo sentido a su madre, Doña Rocío Vélez de Piedrahita, le rindo un homenaje a su madre Lía, en su obra **“El sietecueros de Lía”**, de la cual presentamos algunos fragmentos.

1. “Lía ya concentrada en su final, se inclinaba más y más. Temblaba un poco- ¿fatiga?, ¿temor?, necesitaba apoyo para caminar, para levantarse, siempre miraba fijamente desde el corredor, no reconocía el paisaje y como niño temeroso en lugar extraño, manifestaba su deseo de volver a casa, su casa de infancia, la de portón grande y el zaguán amplio con surtidor, segundo patio, solar.”

2. “Lía se murió como había vivido, sin rencores, añorando sin lamento la primavera cuando pujaba por vivir y plena de salud, agilidad y futuro, llenaba su finca de frutales y hortalizas.”

Doña lía Restrepo Mejía de Vélez descanso en la paz del señor el 24 de marzo de 1981.

Para lograr visualizar... ¡El por qué!... del altruismo de doña Lía, debemos mirar con atención el hogar donde nació, pues sus va-

lores no surgieron por azar, sino que fueron sembrados y cultivados desde la cuna. Nos remitimos entonces a la vida y al ejemplo de sus padres, don **Camilo Claude Restrepo Callejas** y **doña Ana Mejía Trujillo**, para intentar descubrir la raíz profunda de su pasión por el servicio y la generosidad.

Su padre, **don Camilo Claude Restrepo Callejas**, nació en Medellín el 30 de octubre de 1864. Fue un ingeniero civil y de minas y dedicó gran parte de su carrera al Ferrocarril de Antioquia como ingeniero jefe. Además, fue diputado a la asamblea de Antioquia, gobernador, y, también fue designado a la presidencia, fue un líder en la construcción de la Carretera al Mar.

Don Camilo C. Restrepo Callejas descansa en la Paz del señor el 08 de abril de 1932

La sociedad antioqueña, como reconocimiento a su memoria y en señal de respeto y gratitud, nombro:

1. **Corregimiento Camilo C:** Ubicado al sur del municipio de Amagá, en la región de Sinifaná.
2. **IE Camilo C. Restrepo:** Escuela Popular Eucarística, ubicada en la Carrera 65D #24-40, barrio Trinidad (Guayabal) en un terreno donado por él.

Su madre, **Ana Mejía Trujillo**, nació en Medellín en 1873, aunque aspectos relevantes a nivel social no se hallan, debido a que su vida la dedicó al hogar y a la formación de sus hijos. Además, en aquella época, las mujeres eran formadas exclusivamente para las labores domésticas, no para la vida pública ni profesional, porque el ideal impuesto por la sociedad en esa época era ser esposa y madre. La participación femenina en la vida política, económica o intelectual era mínima o inexistente, y la formación de las mujeres se centraba en la costura, las labores del hogar y las lecturas permitidas, que eran principalmente de carácter religioso. Además, los colegios estaban regentados por comunidades religiosas que jugaron un papel deter-

minante en ese modelo educativo. Las pocas mujeres que lograban acceder a la educación superior lo hacían en campos restringidos, como la docencia o la vida religiosa.

Doña Ana descansó en la paz del Señor el 17 de noviembre de 1964

Una vez explorada la historia de vida y el entorno familiar de nuestra benefactora, nos adentramos en el inicio de nuestro barrio: la concepción del proyecto, su desarrollo y construcción. Este camino nos permitirá comprender cómo surgió el barrio.

Genesis del barrio Villa Lía

Nuestra historia no solo está escrita en planos, escrituras y construcciones, y como no se trató de un simple negocio entre particulares, el valor de nuestro barrio trasciende —y supera con creces— al de la mayoría de barrios de Itagüí, porque fue una **donación**. Por lo tanto, la historia del terreno que ocupa hoy nuestro barrio comienza el 29 de octubre de 1959, cuando la señora Lía Restrepo Mejía de Vélez compra por un valor de \$540.000,00 ML, a la señorita Luz Gutiérrez P. y otros, una finca territorial de 42.164 metros cuadrados, con los siguientes linderos: “Por el sur, con la quebrada Doña María; por el occidente, con la propiedad de sucesores de Gonzalo Garcés; por el norte, con la finca La Loma, propiedad de Ernesto Pérez y Cervecería Unión S.A., y por el oriente, con propiedad de José Molina y Juan Antonio Acosta”, según consta en la escritura número 7025 de la notaría segunda del circuito de Medellín. La finca se encontraba ubicada en el municipio de Itagüí.

El miércoles 2 de octubre de 1973, la señora Lía Restrepo Mejía de Vélez y el doctor Álvaro Duque Ramírez de la Fundación Barrios de Jesús se reunieron en la notaría segunda del circuito de Medellín con el único propósito de formalizar ante el notario doctor Mario Gallego López la donación de la finca anteriormente mencionada, y se acordó entre las partes que el único propósito de la donación era la de viabilizar a futuro un proyecto de viviendas para personas de escasos

recursos económicos, la cual quedaría exclusivamente a cargo de la Curia Arquidiocesana con su Fundación. La escritura de la donación fue protocolizada mediante la escritura pública número 2503, del 2 de octubre de 1973, por un valor de \$1.317.600.

Para el año 1985, la Fundación Barrios de Jesús, el Departamento de Planeación del municipio y la Alcaldía municipal de Itagüí, presidida en ese momento por el doctor Luis Javier Cardona Castrillón, comenzaron a realizar reuniones de coordinación para hacer realidad el proyecto de vivienda que se denominaría Villa Lía, en honor a su donante. Como resultado de estas reuniones, en el mes de octubre de 1986, la firma B. Botero y Compañía Limitada procedió a la elaboración de los respectivos planos urbanísticos, que fueron presentados ante la administración municipal para su evaluación y aprobación, de acuerdo con la normativa urbanística vigente.

El 25 de julio de 1986, mediante la Escritura Pública No. 1689, la Fundación Barrios de Jesús procedió a lotear e hipotecar el inmueble con la Corporación Colombiana de Ahorro y Vivienda **DAVIVIENDA**, por un valor de \$115.000.000.

Mediante acto administrativo del 30 de julio de 1987, fueron aprobados oficialmente los planos de localización y áreas del barrio Villa Lía, otorgando la Licencia de Construcción N.º 338, con fecha del 3 de julio de 1987, y mediante la escritura número 879 del 20 de abril de 1987, se desafectaron las zonas comunales de la primera etapa, incluyendo las vías vehicular y peatonal, las áreas de las carreras 64 y 65, el retiro de la quebrada y la zona verde de los sectores primero y segundo, lo que permitió el desarrollo del proyecto urbano. Posteriormente, en octubre de 1988, autorizaron una modificación al proyecto original, ajustando aspectos técnicos del mismo.

Con base en los planos aprobados y la licencia expedida, se consolidó la distribución del terreno de la siguiente manera:

- Área destinada a vivienda unifamiliar: correspondiente a la construcción de 346 viviendas.
- Área para estacionamientos: se destinaron 67 espacios de parqueo, distribuidos para garantizar accesibilidad y ordenamiento vial interno.
- Áreas comunes y de circulación: comprendidas por vías internas, andenes peatonales y zonas de tránsito.
- Zonas verdes y espacio público: se reservaron áreas para parques, jardines y espacio público.
- Equipamientos comunales: se previó la asignación de terrenos para el desarrollo de infraestructuras de servicio comunitario y/o social.

Especificaciones de cada una de las viviendas

Cada una de las 346 viviendas construidas en el marco del proyecto urbanístico Villa Lía, las viviendas presentaron las siguientes especificaciones:

- Área total del lote: 50,00 metros cuadrados
- Área construida por nivel:
- Primer piso: 24,25 metros cuadrados
- Segundo piso: 26,00 metros cuadrados
- Área del lote asignado por cada vivienda:
- Frente: 5,00 metros
- Fondo: 10,00 metros
- Área total construida por vivienda: 50,25 metros cuadrados

Fundación del barrio Villa Lía

La historia de nuestro barrio comienza formalmente con la escritura pública número 2090 del 26 de agosto de 1987, fecha en la que se construyó la Casa Modelo en la carrera 64 número 39-04, de la etapa 1, pero el proceso de construcción de viviendas culminó el 29 de septiembre de 1990, con la bendición de las últimas casas en la etapa 3.

Villa Lía es un barrio tan especial que parece un pequeño pueblo, pues cuenta con un único acceso, y por ese mismo camino se entra y se sale. Esa característica lo hace un lugar exclusivo, íntimo y con identidad propia.

Bendición del barrio Villa Lía

El 29 de septiembre de 1990, el cardenal Alfonso López Trujillo estuvo en la entrega de la última etapa del barrio, bendiciendo la culminación del proyecto Villa Lía y, con estas sencillas palabras: **¡Bendijo el barrio!**

“Cristo está en medio de vosotros, que fomente la caridad, os participe en las alegrías, consuele en las tristezas, para que, en medio de vosotros, surja el aroma de Él. **Con alegría, los bendigo**, porque para ustedes comienza una nueva etapa de esperanza”.

Por tanto, el 26 de agosto de 1987 debemos reconocerlo como la fecha de fundación e inicio de nuestra historia, un hito que debe ser conmemorado y celebrado como el día del nacimiento del barrio Villa Lía.

Otro actor fundamental en la creación del barrio fue la **Curia Arquidiocesana**, que, a través de sus entidades, asumió la administración de la donación realizada por doña Lía desde 1973 hasta 1987 y adelantó la materialización del proyecto. Sin embargo, la voluntad altruista de la donante solo se cumplió de manera parcial, pues en el desarrollo del mismo prevalecieron decisiones de carácter administrativo que transformaron el sentido original de su gesto generoso. Hoy, de aquel deseo permanece vivo el recuerdo imborrable de su nombre, al cual seguimos rindiendo homenaje.

Las entidades responsables de la construcción del barrio fueron:

La Fundación Barrios de Jesús y Promotora de Bienes PROBIEN.

Estas entidades, coordinaron el inicio de los estudios necesarios para viabilizar el proyecto de vivienda y asumieron la responsabilidad de adelantar todas las gestiones legales, financieras y técnicas requeridas para poner en marcha la construcción del barrio. En ese contexto, una vez finalizados los procesos previos, dieron inicio a la obra.

En la primera etapa, fueron entregadas las primeras 107 viviendas en marzo de 1987, con un valor por unidad de \$1.639.000. La casa modelo estuvo ubicada en la Carrera 64, número 39-04.

En la segunda etapa, fueron entregadas 125 viviendas a principios de 1989, y cuya construcción inició el 7 de febrero de 1988, a un valor por unidad de \$2.480.000. En esta fase, la construcción duró aproximadamente 2 años. La casa modelo estuvo ubicada en la Carrera 65C, número 39-04.

En la tercera etapa, fueron entregadas 110 viviendas a finales de 1990, con un valor por unidad de \$4.500.000. En esta ocasión, la casa modelo se ubicó en la Carrera 65D, número 39B-03.

El Barrio quedó dotado con una escuela primaria con capacidad para 200 niños, una cancha polideportiva, amplias zonas verdes y parqueaderos.

En la historia de nuestro barrio, debemos rendir un homenaje sincero al principal atractivo natural — y que está presente constantemente en nuestra vida cotidiana: las quebradas Doña María y La María, anteriormente llamadas “La agüita de la loma”, testigos silenciosos del devenir de nuestro barrio. Sus cauces encarnan una dualidad inquietante: tranquilas y apacibles, pero también altivas e impetuosas. Por eso las reconocemos, las respetamos y las sentimos parte de nosotros. No son solo unas quebradas; son un símbolo vivo de nuestra historia y nuestra identidad. Me permito compartirlas la historia de:

La Quebrada Doña María

Nace en el Alto de Canoas, cerca del cerro Padre Amaya, a 3.150 metros sobre el nivel del mar, en San Antonio de Prado, y desciende hasta desembocar en el río Medellín, a 1.514 metros sobre el nivel del mar. El área de la microcuenca es de 75,8 km² y la longitud del cauce principal es de 25,84 km. Villa Lía está ubicada en la parte baja de este recorrido, y por eso vivimos expuestos tanto a la belleza de su cauce como a los riesgos que representa.

Conocemos que adopta su nombre por Doña María de Quesada, viuda de un capitán español llamado Juan Daza. Se dice que formó parte de las expediciones lideradas por Gonzalo Jiménez de Quesada. Don Juan falleció en 1600 y, tras su muerte, su viuda, Doña María, recibió el 6 de marzo de 1616, por parte del visitador Francisco Herrera y Campuzano, las tierras que hoy corresponden al municipio de Itagüí y al Ancón de los Yamesíes. Esta concesión se realizó como compensación por las tierras que le fueron retiradas para establecer un resguardo en Sopetrán.

Se cuenta que Doña María era una persona consultada y respetada en temas de salud y bienestar, y la comunidad la veía como una cuidadora del entorno natural. Aunque es escasa la literatura que aborda otros aspectos relevantes de su vida, se sabe que, al momento de su fallecimiento, los habitantes de la zona decidieron nombrar la quebrada en su honor (Doña María) como símbolo de respeto y gratitud por su labor y liderazgo que ejerció.

Nuestro barrio, además de estar cruzado por la quebrada Doña María, se encuentra rodeado por montañas con laderas inestables, según lo han señalado en los diversos estudios de suelos realizados por universidades como la Universidad de Antioquia (UdeA) y la Universidad EAFIT, y así queda evidenciado en los Planes de Ordenamiento Territorial (POT) de los años 2007 y 2023. A continuación, relacionamos algunos de los eventos ocurridos en la zona, que evidencian el riesgo asociado a la inestabilidad de las laderas y de la influencia de las quebradas Doña María, La María y Villa Lía.

Eventos ambientales

El barrio posee tres quebradas: Doña María, La María y Villa Lía, que históricamente nos hacen vulnerables a procesos de socavación, deslizamiento e inundación, riesgos que se han agravado por la intervención humana. En los últimos años, se han presentado diversos eventos que evidencian esta problemática:

La quebrada Doña María

- **13 de septiembre de 2022:** Deslizamiento de gran magnitud ocurrido en el corregimiento de San Antonio de Prado, que cayó sobre las aguas de la quebrada Doña María. Esta situación causó gran zozobra entre los habitantes del sector, porque los organismos de socorro informaron sobre una posible evacuación preventiva, la cual finalmente no se llevó a cabo.
- **Riesgo actual:** La quebrada presenta, a la altura de nuestro barrio, una socavación en el talud que protege el barrio, generando incertidumbre en la comunidad.

La Quebrada La María es un afluente de la quebrada Doña María. Nace en la vereda El Astillero, con una altitud aproximada de 1.922 metros sobre el nivel del mar, y atraviesa la vereda La María y Villa Lía, y desemboca en la quebrada Doña María. Su cuenca en la parte alta está ligada a procesos de erosión y sobreocupación urbana, razón por la cual genero los siguientes eventos.

- **El 24 de septiembre de 2011:** Se presentó un desbordamiento que afectó residencias ubicadas en la etapa número 1 de Villa Lía, la vía principal del sector y viviendas del barrio vecino San Javier. Esta situación llevó a que la comunidad, mediante una “Acción Popular”, obligara a las autoridades municipales a canalizar la quebrada.

- **Mayo 3 de 2025.** Como consecuencia de la temporada de lluvias, un vehículo de servicio público (tipo taxi) que se encontraba estacionado junto al canal fue arrastrado por la corriente y cayó dentro de él. Este hecho ocasionó la obstrucción del flujo de agua, lo que provocó el desbordamiento de la quebrada.

La quebrada Villa Lía, Anteriormente conocida por los residentes como “**El Nacimiento**”, era una corriente de agua tranquila y de escaso caudal que no representaba riesgo alguno.

- **Septiembre 18 de 2022:** Se presentó el evento de la ruptura de un tubo de conducción de agua de la empresa Cervunion que estaba ubicado en la parte alta de la montaña, impactando directamente la ladera y tomando el cauce de la quebrada. Esto produjo una avalancha de agua, lodo y capa vegetal que ocasionó una emergencia en la tercera etapa del barrio.
- **Enero 18 de 2023:** En la parte alta del sector, y como consecuencia de la temporada de lluvias, se originó nuevamente un flujo de material de arrastre que afectó las vías internas del barrio. Debido al cambio en el flujo hidrográfico y al riesgo que representaba, la administración municipal canalizo la quebrada.

Estos eventos evidenciaron la fragilidad del sistema de laderas las cuales están conformadas en su mayoría por suelos coluviales e inestables, con baja capacidad de soporte y alta susceptibilidad a deslizamientos, como la filtración excesiva de agua o una sobrecarga del terreno.

La educación es otro referente y testigo esencial en el desarrollo de nuestro barrio; el colegio, cuya historia del plantel educativo se remonta a 1987, cuando se dio inicio a la primera etapa de construcción de la urbanización Villa Lía. Por lo tanto, los constructores destinaron en las áreas de los espacios comunales la creación de nuestra:

IE Luis Carlos Galán Sarmiento

En 1988 iniciaron clases en la Escuela San Javier (hoy sede de la JAC de San Javier), recibiendo a los primeros estudiantes de la zona. Durante la administración del alcalde Juan Carlos Moncada, se aprobó la construcción y transformación de la institución, que pasó a ser la Concentración de Desarrollo Educativo. Al iniciar el año 1995, todos los grados fueron trasladados a este nuevo plantel y, además, se abrió por primera vez el grado sexto.

Para definir el nombre del nuevo plantel educativo, se convocó a toda la comunidad escolar a participar en una votación. Las dos opciones propuestas fueron: “**Antonio Roldán Betancur**” y “**Luis Carlos Galán Sarmiento**”. Tras la jornada de sufragio y el correspondiente escrutinio, la mayoría eligió que el colegio llevara el nombre de **Luis Carlos Galán Sarmiento**, líder político asesinado durante la ola de violencia que sacudió a Colombia. En enero de 2004, se dio inicio al programa dominical de educación para adultos y se creó la biblioteca comunitaria. En 2007, comenzó la Media Técnica y, en 2010, se abrió la jornada sabatina para ampliar la oferta educativa dirigida a los adultos mayores.

En 2011, se adelantaron los estudios para la ampliación y construcción de una nueva planta física. Ese mismo año, el entonces alcalde Carlos Andrés Trujillo González socializó con la comunidad la nueva propuesta, en la cual: los habitantes del barrio cederían un terreno de propiedad comunitaria —que incluía la cancha y el parque infantil— para la construcción de lo que él denominó un “**Mega Colegio**”. A cambio, la administración municipal se comprometía a entregar un salón comunal totalmente dotado, un nuevo parque infantil y a permitir el uso de la cancha deportiva por parte de la comunidad a partir de las 6:00 p. m. todos los días, así como durante todo el día los fines de semana.

La religión, en nuestra comunidad, fue, es y continuará siendo un pilar fundamental de nuestra vida cotidiana. Sin embargo, al vivir

en un estado laico, la comunidad no discrimina a nadie por su fe ni por sus creencias. Pero, como gran parte de los residentes del Villa Lía, profesa la religión católica, apostólica y romana, gracias al trabajo conjunto entre la comunidad y los párrocos que brindaron su servicio espiritual a los habitantes del sector, se logró un sueño largamente anhelado por los fieles: la construcción y erección de nuestro

Templo Santo Tomas Apóstol

Aunque no se encuentra dentro de los linderos oficiales de nuestro barrio, se ha convertido en un referente espiritual para todos los residentes. Su construcción fue posible gracias al liderazgo de la Iglesia, que, a través de sus párrocos y con el esfuerzo conjunto de la comunidad, respondió positivamente a la sentida necesidad de contar con un hogar para satisfacer y fortalecer la fe cristiana.

En sus inicios, las celebraciones eucarísticas eran ofrecidas de forma itinerante por los sacerdotes de la Parroquia San Juan Eudes. Sin embargo, estas celebraciones no se realizaban en el lugar donde hoy se levanta nuestro templo. Inicialmente, las celebraciones eucarísticas eran ofrecidas en el lugar donde hoy se encuentra el «Tanque de Agua» que surte a la vereda La María; luego en el colegio y, por último, en la «Ramada», contigua a donde hoy se edifica el templo. Después de este viacrucis, el verdadero proceso de consolidación comenzó en 1999, cuando la Arquidiócesis de Medellín erigió formalmente la parroquia mediante el Decreto N.º 05/ENP del 17 de febrero de ese año, y nombró como párroco al:

Padre Juan Carlos Isaza Velásquez, ordenado sacerdote el 23 de noviembre de 1996, desde entonces, bajo su liderazgo, impulso, determinación y profundo amor por sus feligreses —y siempre contando con el respaldo de la comunidad—, inició la construcción del templo. El padre Juan Carlos, siempre atento tanto a su misión pastoral como al avance de las obras, tenía alquilada una casa en el barrio Pilsen. Sin embargo, en su visión estratégica y con un profundo sentido de responsabilidad, decidió emprender inicialmente la construcción de

la casa cural, con el objetivo de ahorrar el dinero del arriendo y fortalecer la presencia permanente del párroco en la comunidad. Así lo hizo; no obstante, según personas cercanas al proceso, esta decisión no fue comprendida por algunos miembros de la comunidad, lo que generó cierta polémica y un ambiente de tensión. El padre culminó la construcción de la casa cural y avanzó significativamente en la edificación de la parroquia. Sin embargo, fue comisionado por la Iglesia para prestar sus servicios pastorales en la parroquia San José, en el municipio de Envigado.

Es importante resaltar que en el parqueadero conocido como «**La Cruz**» la comunidad solía congregarse cada **3 de mayo** para la oración de “*Los Mil Jesús*” y la celebración de algunas eucaristías. De igual manera, en la «**Gruta**» ubicada junto al colegio se realizaban actos litúrgicos similares, aunque de manera esporádica.

Los sacerdotes y la comunidad ofrecían a los feligreses “Las empanadas”, así como también recibían ofrendas económicas de empresas y personas con espíritu altruista; se realizaban tablados, bazares, rifas y conciertos. Además, durante la semana de las fiestas patronales (3 de julio), se organizaban actividades con el fin de recolectar recursos para la construcción del templo.

El padre Omar Alexander Cardona Rojas, ordenado sacerdote el 9 de diciembre del año 2000, continuó la labor de la construcción de la parroquia. Bajo su liderazgo, se impulsaron las obras, fortalecieron las actividades pastorales y promovió el desarrollo de la vida parroquial.

Padre Marlon Enrique Sinig Camargo, ordenado sacerdote el 29 de junio de 200, es un misionero y aunque estuvo corto tiempo en el templo, dejó una grata recordación entre los feligreses de esta comunidad.

El padre John Fredy Vásquez Zapata, ordenado sacerdote el 21 de noviembre de 1998, junto con el padre **José Edilberto Pa-**

rada Torres, quien se desempeñó como administrador parroquial, continuaron gestionando recursos para el embellecimiento interno y externo de nuestra parroquia.

Padre Mauricio Antonio Valencia Escobar, ordenado sacerdote el 24 de junio de 2000, con su vocación de servicio y apostolado, cumplió cabalmente con su misión.

Padre José Luis Arroyave Osorio, quien hoy presta sus servicios de fe en la parroquia El Espíritu Santo en Medellín (Antioquia).

Padre Oscar Humberto Gómez Sánchez, ordenado como sacerdote el 24 de noviembre de 2007, y quien es actualmente nuestro párroco y continúa embelleciendo nuestra parroquia y cumpliendo con su labor.

Cada presbítero que ha desarrollado su labor pastoral en nuestro templo ha procurado embellecerla y fortalecerla con dedicación y amor, fortaleciendo su papel como espacio sagrado y encuentro de la Fe Cristiana. Desde estas líneas, expresamos un profundo y sentido reconocimiento a todos los sacerdotes que han aportado su granito de arena en el crecimiento espiritual de nuestra comunidad y en la consolidación de la Parroquia Santo Tomás Apóstol, como un verdadero hogar de la fe cristiana.

Recuerdos de nuestra Fe.

Durante la intervención interna del templo, con las adecuaciones del piso, el presbiterio que es la parte del templo que rodea el altar mayor, y el altar. El padre invitó a cada familia creyente a traer una piedra marcada con el nombre de la familia y sus intenciones. Estas piedras fueron colocadas debajo del altar; la comunidad respondió con entusiasmo, depositando con devoción cada piedra como símbolo de fe y unidad. Esas piedras reposan en ese sitio como testimonio del fervor y del amor profundo de la comunidad creyente.

Historia de la violencia urbana en nuestro Barrio.

El barrio Villa Lía tiene un contexto marcado por una estratificación social que fue vista de manera despectiva y no refleja la realidad de nuestro barrio. En este sentido, la frase “Quien no conoce su historia está condenado a impedirla” cobra una relevancia especial, pues subraya la importancia de preservar la memoria histórica. Debemos tener presente que nuestro barrio comenzó a construirse a finales de la década de 1980 y principios de 1990. Estos, quizás, fueron los años más oscuros de la historia reciente de Colombia, marcados por una violencia generalizada, el narcotráfico, la expansión de estructuras armadas ilegales y la descomposición del tejido social. Esta realidad golpeó con especial crudeza al Valle de Aburrá y, no fuimos la excepción. Por aquel entonces, la muerte caminaba libremente por las calles y los barrios; la vida parecía no tener valor y la ilusión de una vida fácil dominaba el pensamiento colectivo. Eran días y noches aciagas, donde el miedo imperaba y ciertos personajes convertían la cotidianidad en una pesadilla. Bastaba una mirada malinterpretada o un simple comentario para ser víctima de las fuerzas oscuras que parecían controlar todo, verdaderos ejércitos del mal que decidían arbitrariamente sobre la vida de los demás. Durante mucho tiempo, fuimos estigmatizados en todo el Valle de Aburrá como un barrio “peligroso”, porque los delincuentes patrullaban las calles exhibiendo sus armas, a plena luz del día, como en el lejano oeste, imponiendo su ley por el respeto que inspiraban con sus armas.

Al barrio, primero llegaron las autodenominadas “Milicias”. Luego, los supuestos “Paramilitares” y, más tarde, los aparentes “Combos”. Cada grupo con su propio método de terror, pero con el mismo propósito: dominar el territorio. Pasado un tiempo, comenzaron a eliminarse entre ellos; era una espiral de violencia que no parecía tener fin. Algunos de los miembros de estas estructuras huyeron; otros fueron capturados y no pocos terminaron alcanzados por la justicia... ¡divina!

Como esa franja de tiempo forma parte de nuestra historia, queremos compartir algunos fragmentos que reflejan cómo era la vida en aquellos días. Son recuerdos difíciles, pero necesarios para

comprender nuestro pasado, valorar el presente y seguir construyendo un futuro en paz.

Relato testimonial

“Una de las víctimas de esa época y que, quedó grabada en el imaginario popular, fue el de **Richard**, un joven con trastornos mentales que, en ciertos momentos de crisis, vociferaba palabras soeces, peleando con sus diablos mentales internos, lavaba carros, ayudaba donde podía, y en general era un personaje reconocido y querido por nuestra comunidad, pero, en aquella época oscura, los llamados “dueños de la vida” decidieron que debía irse, que no podía seguir viviendo en el barrio-¡Su hogar!-, **Richard**, en su locura, se negó, No fue un acto de desafío, sino de incomprensión: una persona con trastornos mentales no alcanza a dimensionar el peligro, ni a prever la crueldad del ser humano, y así fue, como en una mañana cualquiera —de un día, un mes y un año perdidos entre el quinquenio de 2005 a 2010—, un ser oscuro, lo siguió hasta las cercanías del colegio, allí sacó su arma y le disparó por la espalda y a la cabeza; **Richard** cayó de bruces al suelo, el verdugo se acercó y, sin pestañear, le propinó un segundo tiro, el matador guardó su arma, se acomodó el pantalón y siguió su camino, y frente de los testigos del crimen quienes con los ojos desmesuradamente abiertos y llenos de terror-¡Lo observaban!- pronunció en forma despectiva y con orgullo estas palabras: —“Lo que no sirve, estorba” y, con total frialdad, siguió caminando, días después, el destino o quizás la ley de la vida, se encargó de cerrarle el ciclo: murió de la misma forma en que había matado a **Richard**.”

- Las bandas instrumentalizaban a los niños, utilizándolos como “campaneros” o “correos”, tal como se les denomina en el bajo mundo, para la vigilancia, escucha y transporte de armas y sustancias ilícitas. Además, la niñez del barrio presencié muertes violentas, escenas que quedaron grabadas en su subconsciente y los marcaron para siempre.
- Los taxis y proveedores de alimentos dejaron de entrar al barrio, pues eran asaltados. También existieron “Fronteras invisibles”

- entre los combos que dominaban la vereda La María y Villa Lía.
- A los tenderos le exigían dinero a cambio de “seguridad”, pero, aun pagando ellos, eran continuamente atracados. ... ¡No existía garantía! Los malhechores podían llegar en cualquier momento, tomar botellas de licor, cajetillas de cigarrillos o mecato y, si estaban de fiesta, despojaban los negocios para abastecerse para sus rumbas. - ¡Nadie se atrevía a oponerse! – y algunos, por negarse a pagar la extorsión, fueron víctimas de atentados y resultaron heridos; otros se vieron obligados a desplazarse.
 - Invitar al barrio a familiares o amigos de otros sectores — ¡era impensable! —, pues si no llegaban acompañados por un residente conocido, eran amenazados o incluso asesinados.
 - La venta de estupefacientes alcanzó niveles alarmantes, ya que la denominada “**plaza de vicio**” operaba con total impunidad, afectando gravemente a la comunidad educativa y al entorno social del barrio.
 - Las viviendas debían pagar semanalmente una cuota bajo el eufemismo de “Apoyo a la Vigilancia”., con la anuencia de los habitantes y, quizás motivados por el abandono de institucionalidad, muchos residentes recurrieron a estos delincuentes para resolver conflictos entre vecinos, discusiones familiares o casos de violencia intrafamiliar. Sus “intervenciones” consistían en las denominadas “Terapias”, que no eran más que golpizas al presunto infractor. - ¡Ellos no preguntaban, actuaban! - las soluciones a las situaciones comunicadas por la comunidad incluían expulsiones forzadas, cobros y pago inmediato de dinero y, en los casos más extremos, la muerte del supuesto infractor.
 - En repetidas ocasiones, estos grupos obligaron a las directivas de la institución educativa Luis Carlos Galán Sarmiento a finalizar las clases a una hora específica. Las directivas acataban la orden, conscientes que, si no lo hacían, ponían en riesgo a la comunidad educativa.

- Los malhechores exterminaron a “los celadores”, hombres muy queridos por la comunidad, que nos apoyaban en los asuntos cotidianos, pero los ejércitos del mal decidieron que no podían seguir en el territorio, les dieron una sola opción: ¡Irse por las buenas o por las malas!, y así sucedió; algunos se marcharon; otros fueron asesinados.
- Intentaron obligar a los directivos de la JAC a expedirles un salvoconducto que les autorizaba el desarrollo de actividades de seguridad en el barrio. Sin embargo, ante los riesgos de dicha solicitud, se negaron y mantuvieron a la JAC al margen de esta problemática.

El miedo se instaló profundamente en toda la comunidad, y lo más grave: no había autoridad a la cual acudir, porque nunca ofrecieron respaldo, estaban ausentes, intimidadas o probablemente infiltradas.

El adagio popular: “No hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista.” Se cumplió a cabalidad, porque las dinámicas mismas de la vida y las consecuencias de sus actos terminaron alcanzando a quienes sembraron el terror. Así, del túnel oscuro de esa época comenzó a vislumbrarse una pequeña luz, que poco a poco creció hasta convertirse en el sol que hoy nos alumbra.

La Junta de Acción Comunal del barrio Villa Lía (JAC): Sus dignatarios, a pesar de todas las adversidades, se mantuvieron firmes, presentes e incólumes. Fueron un verdadero baluarte de valores en tiempos difíciles. Sus integrantes trabajaron con convicción y desinterés; sin embargo, a pesar de su entrega, fueron —y siguen siendo— vilipendiados, humillados, estigmatizados e incluso amenazados, todo por cometer, quizás, su único error: ¡Servir a la comunidad! Esta incomprensión alimenta falsas expectativas y termina por deslegitimar una labor que debería ser reconocida, valorada y respaldada por todos. La Junta de Acción Comunal nació con la personería jurídica número 213 del 23 de octubre de 1989, registrada con el número 171 y el NIT: 900.055.156-1. Su primer presidente fue el señor **Juan Guillermo Toro**. Luego continuaron:

Doña Graciela Arrieta (QEPD)

Don Antonio Lagos

Doña Eneida Carmona

Don Geovanny de Jesús Uran Guzmán

Don Juan Roberto Escobar

Édison Rueda Castañeda (Actual presidente)

Francisco Ángel Rojas

William Hernández

Orlando de Jesús Ríos Álzate

Durante este período, la Junta de Acción Comunal, gracias a la dedicación de sus integrantes y a su constante gestión, consolidó importantes avances que continúan impactando positivamente la vida cotidiana de la comunidad. Cabe resaltar que, si bien muchas de estas obras surgieron de la iniciativa comunal, también fueron determinantes las cartas, solicitudes y gestiones dirigidas a la administración municipal. Aunque estas acciones fueron intangibles, sus efectos se evidencian a lo largo del tiempo. Entre los principales logros alcanzados se destacan:

- **La conservación de la personería jurídica:** porque el compromiso comunal de los habitantes del barrio es mínimo, ya que algunos son apáticos a asumir compromisos o se limitan por sus obligaciones personales, familiares o laborales. Además, las exigencias por parte de los entes gubernamentales son muy estrictas. Es muy fácil perder la personería jurídica, pero recuperarla es muy difícil.

Relaciono algunos logros alcanzados por la JAC y son los siguientes:

- Dotación del antiguo parque infantil en donde se encuentra la IE.
- Consecución de una Antena Parabólica y la poda constante del césped y árboles
- Mantenimiento de las luminarias del barrio
- Presentes para asegurar que el convenio suscrito entre la comunidad y la administración municipal para la construcción del colegio, se cumpliera
- Ingreso de las rutas de los vehículos de transporte público colectivos
- Cambio de horario para la recolección de las basuras, puesto que la recogían de día y pasaron a recogerla en la noche
- La construcción de la Gruta junto al colegio, la donación de imágenes fue de la comunidad
- Instalación de la Cruz que actualmente se encuentra en la tercera etapa
- Resaltos para disminuir la velocidad de los vehículos que bajaban de la vereda la María, y los ubicados en la tercera etapa

Con la culminación de la primera etapa construida e iniciado el desarrollo de la segunda, se hizo evidente la necesidad de contar con un servicio de transporte urbano que atendiera de manera adecuada a la comunidad del barrio. Ante esta situación, la naciente Junta de Acción Comunal (JAC) de Villa Lía adelantó gestiones ante la Secretaría de Tránsito de la época y las empresas transportadoras **Rápido La Santamaría** y **Cooperativa de Transporte de San Antonio de Prado (COOTRASANA)**, con el propósito de lograr la creación de una ruta que ingresara al barrio y lo comunicara con el centro de la ciudad, en un contexto en el que aún no existía el sistema de metro.

Tras un tiempo de espera, la solicitud fue atendida y asignaron colectivos conocidos popularmente como “**Papa Móviles**”, vehículos angostos con capacidad para 19 pasajeros. Dispusieron veinte de estos automotores para nuestro servicio.

En la actualidad, el servicio de transporte continúa fortalecido: **Cootrasana** presta su operación con tres busetas, mientras que **Rápido La Santamaría** lo hace con dos, ambas rutas conectando con la estación del metro de Sabaneta. A este servicio se suma la empresa **Solo Bus**, con tres vehículos destinados al transporte hacia el centro del municipio de Itagüí.

Continuando con nuestra historia, buscamos rescatar y exaltar a quienes marcaron un ciclo importante en nuestra historia. Son hombres y mujeres que dejaron una huella imborrable gracias a sus palabras, saberes, actitudes y labores, y que, por ello, se ganaron un lugar especial en el corazón de la comunidad. A ellos los denominamos: **Los Inolvidables**.

Hoy, con profundo respeto y gratitud; es un honor y un placer saludar a:

Don Jesús Antonio Cárdenas, “Chucho”, fue un campesino antioqueño nacido en el municipio de Carolina el 5 de diciembre de 1921. Durante su juventud y madurez, se dedicó a la agricultura y al sacrificio de animales. Amante de la naturaleza y con un vigor que conservó hasta muy avanzada edad, don Chucho llegó al barrio Villa Lía el 15 de enero de 1989. Desde entonces, continuó con lo que había sido su vida: ¡un campesino! Se responsabilizó, de manera autónoma, del arreglo de los prados y siempre estuvo dispuesto para cualquier labor agrícola que lo requiriera. A la orilla de la quebrada sembró árboles de plátano, yuca y aguacate; también se dedicó al sacrificio de cerdos en las festividades (cuando era permitido). Fue el primero en convertir el reciclaje en una forma de vida; los vecinos le llevaban materiales reciclables a su casa, él los recogía y luego los vendía en una carreta que poseía.

Su vitalidad lo hacía levantarse entre las 4 y las 5 de la mañana para colaborar en la tienda de don Gustavo y en el restaurante de doña Leticia: “La Abuela”. El paso de los años, como a todo ser humano, finalmente lo alcanzó, y descansó en la paz del Señor: **El 14 de marzo de 2018, a los 95 años de edad**.

Ernesto de Jesús Botero Echeverri, conocido con cariño como “**Ernesto**”, “**Guarrito**” o “**Cigüeñal**”, nació en el municipio de Montebello (Antioquia), en la vereda La Honda, el 29 de mayo de 1958. Es una persona imposible de olvidar por su carisma y sencillez. Se distinguía por un rasgo físico de nacimiento, pero su condición nunca fue un calvario, sino una bendición, pues le dio la chispa para la conversación y el buen humor, además de resaltar sus cualidades como excelente ser humano, lo que le ganó el aprecio de todos los habitantes de Villa Lía.

Solía permanecer en la tienda de don Gustavo, en compañía de los clientes y de los conductores de colectivos y buses, a quienes acompañaba en múltiples ocasiones en sus viajes de ida y vuelta a Medellín. También colaboraba realizando diligencias, como la gestión de citas médicas, la venta de chances y rifas. Era un hombre muy activo, pero al caer la tarde tenía una costumbre bien conocida: tomar aguardiente. De ahí nació su remoquete de “Guarito”. Bebía hasta quedar bien entonado y luego se retiraba a descansar en su casa, para al día siguiente retomar su práctica habitual. Pero un día, su inquebrantable rutina se detuvo. Una gripe mal cuidada derivó en una neumonía que, silenciosa pero implacable, apagó su andar.

El 5 de enero de 2019, a los 61 años, Ernesto partió para descansar en los brazos de nuestro Señor.

Doña María Leticia Álvarez Serna, conocida cariñosamente como “**La Abuela**”, nació el 1 de diciembre de 1939 en San José de Andes (Antioquia). En su juventud, se desempeñó como maestra de escuela rural y en 1990 llegó al barrio, cuando adquirió su casa en la segunda etapa. Desde entonces, su nombre empezó a ser reconocido por el trato cercano con los niños; incluso, en varias ocasiones, los cuidaba para que sus madres pudieran ir a laborar. Fue a partir de esa labor que la comunidad comenzó a llamarla con el seudónimo de “La Abuela”. Tuvo una participación destacada en la construcción de la iglesia, donde fue una colaboradora constante. Su aporte principal fue en la preparación y venta de alimentos para recaudar fondos, tanto

para la edificación del templo como para su sostenimiento. Su sazón fue bien recibida, y estas actividades no solo ayudaron económicamente a la parroquia, sino que también se convirtieron en espacios de encuentro para los vecinos. Era recordada por su buen humor, su trato sencillo y su facilidad para conversar con quienes compartían su compañía. Era muy dadivosa y en los últimos instantes de su vida, consciente de que su ciclo terrenal había llegado a su fin, le expresó con serenidad a su hija, que la acompañaba, quien en su desespero solicitaba una ambulancia, lo siguiente: —“Hija, para qué una ambulancia, si ya me voy”.

Doña Leticia descansó en la paz del Señor a los 84 años, el 19 de enero de 2024.

Don Orlando de Jesús Ríos Álzate nunca tuvo un seudónimo que lo identificara; para todos era, sencillamente, “**Don Orlando**”, un caballero intachable. Nació en el municipio de Tarso (Antioquia) el 15 de febrero de 1950. Laboró en el periódico *El Colombiano* y era común verlo desplazarse con rapidez en su motocicleta Auteco Plus por las calles del barrio. Fue ampliamente reconocido en la comunidad por su pasión en todo lo que representara un beneficio colectivo. Además, se distinguió como un activo colaborador de nuestra iglesia, extendiendo también sus servicios a la parroquia de San Juan Eudes.

Movido por su fervor de fe y espíritu comunitario, creó junto a unas damas de la comunidad un grupo que la denominó “Las Potstars”, quienes se encargaban de embellecer la iglesia en las festividades religiosas. Ese mismo apasionamiento por servir a Dios y al prójimo, aunque le significó algunas dificultades familiares, lo convirtió en un ejemplo de entrega desinteresada.

Entre sus legados permanece la cruz ubicada en el parqueadero de la tercera etapa, así como su dedicación incansable al pesebre y a las novenas del Niño Dios en diciembre, que año tras año se convirtieron en una de sus mayores obsesiones y alegrías.

En su calidad de presidente de la Junta de Acción Comunal (JAC), se destacó por su tenacidad en las gestiones ante la administración municipal. Su firmeza y constancia le valieron el reconocimiento de distintas secretarías, donde era recordado como un “gran inquisidor” por la insistencia con la que solicitaba y defendía los intereses de la comunidad. Fue una de las víctimas de la pandemia de COVID-19 que nos azotó en aquellos años.

El 27 de abril de 2021 Don Orlando a los 71 años, partió a la Casa del Padre.

Desde este espacio reconocemos y expresamos nuestro más sincero agradecimiento a los habitantes que, con sus testimonios y memorias, han contribuido a la construcción y preservación del legado histórico de nuestro barrio:

La familia de Don Chucho Cifuentes

La familia de Don Ernesto Botero

La Familia de Doña Leticia Álvarez

Las Familia de Don Orlando Ríos

Don Honorio de Jesús Taborda Herrera

Don Francisco Ángel Rojas

Don Alonso de Jesús García Guarín y esposa Doña Sonia

Don Edison Rueda Castañeda

Doña Alba Nubia Zapata Patiño

Don Francisco Ángel Rojas

Doña Olga Yaneth Betancur

Don Gustavo de Jesús Sánchez Álzate

Don José María Cifuentes Berrio

Don Alveiro Arango Serna

Bibliografía

Oficina de registros públicos (2025) Certificado de Tradición y Libertad.

Notaria tercera del circuito de Medellín (1967) Protocolización sucesión.

Notaria Segunda del circuito de Medellín (1973, 1986 y 1988) Escrituras públicas números 2503, 1689 y 2108 sobre el terreno que hoy se erige el barrio

Archivo histórico de Itagüí (2025) Planos Originales y actas de consolidación del proyecto Villa lía de 1985 y 1986.

Museo de Itagüí (2025) Apoyo y asesorías históricas.

Archivo histórico de Antioquia (1943) Plano original sector de villa lía.

Monografía de Itagüí (1986) Asociación de Ex Alumnos del colegio el Rosario.

Historia de mi Barrio (2024) Instituto de recreación y cultura, municipio de Itagüí.

Historia de mi Barrio (1986) Alfonso Palacios Cuartas.

El siete cueros de lía (1994) libro de la Señora Rocío Vélez de Piedrahita.

María Cecilia Piedrahita Vélez (2025) Documentación Fotográfica y escrita de la familia.

Periódico el Colombiano (1988 y 1990) Nota periodística, y Publicidad venta de casas.

Biblioteca Pública Piloto (2025) Catalogo Patrimonial de Fotos antiguas,

Revista Letras y encajes (1926).

“Los años veinte y la literatura escrita por mujeres en Antioquia”, (2007) Paloma Pérez Sastre (UdeA)

Parroquia santo Tomas Apóstol (1999, 2000 y 2001) Catalogo Patrimonial de fotos

Registraduría nacional de Colombia (1959) Cedula de ciudadanía.

Universidad EAFIT (2025) Salón Biblioteca Rocío Vélez de Piedrahita.

Curia arquidiocesana, Fundación Barrios de Jesús y Probien (2025)

Catastro departamental (2025) plano originales del barrio.

IE Luis Carlos Galán Sarmiento Profesora Olga Yaneth Betancur (Registros fotográfico y filmicos).

Historia Local: El ritmo de la historia barrial (31/10/2006) John Jaime Correa Ramírez. Artículo de investigación.

Crónica: San Pío X sonoro. Memorias musicales de nuestro barrio

Por Jenny del Pilar Corrales López

El barrio San Pío X no es solo un conjunto de calles y casas; es un pentagrama donde cada vida se convierte en nota, y cada jornada, en una melodía distinta. Al caminarlo, se escucha la música de los pasos que suben las lomas, de los saludos en las tiendas, de los rezos en la parroquia y de los tambores improvisados por los niños en los parques.

Hoy, mientras el proyecto San Pío X Sonoro sigue su curso, entendemos que la verdadera canción del barrio no tiene final: se reescribe en cada generación, se transforma con cada voz y se fortalece con cada memoria compartida. Esta crónica busca contar esa historia en presente: un relato que todavía vibra y se expande en las calles, entre las voces de los vecinos que decidieron no dejar morir su memoria y convertirla en música, para que nunca deje de sonar.

El proyecto nació de una pregunta sencilla: ¿qué pasaría si todo lo que suena en San Pío X —desde una marcha sacra hasta un bolero de bar, desde un pregón callejero hasta una canción de cuna— se reuniera en una sola partitura? La respuesta está en construcción, y lo que sigue es el testimonio vivo de ese proceso.

Retrato del Barrio San Pío X

San Pío X es un barrio de Itagüí que respira tradición y cambio al mismo tiempo. Sus calles empinadas conservan las historias de quienes lo fundaron, mientras sus muros coloridos anuncian la

vitalidad de las nuevas generaciones. En el parque central, epicentro del encuentro barrial, conviven el bullicio de los niños, las conversaciones de los mayores y el eco lejano de las campanas de la parroquia.

Pero si hay un momento del año en que el barrio revela toda su alma, es durante la Semana Santa. En esos días, San Pío X se convierte en escenario sagrado: las calles se adornan con flores y estandartes, las familias preparan altares improvisados y la música sacra se hace dueña del aire. Los ensayos de las bandas procesionales comienzan semanas antes; los coros afinan sus voces con disciplina; los niños cargan faroles con la emoción de sentirse parte de una tradición que no se aprende en libros, sino en la experiencia compartida.

La Semana Santa aquí no es un rito aislado: es patrimonio cultural. Los tambores marcan el paso solemne de los nazarenos, las trompetas anuncian la esperanza en medio del silencio, y los coros envuelven la noche en una atmósfera que mezcla recogimiento y belleza.

En la sala de su casa, con una taza de café humeante en la mano, doña Carmen recuerda:
—Aquí, hijo, la Semana Santa no se ve, se escucha. Cuando la banda pasa por la calle principal, hasta los incrédulos se persignan, porque la música trae un respeto que nadie discute.

Las Voces del Barrio

La música de San Pío X no se limita al templo. También habita en los bares que iluminan las noches del barrio. Allí, entre risas, conversaciones y copas compartidas, la salsa brava, los boleros y la música romántica han tejido memorias colectivas tan profundas como las procesiones de Semana Santa.

Don Álvaro, guitarrista veterano, nos recibe rodeado de fotografías amarillentas. Al acariciar su guitarra, evoca las décadas pasadas: —Cuando yo era joven, en los bares del barrio se escuchaba pura salsa de los setenta: Willie Colón, Rubén Blades, Héctor Lavoe.

Después de trabajar, la gente se reunía a bailar pegado, a soñar un poco más alto. Esa música nos hacía sentir parte del mundo.

Los bares, con sus rockolas y sus luces intermitentes, fueron aulas de cultura popular. Allí se mezclaban obreros con estudiantes, amas de casa con jóvenes rebeldes. Entre un bolero de Julio Jaramillo y un tema de protesta de Silvio Rodríguez, se construía otra memoria: la de la resistencia y el desahogo colectivo.

Hoy, aunque los parlantes transmiten géneros nuevos como el reguetón o la música popular de despecho, los ecos de aquellas noches siguen vivos. Los jóvenes lo saben porque sus abuelos les cuentan historias donde la música era también una forma de comunidad.

Doña Carmen, con su tono sabio, lo resume así: —En San Pío X tenemos dos templos: la iglesia y el bar. En la primera rezamos con cantos; en el segundo, nos confesamos bailando.

Encuentro de Generaciones

En el salón comunal del barrio, las sillas se van llenando poco a poco. Hay jóvenes con gorras y cuadernos en la mano, adultos mayores con guitarras y recuerdos a flor de piel, y niños que miran con curiosidad lo que está por suceder. La atmósfera es especial: no se trata de un simple taller, sino de un puente tendido entre generaciones.

El primero en romper el silencio es don Ernesto, un vecino que conserva la voz grave de los antiguos pregoneros. Rasga su guitarra y entona un bolero aprendido en su juventud. Frente a él, un joven responde con un rap improvisado que habla de desigualdad, sueños de futuro y orgullo barrial. Lo que parecía un contraste irreconciliable se transforma en un diálogo rítmico.

Valentina, de apenas 16 años, pide la palabra: —Yo nunca pensé que iba a cantar un bolero con mi abuelo. Pero cuando lo escuché, me di cuenta de que esas canciones también hablan de mí.

En otro encuentro, la parroquia abrió sus puertas para una experiencia única: los coros que preparaban los cantos de Semana Santa se reunieron con jóvenes instrumentistas. Lo que empezó como una marcha procesional solemne terminó transformándose en una improvisación donde las trompetas recordaban la salsa de la *Fania* y los tambores parecían querer escaparse hacia una comparsa popular.

Mauricio, mesero retirado y actual integrante del coro de la iglesia, lo resumió así:

—Aquí aprendí que no hay contradicción. El mismo que toca el tambor en la procesión, baila salsa el sábado en la noche. La fe y la fiesta se parecen más de lo que creemos.

La Canción Colectiva

La creación de la canción original del proyecto es otro hito inolvidable. En varios talleres de composición colaborativa, vecinos de todas las edades se sentaron alrededor de una mesa, o del parque a pensar, a escuchar y a vivir el barrio agudizando los sentidos para convertir al barrio en música.

Alguien sugirió empezar con el redoble de tambor que acompaña a los nazarenos en Semana Santa; otra voz pidió incluir una trompeta salsera que recordara las noches de baile en los bares; un taxista propuso que se grabara el pito de su carro. De ese debate ha ido naciendo una pieza híbrida: procesional y festiva, sacra y popular.

La letra habla de lomas y planos, de calles estrechas que dan al parque y a la iglesia, de las fiestas de diciembre, de las mujeres que sostienen el barrio y del silencio cantor de Semana Santa.

Don Álvaro dijo con brillo en los ojos: —San Pío X es un pentagrama. Aquí la nota grave la ponen los tambores de la Semana Santa, la alegre la ponen las maracas de la salsa, y los silencios los llena la vida misma.

Memoria Digital y Sonora

Paralelo a la canción, el proyecto avanzó en la construcción de una memoria digital. Allí se están guardando relatos, fotografías y audios que dan cuenta de la identidad del barrio.

Un código QR pegado en un muro del parque lleva a la grabación de un coro entonando el Miserere; otro, colocado en una tienda, permite escuchar una entrevista donde un vecino recuerda los bares de antaño; en otro se escucha el bullicio de una procesión de Viernes Santo, con su mezcla de rezos, trompetas y tambores solemnes.

La idea central es clara: cada ruido es música. El pregón del vendedor de arepas, el martilleo de un carpintero, el canto de los pájaros al amanecer y el bullicio de los niños saliendo de clase se convierten en parte de esta sinfonía colectiva.

Valentina lo expresó con claridad juvenil: —Si uno escucha con atención, San Pío X nunca calla. Hasta el silencio de la noche tiene ritmo, porque siempre se cuela el eco de una radio prendida o la moto que baja por la loma.

Preparativos del Festival Comunitario

En el parque central de San Pío X ya se siente el movimiento. Jóvenes afinan guitarras y saxofones; adultos mayores comentan los últimos ensayos del coro parroquial.

La parroquia vibra con el eco de trompetas procesionales, mientras, a pocas cuadras, un bar reproduce salsa que se mezcla con el bullicio de los buses. El barrio entero parece un escenario en montaje.

El festival comunitario, previsto para diciembre, tiene el ambiente de una gran fiesta, pero también de un acto solemne. No es casualidad: la experiencia de la Semana Santa ha enseñado a la comunidad cómo organizar, cómo cuidar los detalles y cómo lograr que todos participen.

Doña Carmen lo explica con sencillez: —La Semana Santa nos enseñó a trabajar en equipo. Si el coro no se prepara, la procesión no suena. Eso mismo pasa con el festival: cada uno tiene una tarea y todos dependemos de todos.

Reflexiones del Camino

El camino recorrido no ha estado libre de dificultades. Algunas entrevistas fueron interrumpidas por desconfianza; la grabación de la canción ha enfrentado problemas técnicos; y en los talleres se presentan aún tensiones entre quienes querían mantener la solemnidad de la música sacra y quienes apostaban por un estilo más festivo.

Sin embargo, cada obstáculo va revelando la fuerza del barrio para dialogar. Como dijo Valentina: —Nos dimos cuenta de que no se trata de escoger entre salsa o Semana Santa. Todo cabe, porque todo suena aquí.

San Pío X no es un lugar de exclusiones, sino de mezclas. El tambor que acompaña una procesión puede marcar también una comparsa de diciembre; la trompeta que anuncia el dolor en Semana Santa puede desatar alegría en un bar. Lo cotidiano forma parte de esta partitura: el pregón, el chirrido de una bicicleta, los aplausos en un partido de microfútbol.

Don Ernesto lo resumió así: —San Pío X nunca se queda en silencio. Hasta cuando creemos que calla, suenan las paredes, los pasos, la respiración del barrio entero.

Epílogo: Cuando el Barrio se Prepara para Cantar

La noche cae sobre San Pío X y las luces se encienden como estrellas terrenales. El murmullo anticipa lo que vendrá. Algunos recuerdan procesiones pasadas, otros evocan noches de bar con boleros interminables.

Hoy el barrio no celebra aún, pero se prepara. El festival comunitario, previsto para diciembre, ya habita en la imaginación colectiva. Se ensayan canciones, se pintan murales, se planea la logística. Los jóvenes sueñan con mezclar el rap y la salsa; los adultos mayores esperan escuchar de nuevo las marchas de Semana Santa; los niños repiten el estribillo de la canción colectiva.

Mientras tanto, la memoria digital avanza. Los códigos QR están listos, las entrevistas se guardan como tesoros sonoros, los ruidos cotidianos se transforman en patrimonio.

San Pío X nos enseña que un territorio no se escribe únicamente con calles y ladrillos, sino con sonidos y silencios. Y que la mejor manera de cuidar su memoria es dejarla resonar.

Quizás un día alguien escuche el redoble de un tambor procesional o un bolero de antaño. Tal vez no recuerde nombres ni fechas, pero sabrá que en este rincón de Itagüí hubo una comunidad que decidió convertir su vida en música.

Y mientras eso ocurra, San Pío X seguirá preparándose para cantar.

San Pío X Creando.

Taller 1 – La memoria de los abuelos

El salón comunal parecía una galería de recuerdos: sobre las mesas se apilaban fotografías en blanco y negro, guitarras gastadas por el tiempo y cuadernos con letras escritas a mano. Don Ernesto fue el primero en tomar la palabra. Se acomodó en su silla, acarició la madera de su guitarra y dijo con voz grave:

—Antes, cuando San Pío X apenas estaba naciendo, las serenatas eran nuestra manera de hablar. Con una canción se declaraba el amor, con un pasillo se lloraba al ausente.

Entonces rasgó un pasillo, y el eco llenó la sala. Varias mujeres mayores acompañaron con palmas; otros improvisaron un redoble sobre la mesa, como si fuera un tambor de procesión. Una señora recordó el villancico que se entonaba en las novenas de diciembre y lo cantó con nostalgia.

Los niños escuchaban con los ojos abiertos, sorprendidos de que esas voces frágiles pudieran levantar tanta fuerza. Entre todos, escribieron los primeros versos de la canción:

“La calle empinada guarda mi canto,
en cada procesión renace mi llanto.
Soy del barrio viejo, soy memoria,
mi voz se enlaza con toda su historia.”

El primer taller dejó claro que la canción debía empezar allí, en la raíz, en la voz de los mayores.

Taller 2 – La vida cotidiana como música

Este encuentro se llevó a cabo en el parque. El objetivo: escuchar lo que normalmente se ignora. Los organizadores llevaron grabadoras y teléfonos para capturar sonidos.

Un niño corrió hasta el vendedor de arepas y grabó su pregón: “¡Arepita calientica, recién sacada del fogón!”. Otro capturó el ruido de la moto que bajaba la loma, mientras una señora insistió en grabar el martilleo de su esposo en la carpintería.

—El barrio suena incluso cuando creemos que calla —comentó un joven.

Con esos sonidos como base, comenzaron a improvisar versos cortos:

“El barrio no duerme, el barrio respira,
en cada ruido la vida se afina.
La tienda conversa, la esquina responde,
y en cada silencio la música se esconde.”

Ese día comprendieron que la canción también debía incluir lo cotidiano: no solo lo solemne de la iglesia ni lo festivo de los bares, sino también la melodía secreta de cada jornada.

Taller 3 – Los bares y la fiesta

El tercer taller se celebró en la cancha del barrio, pero el ambiente evocaba un bar abierto al aire libre. Una rockola antigua prestada por un vecino soltó los primeros acordes de Héctor Lavoe. La nostalgia llegó de inmediato: los mayores empezaron a tararear, otros se animaron a bailar despacio.

Doña Carmen, siempre pícara, recordó en voz alta: —Aquí el bar era la segunda casa. Si uno quería olvidar, iba al bar. Si quería reír, también. Y hasta el cura sabía que allí nos confesábamos.

Entre risas, alguien improvisó un estribillo:
“Entre cerveza y acorde perdido,
la salsa me nombra, me dice quién soy.
Bolero que llora, despecho que grita,
el bar es mi templo, mi voz favorita.”

Los jóvenes, al principio distantes, terminaron uniéndose. Descubrieron que la salsa y el bolero podían convivir con sus propios ritmos. La canción del barrio sumaba otra capa: la memoria de la fiesta nocturna, tan sagrada como la procesión del Viernes Santo.

Taller 4 – Los jóvenes y el rap

Este taller fue dinamita pura. Valentina y su grupo encendieron la sesión con un beat salido del celular. Apenas sonó la base, comenzaron a improvisar versos que hablaban de subir la loma, de luchar contra la desigualdad, de soñar con un futuro mejor.

“Subo la loma con rima encendida,
San Pío X me enseña la vida.
Del templo al parque, mi voz se levanta,
soy del barrio, la esperanza que canta.”

Los adultos observaban con cierto escepticismo, pero pronto descubrieron que el rap no era ruido: era relato. Cada verso contenía la misma pasión que ellos ponían en un bolero o en un canto sacro. Un abuelo se animó a improvisar en décimas, y el choque generacional se transformó en aplauso colectivo.

La canción del barrio ya tenía varias capas: la raíz de los abuelos, la cotidianidad, la memoria de los bares y ahora la fuerza de la juventud.

Taller 5 – La mezcla final

El último taller fue un verdadero laboratorio sonoro. En la sala había guitarras, trompetas, tambores, celulares con *beats* de rap, grabadoras con sonidos del barrio y hasta campanas prestadas de la parroquia. Al principio reinó el desorden: cada quien tocaba lo suyo sin esperar al otro.

Pero poco a poco, el caos se fue volviendo armonía. El redoble de un tambor procesional marcó el inicio. Una trompeta salsera respondió con alegría. Los jóvenes lanzaron coros raperos, mientras las maracas daban cadencia. Entonces alguien, en medio del bullicio, propuso un estribillo que todos terminaron cantando al unísono:

“San Pío X suena, nunca se calla,
del templo al bar, del parque a la casa.
Somos memoria, somos canción,
el barrio resuena en cada corazón.”

Esa mezcla parecía imposible, pero se volvió natural. En el último ensayo, algunos sugirieron dividir la canción en partes: una introducción solemne con redobles, una estrofa de bolero, un interludio salsero, un rap juvenil y un gran coro final.

La canción aún no está terminada, pero ya tiene cuerpo, estructura y alma. Como dijo don Álvaro al despedirse:

—Tal vez nunca la terminemos del todo, porque el barrio siempre seguirá componiendo.

Epílogo de los talleres

Cinco encuentros bastaron para confirmar algo profundo: la música no es un adorno, es la forma en que el barrio se cuenta a sí mismo. Cada taller aportó una capa: la raíz de los abuelos, los sonidos cotidianos, la memoria de los bares, el pulso del rap juvenil y la mezcla final donde todo cabe.

El resultado no es solo una canción, sino una declaración: San Pío X es música en estado puro. La letra seguirá creciendo, porque cada nuevo vecino tendrá un verso que aportar, y cada Semana Santa añadirá un tambor al compás.

Personajes Del Barrio

Doña Carmen – La voz de la Semana Santa

La casa de doña Carmen está en la esquina de la calle principal. Desde su ventana, ha visto pasar procesiones durante más de cincuenta años. En su sala cuelga un cuadro del Nazareno y en la repisa guarda una vela que enciende cada Viernes Santo.

Cuando habla, su voz es lenta pero firme:

—Aquí la Semana Santa se canta, no se cuenta. El que no haya sentido un Miserere en la parroquia no sabe lo que es temblar por dentro.

Fue parte del coro parroquial desde joven y aún conserva un cuaderno con partituras escritas a mano. Sus nietos se ríen porque cada tanto los obliga a entonar con ella el Stabat Mater. Para ella, la música sacra no es tradición: es herencia espiritual.

En el proyecto, doña Carmen se convirtió en memoria viva. Sus relatos sobre los ensayos nocturnos del coro, sobre las voces que se elevaban en latín, aunque nadie entendiera las palabras, aportaron un aire solemne a la canción colectiva.

Don Álvaro – El guitarrista de todos los tiempos

Don Álvaro vive en una casa sencilla, donde el primer objeto que uno ve al entrar es una guitarra colgada en la pared. Dice que la fabricó él mismo hace cuarenta años, con madera reciclada y cuerdas compradas en Medellín.

—Esta guitarra me dio comida, amigos y dolores de cabeza
—bromea, acariciándola con ternura.

Tocó en bares de Itagüí, acompañó serenatas y alguna vez se atrevió a tocar en procesiones, aunque el párroco lo mirara con recelo por usar melodías populares.

En los talleres, don Álvaro fue un puente entre generaciones. Con paciencia enseñó a los jóvenes a tocar acordes básicos de bolero y aceptó escuchar rap sin quejarse. Fue él quien propuso que la canción final tuviera estrofas distintas, “como capítulos de una novela que nunca termina”.

Valentina – El rap como futuro

Valentina tiene 16 años y un cuaderno lleno de versos. Su mundo no está en los bares ni en las procesiones, sino en las esquinas donde improvisa con sus amigos. Sin embargo, fue la primera en reconocer que la música sacra también la conmovía.

—Cuando escucho la procesión en silencio, siento que es como un rap lento —dijo en uno de los talleres—. Es otra forma de contar lo que duele.

Su participación fue clave para que los jóvenes se involucraran. Compuso un estribillo que se convirtió en puente entre generaciones:

“Del templo al parque mi voz se levanta,

soy de San Pío, la esperanza que canta.”

Con su energía contagiosa, Valentina mostró que la memoria no es un museo: también es una esquina donde una adolescente puede rimar con la fuerza de quien quiere cambiar el mundo.

Mauricio – El mesero del bar que canta en el coro

Durante años, Mauricio fue mesero en uno de los bares más concurridos del barrio. Allí aprendió a escuchar la salsa con respeto, a

entender que cada canción podía levantar o apagar una noche entera.

Con los años, su vida dio un giro inesperado: dejó el bar y se unió al coro de la iglesia. Hoy canta en las procesiones con la misma pasión con la que antes servía copas al ritmo de Willie Colón.

—No hay contradicción —explica—. La salsa y el canto sacro son lo mismo: un puente para hablar de lo que llevamos por dentro.

En la canción del barrio aportó esa visión reconciliadora. Propuso un fragmento donde se unieran trompetas salseras con coros procesionales, convencido de que esa mezcla era la esencia de San Pío X.

Santiago – El niño del tambor

Santiago tiene 9 años y un tambor pequeño que golpea sin descanso. Su madre asegura que no puede pasar un día sin hacer ruido. Durante los talleres, fue él quien marcó el compás cuando todos se perdían en la improvisación.

Su frase favorita, repetida con orgullo, fue:

—Si no hay tambor, no hay canción.

Para muchos adultos fue un recordatorio: el futuro del barrio está en las manos de los más pequeños. El redoble de Santiago se convirtió en símbolo de continuidad, de esa música que no morirá porque siempre habrá un niño dispuesto a golpear un tambor.

La Semana Santa

Domingo de Ramos – El inicio del canto

El barrio amanece vestido de verde. Los niños agitan palmas en las puertas de sus casas mientras los adultos caminan hacia la parroquia. El murmullo de la multitud es un preludio, hasta que la banda inicia los primeros acordes de entrada.

—Es la procesión más alegre de todas —dice doña Carmen—, porque anuncia lo que vendrá.

Las palmas golpean el aire como maracas improvisadas, y los coros repiten Hosanna con un ritmo que parece latir desde los cimientos del barrio.

Lunes y Martes Santos – La espera sonora

Son días más tranquilos, pero no silenciosos. En las casas se ensayan cantos, los coros se afinan y las bandas pulen cada redoble. El barrio entero parece un ensayo a cielo abierto: en una esquina alguien practica trompeta, en otra se escucha una flauta desafinada, en el salón comunal los niños aprenden cantos sencillos.

—Toda la semana es música —explica un vecino—. Es como si los días se prepararan para el Viernes Santo.

Jueves Santo – La noche de los monumentos

Al caer la tarde, las calles se iluminan con velas. La parroquia recibe un silencio solemne interrumpido solo por el canto pausado de los coros. Afuera, los vecinos visitan monumentos adornados con flores y luces tenues.

Los niños llevan faroles, y cada paso suena como una nota lenta en la partitura de la fe. Ese día, la música no se eleva con fuerza: se desliza como un susurro compartido.

Viernes Santo – El clímax

Es el día que define al barrio. Desde temprano, la gente instala sillas en las aceras para ver pasar la procesión. El aire se llena de incienso y del sonido grave de los tambores. Cada redoble retumba en el pecho, cada trompeta anuncia el dolor de la Pasión.

—Aquí hasta los incrédulos se persignan— dice Mauricio, ahora parte del coro—, porque la música impone respeto.

Las imágenes recorren las calles acompañadas por cantos desgarradores. El silencio entre un coro y otro es tan intenso que se convierte en parte de la música. Esa mezcla de fe, arte y memoria hace de San Pío X uno de los barrios más reconocidos por su celebración de Semana Santa.

Sábado Santo – El silencio que canta

Después del estruendo del Viernes Santo, el sábado parece vacío. Pero el silencio no es ausencia: es un canto contenido. Las familias rezan en sus casas, los músicos descansan, y en el aire queda una sensación de espera.

En algunas casas se escuchan rezos bajos, casi como un murmullo coral. El barrio respira hondo, como si afinara su voz para lo que vendrá.

Domingo de Resurrección – El estallido de la alegría

Las campanas rompen el silencio al amanecer. El barrio se viste de blanco y las trompetas suenan con júbilo. Es el único día en que la música sacra se mezcla sin culpa con la fiesta popular: algunos vecinos ponen salsa en las esquinas, otros sacan parlantes al parque, y todos celebran que la vida se impone.

En la parroquia, el coro entona un Aleluya que parece interminable. Afuera, los niños sueltan globos al cielo. La Semana Santa termina, pero el barrio queda con la certeza de haber cantado su fe y su memoria.

Los Sonidos Invisibles de San Pío X

San Pío X no solo canta en Semana Santa ni en los bares; también lo hace en cada gesto mínimo de la vida diaria. Son sonidos que parecen rutinarios, pero que, escuchados con atención, forman una orquesta secreta.

El microfútbol en la cancha

Cada tarde, la cancha del barrio se enciende con gritos de niños y jóvenes. El gol se celebra con un rugido colectivo que recuerda a un coro improvisado. El silbato del árbitro corta el aire como una trompeta aguda, y el rebote del balón contra la pared se convierte en percusión rítmica.

—Cuando jugamos parece que todo el barrio nos escucha— dice Santiago, el niño del tambor, mientras golpea su balón como si fuera otro instrumento.

El pregón de la fruta

A media mañana, una voz se alza en la loma: —¡Naranjas dulces, aguacate mantequilla!

Es el pregón del vendedor ambulante. Algunos vecinos se asoman a las puertas y responden como eco:

—¡Por aquí, vecino!

Ese diálogo se repite tantas veces que parece un canto litúrgico. El pregón es el aria popular del barrio.

Las motos en la loma

El rugido de las motos subiendo y bajando la pendiente que comunica al siguiente barrio es un bajo constante en la partitura cotidiana. Algunas aceleran con furia, otras se deslizan despacio, como si temieran despertar al barrio. Ese ruido, a veces molesto, también es símbolo de movimiento, de barrio que no se queda quieto.

Las tiendas

En la tienda de doña Gloria la caja registradora suena como campana metálica. El tintineo de las botellas, el golpe seco del domino en la mesa, las carcajadas que acompañan una cerveza fría: todo se suma a la música del día a día.

—Aquí hasta las conversaciones tienen ritmo —afirma la dueña—. Usted escucha cómo se cruzan las voces y parece que fueran coros.

El silencio de la noche

Cuando todo parece apagarse, el barrio revela su música más íntima. Una radio encendida en la ventana transmite un bolero antiguo. Más allá, un perro ladra a lo lejos. Una pareja conversa en voz baja, y ese murmullo se mezcla con el croar de las ranas en la quebrada cercana.

El silencio en San Pío X nunca es total: siempre hay un sonido que recuerda que el barrio respira.

Proyección al Futuro: El San Pío X que Sonará Mañana

¿Qué música escuchará San Pío X dentro de veinte o cincuenta años? La pregunta surgió en el último taller, cuando Valentina, con su cuaderno de rimas bajo el brazo, dijo en voz alta:

—Si seguimos cantando juntos, el barrio nunca se va a callar.

Esa frase quedó rondando como eco. Los mayores se miraron, los niños siguieron golpeando tambores improvisados, y todos imaginaron un mañana donde el barrio aún se cuente con música.

La Semana Santa del porvenir

Algunos vecinos sueñan con que, aunque cambien los tiempos, la Semana Santa seguirá siendo el corazón musical de San Pío X. Tal vez las bandas usen instrumentos digitales, tal vez los coros canten en nuevos idiomas, pero el redoble de los tambores y el silencio reverente nunca desaparecerán.

Los bares que vendrán

Los bares, dicen los más jóvenes, también tendrán su lugar. Puede que la salsa se mezcle con nuevos géneros, que el bolero se reinvente en fusiones modernas, pero siempre habrá una mesa, una copa y una canción que hable de amor, dolor o alegría.

—La música del despecho no se muere —asegura Mauricio, con una sonrisa cómplice—. Solo cambia de nombre.

El archivo sonoro

El proyecto deja abierta una herencia: la construcción de un archivo digital que guarde grabaciones de estos días. Dentro de décadas, los niños de hoy podrán escuchar cómo sonaba la calle, cómo cantaban sus abuelos, cómo rimaban los adolescentes. El archivo será una máquina del tiempo donde la memoria del barrio seguirá cantando.

Un barrio como sinfonía

Imaginamos a San Pío X en el futuro como una gran sinfonía en constante escritura. Cada generación añadirá un compás nuevo:

los nietos de Valentina con su propio rap, los hijos de Santiago con nuevos redobles, los coros que todavía entonarán el Miserere en Semana Santa.

El barrio no dejará de sonar, porque su identidad está en la música. Y aunque cambien las casas, las calles o los bares, siempre quedará esa certeza que ya hoy se canta en el estribillo colectivo:

“San Pío X suena, nunca se calla,

del templo al bar, del parque a la casa.

Somos memoria, somos canción,

el barrio resuena en cada corazón.”

Egresados E.V.E 82: amistades que trascienden las aulas y el tiempo

Por:

Luz Amparo Alzate Jaramillo

Valentina Pareja Alzate

Juan Camilo Pareja Alzate

Introducción

El 10 de diciembre del año 1982, nosotros, los estudiantes del Liceo Departamental Enrique Vélez Escobar (EVE) -hoy Institución Educativa Enrique Vélez Escobar- de la promoción de ese año, recibimos el grado de bachilleres.

Un grupo de amigos deportistas —Ana Sofía Estrada, Sandra Zapata, Ana Luz Hernández, Álvaro León Araque (QPD), Juan Carlos Quiroz (QPD), Bernardo Mejía, Henry Montoya, Celso William Pérez y Uriel Darío Trujillo, — quienes habían afianzado fuertes lazos de amistad por su afinidad en el deporte, se resistieron a marcharse del todo del colegio. Para ellos esa etapa marcó su vida y, aunque cada cual emprendió un rumbo diferente, tanto en la carrera como en la universidad que eligió, el apego a la amistad y a los recuerdos de los bellos momentos compartidos los motivó a reunir a un número significativo de compañeros cada año para mantener viva la amistad, conformando un comité para buscar los números de contacto de egresados de nuestra promoción.

En primero de bachillerato (hoy sexto), éramos cinco cursos numerosos; por tanto, no todos alcanzamos a conocernos, lo que hizo

más difícil la tarea. Sin embargo, se las arreglaron para conseguir un listado de todos los grupos y, así, contactarnos e invitarnos a hacer parte del grupo de egresados que, a partir de aquel momento, se conformó.

No fue fácil: el listado no estaba actualizado y algunos de los números ya no correspondían, además, no todos estaban igualmente entusiasmados con la idea. Para muchos fue muy lindo ser invitados a estos encuentros; otros, en cambio, consideraron ridículo el afán por reunirnos, pues para ellos esa etapa de su vida ya estaba culminada.

Sin embargo, aquellos esfuerzos del comité organizador pronto dieron frutos, ya que año tras año el grupo se fue incrementando significativamente. Sin imaginarlo, aquellos recuerdos de colegio se convirtieron en motivos que lograron reunirnos, estrechando nuestros lazos de amistad y generando nuevos vínculos.

Muchos de los que nunca habíamos tenido ningún tipo de acercamiento nos fuimos conociendo a través de los diferentes encuentros realizados. Gracias a estos locos enamorados de la amistad, quienes asumieron el liderazgo buscando los momentos propicios para el encuentro, hoy, cerca de cuarenta y tres años de egresados del Liceo Enrique Vélez Escobar (EVE), nos reunimos varias veces en el año; cualquier excusa es motivo de encuentro. Muchos de nosotros ya están pensionados, nuestros hijos han crecido, la mayoría ya hicieron su camino, por tanto, este es nuestro tiempo: tiempo de pasear, de conocer otros lugares, realizar los hobbies que nunca pudimos o simplemente tomar un café y reír de nuevo con el espíritu adolescente que se despierta cuando estamos juntos.

LICEO ENRIQUE VÉLEZ ESCOBAR

Tal como ha sido documentado en los libros *Santa María el barrio de los gitanos. Su historia y su memoria cultural* (Valencia, 2017) e *Itagüí. Historia social y cultural 1831-2018* (Osorio, 2018), el Liceo Enrique Vélez Escobar inició en San Pío en 1963, bajo la rectoría de Gustavo Vélez Álvarez. Más adelante se trasladó para la

finca Navarra, donde comenzó sus labores en 1964, año en que se aprobaron los grados primero, segundo y tercero. Le siguieron los grados quinto y sexto, en 1966 y 1967, respectivamente, conformándose definitivamente. En 1968 se trasladó al barrio Santa María 2, donde actualmente se encuentra.

El Liceo Enrique Vélez Escobar era un colegio oficial, de modalidad gratuita (repartido entre dos sedes, el EVE y el EVITO, donde estaban primero y segundo de bachillerato, que funcionaba en la escuela Matilde Arango). Sin embargo, paralelamente surgió el Liceo Cooperativo, que operaba con una mensualidad y ofrecía una alternativa para quienes no lograban ingresar al plantel oficial. Eventualmente, ambas instituciones se fusionaron.

El ingreso al Liceo oficial era exigente: solo podían acceder quienes ocuparan del primero al quinto puesto en su institución de origen. Esta exigencia, sumada a un cuerpo docente competente—48 profesores de tiempo completo y debidamente escalafonados—, contribuyó al destacado nivel académico del Liceo. Para 1971, el estudiantado llegó a alcanzar importantes logros, como el primer lugar en la feria de la ciencia y en el concurso Mejores Bachilleres patrocinado por Coltejer. Durante varios años, el Liceo fue reconocido a nivel departamental y nacional por sus altos puntajes en las pruebas ICFES y por el elevado número de egresados que ingresaban a la universidad pública.

En 1972, hubo un cambio de administración: salió el rector Gustavo Vélez, fundador del Liceo y quien le dio su estructura inicial; luego lo reemplazó Mario Toro; y a este, le sucedió Francisco Vargas Palacio (quien fue rector durante todo nuestro tiempo de estudio).

Durante muchos años, el Liceo enfrentó serias dificultades. Aunque contaba con un terreno y recursos disponibles, el gobierno no aprobó la construcción de una planta física adecuada. Para 1981, tras 19 años de gestiones, el colegio seguía sin un edificio propio, y parte del terreno fue usado para un centro de salud que nunca funcionó como se esperaba.

EL EVE Y LOS DEPORTES

A pesar de las limitaciones en infraestructura deportiva, el Liceo Enrique Vélez Escobar se destacó en baloncesto, fútbol y atletismo. La participación activa de los estudiantes en los diferentes grupos permitió una amplia integración, reflejada también en los desfiles escolares, que mejoraban cada año gracias al entusiasmo de alumnos y docentes.

En el ámbito extraescolar, el Liceo compitió en la Copa Bachilleres de fútbol del Valle de Aburrá, en los Intercolegiados de atletismo en el Estadio y en los de baloncesto, con equipos masculinos y femeninos en las categorías junior e infantil.

Algunos exalumnos recuerdan que el colegio sobresalía frente a otras instituciones de Itagüí, especialmente en baloncesto y fútbol. Sin embargo, como cuenta Bernardo Mejía “Canas”, al competir fuera del municipio descubrieron que, aunque eran fuertes localmente, enfrentarse a equipos del Área Metropolitana evidenciaba sus debilidades y les enseñaba a superarse.

Aproximadamente la mitad de la selección Itagüí estaba conformada por jugadores del EVE, gracias a la fama que habían adquirido. Algunos de ellos eran; Canas, Wilson Toro, Hugo Mejía, John Jairo Noreña, Gastón, entre otros.

Podríamos decir que nuestra generación marcó un momento histórico en el EVE, pues, a partir de allí empezó a consolidarse como potencia a nivel departamental en el deporte.

DESFILE DE DEPORTES

Uno de los recuerdos más importantes de nuestro paso por el colegio fue el desfile de deportes, que iniciaba generalmente a principio de año. Aquellos que participaban en las diferentes modalidades deportivas lo recuerdan con nostalgia, pues el deporte unió a muchos, haciéndolos más que amigos: hermanos.

Cuenta Celso William Pérez que, previo al desfile, había que esforzarse mucho por la logística tan compleja que exigía esta actividad. Cada uno de nuestros grupos, preocupado por ser el mejor, se reunía para programar el evento.

Primero lanzábamos ideas acerca del uniforme que nos representaría: elegíamos por votación tanto el color como el estilo. Le dedicábamos mucho tiempo a esto porque ganaba el mejor uniforme. Para recolectar el dinero hacíamos rifas y diferentes actividades. Nos dividíamos en grupos para realizar las tareas: las carteleras, los símbolos, los estribillos para las barras y demás labores que requería el evento.

Canas recuerda que, en quinto grado, quien les hacía las pancartas era Javier Alonso Mesa “Loncho”. Los compañeros que vivíamos cerca del colegio prestábamos nuestras casas para que otros pudieran cambiarse o guardar sus pertenencias antes de las actividades deportivas.

Antes del desfile, los grupos nos organizábamos en la cancha y recibíamos las instrucciones del profesor encargado de la logística, quien indicaba cómo debíamos ubicarnos, comportarnos y en qué orden salir. Una vez listos, comenzaba el desfile por las calles de Santa María, donde los estudiantes mostrábamos con orgullo los elementos que habíamos preparado para representar a nuestros equipos.

Las bandas del municipio, entre ellas la reconocida banda del Carmelo, acompañaban el recorrido junto con el grupo de danzas del colegio, que también tenía gran reconocimiento a nivel municipal. A lo largo del trayecto, mientras las bandas tocaban y el grupo de danzas exhibía su talento en el baile folclórico, los habitantes del barrio salían a las ventanas, balcones y aceras para acompañar con entusiasmo este esperado evento.

Terminado el desfile, se participaba de los encuentros deportivos según la programación. La cancha se convertía en un hormiguero,

donde un gran número de jóvenes hacían barra a su equipo preferido. Gritos, aplausos y risas inundaban parte del sector.

Según Celso, desde 1978 muchos de ellos acostumbraban a acompañar a los grupos deportivos para hacerles barra: si jugaba el equipo de baloncesto, les hacían barra los de fútbol; y si jugaba el equipo de fútbol, la barra la hacían los de baloncesto. Ana recuerda que, generalmente, eran los mismos quienes, sin falta, acompañaban a cualquiera de los grupos del colegio que le correspondiera jugar. Quizás sus barras y su entusiasmo fueron la motivación por la que generalmente ganaban.

Ahora que escribo sobre el tema, viene a mi memoria un pedazo de un estribillo que compuse en sexto A —hoy 11— para la final de deportes al ritmo de *Caminito Serrano*, para hacerle barra a mi grupo. Decía: “Vamos sexto A que vamos a ganar, a quinto A, a quinto A. Todos preparados para animar a sexto A, a sexto A. Con Raulito y Colachito, tapamos goles muy facilito...”. Y así, hablando de la labor de cada uno de los jugadores, cantábamos o, mejor dicho, gritábamos haciendo barra a nuestro equipo, transmitiéndole la energía positiva para ganar.

ACTOS CULTURALES

Durante las fiestas del colegio y otras celebraciones, se realizaban actividades culturales como obras de teatro y concursos de canto. Uno de los recuerdos más entrañables del EVITO fue cuando Carlos Lopera dirigió una obra teatral con estudiantes de primero y segundo, seleccionados por su talento histriónico.

Los participantes fueron elegidos en los centros literarios que se realizaban cada viernes. Espacios donde los estudiantes presentaban actividades como teatro, poesía, canto y danza. La obra, titulada *Del cielo al infierno*, fue un éxito rotundo y llevó al grupo a presentarse en otros colegios y eventos culturales.

Este momento quedó inmortalizado en una foto muy especial de los niños con sus disfraces. En ella aparecen Bernardo Mejía, Diana Cardona, Carmen Palacio, Óscar Gómez, Víctor, Checho, Gerardo Usma y Manuelito, entre otros.

También recuerdan los concursos de canto, en ellos participaron Sandra Zapata, Darío Carlomagno y otros compañeros. Aleida Saldarriaga se destacaba por los shows de fonomímica en los que interpretaba algunas canciones de Helenita Vargas y Yolanda del Río principalmente.

LAS DANZAS DEL COLEGIO

En 1977 se fundó el grupo de danzas del Liceo, a cargo de Nora Gómez Muñoz, conformado por 26 integrantes, de los cuales algunos eran exalumnos. Para 1981 habían realizado 411 presentaciones a nivel municipal y departamental. En su repertorio tenían danzas de las regiones Andina, Atlántica y Pacífica. Este grupo no se consideraba un simple grupo de danzas, sino un grupo escénico, ya que complementaba su actividad con música vallenata, sainetes, dramatizaciones, etc. Además, hicieron un estudio profundo sobre el folklore colombiano para exaltar mejor la cultura eveísta.

Por muchos años, este grupo representó al Liceo en diferentes actividades y eventos dentro del colegio, del municipio y el departamento.

Quienes habitábamos el sector del liceo, fuimos partícipes del diálogo entre instrumentos y danzantes. El viento cada tarde sin falta nos llevaba el rumor de los tambores. Cuentan algunos de los exintegrantes del grupo, que Patricia Vélez se destacaba por ser una de las mejores bailarinas y que gracias a ella hoy saben bailar. A este grupo pertenecieron Henry Montoya, Patricia Vélez y Guillermo Betancur “Memo”.

REINADOS DE BELLEZA Y DESFILES DE MODAS

El colegio realizaba todo tipo de eventos para recoger fondos e invertir en sus necesidades. Uno de estos eventos fue el reinado de belleza. Cada grupo seleccionaba su representante y se dedicaba a organizar la carroza, la cual era decorada con flores y exhibida con orgullo. Cada grupo acompañaba la carroza que lo representaba, gritando consignas para enaltecer a su candidata. Todos luchaban por ser el grupo con la mejor carroza y la mejor representante, para ganar.

Cuenta Carmen Palacio que, en los primeros años de bachillerato, en el EVITO, ella fue candidata. Ganaba el grupo que más libros recogiera para surtir la biblioteca. Para recoger fondos compraron rollos en la panadería, los cubrieron de chocolate y armaron una especie de torta de varios pisos, formando una pirámide. También llevaron cofio, minisigüí, papas chorreadas y empanadas. Con lo recolectado en las ventas compraron unos libros pequeños amarillos que valían alrededor de dos pesos en el centro de Medellín. Le tocaba llevar los libros desde el EVITO a Santa María caminando. Sus amigas, Marcela Osorio y Diana Cardona le colaboraron con el compromiso de pagarle el pasaje a Diana para devolverse a su casa. Fue muy complicado llevar tantos libros, se les caían frecuentemente por el camino.

Al evento debía ir con un vestido típico, con los colores de Antioquia: verde y blanco y unas botas negras. Como Carmen no las tenía, su mamá fue hasta la cárcel, ya que allí hacían botas muy económicas y le compró las primeras botas de su vida. El evento se realizaba en el Liceo EVE, en la cancha de básquetbol. Sin embargo, a pesar de que su grupo recogió muchísimos libros, no ganó, porque ese tipo de libros no aplicaban para el concurso.

Canas recuerda que, cuando estaba en cuarto F, se organizó un reinado de periódico. Como en su casa tenían una distribuidora de *El Colombiano*, confeccionaron un vestido con este material para la representante de su grupo. Ganaron por ser el grupo que más periódicos recogió. Silvia Paulina Chica, su representante, fue

coronada reina; por su desempeño, su llamativo vestido y la originalidad de su carroza.

Ana recuerda cuando su hermana fue representante del grupo al que pertenecía. Salían en una carroza (un carro de leche bien decorado). Ella ayudaba con la decoración y el arreglo de su hermana. En aquella ocasión su hermana fue la reina. Olga Vélez también comenta que su prima, Marina Acosta, generalmente quedaba de reina tanto por belleza como por lo que recolectaban. Ella le ayudaba también con la decoración, haciendo florecitas para la carroza.

EL PERIÓDICO DEL COLEGIO

Por medio de los profesores del departamento de español, se creó con varios alumnos de sexto de bachillerato una comisión encargada de editar el periódico de nuestro Liceo titulado *El Liceo*. Por muchos años, el periódico funcionó como una voz que se llevaba a los actores del colegio: profesores, alumnos, padres de familia. Allí se informaba acerca de los diferentes acontecimientos y eventos realizados. Algunos alumnos publicaban poemas, cuentos, ensayos, opiniones, tiras cómicas, entre otras. Su lema era “Servicio, unión y educación”.

EL MURO QUE HABLA

Una gran iniciativa que recuerdo de mi tiempo de colegio fue en cuarto de bachillerato, cuando teníamos un espacio para expresarnos con libertad. Era una cartelera en la que todos podíamos participar pegando nuestros escritos. La habíamos nombrado *El muro que habla*. Allí, cada uno colocaba lo que deseaba compartir: un poema, un pensamiento, una tira cómica, un comentario, un cuento, una frase, una pintura o un anuncio. Así como su nombre lo indicaba, era un muro que, en vez de bloquear la comunicación, nos incitaba a expresarnos, a mostrar nuestras habilidades individuales.

Recuerdo con especial cariño la participación de Juan Diego Soto, “Toto”, en este muro, quien tanto allí como en el periódico escolar, solía exhibir sus irónicas tiras cómicas.

GRUPO DE PATRULLEROS DEL TRÁNSITO

Carmen Palacio cuenta que ella, al igual que Sandra y Gloria Nancy Ruiz, fue patrullerita de tránsito en tercero de bachillerato. Los patrulleritos eran estudiantes encargados de dar vía a los vehículos, mientras el supervisor se ubicaba en otra esquina y se comunicaba con ellos mediante códigos. Decía “uno” para dar vía y “dos” para detener.

En las ceremonias importantes del municipio, como funerales de personas destacadas o de sus familiares, los patrulleritos eran ubicados detrás del féretro como escoltas, haciendo parte del ritual. Aquellas eran jornadas largas y exigentes, ya que permanecían de pie desde muy temprano. “En algunas ocasiones durante la misa nos desmayábamos”, cuenta Carmen, “y era todo un espectáculo ya que nuestros padres, preocupados, acudían con rapidez a recogerlos, mientras el corrillo interrumpía la ceremonia”.

CRUZ ROJA

En el año 1979, un grupo de personas llegaron a nuestro colegio a invitarnos a pertenecer a la Cruz Roja. Muchos nos entusiasmos y decidimos ingresar. Fue así como Diana Cardona, Claudia Quiroz, Henry Montoya, Margarita Eugenia Vásquez, Silvia Paulina Chica, Carmen Eugenia y yo, Luz Amparo Alzate, hicimos parte de la primera promoción de juveniles cruzrojistas de nuestro municipio. Para muchos, como Silvia Paulina y yo, pertenecer a la cruz roja era el inicio del sueño que por mucho tiempo habíamos tenido: estudiar medicina. La labor de voluntariado nos permitió ayudar en hospitales y en diferentes lugares, como eventos deportivos, fiestas importantes del municipio, del colegio, en el zoológico, en el Estadio, en el hospital San Rafael, en Policlínica y en accidentes o catástrofes que requirieran el apoyo de la comunidad o entidades como la nuestra.

El 20 de diciembre de 1980, fue nuestro grado de cadetes voluntarias, haciendo parte de la primera agrupación de juveniles del municipio de Itagüí.

GRUPO DE BASE

El municipio de Itagüí y nuestro colegio pasaron algunos momentos difíciles, como la falta de agua potable, las vías en mal estado, infraestructura insuficiente e inadecuada de centros educativos, entre otros. Era tal el problema de las vías que algunos transportadores colocaban un letrero en la parte posterior del vehículo que decía “conozca a Itagüí antes de que se acabe”. Mucha gente, de manera irónica, se refería a Itagüí como “Itagüecos”.

El Grupo de Base fue un grupo que se formó de manera clandestina. No sabemos cómo ni en qué instante; lo único que sabemos es que nos convocaban individualmente, nos invitaban a leer libros y artículos, y nos motivaban para salir a marchar por las diferentes problemáticas, incluidas las del colegio: falta de laboratorios, falta de pago a los profesores, entre otros.

No éramos guerrilleros, ni nada por el estilo, solo unos adolescentes expresando la rebeldía de esa etapa de desarrollo. Deseábamos apoyar a quienes lo necesitaban, no queríamos ser ajenos a los problemas sociales.

DIFICULTADES PARA ESTUDIAR

Para muchos, estudiar no fue tan fácil. Algunos debían trabajar, y madrugaban tanto para asistir a su trabajo que, a veces, se dormían en clase. El tiempo no era suficiente para hacer sus tareas y, en ocasiones, solo les quedaba tiempo para dormir. Esto mismo ocurría con quienes vivían en el corregimiento: para desplazarse al colegio debían madrugar mucho más que la mayoría y enfrentar varias dificultades. En épocas de lluvia, atravesaban los pantanos con botas de caucho y, al llegar a un tramo más seco, retornaban a

los zapatos del uniforme para poder llegar limpios a clase.

Sin embargo, cada uno llevaba su vida sin que los demás conocieran sus dificultades, necesidades y carencias. Había quienes asistían al colegio sin desayunar, mientras otros teníamos todas las posibilidades. Así era la vida escolar: marcada por la desigualdad, incluso dentro de un colegio público donde la mayoría pertenecía a la clase media baja. Aun en ese contexto, las diferencias entre unos y otros eran notorias.

EL SERVICIO MILITAR

Pensar en el servicio militar era aterrador para muchos de los jóvenes acostumbrados al calor del hogar, sin embargo, sabían que era imposible evadirlo. El pudor ante el examen para la selección, el miedo de ser escogido hacía que fuera difícil lograr tranquilizarse.

Cuenta Canas que, del EVE se presentaron aproximadamente 140 jóvenes. Eran examinados en grupo y, allí, desnudos y asustados esperaban el examen individual donde inicialmente descartaban a quienes tuvieran algún tipo de problema que el ejército consideraba desfavorable para desempeñarse en el servicio militar: los que tenían pies planos, los bajitos, los hijos únicos y los que tenían algún tipo de anomalía observada durante el examen médico eran separados.

Después del escrutinio quedaron aproximadamente 28. Cada uno debía sacar una balota de una bolsa; casi todas eran blancas, salvo una que era roja. Si sacaban la blanca, se salvaban; pero si sacaban la roja, quedaban seleccionados. Entre los que sacaron balotas blancas estaban Memo, “Tuki Tuki”, Celso, Edgar Bustamante; y sacaron balotas rojas Oscar, Luis Fernando, Gabriel Jaime y Álvaro. Celso, que inicialmente no fue seleccionado, voluntariamente decidió vivir la experiencia del ejército.

Un mes después, cuando comenzaron a entregar los recibos de pago a quienes se habían librado del servicio militar, comenzaron

a llamar a cada estudiante por su nombre. En ese momento, mencionaron a Gabriel Jaime Pareja. Canas —que estaba presente— le avisó que lo habían llamado y que debía acercarse a reclamar su recibo. Desconfiado, pero albergando la esperanza se acercó al lugar indicado a reclamar su recibo. Su alegría fue enorme al comprobar que era cierto. Nunca se supo con certeza qué ocurrió: si hubo un error administrativo o si su documentación se traspapeló por accidente. Lo cierto es que, gracias a ese incidente, Gabriel Jaime se libró de prestar el servicio militar.

Cuenta Celso que, en el Estadio, había muchos jóvenes de todos los colegios y comenzaron a seleccionarlos para los diferentes batallones. Mientras la mayoría deseaban quedar en Medellín, Celso, en cambio, decidió ubicarse en la fila de Tolemaida, porque, en su investigación, se había percatado de que allí había paracaidismo, lanceros, contraguerrilla, infantería. Álvaro Araque, por su parte, se fue para la policía militar también en Tolemaida. Luego lo mandaron para Bogotá, a la policía militar.

Celso se fue para el batallón de ingenieros, donde hizo todos los cursos que deseaba. Esto le permitió ser nombrado dragoneante (soldado especializado). Dice que la experiencia fue muy enriquecedora, debido a la estricta disciplina que le ayudó a crecer como persona.

EDUCACIÓN SEXUAL Y ALGUNAS RELACIONES QUE SURGEN

Muchos sentimos que no fuimos bien formados para la vida sexual, ya que en nuestra generación pesaban los mitos y tabúes sobre el tema. La educación fue limitada: en casa se prohibía leer al respecto y, en el colegio, materias como comportamiento y salud apenas tocaban el tema. Carmen Palacio recuerda que tuvo que esconder un libro que había prestado para aprender, por miedo a ser reprendida, igual nos ocurrió a muchos de nosotros. La falta de información clara dificultó adaptarnos a los cambios de la adolescencia y nos hizo sentir vergüenza. A otros cometer errores que los dejaría marcados para siempre.

En esa etapa, comenzaron los primeros acercamientos amorosos debido al despertar hormonal: desde noviazgos inocentes hasta relaciones algo más tempranas. Pocas relaciones de pareja de entonces se consolidaron, es el caso de; Fredy Ospina y Marcela Osorio, o Gabriel Jaime Pareja y Luz Amparo Alzate. Sin embargo, en los últimos años también han nacido nuevas relaciones entre antiguos compañeros, como la de Sandra Zapata y Óscar Gómez.

ACOSO EN TIEMPO ESCOLAR

Nuestra adolescencia fue una etapa marcada por el acoso sexual frecuente. Fueron muchas las veces en que algún hombre nos tocó sin consentimiento, haciéndonos sentir rabia, asco y vulnerabilidad. En ello coincidimos muchas de las mujeres del grupo.

Carmen Palacio recuerda que, al salir del colegio, solía caminar con Marcela Osorio y Diana Cardona e iban a comprar galletas Wá-ter y recorte de chicle. En el trayecto, hacían competencias para ver quién lograba la bomba más grande. Entre ellas jugaban a explotarse las burbujas y reían cuando quedaban con la cara toda empegotada.

Un día, mientras se divertían de esta manera, las siguió un loco con un costal al hombro, se bajó el cierre y las persiguió con sorpresa en mano. Asustadas, corrieron por largo tiempo hasta percatarse de la ausencia de Diana. Preocupadas, de inmediato fueron en su búsqueda hallándola desmayada en un antejardín. La despertaron a cachetadas. Por fortuna ya el hombre se había quedado atrás.

Carmen Palacio también recuerda una anécdota que ocurrió camino al colegio, cuando iba con su hermana y una amiga. Un hombre en bicicleta pasó y tocó a su amiga. Carmen, furiosa, lo sujetó de la mano hasta hacerlo caer; entre todas lo arrastraron y lo patearon. El hombre alcanzó a tomar la boina que se le había caído a la amiga, se la puso y les hizo señales obscenas. Asustadas, salieron corriendo.

NUESTRA GENERACIÓN

En uno de nuestros encuentros, al discutir acerca de nuestra generación, concluimos que; estuvo marcada por el facilismo que se intensificó durante la época de Pablo Escobar, cuando se empezó a pagar muy bien por actividades ilegales. Algunos compañeros cercanos a ese mundo no lograron graduarse con nosotros, seducidos por el dinero fácil, las armas y las motos de moda como la DT o la RX, que les daban estatus y atracción entre las chicas.

Muchos de nosotros sentimos que crecimos en un contexto de alta vulnerabilidad social. Canas recuerda que, mientras repartía periódicos, algunos jóvenes que trabajaban con él usaban el dinero para consumir drogas. Su padre le advertía que evitara esas compañías, pues la simple cercanía podía ponerlo en riesgo. De hecho, una vez fue detenido por la policía solo por estar hablando con ellos. Así, muchos jóvenes fueron asesinados sin estar directamente implicados, solo por sus amistades.

Nuestra generación estuvo muy expuesta, pues fue la época en que Pablo Escobar comenzó a consolidarse como un capo de la mafia. Gran parte de la sociedad fue permeada por el narcotráfico y, tanto algunos de nosotros como amigos más jóvenes se dejaron deslumbrar por esa cultura. En ese contexto surgió también la cultura de las *prepagos*. Muchos de los negocios estaban vinculados directa o indirectamente con el narcotráfico, incluido el fútbol, propiedad de los Moncada.

Resulta importante resaltar que este grupo pertenece a una generación que sobrevivió a una época especialmente compleja, donde muchos jóvenes perecieron en busca de mejores oportunidades para su vida. Fue gracias a las artes, la cultura, el deporte, la educación de buena calidad y, principalmente, a nuestras familias protectoras que muchos de esta generación 82 pudimos graduarnos de la universidad y romper un poco la cadena de la pobreza. De no haber tenido la posibilidad de pasar a la universidad pública como la Universidad Nacional,

la Universidad de Antioquia o al Politécnico, cuyos costos eran más asequibles para nosotros, muchos no hubiéramos podido estudiar.

Uriel afirma que nuestra generación se basa en la amistad y los valores, a pesar de haber vivido en una época de alta violencia y de narcotráfico. Fue la familia y la amistad lo que nos salvó de la perdición.

PASEOS Y EXCURSIÓN

Pensar en paseo siempre fue muy motivador para nosotros como estudiantes: compartir con los amigos, perder clase, salir de la rutina. Sin embargo, era toda una labor pensar en la logística, la recolección del dinero, conseguir los permisos de los padres.

La excursión fue el paseo más importante que tuvimos. La logística para realizarlo era compleja. Teníamos que decidir el lugar, las actividades a realizar y la manera de recolectar el dinero. Para esto último, hicimos la rifa de un Suzuki y cada uno debía vender diez boletas. El carro se lo ganó el hermano de Nicolás Gil, quien pidió el dinero, quinientos mil pesos en ese momento.

Viajamos en bus a Santa Marta, Barranquilla y Cartagena. Recuerda Canas que fuimos 84 personas, incluidos dos profesores —Jairo y Gustavo—, distribuidos en dos buses de Prado cuyos conductores se llamaban Zapote y Aguacate. Nos demoramos 22 horas para llegar a Cartagena porque uno de ellos se varó.

La incomodidad del viaje fue totalmente olvidada por la inmensa alegría de ver ese mar que la mayoría soñábamos conocer.

Se repartieron las personas en grupos para compartir las habitaciones. Algunos de los grupos aprovecharon la ausencia de sus padres para vivir nuevas experiencias, jugar a la lucha de almohadas, pasarse de copas, probar marihuana o algunas sustancias alucinógenas. De hecho, hubo un grupo de amigos a los que sorprendió la

policía consumiendo esa hierba y fueron llevados a la cárcel hasta el otro día.

LA GRADUACIÓN

Al no encontrar espacio en el auditorio de Itagüí, nuestro colegio buscó otro lugar. La graduación fue en el auditorio de la Universidad de San Buenaventura, un lugar muy elegante, entapado, con un bello piano. Fue el diez de diciembre de 1982, a las diez de la mañana. La mayoría nos graduamos ese día, sin embargo, hubo algunos compañeros que no pudieron hacerlo debido a que se quedaron habilitando alguna materia, motivo de tristeza para sus familias que no pudieron asistir.

Nuestro grado nos generó una inmensa alegría, pues sabíamos que habíamos culminado la etapa del bachillerato y que pasábamos a otra etapa de nuestra vida: la universitaria, para los que podían; y la etapa laboral, para quienes por necesidad les tocaba empezar a definir su economía.

RUMBOS DESPUÉS DEL COLEGIO

Luego del colegio, unos empezaron a estudiar diferentes carreras, como: ingeniería de alimentos, ingeniería industrial, contaduría pública, zootecnia, mecánica automotriz, organización de eventos, licenciatura en educación, derecho, ingeniería forestal, ingeniería de agronomía, medicina, artes plásticas, ingeniería de geología, economía, licenciada en educación infantil, gastronomía, tecnología en educación física, preescolar, bibliotecología, administración educativa, recreación, sociología. Otros se dedicaron a diferentes oficios: sastré, secretaria ejecutiva, ventas, cajera; y otros, al servicio militar. Posteriormente, algunos pudieron seguir estudiando para mejorar sus posibilidades económicas y laborales. Algunos se vincularon a la política en diferentes cargos, otros a su propia empresa, otros se volvieron revisores fiscales, educadores, auditores, decanos, profesores de natación, profesores de buceo, empresarios turísticos.

LOS POLÍTICOS

Algunos de los egresados del Liceo Enrique Vález Escobar se dedicaron a la política. Carlos Mario Velásquez, por ejemplo, fue alcalde; Nidia Marcela Osorio ha ocupado varios cargos políticos hasta llegar a ser senadora de la República; Mauricio Toro fue concejal; Bernardo Mejía, subsecretario de gestión del riesgo; Uriel Darío Trujillo concejal, pues le tocó hacer un reemplazo de una curul; Martha Elena Uribe ha ocupado varios cargos, así como Wilson Toro, Fernando Giraldo, Carmen Palacio, Diana Cardona, etc.

LA MUERTE NOS CERCA

La muerte es algo que tenemos asegurado. No sabemos cuándo es nuestro turno, ni la forma de partir. Es el tiquete que compramos sin fecha de regreso. ¿Vendrá algo después? ¿Nos volveremos a ver? No lo sé. Pero si sucede, haremos una gran fiesta, como aquellas que nos acercaron. Que permitieron que quienes no nos conocíamos nos hiciéramos más que amigos, hermanos de camino. Ese camino que llenó de alegría los momentos compartidos dejando nuestra esencia en las risas, las anécdotas, los abrazos, las locuras, resistiéndonos a abandonar la infancia y la juventud, como una manera de retener la felicidad y la vida.

Son varios los compañeros de nuestra promoción que se han marchado. Algunos se fueron sin que lo supiéramos hasta mucho después, quizás porque no eran muy cercanos, no estaban incluidos dentro del grupo de WhatsApp o vivían lejos, como Juan Gerardo Usma, Ángel Paniagua, María Victoria Betancur y María Eugenia Salazar. Aunque nos conmovió saberlo, nos dimos cuenta tan tarde que no alcanzamos a elaborar el duelo.

Con los compañeros más cercanos, líderes del grupo, fue diferente. La primera pérdida fue pronto... demasiado pronto: Álvaro León Araque, gran compañero, parte del grupo organizador inicial y amigo entrañable desde la época de estudiantes por su afinidad en el deporte.

La parca, esa visita indeseable, apareció de repente, el 19 de febrero de 1991, en un gran momento de su vida. Rebotante de juventud y energía, un hombre íntegro, jovial, inteligente y trabajador; fue aquel el primer gran golpe ocasionado por un tentáculo de la violencia de nuestro municipio.

No fue fácil reponerse. Tanto así, que las reuniones anuales se suspendieron y pasaron a hacerse cada cinco años. La motivación se quebró, el liderazgo se resintió. Pero, como el tiempo ayuda a sanar, se inyectaron nuevamente de ánimos para continuar con la programación de los encuentros.

El segundo en partir fue Juan Carlos Quiroz, en el 2021. Su marcha fue más tardía, pero removió nuestras fibras. En muchos despertó al poeta, creando hermosos y conmovedores escritos. Hacía algún tiempo aquel compañero estaba enfermo y no lo sabíamos. Ni siquiera sus compañeros más cercanos, quienes se sintieron culpables por desconocer lo que le acontecía a ese amigo de juventud, que estuvo siempre activo en el grupo a pesar de las dificultades que en ocasiones le generaba.

Debido a la pandemia, muchos de nuestros conocidos y seres queridos perdieron la vida o estuvieron muy cerca de hacerlo. Esto nos conmovió demasiado, haciéndonos sentir que la muerte nos cercaba y que la vida empezaba a diluirse como el algodón de azúcar en nuestra boca. Nos hizo conscientes del vínculo que existía entre nosotros como grupo. Decidimos que era momento de disfrutar más la vida, de no aplazar los encuentros.

Así como dice la *Canción de las simples cosas*, de Mercedes Sosa, “Uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida”. Aquí estamos y aquí volveremos siempre: al colegio en que nos conocimos o a aquellos lugares donde disfrutamos los paseos de integración, donde conocimos mejor a esos grandes seres humanos que son nuestros compañeros. Lugares donde aprendimos a querernos más allá de la amistad, como hermanos entrañables, esos hermanos que no quisiéramos que partieran nunca.

CELEBRACIONES

Durante el primer año, Ana Sofía Estrada se encontró con Canas, Henry Montoya, Juan Carlos Quiroz y Álvaro Araque y empezaron a llamar a varios números telefónicos de antiguos compañeros esperando ubicarlos. Los citaron en Cositas Ricas, en Santa María. Alcanzaron a reunir un grupo y juntos caminaron hasta La Isla. Tomaron cerveza y bailaron. Allí se propusieron ubicar a más personas, para seguirse reencontrando en el futuro.

El quinto aniversario de egresados lo celebraron en La Americana, una heladería que tuvo Uriel. Pero en 1991, tras la muerte de Álvaro, las reuniones se suspendieron, el grupo perdió motivación. Con el tiempo entendieron que debían continuar; después de todo, Álvaro lo habría querido así.

Don Edwin, dueño de La Isla, les ayudó a conseguir un sitio frente a la iglesia San José para celebrar el encuentro de los doce años. Como no tenían los teléfonos de todos, pidieron las listas del colegio y se dividieron la tarea de llamar. Fue un trabajo arduo: la configuración telefónica había cambiado, los números que antes tenían seis dígitos pasaron a tener siete, agregando adelante un 2 o un 3; muchos habían cambiado de teléfono; otros de residencia.

A veces se encontraban con respuestas sorprendentes: Uriel llamó a casa de Ángel Paniagua y se llevaron un susto cuando les dijeron que había fallecido; otra compañera contestó que no iría porque “estaba muy vieja y fea”; una más no podía asistir porque su esposo era celoso; otro dijo simplemente que no le interesaban esas cosas. Pero, en general, la respuesta fue muy positiva, y lograron reunir un buen número de contactos. Desde entonces, el grupo empezó a crecer más.

La fiesta de los 15 años se celebró con dos encuentros: primero un bingo en Tilín Tilán para recoger fondos, al que podíamos asistir con acompañantes; y luego, allí mismo, otra reunión al final del año, esta vez solo entre nosotros.

El vigésimo aniversario se realizó en una finca de la tía de los Trujillo, en la Estrella. El vigésimo quinto fue en una finca, en Caldas, donde amanecimos viendo videos e hicimos desayuno. Fue la primera vez que asistió “Pájaro”, quien lloró arrepentido por haberse perdido tantas reuniones. Aquella vez, en medio de la emoción, hicimos una ronda abrazados cantando *Amigo*, de los Enanitos Verdes.

En el trigésimo aniversario hicimos dos celebraciones: una en casa de Marcela, con 43 asistentes, donde planeamos el gran encuentro en San Andrés, al que fueron 19 personas, incluyendo las dos hijas de Carmen Palacio.

En el trigésimo quinto aniversario fuimos a Tolú, a Las playas del francés, a un lugar llamado Camino Verde. Después viajamos a Sopetrán y a Girardota. A raíz de la muerte de Juan Carlos Quiroz, fuimos de nuevo a Sopetrán, ya que sentimos la necesidad de hacerle un homenaje. A partir de ese momento, las salidas se hicieron más frecuentes.

Fue por ello, que los 40 años no podían pasar de largo. Era el momento de hacer una gran celebración, algo significativo para seguir construyendo memoria, para celebrar ese tejido construido por cuarenta años de encuentros que fortalecieron nuestra amistad. Organizamos dos grandes eventos: una fiesta y un viaje a Cartagena. A la fiesta asistieron 50 egresados y 3 profesores: Vicente Ramírez, Ramón Manrique y José Agnello; y al paseo 25 personas.

ANÉCDOTAS DE EGRESADOS

La reunión en el mar de Coveñas, donde fuimos testigos de una propuesta de matrimonio de una pareja que acabábamos de conocer, y nos unimos a la celebración rodeándolos en círculo, entre aplausos y bromas acerca de las dificultades del matrimonio. En el regreso de Coveñas a Medellín convencidos de que la hora del vuelo era a las 3:00 de la tarde, perdimos el vuelo, ya que en realidad era a las 13:00. En el intento por solucionarlo, compramos nuevos

pasajes, pero sin darnos cuenta eran para el día siguiente. Por suerte, teníamos el contacto de alguien que habíamos conocido durante la propuesta en el mar, quien trabajaba en una empresa de transporte Coveñas-Medellín, y logró conseguirnos una buseta para todos. Así pudimos regresar a casa, con los estómagos adoloridos de tanto reír.

En Sopetrán, los testículos de toro que llevó José “Negativo”. En Bogotá, su hija le ayudó a conseguirlos, coserlos y empacarlos con cuidado para poder transportarlos. Ya en el paseo, José, sentado como quién está desprevenido, dejó salir ligeramente los testículos y, mientras estábamos todos alrededor, Olguita se asustó por aquello que colgaba de la pantaloneta. Al darnos cuenta de la situación, reímos y reímos con aquella ocurrencia. Al día siguiente, unidos en un ritual los enterramos.

Luego, en otra salida que hicimos también a Sopetrán, para el Halloween de 2021, poco después de la muerte de Juan Carlos, la anécdota inolvidable fue la pérdida de Celso. Durante una parada para ir al baño y tomar algo, subimos al bus sin darnos cuenta de que él no estaba. Fue Carmen quien notó su ausencia y nos lo informó de inmediato. Preocupados, emprendimos el regreso para buscarlo, pero justo en ese momento Celso apareció, desesperado, en una moto. Su llegada al bus fue un alboroto total; nadie pudo contener la risa con las imitaciones de Carmen, que recreaba entre carcajadas el desespero de Celso tratando de encontrarnos.

En ese mismo paseo, después del homenaje a Juan Carlos Quiroz, ya en la noche, cansados, decidimos dejar los disfraces para otra ocasión e irnos a dormir temprano. Pero, de pronto, para sorpresa de todos, llegó Julián Trujillo —con quien hacía muchos años no teníamos contacto— disfrazado de mujer embarazada. Su llegada inesperada nos cambió el ánimo al instante: en cuestión de minutos, cada uno se puso su disfraz y salimos por las habitaciones a despertar a los demás compañeros y continuar con la fiesta.

CUIDADO MUTUO

Una de las características más valiosas del grupo de egresados del EVE ha sido, sin duda, la generosidad, la colaboración y el cuidado mutuo. Siempre estamos atentos a brindar apoyo a quien lo necesite, especialmente en los momentos difíciles, ya sea por situaciones económicas, de salud, estados anímicos u otras circunstancias.

Durante la pandemia, por ejemplo, se organizaron colectas de dinero y mercados para quienes enfrentaban dificultades económicas. Cuando alguien ha tenido problemas de salud, también hemos reunido recursos para ayudar con transporte o medicamentos. En las salidas y encuentros, buscamos que nadie se quede por fuera por motivos económicos, por lo que colaboramos para que todos puedan participar y disfrutar. En casos de emergencia, como daños en viviendas, se han realizado rifas o colectas para apoyar a quienes lo requieren.

En los momentos de duelo, el grupo se ha convertido en un refugio para el triste. Nos acompañamos, nos abrazamos. No importa la distancia, en medio del dolor, siempre encontramos consuelo entre nosotros. Del mismo modo, celebramos los cumpleaños y momentos especiales, con un mensaje, un regalo o un gesto.

¿CÓMO SIENTE CADA UNO DE NOSOTROS SU EXPERIENCIA EN EL GRUPO DE EGRESADOS?

Ante la propuesta de elaborar un texto que recoja los sentimientos hacia el grupo de egresados del EVE 82, la mayoría coincide en que este grupo ha sido un apoyo fundamental, una compañía constante y una fuente de motivación, especialmente en esta etapa de la vida en que los hijos se independizan, las responsabilidades cambian y muchos sienten que se quedan sin una base sólida sobre la cual apoyarse. Esta amistad, forjada hace décadas, no solo ha perdurado, sino que ha trascendido. Hoy es mucho más que un grupo de excompañeros de colegio: es un espacio de afecto, complicidad y cuidado mutuo que ha sabido resistir el paso del tiempo.

El Liceo Enrique Vélez Escobar fue, sin duda, un espacio clave en la vida de todos nosotros. Su excelencia académica, la calidad de sus docentes y la formación integral que ofrecía dejaron una huella profunda. Pero más allá del aprendizaje formal, fue un escenario privilegiado para forjar amistades auténticas y duraderas.

La integración que promovía el colegio —a través del deporte, las actividades culturales, las recolectas solidarias y el trabajo en equipo— fue decisiva en la consolidación de nuestros vínculos. Estudiábamos juntos, entrenábamos en equipo, organizábamos eventos y salidas, y todo ello nos fue tejiendo como grupo. Allí se sembraron no solo los conocimientos que nos inspirarían a seguir diversas carreras profesionales, sino también la empatía, el sentido de comunidad y la solidaridad que hoy siguen presentes en nuestras vidas.

Hoy, más de cuarenta años después, esa amistad sigue viva. No solo se ha mantenido, sino que ha madurado y se ha fortalecido. En este momento de nuestras vidas, el grupo EVE 82 se ha convertido en un refugio emocional, un espacio donde encontramos escucha, apoyo y muchas veces alegría, incluso en medio de las dificultades.

La conexión no se limita a encuentros presenciales o a recuerdos del pasado; se ha convertido en una red afectiva que acompaña, celebra y sostiene. Nos reímos juntos, compartimos cumpleaños, hacemos homenajes, salimos de paseo, nos ayudamos económicamente cuando alguien lo necesita y, lo más importante, nos acompañamos en los momentos difíciles. En tiempos en que muchas redes de apoyo desaparecen o se diluyen, esta permanece firme.

La amistad que nos une ha trascendido las aulas, los años y las distancias. Nos recuerda quiénes fuimos, nos acompaña en quiénes somos y nos impulsa en lo que aún queremos ser.

“Unión, amistad y compromiso hacia el prójimo”.

Joel

“siento que representan para mí la verdadera amistad. Aún con el pasar de los años disfrutamos de ese amor, compañía y recuerdos que nos hacen vivir, sabiendo que hay personas y amigos que piensan en nosotros”.

Julián Trujillo

“Ustedes representan ese pasado que se niega a desaparecer, un pasado lleno de muchas alegrías, pero también de muchos sacrificios. Gracias por estar ahí las 24/7 no solo en forma virtual, sino también en múltiples ocasiones, transmitiendo su calor humano tan necesario en los momentos más difíciles como en los instantes más gratificantes de nuestras vidas. A todos y todas gracias, gracias, gracias”.

Nicolás Gil

“Hemos permanecido en tiempo y en distancia. Hoy a Google complemento su definición: para ser un verdadero amigo del alma, se necesita pertenecer al grupo EVE 82”.

Gloria Denisse

“Este grupo significa todo para mí: mi razón de ser... así me atrevo a decirlo. Sin este grupo, mi vida es triste y vacía (así esté rodeada de mis seres queridos)”.

Olguita

“Nuestro secreto de amistad ha sido vivir separados sin separarnos, somos estrellas que no se ven, pero que siempre están ahí. Para muchos el tiempo nos hace perder los amigos, pero a nosotros nos ha hecho entender que debemos conservarlos. Cada encuentro es un momento que llena el alma de recuerdos aferrados a una sonrisa. Dicen que los amigos no son eternos, pero los recuerdos sí, y son tantos que nos han fortalecido por más de cuatro décadas”.

Bernardo Mejía “Canas”

EPÍLOGO

El día de las ánimas vi un video de una creencia que tienen los mexicanos acerca de la travesía de las mariposas monarca de Canadá a México. Según ellos, las mariposas vienen a visitar a sus muertos. Esto me hizo recordar nuevamente la partida de nuestros compañeros y amigos Álvaro y Juan Carlos. ¿Quién será el próximo? Mejor no pensarlo y seguir disfrutando cada encuentro como si fuera el último. No sabemos cuándo usaremos el tiquete de regreso al inicio... a los parajes que nos trajeron a esta tierra.

En este largo viaje lo mejor han sido los compañeros de camino, quienes nos han hecho la vida más amable. Así, como las mariposas monarca, nuestras almas ligeras como el viento algún día se encontrarán fundiéndose en un abrazo al calor de esta gran familia.

No importa el lugar, siempre encontraremos el momento para celebrar la amistad. La esencia de cada uno seguirá allí, con nosotros impregnando cada espacio, donde las risas, locuras, anécdotas, abrazos nos devuelven a la juventud y, por ende, a la vida que a veces parece escaparse por nuestros temores a la nueva etapa que se acerca.

Somos bendecidos por tan bellos momentos que alegran nuestra vida.

Referencias

Osorio, M.A. (2018). *Itagüí. Historia social y cultural 1831-2018*. Corporación Ciudad.

Valencia, A (2017). *Santa María el barrio de los gitanos: su historia y su memoria cultural*. Medellín: Universidad Nacional Abierta y a distancia.

Grupo Folklórico “EVE” (mayo 1981). Grupo de danzas “EVE”. El Liceo, p. 8

Impacto de la participación socio ambiental de la mujer en Itagüí,

Capitulo Edilma Salazar

Por Margarita María Bustamante Restrepo

Presentación

El liderazgo femenino ha marcado hitos importantes en la historia (mundial, suramericana, nacional, departamental y municipal) sin embargo, a nivel local, los reconocimientos no han sido suficientes, ni han cubierto a mujeres que han dejado huella socio ambiental en Itagüí, caso Margarita Moncada, Luz Elena Ruíz de Baena, Edilma Salazar y Maria Emma Chaverra entre otras.

Las mujeres en el municipio de Itagüí han jugado un papel fundamental en el desarrollo social, económico, cultural y socio ambiental de la comunidad. Su participación activa en diferentes ámbitos ha contribuido significativamente al progreso y bienestar de la sociedad Itagüiseña.

El papel de las mujeres en Itagüí ha sido destacado demostrando un fuerte liderazgo y compromiso con la comunidad, participando activamente en organizaciones sociales, políticas y culturales. En la educación y formación, han sido clave, contribuyendo al desarrollo de habilidades y capacidades en las nuevas generaciones. En el emprendimiento y economía han incursionado en diversas actividades, creando empresas y generando empleo, lo que ha contribuido al crecimiento

económico del municipio. En el campo de la cultura y el arte, han sido fundamentales en la promoción y preservación de las manifestaciones culturales contribuyendo a la riqueza cultural del municipio. Y en el campo socio ambiental, objeto específico de este documento, han propiciado movimientos transformadores del territorio, han liderado la creación de políticas y lineamientos públicos hacia el mejoramiento ambiental local y nacional, han propiciado procesos de recuperación de espacios para el uso y disfrute de la comunidad, con la realización de lecturas de territorio e identificación de conflictos ambientales y el establecimiento de soluciones concertadas, han contribuido a la reducción de la contaminación municipal (identificando infractores y propiciando transformaciones en los procesos contaminantes), han motivado el surgimiento de liderazgos ambientales y el reconocimiento del territorio como un ecosistema integrado, articulado y dependiente de sociedad naturaleza que ha transformado el territorio, su visión y proyección en el municipio de Itagüí.

Es en este campo donde quiero indagar el impacto y aporte que Edilma Salazar con su trabajo constante durante treinta años, con su persistencia, deseo de aprender, convicción y conocimiento, contribuyó junto a muchos otros a conservar y proteger este gran patrimonio municipal y nacional como es el ambiente y todos los elementos que lo componen.

Quiero adentrarme en esa historia de vida, su origen, su llegada al territorio, las diferentes facetas que tiene como lideresa comunitaria, ambiental y artista.

Conocer en el proceso de investigación el entorno de Edilma Salazar su impacto en el territorio, las historias que ha vivido, porque a través de ella, también se conoce la historia del barrio “La Unión”, como sus niños amigos del árbol no quedaron atrapados en el mundo hostil que se ofrecía en algunas épocas en el municipio, de violencia y sicariato.

Tal vez en el recorrido por esta historia de vida, logremos corroborar que no son los grandes actos, los grandes mandatos, los grandes presupuestos, los grandes discursos que hacen la diferencia para cambiar actitudes, generar consciencia y generar actos en pro de toda una sociedad.

“Si la gente pudiera ver que el cambio se produce como resultado de millones de pequeñas acciones que parecen totalmente insignificantes, entonces no dudaría en realizar esos pequeños actos”

Howard Zinn

Inicia entonces el recorrido, la búsqueda de información, las visitas y las entrevistas llenas de historias, saberes, reflexiones, pequeños – grandes aportes socio – culturales – ambientales a través de la vida de una mujer que ha dejado huella en sus amigos y conocidos, convirtiéndose en un ejemplo a seguir a nivel municipal y metropolitano Edilma Salazar.

Antecedentes de la Participación Socio – Ambiental de la Mujer

La participación de la mujer en la gestión y conservación de los recursos naturales ha tenido un impacto significativo y positivo tanto para la sostenibilidad ambiental como para el bienestar social y económico de las comunidades. A pesar de desempeñar un papel crítico en actividades clave como la producción de alimentos, la administración del agua y el cuidado de los hijos, las mujeres frecuentemente enfrentan barreras estructurales que las excluyen de la toma de decisiones en la gobernanza ambiental, lo que perpetúa su bajo estatus social y limita su acceso a recursos financieros, educación y poder político. Esta exclusión no solo es injusta, sino que también debilita los resultados ambientales, ya que la infrarrepresentación de las mujeres en estos espacios empobrece las políticas y estrategias de conservación.

Estudios realizados por la Alianza CARE-WWF demuestran que empoderar a las mujeres y promover su liderazgo en la gestión de recursos naturales puede reducir el daño ambiental y mejorar los resultados de conservación. En Nepal, el programa Hariyo Ban, financiado por USAID, ha demostrado que al capacitar a mujeres y personas subrepresentadas en centros de acción y aprendizaje comunitario, se logra un aumento significativo en su participación en la toma de decisiones, con un 87% de puestos de liderazgo ocupados por miembros de grupos que enfrentaban barreras, un incremento de 15% respecto a lo habitual. Este empoderamiento ha permitido a las mujeres liderar iniciativas de adaptación al cambio climático, mejorar la gestión forestal y desarrollar empresas verdes, además de contribuir a la construcción de más de 480 sistemas de agua potable y 180 sistemas de riego, lo que reduce el trabajo y el tiempo que las mujeres dedican a buscar agua y mejora la producción de alimentos

En América Latina, organizaciones como The Nature Conservancy (TNC) implementan proyectos con un enfoque de género integral, como el programa Comunidades Prósperas y Sostenibles (CPS), que fortalece las capacidades de las mujeres, mejora su acceso a mercados y financiamiento, y promueve la creación de redes de sororidad y colaboración entre ellas. En la Sierra Madre de Chiapas, por ejemplo, se han reunido productoras ganaderas y de café para intercambiar experiencias, fortalecer su liderazgo y abrir nuevas oportunidades de apoyo mutuo. Las mujeres también desempeñan un rol fundamental en la conservación de ecosistemas estratégicos, ya que su relación estrecha con el agua y el bosque les otorga un conocimiento profundo sobre la sostenibilidad de estos recursos, lo que las convierte en actores clave en la protección del medio ambiente.

Por otro lado, la exclusión de las mujeres de los procesos de gobernanza ambiental tiene consecuencias desproporcionadas, especialmente en comunidades empobrecidas o marginadas, donde enfrentan mayores riesgos por la contaminación, la escasez de agua, la pérdida de biodiversidad y la violencia de género asociada a la defensa del medio ambiente. Por ello, es fundamental incluir la perspectiva

de género en las políticas públicas ambientales y climáticas, reconociendo que mujeres y hombres no son afectados de manera pasiva por las crisis, sino que son agentes activos que pueden contribuir a la mitigación y adaptación al cambio climático. **Tradicionalmente se ha hablado de** la distribución desigual de las responsabilidades como cuidadora en el ámbito familiar y del entorno, ha sido de la mujer, limitando la autonomía de las mujeres y afectando su participación plena en esfuerzos de recuperación ambiental, por lo que se requieren políticas que reduzcan y redistribuyan estas cargas, así como inversiones verdes que ahorren tiempo en actividades de cuidado.

La participación socio ambiental de la mujer es un derecho, y una necesidad para lograr un futuro más sostenible y equitativo. Su inclusión en la toma de decisiones, el fortalecimiento de su liderazgo y el reconocimiento de su conocimiento tradicional son claves para mejorar la gobernanza de los recursos naturales, promover la resiliencia comunitaria y avanzar hacia un desarrollo sostenible que beneficie tanto a las personas como al planeta.

Participación Socio – Ambiental de la Mujer en Colombia

Las mujeres en Colombia desempeñan un papel preponderante en la conservación del medio ambiente y la lucha contra el cambio climático, actuando como guardianas del conocimiento ancestral, líderes en la gestión sostenible de los recursos naturales y agentes clave en la construcción de paz, su participación es fundamental en la gobernanza ambiental, donde se requiere una representación activa y decisoria en espacios como los comités de manejo, consejos de áreas protegidas y consejos comunitarios, ya que la ausencia de consideraciones de género en estos espacios puede perpetuar la discriminación y desfavorecer tanto a las mujeres como al entorno.

En el Sistema Nacional Ambiental, 19 mujeres lideran y orientan las políticas ambientales del país, y más de la mitad de los contratistas del Ministerio de Ambiente son mujeres. En el ámbito de la bioeconomía, 191 Negocios Verdes son liderados por mujeres, y en

los departamentos de Chocó, Valle del Cauca, Tolima, Cauca y Huila, 44 proyectos de forestería comunitaria son dirigidos por mujeres, promoviendo el manejo sostenible de los bosques. En el Magdalena Medio y el Cauca, el proyecto Mujeres Cambiando su Mundo, liderado por ONU, mujeres con el apoyo del Gobierno de Alemania, fortalece a cerca de 500 mujeres en la incidencia política, la gestión ambiental comunitaria y la creación de propuestas de adaptación y mitigación frente al cambio climático, en el municipio de Itagüí 13 mujeres lideran empresas ambientales, 6 son propietarias y 7 son gerentes. (Cámara de Comercio del Aburrá Sur, 2025)

Las mujeres defensoras ambientales, especialmente indígenas, afrodescendientes y rurales, enfrentan desigualdades profundas debido a la conflictividad socioambiental, que impacta de manera desproporcionada a las mujeres y niñas. A pesar de esto, han logrado visibilizar sus demandas en foros internacionales como la COP16 en Cali, donde 36 mujeres de la iniciativa ‘Mujeres Cambiando su Mundo’ participaron en espacios de la zona azul y verde, exigiendo el reconocimiento del vínculo entre género, paz y biodiversidad, así como mecanismos para garantizar su acceso a la información, participación y justicia ambiental. En Tumaco, una asociación de mujeres empresarias combate la deforestación y promueve prácticas agrícolas sostenibles, plantando árboles frutales autóctonos y produciendo orgánicamente, lo que también contribuye a la consolidación de la paz en una zona posconflicto.

Además, en el sur de Colombia, mujeres han restaurado cinco hectáreas de manglares y palmas silvestres, lo que contribuye a la fijación de dióxido de carbono, la recuperación de ecosistemas y la protección del litoral. En el norte del Cauca, las mujeres jóvenes se han comprometido con la conservación de los medios de vida, el cuidado de las fuentes hídricas y el empoderamiento económico y político, destacando que son quienes habitan el territorio y cuidan la biodiversidad. Estas acciones demuestran que la participación de las mujeres no solo es necesaria, sino que es una fuente de innovación y resiliencia frente a la crisis climática y la degradación ambiental.

Participación Socio – Ambiental de la Mujer en Itagüí

El municipio de Itagüí no es ajeno a Conflictos ambientales propios de un municipio industrializado, una mirada rápida a la situación ambiental municipal da cuenta de un crecimiento rápido y poco planificado, integrado a un Área Metropolitana densamente poblada, consumista, generadora de residuos de todo tipo que diariamente superan las 3.300 toneladas de residuos sólidos, con una calidad del aire aceptable, debido a las medidas para reducir la contaminación del aire, como la restricción de actividades que generan emisiones contaminantes y la regulación de emisiones de gases y partículas contaminantes en la industria local. Un recurso hídrico que otrora escaseaba y obligaba a los habitantes del municipio a cargar agua, hoy obliga a la Administración Municipal a adquirir predios para proteger este recurso y los ecosistemas estratégicos circundantes. De otro lado, la creciente expansión urbana genera conflictos en torno al uso del suelo y la protección de áreas naturales, sin contar los impactos generados por los diversos tipos de industria que tienen asiento en el municipio. Es importante resaltar que en buena medida, la situación del municipio no es más grave, gracias a la intervención de mujeres que han liderado procesos de conscientización, mujeres que han jugado un papel fundamental en los cambios realizados bien sea a través de jalonar paros cívicos para exigir mejoras en servicios públicos, infraestructura y derechos sociales, o a través de movimientos y organizaciones sociales tales como el Grupo Ecológico de Itagüí, hoy Corpogedi, Reverdecer y los Clubes de Amigos del Árbol, por mencionar algunos que han sido cruciales para el desarrollo del municipio y han contado con la participación activa de diversos sectores de la comunidad, donde la mujer ha tenido un papel destacado. Su participación ha sido fundamental para visibilizar las necesidades y derechos socio ambientales en el municipio, para promover la igualdad de género y la inclusión, para promover el empoderamiento femenino, cada vez más las mujeres han asumido roles de liderazgo y han promovido cambios sociales y políticos en el municipio.

Es un hecho que mujeres como Margarita Moncada, Luz Elena Ruiz de Baena, Ana Ligia Pimienta Estrada, María Emma Chaverra y por supuesto Edilma Salazar han sido verdaderas guerreras en pro de un medio ambiente sano y mejores condiciones de vida para todos, incluso a costa de su salud, su familia y su economía. Por su amor y entrega hoy damos gracias. Este artículo da cuenta de algunas de las aristas de la vida de Edilma Salazar, esperamos en próximas publicaciones acercarnos a las valerosas vidas de otras verdaderas heroínas del Municipio de Itagüí.

Edilma Salazar - Orígenes

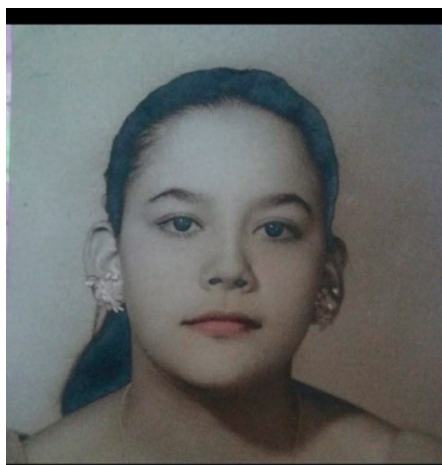


Foto: Edilma Salazar, su archivo personal (año de la foto)

Edilma Salazar nace en el municipio de Betulia – Antioquia, el 16 de diciembre de 1940, aunque en su cédula aparece que nació el 11 de diciembre de 1940, es un error aclara ella. Hija del agricultor Juan Bautista Ángel (fallecido) y el ama de casa Martha Lina Salazar (nacida en Armenia – Mantequilla, actualmente viva, con 105 años), Fue bautizada en Anza, llevada por su padre y la madrina (Rita Álvarez), quienes la nombraron como Edilma Salazar, obviando el apellido Ángel, lo que años más tarde la llevaría a usar el seudónimo “Edilma Salazar, el Ángel que nunca fue”. Siendo la segunda de 11 hermanos, fue criada desde muy pequeña por su abuela materna Eulalia y la

tía Josefa, en una vereda llamada “El Salto Urrao”, a orillas del Río Cauca, donde vivió hasta los 12 años, cuando después de la muerte de su abuelo, se fue a vivir con unos familiares en Medellín, barrio La América, allí vivió hasta que a los 23 años se casó, en la iglesia Metropolitana de Medellín, con William Cano, un Envigadeño, criado en Medellín, conductor de volquetas del departamento. Luego de casarse inicia un recorrido por varios municipios debido al trabajo de su esposo, para después de 7 años llegar a Itagüí, al recién conformado barrio La Unión, con tres hijos (Walter Dario, William Dario y Gloria Patricia) y su esposo.



Foto: Edilma Salazar, cantando, archivo personal.

Nace una líder en La Unión

Luego de su recorrido por varios municipios de Antioquia y barrios de Medellín, llegan a Itagüí (1970) Edilma Salazar, su esposo y tres hijos, años más tarde nacería su cuarto hijo Juan David, allí en la inicialmente llamada Urbanización La Unión, con “140 casitas de cemento, pintadas de blanco, con techos rojos” (comunicación personal, julio 2025), según recuerda Edilma Salazar, con antejardines, vías estrechas, callejones, casi todos sin asfaltar. Fueron construidas por el crédito Territorial, bajo el gobierno de Carlos Lleras Restrepo

(1966 – 1970). “La mayoría de los habitantes eran trabajadores de empresas textiles con asiento en Itagüí, el barrio se entregó sin escuela, dejaron dos lotes, donde los mismos habitantes construyeron la que inicialmente se llamaría “Escuela Mixta la Unión”, y posteriormente paso a hacer parte de la Institución Educativa Avelino Saldarriaga y la placa polideportiva” (comunicación personal, María Dolores Sánchez, agosto 2025). El 10 de junio de 1972 se conforma la Junta de Acción Comunal del Barrio la Unión el cual se constituye como el barrio más pequeño de la comuna 6 (ubicado entre la calle 45 a y 43 con carreras 55 a y 57). Edilma Salazar eligió la casa a orilla de la vía, con amplia zona verde, que sería usada por los niños del barrio para jugar partidos, quebrándole frecuentemente vidrios y dando pelotazos a las paredes de la casa, pero ella no los regañaba, “eran niños” aduce. Allí vivió con su familia 7 años aproximadamente, luego de los cuales, se separa y se va del barrio por un periodo de 10 años, al regresar vio un botadero de basura y dijo “eso lo voy a quitar” (comunicación personal. Edilma Salazar, agosto 2025) y se empeñó en hablar con la Junta de Acción Comunal y la iglesia a quienes motivo para limpiar el barrio, pidió revuelto casa a casa para hacer un sancocho para el convite, perifoneo invitando a los vecinos acompañada de Nelly Ruíz y su hijo de 8 años, Julio Zuluaga Ruiz, quien años más tarde se convirtió en sacerdote. Los vecinos ya más organizados, se dirigieron a la Administración Municipal, donde solicitaron árboles que posteriormente sembraron en la zona que habían limpiado en el convite. Quienes otrora ensuciaban, hoy participaron en el convite y se convirtieron en defensores de las zonas verdes, ahora ya no dejaban arrojar basuras e incluso instalaron letreros prohibiéndolo, empezó el proceso de recuperación de la quebrada Doña María, esa que en algún tiempo tuvo peces y que recibía diariamente todo tipo de residuos arrojados por vecinos y transeúntes, ahora estaba recibiendo ayuda de la gente de La Unión, liderados por Edilma Salazar quien pese a tener poco tiempo disponible, a dedicarse a laborar y cuidar de sus hijos, logro enfrentarse a recicladores que arrojaban a la quebrada lo que no les servía y la amenazaban, persistió, persistió, persistió con su dulzura, su creatividad y disciplina, logro vincular a jóvenes y adultos en un proceso de transformación del entorno y de los seres

que participaron, pues ganaron consciencia de la importancia del entorno, de cuidarlo, de introducir lo verde, lo vivo, de sembrar vida, de sembrar esperanza.

Liderando su propia formación ¡Autodidacta!

“La educación autodidacta es, creo firmemente, el único tipo de educación que existe” Isaac Asimov

La vida de una mujer como Edilma Salazar, una mujer tan comprometida con lo socio ambiental y cultural, una persona tan dulce y enamorada del medio ambiente no fue propiamente fácil, su primera infancia en el Municipio de Betulia, un municipio cafetero del Suroeste Antioqueño, con altos índices de pobreza, en plena época de conflicto armado donde no se respetaban ni las escuelas, estudiar no era una opción, se iniciaba un año académico, pero no se terminaba y encontrar los certificados era una tarea complicada, por lo que Edilma Salazar dedicaba su tiempo en el campo a ayudar a su padre a sembrar yuca y cebolla, esta última, alta para que no se la comieran las gallinitas, no fue posible una formación formal, lineal y certificada, pero quien desea aprender lo hace y Edilma Salazar, pese a todo, buscaba la manera de formarse, llegó a Medellín con solo tercero de primaria aprobado, pero con todo un mundo por descubrir y el ánimo para hacerlo!. Estando en Itagüí conoció el CLEBA, donde válido la primaria, pero allí no paró, continuó su formación ya de manera autodidacta, leyendo bastante, sobre todo poesía, viendo recetas en televisión, leyendo revistas, escuchando los programas de radio sobre los temas que le interesaban como recetas, manualidades y arte, hasta cajas donde había recetas leía, asistiendo a talleres de literatura y escribiendo, escribiendo y escribiendo, hasta llegar a dar clases de filigrana en Santo Domingo Sabio en una iglesia cristiana, en Caldas, Itagüí, Envigado, Girardota dando talleres a campesinas, llevada directamente por el Área Metropolitana.

Nace una Artista

Para 1988, Edilma Salazar dedicaba sus días a laborar en una empresa de organización de banquetes durante largas jornadas, tenía sus cuatro hijos grandes, todos muy juiciosos, pero el menor era el más cariñoso, “cuando llovía salía a donde pasaba el bus con saco y sombrilla a recogerme”, su hogar era un sitio humilde y lleno de amor “a veces mis hijos me llevaban el desayuno a la cama”. Pero llegaría una tragedia que marcaría su corazón, su hijo menor, de solo 18 años, fue a trabajar pegando unos vidrios en un edificio con otros amigos y perdió la vida, este hecho llevo a Edilma Salazar a un estado de tristeza tal, que aflora su sentir escribiendo, poesias y canciones iniciando por escritos para su hijo recién fallecido “Porque mis lagrimas caen al suelo”, “Hijo, buscando tu imagen” y la canción “El dolor de una madre” para luego recorrer el camino que la convertiría en una artista versatil, a partir de ese sentimiento que estaba dormido en su ser, nacen poemas como “Medellín soñando”, la canción “El traidor” en respuesta a la canción de Dario Gómez “Me tire el matrimonio”, para luego producir “El Clavo torcido”, “El diablo emparandao” y muchas otras, con musica y letra propias. Actualmente tiene 20 canciones, 25 poesias, 4 cuentos y un sin numero de trovas, con las que han llevado alegría a asilos, carceles, escuelas, iglesias, sensibilizando a tal punto a sus expectadores que ha ayudado a unir familias, llevandoles dulzura, amor y alegría, sacando lo mejor de las personas. Edilma Salazar esa mujer campesina, sencilla, tierna, con esa forma de hablar tan amorosa, ha dedicado su libertad, su tiempo y recursos a dar amor siguiendo sus premisas “primero la salud y luego la libertad, para hacer uno lo que el señor le vaya poniendo en la cabeza”, porque como dice la biblia “tu vecino, es tu familiar más cercano”, (comunicación personal, Edilma Salazar, 2025) sintiendo el dolor ajeno como propio, queriendo apoyar a todos, ha logrado ganar sonrisas, despertar corazones y cambiar su entorno “Gracias a mi Padre Celestial” como dice ella.

Este recorrido la ha llevado a ser escritora, compositora, declamadora, coleccionista y artista integral, con tarjeta de Artista Pro-

fesional, expedida por el Ministerio de Educación Nacional de la Republica de Colombia, desde el año 2009, su proceso artistico la ha llevado a participar en Organizaciones tales como la Corporación de artistas Corazón de Antioquia, dirigida por Alvaro Mejía, donde adopto el seudonimo La flor del Chiste, ha visitado sitios como la carcel de máxima seguridad, en una celebración del día de la virgen de las mercedes, dejando sonrisas y gratos recuerdos en los presos y personal administrativo, conmovida por historias reales, convertia en poesía las historias que le contaban los ancianos un ejemplo de ello fue “Mi hijo el doctor” y “Hoy viene mi hija”, con ésta última logrando que una anciana fuera retirada del asilo y llevada de nuevo en su casa.

Ha sido ganadora del concurso Persotalentos, ocupó el segundo puesto en el concurso de cuento costumbrista de Envigado, categoria adulto Mayor, Seleccionada como la Adulta Mayor más destacada en el Municipio de Itagui, fue postulada a la Antioqueña de Oro, representando al Municipio de Itagüí, tuvo un programa de televisión en Itagüí, llamado “El Taller de Edilma”, entre otros logros.



Foto: Edilma Salazar, cantando, archivo personal.

Socio - Ambientalista

Hasta ahora se ha realizado un recorrido por la vida familiar, comunitaria y artística de Edilma Salazar, dejando ver en cada rol como ha impactado a niños y adultos, familiares, amigos, conocidos y desconocidos, haciendo gala de su don de gentes, su profunda sensibilidad y amor, por todo y por todos. Con el amor que la caracteriza desde 1987 inicio su recorrido por el sector comunal, cuando una vecina “Cenaida” la invito a conocer a la Presidenta de la Acción Comunal del Barrio la Unión “doña Consuelo Estrada”, quien tiempo después la invitó a hacer parte de la Acción Comunal y a su vez la llevo a conocer Asocomunal, allí conocio a lideres comunales de trayectoria en Itagüí como José Calderón, Presidente de Asocomunal de la época, a Wilson Patiño, secretario y a Carlos Arturo Pabón, coordinador Ambiental, además de algunos miembros del Grupo Ecológico de Itagüí, que años más tarde pasaría a llamarse CORPOGEDI, (Luis Arturo Guarín, Margarita Bustamante, Oscar Martinez y Luz de Baena, quienes la invitaron a unirse al grupo, año 1990), Nos reuniamos en la Escuela de Artes Eladio Vélez, recuerda ella, “Yo empecé allá, soy la mayor y la más niña del Grupo Ecológico” (comunicación personal, Edilma Salazar, 2025).

En Asocomunal supo que existía un Club llamado de “Amigos del Árbol”, liderado por Ramiro Pabón, coordinador ambiental pero al morir él, para el año 1993, Edilma Salazar retoma el proyecto de Club de Amigos del Árbol, lo conformó en su barrio y posteriormente, desligada de la Asocomunal difundió este grupo hasta llegar a tener 42 grupos en todo el municipio de Itagüí, formando a más de 500 niños y jóvenes en el cuidado de su entorno, con la “finalidad de cuidar el medio ambiente, teniendo en cuenta valores como el respeto, la amistad y la convivencia y el sentido de pertenencia al barrio y al municipio”, salían a paseos “Arturo Guarín me ayudo mucho, él era el Secretario de Medio Ambiente, año 1998” y nos prestaban el transporte, llevaban a los niños a la piscina con olas, al alto de San Miguel, a la Vereda La María, a Santa Elena, a Las Chimeneas, les enseñaba a cuidar la naturaleza, a sembrar, a tener limpio su barrio. Les preguntaba “¿cómo

ven el barrio?, y ¿cómo les gustaría verlo?, con su orientación Amigos del Árbol se convirtió en un grupo de puertas abiertas a todos y todas, allí además de cuidar el ambiente realizaban actividades deportivas, culturales y artesanales. Eligieron llamarlo Amigos del Árbol “porque el árbol cobija todo, atrae agua, conserva, da sombra, comida, da vida” (comunicación personal, Edilma Salazar, 2025). Edilma Salazar creó el himno del Club de Amigos del Árbol, con la Ayuda de Ramiro Davila sacó los estatutos, siempre estaba apoyada por algunas madres de familia y por sus amigas Luz Marina Tirado, Olga Zapata, quien además fue su profesora, por Inés Marin, Genoveba Pulgarin, Aleida Garcia y Paula Urrego, que inició como coordinadora de un Club del Árbol, y se enamoró de lo ambiental, hasta que incluso eligió su carrera Licenciada en Ciencias Naturales, con énfasis en Educación Ambiental, gracias a lo vivido en ese periodo de su vida.

Algunas acciones y logros de Edilma Salazar Salazar en términos socio ambientales son:

A nivel social. Con su particular estilo de liderazgo, (sencillo, dulce, creativo) logra concienciar a grandes y chicos, llevándolos a hacer parte de la transformación de su entorno inmediato y con alto sentido de pertenencia, como el caso concreto El barrio La Unión, los Club Amigos del Árbol (tanto padres, como niños participantes) donde se ha vuelto tradición hacer parte de este espacio, dejando huella y generando hábitos de vida orientados por el bienestar colectivo, influyendo incluso en la elección de carreras y orientaciones de vida de muchos de los participantes.

Otros logros de Edilma Salazar, desde los Club Amigos del Árbol son: La recuperación de la Rivera de la quebrada Doña María a la altura del barrio la Unión, Eco huerta “Sol Naciente”, además de acompañar el proceso de conservación de “Mi Ranchito” (Julio de 1999), la participación en el Proyecto Fama (año 2007), en Aldebaran liderado por el Grupo Ecológico de Itagui, participo con los niños de Clubes del Árbol en torneos deportivos, desfiles municipales, talleres de pintura y manualidades, liderazgo de Club de Amigos del

Árbol a nivel municipal, con el acompañamiento y apoyo de madres coordinadoras. Hace parte de la Mesa Ambiental, del grupo Vigor, a la Asociación de Mujeres de Itagüí, y otra cantidad de grupos en Itagüí y Medellín.

Un aspecto relevante en Edilma Salazar ha sido siempre su ferbiente deseo de ayudar a los demás, conservar y proteger el medio ambiente, desde su sensibilidad por la necesidad y el sufrimiento de la gente se ha empeñado en visitar asilos, cárceles, en recoger ropa para enviar a los menos favorecidos de los pueblos, incluso entregando sus recursos para darle apoyo a los demás, hacer felices a otros, “me encanta ver reír a la gente, es la alegría para mí y me animaba a seguir”, “el lograr que la gente tenga recuerdos bonitos” (comunicación personal, Edilma Salazar, 2025).

Sin duda el liderazgo medioambiental de Edilma Salazar es diferente, pues ella no impone sus ideas, hace que la gente se autoanalice, que mire su entorno y piense como lo quisiera ver, además es desprendida de las cosas, si quieres una planta ella te la regala, logra unir a la comunidad entorno a una causa y sabe que el gancho para cambiar las cosas son los niños, si ellos aprenden van a llevar sus conocimiento a su casa, a su colegio y a su vida. Indudablemente Edilma Salazar ha dejado huella en el territorio y en los corazones de quienes han tenido el placer de conocerla.

Bibliografía

Alcaldía de Itagüí. (2014). *Mujeres haciendo historia en itagüí*. Municipio de Itagüí

Alcaldía de itagüí. (2018). *Mujeres itagüíseñas, líderes que escriben la historia día a día*. Municipio de Itagüí

Alcaldía de Itagüí. Instituto Municipal de Cultura Recreación y Deportes. *Historia de mi barrio*. (2024). Todográficas.

Concejo Municipal de Itagüí. (2013). *Mujeres visibles de Itagüí, historias de vida a muchas voces*. Viecco

Toro Aguila, D. (2024). Entre conservación e intervenciones: Reflexiones históricas y socioambientales. *Bohemia: revista de Asocomerciantes de Itagüí*, (79), 11.

Bibliografía digital

Camara de Comercio del aburrá Sur (26 de agosto de 2025) *Base de datos Mujeres empresarias ambientales*. <https://ccas.org.co/>

WWF. (08 marzo 2022). *Cómo la igualdad de género impacta la conservación de la naturaleza*. Worldwildlife. <https://www.worldwildlife.org/descubre-wwf/historias/como-la-igualdad-de-genero-impacta-la-conservacion-de-la-naturaleza>

Nota informativa. (23 Mar 2022). *Es fundamental incluir la perspectiva de género en las políticas ambientales y valorizar los cuidados que hacen las mujeres en toda su diversidad, sostienen especialistas*. CEPAL. <https://www.cepal.org/es/notas/es-fundamental-incluir-la-perspectiva-genero-politicas-ambientales-valorizar-cuidados-que>

Enfoques. (18 Ene 2021). *Implicancias de los roles de género en la gobernanza de los recursos naturales en América Latina y el Caribe*.

CEPAL. <https://www.cepal.org/es/enfoques/implicancias-roles-genero-la-gobernanza-recursos-naturales-america-latina-caribe>

Mujer. (8 Marzo 2019). *Mujeres, la fuerza que el medio ambiente necesita*. Naciones Unidas. Noticias ONU mirada global historias humanas.

<https://news.un.org/es/story/2019/03/1452431>

Noticias. (marzo 8, 2023). *Mujeres, protagonistas en la conservación de la naturaleza*. Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

<https://www.minambiente.gov.co/mujeres-protagonistas-en-la-conservacion-de-la-naturaleza/>

Noticias. (25 de octubre de 2024). *Mujeres del Cauca y Magdalena Medio comprometidas con la biodiversidad en la COP16*. ONU Mujeres Colombia.

<https://colombia.unwomen.org/es/stories/noticia/2024/10/mujeres-del-cauca-y-magdalena-medio-comprometidas-con-la-biodiversidad-en-la-cop16>

Noticias. (5 de junio de 2025). *La resiliencia de las mujeres frente a la crisis climática en Colombia*. ONU Mujeres Colombia.

<https://colombia.unwomen.org/es/stories/noticia/2025/06/la-resiliencia-de-las-mujeres-frente-a-la-tesis-climatica-en-colombia>

Noticias e historias. (15 de Octubre de 2024). *Cinco mujeres al frente de la acción climática en Colombia*. UNDP Climate promise.

<https://climatepromise.undp.org/es/news-and-stories/cinco-mujeres-al-frente-de-la-accion-climatica-en-colombia>

Fundación Natura. (26 de agosto de 2025). *Las mujeres que defienden el medio ambiente en Colombia*. Fondo Noruego para los derechos humanos.

<https://nhrf.no/espanol/espanol/article/2022/las-mujeres-que-defienden-el-medio-ambiente-en-colombia>

Entrevistas

E. Salazar, comunicación personal, 19, 26 de julio de 2025

L. M. Tirado, comunicación personal, 19 de julio de 2025

O. L. Zapata, comunicación personal, 19 de julio de 2025

L. A. Guarín Cardona, comunicación personal, 22 de julio de 2025

P. A. Urrego Alvarez, comunicación personal, 24 de julio de 2025

L. C. Lopera, comunicación personal, 5 de agosto de 2025

L. Muñoz, comunicación personal, 30 de agosto de 2025

Agradecimientos

Instituto de Cultura, Recreación y Deporte de Itagüí

Corpogedi

Luis Arturo Guarín Cardona

Hector Arboleda Restrepo

Ramiro Dávila (Q.E.P.D)

Carlos Mario Martínez

Maria Dolores Sánchez

Consuelo Estrada

Luz Marina Tirado

Olga Zapata

Genobeba Pulgarín

Inés Marín

Aleida García

Paula Urrego Alvarez

Alba Marlene Rodriguez Jiménez

María Camila Betancur Jiménez

Raúl Fernando Montoya Ruíz, Fundación Diego Echavarría Misas

Liliana María Londoño Londoño

Diego Jiménez Pamplona

Espacios diversos. Memorias LGBTIQ+ de los espacios de convergencia en Itagüí durante la década del 2000 al 2010

Por Santiago Londoño Bustamante

Introducción

Durante la primera década del siglo XXI Colombia atravesaba por una problemática social, cultural y estatal que giraba alrededor de la lucha contra el narcotráfico como consecuencia de la violencia que se generó en las últimas décadas del siglo XX, sin embargo, la lucha por los derechos y el territorio se hizo cada vez más visible, dando paso a la construcción de espacios físicos y culturales que se podían defender desde lo constitucional y político. En su parte, las disidencias sexuales y de género jugaron un papel de suma importancia en la reivindicación de sus derechos fundamentales, defendiendo sus libertades en el ámbito jurídico, político, social y económico, y de alguna forma generalizando sus intereses y necesidades en comparación a la comunidad heterosexual.

En el municipio de Itagüí los espacios de sociabilidad se empezaron a consolidar durante la primera década del siglo presente, junto con la planeación urbana y el derecho a habitar la ciudad, durante esta década Itagüí constaba con diferentes estrategias de participación ciudadana cuyas aportaciones de la población LGBTIQ+ fueron más

evidentes, lugares como; bares, calles o el parque principal de Itagüí fueron escenarios de muchas vivencias que reivindicaron el derecho a la vida y al libre desarrollo de la identidad.

Estas experiencias, que desde su origen fueron construidas desde la informalidad, permanecen en el recuerdo de muchos individuos que participaron en ella, sin embargo, no ha sido documentada debido a la invisibilización y el ideario sociocultural heteronormativo de la cultura Itagüiseña, por ello se hace necesario recurrir a la memoria, pues estos lugares fueron el punto de partida para muchos al disfrutar del encuentro y el refugio en medio de un contexto enmarcado por la violencia. Por ello, la problemática que gira en torno a este proyecto es entonces ¿Cuáles fueron las estrategias de reivindicación de la población LBGTIQ+ desde los espacios de convergencia para permanecer y aportar a una cultura de inclusión en el municipio de Itagüí durante la década del 2000 hasta 2010?. Aunque estas experiencias en su presente fueron invisibilizadas, se hace necesario recurrir a la memoria individual con el fin de crear una memoria colectiva que fortalezca el valor político y social de estas identidades, siendo suma importancia para la conciencia histórica y el valor que representaron desde la reivindicación cultural en la sociedad.

El texto está compuesto por tres apartados, el primero hace una reflexión historiográfica para la complejización de la población disidente a través de la historia de Antioquia, dentro de la búsqueda bibliográfica no se encontraron estudios que complejizaran estos cuerpos e identidades desde la historia, además la búsqueda de fuentes primarias parece estar silenciada, por ello recurrí a las experiencias individuales y colectivas, el segundo apartado expone el desarrollo cultural y político de los espacios de convergencia que resignificó la población y al mismo tiempo transgredió, el tercero muestra uno de los hitos que marcaron la defensa de los derechos de la población LGTBIQ; la primera marcha del orgullo en Itagüí, aunque en los relatos no se encuentran personas lesbianas, bisexuales y queer, es posible afirmar que dentro de estos confluyeron estas identidades.

Hacia una comprensión historiográfica de las disidencias sexuales y de género

La sociología, la antropología y el periodismo han aportado a la comprensión de las identidades diversas a través de la historia, muchos lo han hecho desde la observación de los espacios físicos y culturales, teniendo en cuenta el predominio binario y hetero-patriarcal en el que los sujetos que transgreden la norma sexual establecida, transcurren y se acomodan las leyes binarias del género en pro de su visibilidad y existencia, es por esta razón que desde la mitad del siglo XX, las disidencias sexuales y de género (Mayormente personas con orientación homosexual) consiguen más acceso a participar en las dinámicas sociales y cotidianas, aún con sus altibajos, paulatinamente van reclamando y obteniendo posibilidades de educación, trabajo y vida digna.

Así, la mayoría de los estudios sobre los sujetos que se relacionan sexual y afectivamente con las personas de su mismo sexo y/o género, han sido producidos desde el estallido de Stonewall¹⁰ en las noches del 27 al 28 de junio de 1969, siendo protagonistas (en el suceso) las personas transgénero, pero al transcurso de unos meses, el protagonismo pasó a ser excluyente y liderado por hombres blancos homosexuales que cumplían con los parámetros heteronormativos, excluyendo a las mujeres homosexuales y las disidencias del género, parámetro de exclusividad que ha producido en la historiografía durante las últimas décadas del siglo XX, sin embargo, la participación en las luchas en pro de los derechos fundamentales ha sido de toda la población LGTB.

De esta manera, se van dando estallidos, estudios y visualizaciones desde Europa y América Latina, ponderando más el primero y aportando a las metodologías para la indagación de las disidencias sexuales y de género como sujetos sociales e históricos y demostrando las divergencias desde los cuerpos, espacios y estrategias que se construyen en determinados ámbitos socioculturales.

10 Bar LGTBI situado en el 53 de Christopher Street, Greenwich Village, Nueva York.

Desde un contexto social y cultural altamente enmarcado en las dinámicas heteropatriarcales que constituyen la denominación y dominio de los cuerpos, basados en los principios morales de la religión católica, los individuos pertenecientes a las disidencias sexuales y de género han sido sancionados desde los ámbitos socio-afectivos con el fundamento principal del no pertenecer a las normas del binarismo (hombre-mujer) ya sea desde el ámbito de una identidad sexual o de género diferente a los roles de género y sexo asignados o desde su orientación sexual al estar en tal grado de vulnerabilidad, fueron invisibilizados por las estrategias de control civil en Antioquia.

Partiendo desde la perspectiva de una sociedad cuyos pensamientos son marcadamente cristianos y basada en leyes hegemónicas para la protección de la moral y buenas costumbres, así mismo como de las estrategias de dominación para mantener un orden, el historiador Walter Alonso Bustamante Tejada en el libro *Invisibles en Antioquia*¹¹ enfoca su análisis en las representaciones culturales que fundamentan la construcción de las homosexualidades como un sujetos construidos a través de la invisibilización y los discursos de poder a finales del siglo XIX y principios del siglo XX (1886-1936) en Antioquia.

A través de fuentes judiciales, discursos médicos y lenguaje utilizado en la prensa de dicho periodo, devela la construcción de estrategias de dominación frente a las homosexualidades¹², dando paso a una apropiación de la historia cultural y apoyándose en Michel Foucault cuya metodología se basa en *La arqueología del saber*, demostrando las estructuras de pensamiento que determinan algunas acciones individuales, además del libro *Historia de la sexualidad* cuya idea se basa en una naturalización de la heterosexualidad, una de sus exploraciones es el poder que tienen las instituciones

11 Esta investigación, surgida a principios del siglo XXI, aporta a la historiografía colombiana estrategias para el estudio cultural de las disidencias, problematizadas como actores que también hacen parte de los procesos sociales.

12 Término que plantea el autor para el entendimiento de los individuos que se escapan a las normas morales por el gusto o acceso carnal a personas del mismo sexo, estos no componen un comportamiento determinado, además son considerados como un sujeto.

educativas sobre la sociedad, que se manifiestan en su moral y las formas de actuar.

Los discursos observados por Bustamante son analizados desde los *dispositivos de control*, término que también emplea Foucault; argumentando la diversidad de las fuentes de control y su intención para la aplicación de las estrategias de dominación. “La persona que tiene relaciones sexuales con individuos de su mismo sexo, ejercen conductas donde no siempre hay lugar de encierro o forma física de exclusión, así, estos cuatro discursos constituyen un dispositivo de saber y de verdad que logra, sino encerrar, sí excluir, limitar e invisibilizar a quien no cumple con lo establecido” (Bustamante Tejada, 2004, pp. 17–18).

Del mismo modo, desde el método de la Historia Cultural, la investigación *Raros* de Guillermo Correa Montoya analiza las representaciones y los imaginarios de la sociedad antioqueña en el periodo de 1890 a 1980 partiendo, como lo hace Bustamante, desde el contexto de una sociedad basada en la moral católica. A diferencia de éste, el autor entiende el cuerpo del individuo como una disidencia, cuya categoría enmarca a las personas que se escapan de las reglas normales.

Esta clasificación, argumentada por Correa a través de Foucault, agrega a la historiografía colombiana un método de análisis para el entendimiento de los sujetos transgresores, pues al enmarcarlos como disidencias proporciona la problemática de los individuos que se escapan de los géneros y experiencias heteronormativas cuyas prácticas y procesos históricos han sido poco explorados. Así mismo, la posición de categorizar la población disidente como homosexuales deviene a partir de la comprensión del conjunto de las estrategias de poder, utilizadas por la prensa y las diversas fuentes que indaga. Forzaron una serie de individuos y experiencia disímiles a coincidir con un tecnicismo —el homosexual— que integró, para el caso de Medellín y Antioquia a las falsas mujeres (transgéneros), intersexuales, corruptores, lesbianas, pederastas y afeminados (Correa Montoya, 2017, p. 25).

Los estudios de los sistemas de saberes que constituyen el ideal colombiano y las propuestas y modelos en el marco jurídico hacen de los cuerpos un objeto en cual devienen normas y actitudes enmarcadas en el ámbito social y cultural, que desde la perspectiva del género se generan ciertas diferencias para la determinación de los sujetos, sin embargo, la diversidad de estos hace que lo establecido traspase, desde la subjetividad, los límites expuestos, es entonces la identidad la que juega el papel más importante en la medida en que se reconoce el pecado por no ser parte de la norma y se generan dinámicas en torno a la defensa y resistencia del cuerpo.

Desde la construcción de un estado moderno patriarcal durante el siglo XX, el enfoque de los colombianos se guiaba en el modelo binario heterosexual, los hombres de las élites científicas, intelectuales y estatales crean leyes, normas y decretos que visibilizan sobre la problemática cultural al momento de querer excluir o no reconocer grupos o sujetos que se postulan fuera de los principios morales.

La principal ley expedida en la mitad del siglo es dirigida por un médico llamado Parmenio Cárdenas, donde en 1933 ocupa el cargo de asesor del gobierno en la comisión de reformas, presentando una propuesta en pro de la penalización de la homosexualidad, donde aclaraban las formas, gustos y pensamientos del varón colombiano, esta ley fue expedida bajo el nombre de acceso carnal homosexual mediante la Ley 95 de 1936 que comenzó a surgir, junto con un nuevo código penal por la Ley 94 de 1938. Esta, sin duda, deja de reconocer las prácticas homo eróticas como un problema de salud mental y la convierte en una problemática social, donde la familia y la institucionalidad del Estado deben sustentarlo y solucionar (Bustamante, 2013, p. 170-172).

Bajo el conjunto de determinaciones estatales mencionadas en el apartado anterior, las formas de nombrar en la sociedad a esta población devienen de sujetos que también pertenecieron a las estrategias de dominación por parte de la sociedad, donde los medios de comunicación dan muestra de sus adjetivos y categorías, al mismo tiempo en que las crean. Para la comprensión de los cuerpos excluidos desde

una visión histórica, Bustamante los categoriza como *homoerotismo*, aportando un panorama de las disidencias del género. Así, homoerotismo es tomado como sujetos que no necesariamente son hombres biológicos con características binarias, sino una posible diversidad de expresiones y construcciones de corporalidades, identidades, sensaciones, afectos y relaciones que permiten desentrañar diversas existencias como formas de aparecer en un momento (Bustamante, 2013).

Una de las muestras de las divisiones que han ejercido las prácticas homoeróticas en la sociedad colombiana a través de la historia es investigada por Correa Montoya, donde a través de las denominaciones y las categorías hegemónicas en la década de 1960 y 1970 de los hombres homosexuales, estudia las representaciones y lugares de convergencia en los espacios físicos de las disidencias, además de dar a conocer las estructuras sociales en que convivieron desde la visión de la prensa. Donde por la culpa y placer son llamados como “volteado” o “dañado” siendo el segundo más masculino que el primero (Correa Montoya, 2016, p. 58-59).

La concepción de las formas de nombrar de los sujetos diversos en la historia, involucrando en este orden “la loca” y “el cacorro” como determinaciones heteronormativas desde la década de 1980. La “loca” pertenece al hombre que transgrede los modelos del género, por ser femenino y tener prácticas con otros hombres biológicos ocupando el lugar feminizado (Bustamante, 2009). Sin embargo podemos observar que estas representaciones cambiaron en la última década del siglo XX y la primera del siglo XXI gracias a los procesos de movilización e identidad, durante la década de 1990 se crearon los acrónimos LGBT¹³ (Vázquez Parra, 2021) donde se fortalecieron a partir de las reivindicaciones colectivas a nivel mundial, estas apropiaciones dieron pasos directos a la luchas por una vida digna en cuestión de igualdad y poco a poco se fue incorporando más acrónimos con el fin de incluir ás experiencias e identidades del género; LGBTIQ¹⁴.

13 Lesbianas, Gays, Bisexuales, Trans.

14 Lesbianas, Gays, Bisexuales, personas Transgénero, Intersexuales y Queer

El término “género”, aparece por primera vez en el año 1947 en los discursos médicos, producidos con el fin de modificar y transformar quirúrgicamente el sexo de los niños nacidos con órganos genitales en los cuales no se podía clasificar como órgano femenino o masculino (Preciado, 2008, p. X), el sexo, tecnificado por la cultura, era entendido como el factor principal que definía el rol de género desde su nacimiento como una realidad “natural” y fue acuñado por las feministas de los años sesenta, como un instrumento de análisis en la comprensión de la opresión y la sociedad moderna heteropatriarcal, como también sus brechas y desigualdades en los derechos humanos, con esta acuñación, se deja en evidencia el rechazo de algunas organizaciones de mujeres, que desde su rol heteronormativo, rechazan las identidades femeninas que nacieron con el sexo opuesto a una mujer, podríamos afirmar entonces, que desde estas violencias epistemológicas, las subjetividades trans/femeninas se presentan como una disidencia de género.

Así mismo, la transexualidad aparece entonces como una patologización de las identidades que quieren cambiar sus genitales de hombre a mujer, o a la inversa, además de ser esa herramienta que siga produciendo esos parámetros heteronormativos de la binariedad, así mismo aparecen en los discursos médicos occidentales los cuerpos patologizados desde el término *Disforia de género*: “sentimiento de descontento... hacia la incongruencia entre cómo uno entiende subjetivamente su propia experiencia de género y cómo otras personas perciben su género. El término “disforia de género” se popularizó en las décadas de 1960 a 1980, pero fue suplantado por la categoría diagnóstica ya obsoleta de “Trastorno de identidad de género” (Stryker, 2017, p. 47).

A diferencia de la transexualidad, el término de transgénero, también surgido en Europa y EE. UU., su significado en las décadas de 1970 a 1980, giraban en torno a Transgénero: “este término hacía referencia preferente a la persona que no deseaba únicamente cambiar su ropa de forma temporal o cambiar sus genitales de forma permanente” (Stryker, 2017, p. 47). Es necesario resaltar que los términos

mencionados devienen de una Historia Trans desde los Estados Unidos, y a que diferencia del contexto colombiano, estas identidades se pueden observar desde las formas de nombrar denominadas en los capítulos anteriores, como la denominación de la “Loca” desde el imaginario cultural de la exclusión, que se convierte en una autodenominación como reivindicación, un ejemplo de ello es la investigación *Locas de pueblo* de Guillermo Correa Montoya el cual hace un análisis de las “maricas” mayores y sus dinámicas de resistencia en los pueblos y las áreas rurales, “toda ella es una loca, pero nunca se percibe así misma como mujer, ni busca serlo, tampoco se identifica como hombre... loca perdida... se descifra entre lo indescifrable, lo periférico, vulnerable, frágil... al mismo tiempo se presenta como resistente e invencible” (Correa Montoya, 2022, pp. 63–68).

Algo similar transcurre entonces las esferas latinoamericanas, una identidad indescifrable que se nombra desde un principio peyorativo como la “Travesti” y se convierte en una identidad, “En primer lugar, las travestis vivimos circunstancias diferentes respecto de las que atraviesan muchas transgéneros de otros países en EEUU o Europa, quienes a menudo recurren a cirugías de reasignación de sexo y tienen como objetivo reacomodarse en la lógica binaria como mujeres o varones” (Berkins, 2012, p. 350). Por medio de esta investigación podemos notar que los procesos socioculturales de las disidencias sexuales y de género en Itagüí fueron simultaneas a las del departamento de Antioquia, y aunque tengan particularidades en sus luchas y reivindicaciones tienen una congruencia con las luchas de movimiento LGTBI en Colombia.

Los movimientos de liberación sexual y de género en Colombia parten de la década de 1970 con la creación del Movimiento por la Liberación Homosexual y la despenalización de la homosexualidad en 1980. Además, revistas *El Otro* y *Ventana Gay* fundadas durante la década de los 1970s dan muestra del movimiento de liberación homosexual, creadas con el fin de una transformación a través de la crítica a la cultura y a las estrategias heteronormativas de la sociedad urbana en Medellín y sus alrededores, resaltando estas en la

historiografía como pioneras en las manifestaciones académicas y sociales de los homosexuales en Medellín junto al itagüiseño León Benhur Zuleta, filósofo de la Universidad de Antioquia y fundador de la revista *El Otro*.

Los avances para el reconocimiento de las disidencias sexuales y de género en Colombia tuvieron una gran apertura con la Constitución Política de Colombia en 1991, aunque las estrategias de dominación y sanción cultural permanecieron, estas cada vez eran menos evidentes, en 1992 la constitución permitió a las personas transexuales y transgénero cambiar su nombre de nacimiento al identitario a través de la Sentencia No. T-594/93. Así mismo durante la década de estudio se vieron marcadas las luchas y movimientos en la constitución que son de suma importancia como la seguridad social para parejas homosexuales en 2007 y la declaración de la Corte Constitucional al confirmar que no es ilegal demostrar afectos entre las parejas del mismo sexo con la Sentencia T 909 de 2011 (Jáuregui Sarmiento, 2025).

Cabe resaltar que la población Itagüiseña, al igual de la antioqueña está estrechamente marcada por los lazos estructurales del pensamiento conservador y católico, bases que impidieron una resistencia a la identidad durante la última década del siglo XX, sin embargo, debido los movimientos y reivindicaciones la población de estudio fue reclamando sus espacios “En el año dos mil con el tema de la comunidad LGBT nosotros empezamos a salir mucho como a la discriminación con los anteriores padres y abuelos, entonces empezó mucha discriminación durante esos años, la gente lo miraba a uno raro como si fuera un bicho pero recuerdo que una estrategia era salir en gallada” (Marlon Steven Molina, Comunicación personal, 2 de agosto de 2025) Se evidencia también en la época una sublevación en términos culturales y una exigencia del espacio frente a las normas estatales; “en el año 2000 que ya teníamos discotecas con permisos pero con horarios llevando pues la norma social que exigía la alcaldía pero ahí estábamos, siempre las poblaciones trans hemos estado inmersas en todas las violencias y es porque la gente: ay que

porque las maricas trans son tan problemáticas, pero no miran el trasfondo y el tratamiento que se nos ha brindado y es por como nos han tratado.” (Dahiana Laverde Mira, Comunicación personal, 02 de octubre de 2024)

Espacios de socialización de las disidencias sexuales y de género en Itagüí

El espacio es el encargado de determinar prácticas de poder y separarlas entre sí, además de ser la forma que trasciende al discurso y configura el cuerpo, junto con el poder se encarga de crear la visión “oficial” de aquellos que se escapan a la norma de control establecida. Es así como el espacio discursivamente configurado del cuerpo deviene, como espacio ambiguo, inestable, susceptible siempre de reconfiguración, y por ello mismo, resistente a las operaciones del poder. (Benavides Franco, 2013, p.19).

En Itagüí, durante la década del 2000 al 2010 se establecieron espacios de convergencia que irrumpieron los escenarios heteronormativos, estos espacios no pertenecieron a una planeación estatal ni institucional, sino que se fueron creando paulatinamente con los procesos que se generaron a nivel nacional y departamental, este apartado expone, desde las memorias colectivas y personales, los espacios de convergencia que sirvieron de base para la consolidación de una reivindicación sociocultural de la población LGTBI, teniendo en cuenta que estos no sólo fueron el refugio y el espacio predilecto sólo para los itagüiseños, sino que también sirvieron como espacios de ocio para el departamento de Antioquia.

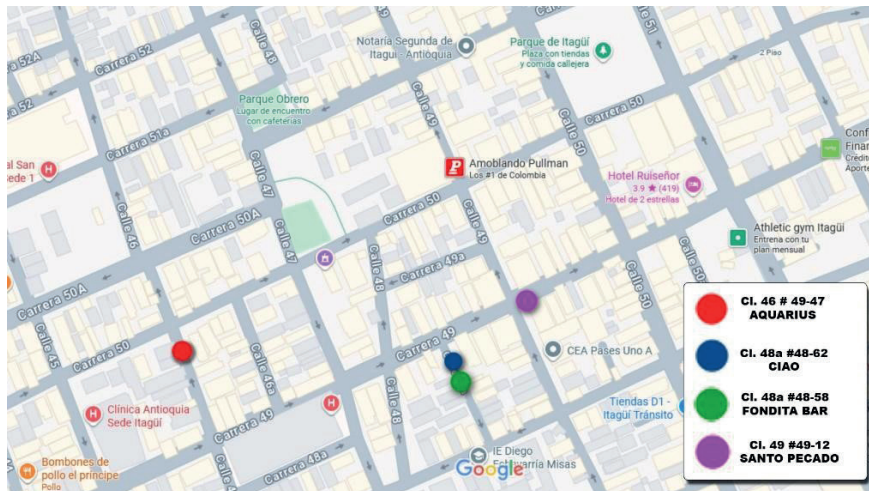
Siendo así, el texto cambia su forma de contenido para demostrar las memorias individuales de las disidencias sexuales y de género que se recopilaron con el fin de generar una memoria colectiva, marcando la importancia del testimonio oral, pues es este quien da pautas para la evaluación histórica desde el recuerdo, cuyas experiencias enmarcan emociones y sensaciones de los individuos, aunque estas sólo tengan desde el recuerdo la construcción del pasado, es uno de

los primeros pasos para la reconstrucción sociocultural de los grupos sociales que han sido marginados durante la historia “La memoria de los informantes no es infalible y ella misma es histórica, el presente matiza el pasado, la selección de los recuerdos existe y generalmente ocultamos más o menos inconscientemente lo que altera la imagen que nos hacemos de nosotros mismos y de nuestro grupo social. Por ello, no hay fuentes orales «falsas». Las afirmaciones equivocadas constituyen verdades psicológicamente ciertas.” (Mariezkurrena Iturmendi, 2006).

El territorio por excelencia de las disidencias sexuales y de género en Itagüí fue el Parque Principal, allí se produjeron espacios de sociabilidad y reunión que influyeron en la resistencia y la toma cultural de este, las dinámicas entorno a la cotidianidad se dio a través de los bares y las discotecas que habían en su entorno, por ello antes de proceder con las memorias colectivas, es importante analizar la ocupación de estas discotecas¹⁵, este gráfico fue creado por la recopilación de los testimonios orales:

Figura 1

Mapa de los bares y discotecas más resaltantes durante la década del 2000 al 2010.



15 Figura 1

Entre los viernes y los domingos, y los travestis, digámoslo así, salían de las dos de la mañana en adelante, nosotros nos íbamos para una heladería, empezaban con los televisores grandototos o una pantalla gigante, uno se montaba a la tarima y empezaba a cantar. Cuando salíamos de parche nos que dábamos hasta la una o cinco de la mañana y rematábamos en cualquier casa (...) solamente eran gays, a mí nunca me gusto relacionarme con personas trans, no en las escalitas siempre nos quedábamos ahí por donde está el CAMI (...) éramos como cinco grupitos más o menos (Daniel Londoño, comunicación personal, 4 de agosto de 2025).

Figura 2

Celebración de cumpleaños Fondita Bar. [Fotografía]. (2009). Comunicación personal, Humberto. Itagüí, Colombia.



En esa época, para mí todo era diferente, los sitios gais y la gente tenían magia, tantos sitios gay, las discotecas eran súper la música uff... todo tenía magia recuerdo especialmente a la discoteca plataforma por San Juan, muchos 2, La Barra, en el centro Barú Bar, discoteca Media Luna, La Cantina, entre otros. La rumba y la gente tenía su magia, para mí se volvió en un vicio en esa época salir de mi trabajo a seguir rumbeando a una de esas discos (...) En Itagüí el primer bar gay que conocí fue Chaplin, un bar pequeño y muy oscuro

pero con magia , una barra en la mitad y gente lado y lado, muy bonita ., después conocí otra que se llamaba Sandunga bar , un bar pequeño con mucho encanto , un lugar bohemio con una raíz con velas y la música muy especial , Mercedes Sosa, Serrat, Ana y Jaime (Humberto, comunicación personal, 20 de agosto de 2025)

Figura 3

Fondita Bar. [Fotografía]. (2009). Comunicación personal, Humberto. Itagüí, Colombia.



Yo una vez conocí a un muchacho y él me invitó para una heladería, yo le dije, “pero es que yo soy menor de edad, no me dejan entrar” y me dijo “tranquilo que el dueño soy yo” y yo ah, perdón (...) Y ahí pasábamos muy bacano, al principio si me coloco ahí que pasó acá, mujeres besándose con mujeres, hombres besándose con hombres, Dios mío yo dónde estoy. Y el muchacho me besó y yo le dije “no, que pena, los hombres no se besan (Daniel Londoño, comunicación personal, 4 de agosto de 2025).

Además, estos espacios generaron un centro de convergencia más en las redes de apoyo, poco a poco se iban fortaleciendo conversaciones entre las disidencias sexuales respecto al derecho a la libre expresión, aunque fueran espacios cerrados, para la población dignificó un lugar de ocio y resiliencia, tal como la dinámica de salir al parque a conver-

sar con sus amigos después de que cerraran las discotecas, la noche en el Parque Principal de Itagüí y sus alrededores fue un escenario de empoderamiento colectivo, aún con los desacuerdos con las normas de convivencia y la molestia que le generaba a la Iglesia principal, pues irrumpían también con la moral establecida.

El parque de Itagüí, definitivamente. Ese era un referente de población gay. Amigos que ahí nos hicimos, y todavía conservo muchas amistades de ese tiempo, porque nos hacíamos ahí, eran unos tolditos de madera, y ahí nos hacíamos y nos encontrábamos muchos. Llegábamos hasta con el uniforme del colegio, ahí a reírnos, a parcharnos, a hablar. Algunos tomaban. Ese era un referente muy bonito del municipio, que lastimosamente se perdió ahora, pero muchos años nos apoderamos de ese espacio, tanto que lo llevamos ya. Luego otras chicas empezaron a apoderarse y empezaron a darle otra visibilidad, y era la visibilidad del trabajo, la prostitución trans (Paulina Mejía Galeano, comunicación personal, 1 de septiembre de 2025).

Figura 4

Tomada en el año 2001 en Fondita Bar, hoy llamada Libélula. [Fotografía]. (2009). Comunicación personal, Humberto. Itagüí, Colombia.



Humberto, uno de los administradores desde hace 25 años del actual Bar La Fonda, resignifica desde su memoria las congruencias

de este bar, estos fueron un punto de acogida para la celebración de cumpleaños, así mismo se hacían eventos con temáticas en los cuales ponderaba el arte, el erotismo y la sensación de estar en comunidad, este establecimiento es uno de los pocos que ha resistido a través del tiempo, el presente se puede encontrar a una cuadra del centro de salud Salud Total, en una calle angosta cuya impresión parece estar atrapada en el recuerdo.

Los fines de semana hablaba con los clientes más especiales, el parche era tomar y cantar hasta más no poder, llegaba gente nueva y los presentaba, ya en los 2 bares que administro casi todos nos conocemos, cuando llegaba la hora de cerrar íbamos de remate a una disco o a mí apartamento a seguir cantando y tomando hasta el amanecer, en el bar hacíamos noches de cupido, bailes eróticos y exóticos y eso a la gente le gustaba mucho (Humberto, comunicación personal, 20 de agosto de 2025).

Al mismo tiempo, las dinámicas homoeróticas que se generaron en el Parque de Itagüí conducen a la comprensión de las dinámicas que se generaron en pro de una representación desde las prácticas eróticas de las disidencias en el transcurso de la historia de Antioquia, pues demuestra que esas estructuras hegemónicas son uno de los principales elementos para el análisis de la composición de sus espacios y comportamientos en los que son definidos desde su espacio y desde la cultura, así como las estrategias que han utilizado para su visibilización y concurrencia en su mayoría, en las zonas urbanas, para el caso del municipio, estos no eran el único espacio para el disfrute de su sexualidad.

El parque era uno de esos y los digo porque yo tuve una experiencia así, porque el parque era totalmente en bola, pero en la mitad tenía un hueco. Que era donde hacían los mimos, abajo era donde se hacía la presentación y por ahí había muchos árboles, entonces la gente aprovechaba y se metía por dentro de los árboles, a la madrugada, ahí era donde aprovechaban

los borrachos a hacer de las suyas con los gays o las travestis (... Siempre fue como mera resistencia también, entonces el parche era un punto de apoyo, porque no se hacían las mismas cosas que en otras partes (...)) Una experiencia loca que yo hice. Una vez me fui a la parte de atrás de la estación Envigado porque a mí me gustaba mucho un muchacho y como ninguno de los dos teníamos plata, llegó y me dijo disque “venga vamos a dar una vuelta por detrás del metro” y yo me fui feliz, que gozo. Nos metimos por una roca, pero alta y detrás de la roca pasaba el metro, yo le dije “nos van a ver, nos van a ver”, pero eso pasaba muy rápido (Daniel Londoño, comunicación personal, 4 de agosto de 2025).

Soltar la pluma en el reinado: un acto de resistencia

La familia y la escuela, son también los factores que alimentan la tradición y el empeño por las costumbres del Estado, en estos confluyen las prácticas dictadas o construidas por la misma sociedad, vistas como “objetos de control” que entorno al lenguaje configuran unas verdades ligadas y construidas desde la iglesia católica, estableciendo comportamientos hegemónicos hasta dentro de las mismas disidencias “Estas diversidades son consideradas entonces lo abyecto, lo criminal, lo sancionable y lo digno del rechazo, se ha extendido sobre ellas un déficit de reconocimiento, por eso las necesidad de ser o por lo menos parecer heterosexual” (Bustamante, 2013, p. 163). Es posible ver entonces cómo en la época de estudio estas identidades surgen desde un rincón, una culpa, y buscan estrategias para su desarrollo personal, como la de asumir la identidad de un homosexual afeminado con el objetivo de terminar sus estudios o desempeñar cargos laborales convencionales, en los que la comunidad trans no había o ha podido desenvolverse ((Lozano Beltrán, 2017, pp. 56-58). Sin embargo, la irrupción de estos espacios se vuelve cada vez más visible dentro de la población Itagüense durante la primera década del siglo XX, en este apartado se observan estas estrategias de desenvolvimiento y transgresión al orden.

Junto con la dinámica de la estética, el espectro del espectáculo configuró otro espacio de irrupción, durante la década de 1990 al 2000 en los bares y discotecas a los cuales las disidencias sexuales y de género asistían generaron un proceso de reivindicación, sin embargo, durante esta década se evidencian las dinámicas heteronormativas y la separación epistémica de los homosexuales con las experiencias transfemeninas, ahora, la década representó un conjunto en el cual las identidades trans lograron concebir un lugar de afirmación con la población homosexual.

Las experiencias transfemeninas también fueron actores principales para transgresión de los espacios heteronormativos era común encontrar espectáculos basados en la mímica y la imitación de artistas famosos o coreografías en el mundo musical o la extravagancia del erotismo o situaciones cotidianas, de nuevo la noche era el mejor escenario para ellas, y esta vez se configuraban como el personaje principal para la diversión.

La primera vez que hice una presentación grande, porque yo desde pequeña siempre he desfilado, pero grande, en el colegio. Una vez me acuerdo de un show y me transformé delante de todo mi colegio, fue una cosa inmensa, un gentío impresionante, pero bueno yo dije “voy a hacer una presentación para visibilizarlo ellos porque yo dije no es nada raro”, entonces cogí y me transformé e hice una presentación sencilla y gente quedó matada. De ahí en adelante, un acto cívico, no, aquí tiene que ser un show, la hermana era una religiosa entonces imagínate como era, entonces ella me decía “no, hágame un show espectacular es super artístico”. Yo pensé, y es que mucha gente piensa, que es algo vulgar, voy a hacer un show homosexual, ay Dios santo, no. Voy a hacer un show homosexual ay que bueno es super bonito, artístico, entonces mire el colegio desde ahí uno empieza a formar educación en la gente (Transcripción de proyecto audiovisual por Joan David Fonseca y Carlos David Restrepo, comunicación personal, 2008).

Es necesario el entendimiento de las estrategias de poder en los ámbitos educativos, siendo uno de los mayores espacios donde se construye el ideario del género masculino y femenino, al mismo tiempo en que se enseñan las prácticas, comportamientos y valores para vivir en sociedad, donde lo femenino siempre tiene la tarea de ser el eje principal del hogar, educar y enseñar en el hogar ligada a sus condiciones. Es entonces en las escuelas y los hogares donde se crea un campo de control, a partir del cumplimiento de este objetivo se instituyen un adentro y un afuera en el cual se sitúan las formas “anormales” que no encuadran lo establecido, para ellos hay control de vigilancia; como cárceles, hospitales y hogares de reclusión¹⁶.

Así mismo, en los bares y discotecas se presenciaron reinados de belleza los cuales se fortalecieron también en la década del 2000, aunque estos ya existieran iniciaron desde la época de los ochenta, más o menos, tienen un legado grande, porque primero sí, está toda esa parte transformista, pionera, que está Tatiana, que está Mario Miranda, la Tami que en paz descanse, Luis Chica, que ya muchos de ellos han fallecido, iniciaron con los reinados y eran muy famosos a nivel departamental, no municipal, sino departamental, porque varios chicos transformistas de Antioquia iban a participar a esos reinados (Paulina Mejía Galeano, comunicación personal, 1 de septiembre de 2025).

Estos no sólo existían en las noches, se presentaban como un espectáculo dentro y fuera de los espacios de convergencia mencionados, estos reinados permitieron un acercamiento con la población, permitiendo el fortalecimiento de una identidad, era muy común que dentro de los espectáculos asistiera toda clase de personas, el asombro del cuerpo modificado y la estética femenina aportaron a la percepción del respeto y la tolerancia a sus cuerpos.

¹⁶ Bustamante *invisibles en Antioquia* 107.

Figura 5

Reinado trans en discoteca Plumas. [Fotografía]. (2006). Comunicación personal, Paulina Mejía Galeano. Itagüí, Colombia.



Los reinados eran súper bonitos porque los hacíamos con las uñas, yo por ejemplo tuve la oportunidad de iniciar el Miss Itagüí Trans en mi barrio, en San Isidro, allá inició el Miss Itagüí Trans, allá obtuvimos muchísimas versiones, yo creo que yo hice en mi barrio, si no fueron 5 o 6 versiones, se hacían anualmente, bueno se hacen, actualmente el reinado va, sino que está pausado, pero allá en mi barrio sí, más o menos cinco, eran unos eventos súper bonitos porque la comunidad los admiraba demasiado, se hacían con las uñas, las tarimas eran improvisadas, el sonido también era muy improvisado, muchas veces sin luces, a la luz de la lámpara del barrio, pero la gente los admiraba y admiraba el transformismo, un aplauso era gratificante, era súper bonito, los eventos eran muy lindos porque como te digo, se hacían desde el corazón y para el corazón de la gente (Paulina Mejía Galeano, comunicación personal, 1 de septiembre de 2025).

Dentro de las subjetividades transfemeninas, estos reinados aportaron el sentimiento de poder enmarcar en las estéticas corporales de la mujer, en ellos la apropiación de los nombres artísticos fueron

aportando lazos a las redes de resistencia a esos lugares que dentro del imaginario cultural no eran aptos para los cuerpos “anormales” aun así resistieron y generaron un gran aporte particular a la cultura de Itagüí.

Figura 6

Paulina, ganadora del primer reinado trans en la discoteca Plumas. [Fotografía]. (2006). Comunicación personal, Paulina Mejía Galeano. Itagüí, Colombia.



Luego llegó mi generación del reinado de Plumas, ahí fue donde yo ya me metí en el reinado de Plumas, el reinado de Plumas se inició más o menos desde el 2001, se inició el reinado, tuvo muchas versiones, y era un evento muy bonito de la discoteca plumas, que fue muy famosa en su tiempo (...) yo tuve la oportunidad de ganar varios reinados locales y departamentales, yo gané el reinado de plumas, que fue como el primer reinado mío, yo tenía 17 años, participé siendo menor, eh, gané ese reinado, fue el primero, luego participé en el reinado de las flores en la discoteca La Fonda, también en Mis Amistad que te decía, participé representando a Plumas, y quedé de princesa (Paulina Mejía Galeano, comunicación personal, 1 de septiembre de 2025).

Figura 7

Reinado Miss Itagüí. [Fotografía]. (2012). Comunicación personal, Paulina Mejía Galeano. Itagüí, Colombia.



Un hito en la historia de Itagüí: la marcha del orgullo

La marchas del orgullo de la población LGTBIQ han sido un acto de manifestación pública en la cual se han defendido los derechos fundamentales, estas tienen su origen durante las últimas décadas del siglo XX y se desarrollaron en muchas partes del territorio colombiano, en Antioquia, Medellín fue uno de los escenarios con mayor potencial durante la primera década del siglo XXI, así mismo se generó en el municipio de Itagüí, siendo crucial para la historia del movimiento social y cultural de las disidencias sexuales y de género, fortaleciendo lazos culturales con la demás población y aportando a las posteriores organizaciones que se crearon como la Mesa Diversa de Itagüí, dentro de las memorias no se llegó a una conclusión de la fecha exacta de la primer marcha del orgullo, es menester tener en cuenta que se generó dentro del 2002 y 2005, sin embargo, desde los relatos recopilados hay una congruencia del recorrido (Gráfico 2). Así mismo, Paulina Mejía resalta como una de las referentes principales de la creación y proceso de estas.

Figura 8

Mapa primera marcha del orgullo en Itagüí, 2002-2005.



La primera marcha la hicimos los pioneros de la mesa, pero alejados de la alcaldía, yo recuerdo que la primera la hizo el Elkin Román, un referente también de la población gay de ahí del municipio, Elkin fue el que empezó con la marcha, era una marcha nocturna, se hacía de noche, y la hacíamos desde el parque del , yo me acuerdo que la primera la hicimos desde el parque del Artista, fuimos por toda la principal del Cristo Rey, y llegamos hasta el parque Obrero, ahí hicimos una tarima, no fue mucho tiempo de movilización, y ahí hicimos como la parte cultural, política, y ya, esa fue como la primera marcha, yo me acuerdo, luego hicimos una que fue hasta Plumas, pero en ese tiempo ya Plumas estaba por Montesacro, entonces hicimos un recorrido largo hasta allá, hasta esa discoteca, luego hicimos otra desde el parque del Barrio Simón Bolívar, hasta el parque Obrero, el parque Obrero era, perdón, el parque Brasil era como el referente gay ahí donde terminaban las marchas, luego hicimos otra también que salió del parque, el del Artista, y llegó a la discoteca Burbujas, que en ese tiempo se llamaba discoteca Burbujas, con el propietario, que es otro referente gay, Oscar, Oscar Betancourt, también la hicimos, hicimos varias marchas, pero como te digo, eran nocturnas, eran súper buenas (Paulina Mejía Galeano, comunicación personal, 1 de septiembre de 2025).

Figura 9

Primera marcha del orgullo en Itagüí. [Fotografía].(2006). Comunicación personal, Paulina Mejía Galeano. Itagüí, Colombia.



Recuerdo que fue en la noche, después de que terminó la marcha de Medellín, vinieron muchas personas, fue una marcha muy grande. Yo recuerdo que, salíamos del parque del artista(...)La polémica no fue ni siquiera porque fue una marcha gay, sino porque desde una carroza tiraban voladores y recuerdo que uno de esos fuegos pirotécnicos se entró a un quinto piso y estalló en la sala y eso fue lo que generó mucho problema mucha polémica, pero de resto me parece que fue una experiencia bonita, fue la primera vez que se vivió en la ciudad y siento que fue bien acogida (Darwin Guerra Agudelo).

Sin embargo, el impacto que generaron estas manifestaciones culturales en el ámbito institucional y religioso, más la falta de interés por parte de la alcaldía de Itagüí, hicieron trampas por medio de decretos para que se dificultara la resistencia de los espacios y las marchas, en los relatos estudiados se puede observar que por medio de la fuerza de la policía.

ya todo empezó a cambiar mucho y se dejaron de hacer las marchas simplemente porque los alcaldes empezaron a cambiar las cosas, entonces ya eran muy cerrados con eso, por

no permitir que les hicieran mal a las personas de la comunidad LGBT, prohibieron las marchas y no nos dejaban quedar hasta tarde. Así pues, empezaron mucho a privatizar mucho eso. Yo creo que en ese sentido el municipio ha sido muy abierto y ya hoy en día usted sale de la mano con su pareja, todo va a ser muy normal, aunque no falte el criticón (Marlon Steven Molina, comunicación personal, 2 de agosto de 2025).

Había conflictos, conflictos con la convivir y las chicas trans, porque no podían estar en el espacio del parque, con la policía, muchísimo. Había un referente de un policía que era grande, que nos gaseaba, como decimos, un gas pimienta, nos sacaba del parque a correr, a jugar chucha con la policía, porque llegaban a tirarnos gas o a colocarnos el tábano de electricidad. Entonces corran y nosotros les tirábamos botellas. Eso era una pelea de cada ocho días. Y no pudieron con nosotros porque nunca nos pudieron sacar del Parque de Itagui (Paulina Mejía Galeano, comunicación personal, 1 de septiembre de 2025).

A modo de conclusión

Es menester tener presente que los acervos documentales y los archivos históricos de la ciudad de Itagüí han invisibilizado las experiencias de dicha población por lo que su memoria individual se posiciona como una herramienta fundamental para la construcción de la memoria.

Colectiva en los procesos de reivindicación, fuera de la historia local, a la que se ha tenido acceso a la hora de consultar los antecedentes historiográficos para la presente propuesta. Por ello “Recordar es un acto político: cuando la memoria de las minorías sexuales se hace pública, no solo rompe el silencio impuesto por siglos de exclusión, sino que también reivindica la legitimidad de otras formas de existir, amar y habitar el mundo” (Richard Parker, 1991).

Los procesos de reivindicación y resistencia en el municipio de Itagüí se construyeron a través de espacios simbólicos y territoriales, uno de los escenarios más resaltados fue el Parque de Itagüí, este se posiciona como el territorio de excelencia para el ocio y la cultura, no sólo de los itagüiseños, las dinámicas que generaron en este fueron representativas en el departamento de Antioquia y en la memoria colectiva como un punto de referencia y preferencia, los establecimientos como discotecas y bares ayudaron a crear un punto de acogida y visibilidad.

La contribución de estas dinámicas hizo que se fortalecieran espacios políticos en pro de la defensa de los derechos fundamentales de la población, dentro de ellos está la Mesa Diversa de Itagüí conformada creada alrededor del año 2000, dentro de los pioneros resaltan Jadison Bustamante, en su momento era el presidente de la Junta de Acción Comunal del barrio las Acacias, Boterito, Jorge Román, Sammy Delgado, estuvo la Ánima, Alejandro Alarcón y Paulina Mejía Galeano, estos nombres se obtuvieron a través de la recopilación de las memorias individuales, durante el proceso de conformación de la mesa se programaron eventos culturales y se generaron propuestas de políticas públicas para la población diversa, muchas de estas fueron aprobadas durante el gobierno del alcalde León Mario Bedoya. Estas políticas públicas dieron paso a la oficialidad de las expresiones culturales y artísticas y fortalecieron escenarios como la primera marcha del orgullo en el municipio de Itagüí, al mismo tiempo en que se creó una cercanía y apropiación de las políticas institucionales, ejemplo de ello fue la candidatura al Concejo de Itagüí de Darwin Guerra Agudelo.

A pesar de la discriminación, la transgresión de los espacios heteronormativos de las disidencias sexuales y de género en Itagüí hicieron que se generara un ambiente de respeto y solidaridad en la población en general y que se enmarcara el municipio como uno de los mayores impulsores de resiliencia en cuestión de identidad. Este texto da un aporte en la memoria individual y colectiva en el municipio de Itagüí para investigaciones futuras que demanden procesos de convergencia de espacios y estudios socioculturales de las identidades sexuales y de género.

Fuentes primarias

Humberto. Comunicación personal. 20 de agosto de 2025.

Londoño, Daniel. Comunicación personal. 4 de agosto de 2025.

Mejía Galeano, Paulina. Comunicación personal. 1 de septiembre de 2025.

Molina, Marlon Steven. Comunicación personal. 2 de agosto de 2025.

Transcripción de proyecto audiovisual por Joan David Fonseca y Carlos David Restrepo, comunicación personal. 2008.

Bibliografía

Benavides Franco, T. A. (2013). *El cuerpo como espacialidad ambigua: Somato-política y resistencias* (Trabajo de grado de maestría, Universidad de los Andes). Universidad de los Andes.

Berkins, L. (2012). *Travestis: Una identidad política. Pensando los feminismos en Bolivia, I.1.*

Bustamante Tejada, W. A. (2004). *Invisibles en Antioquia 1889–1936: Una arqueología de los discursos sobre la homosexualidad*. La Carreta Editores.

Bustamante, W. (2009, septiembre). *Homoerotismo y homofobia en Colombia: Una visión histórica*. Ponencia presentada en el III Seminario Internacional sobre Familia, Manizales, Colombia.

Bustamante, W. (2013). Masculinidad y homofobia: El control de la sexualidad del varón en la construcción del Estado colombiano. *Sociedad y Economía*, 24, 159–182.

- Correa Montoya, G. (2016). *Dañarse, ambientarse y restituirse en el placer: Territorios y representaciones sociales de hombres homosexuales en Medellín, 1970-1990 (Antioquia, Colombia)*. *Boletín de Antropología*, 31 (51), 54–75.
- Correa Montoya, G. (2017). *Raros: Historia cultural de la homosexualidad en Medellín, 1890–1980*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Correa Montoya, G. (2022). *Locas de pueblo: Maricas mayores en los municipios de Antioquia*. Medellín: Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas.
- Jáuregui Sarmiento, D. (2025, 25 de junio). *10 hitos de la lucha LGTBQI en Colombia*. Señal Colombia. Recuperado de <https://www.senalcolombia.tv/general/historia-lgbt-lucha-colombia>.
- Lozano Beltrán, J. (2017). *Prácticas de autocuidado y apoyo en mujeres transgénero durante sus procesos de transformación* (Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia).
- Mariezkurrena Iturmendi, D. (2006). *La historia oral como método de investigación histórica. Gerónimo de Uztariz, (23/24), 227-233*. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3264024>.
- Parker, R. G. (1991). *Bodies, pleasures, and passions: Sexual culture in contemporary Brazil*, 1991.
- Preciado, B. (2008). *Testo yonqui*. Madrid: Espasa Calpe.
- Stryker, S. (2017). *Historia de lo trans*. Madrid: Continta Me Mientes.
- Vázquez Parra, J. C. (2021). Las olas del movimiento LGBTIQ+: Una propuesta desde la historiografía. *Revista Humanidades*, 11(2), 1-26. <https://doi.org/10.15517/h.v11i2.47311>.

Historia de Mi Barrio Itagüí 2025

se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2025.

Se utilizaron las fuentes Times New Roman
de 12 y 10 puntos para el cuerpo del texto y notas,
y Gadugi de 14, 13 y 18 puntos para títulos de sección,
de capítulos y subtítulos.

Se empleó papel earth pact 70 g para cuerpo de texto
y propalcote 300 g para carátula.

Esta impresión consta de 500 ejemplares.

Se hizo esta labor en talleres de MN impresos.

mnimpresos@gmail.com

Medellín – Colombia

"Itagüí está lleno de historias que resaltan la memoria, fortalecen lazos y construyen nuestra identidad. Este libro es un homenaje a esas vidas que reafirman que en nuestra ciudad cultura somos todos."



DIEGO TORRES
ALCALDE DE ITAGÜÍ



www.itagui.gov.co



Instituto
de Cultura, Recreación
y Deporte de Itagüí



Alcaldía
de Itagüí